



4º de los Hermanos Quinn

***Para todas las lectoras que me han preguntado:
«¿Cuándo vas a contarnos la historia de Seth?»***

Argumento:

Seth era un muchacho discolo y retraído cuando a los diez años fue adoptado por Ray Quinn, viudo y casi un anciano. Con el paso del tiempo el cuarto Quinn se ha convertido en un pintor de prestigio y, tras una estancia en Europa, vuelve al pequeño pueblo costero donde sus hermanos—tíos, Cam, Ethan y Phillip, junto a sus esposas e hijos, regentan un negocio de construcción de veleros. Finalmente, en una casita blanca y azul, en la que nunca falta una hamaca en el porche y un perro en el jardín, Seth parece haber encontrado la paz con su peculiar familia adoptiva. Allí vive un apasionado amor con una joven... hasta que su madre biológica se interpone de nuevo en su camino.

*Hay un destino que nos hermana;
nadie recorre su camino a solas:
todo lo que aportamos a las vidas de otros
regresa a la nuestra.*
Edwin Markham

El arte es el cómplice del amor.
Rémy de Gourmont

1

Volvía a casa. La orilla oriental de Maryland era un inundo de marisma y lodazal, de amplios campos sembrados de cosechas en surcos derechos como soldados. Eran canales de drenaje con abruptos ribazos y secretos arroyos de marea donde se alimentaba la garceta.

Era la Bahía de Chesapeake y el cangrejo azul, y los hombres de mar que lo capturaban.

Al margen de dónde hubiera vivido en los miserables diez primeros años de su vida o en los últimos a medida que se aproximaba a la treintena, sólo la orilla oriental, había sido un hogar para él.

Contaba ese hogar con múltiples aspectos, con recuerdos sin número, y cada uno de ellos permanecía en su mente con un brillo tan resplandeciente como el sol que se reflejaba en el agua de la Bahía.

Mientras la cruzaba en coche por el puente, su ojo de artista deseó captar aquel instante: el azul profundo del agua y las embarcaciones que se deslizaban por su superficie, las rápidas olas blancas y el descenso en picado de las avaras gaviotas. El modo en que la tierra rozaba el borde y lo rebasaba con sus tonos marrones y verdes. Las hojas de los robles y los eucaliptos, cada vez más abundantes, y esos reflejos de color, flores que disfrutaban de la calidez de la primavera.

Deseaba recordar aquel instante como recordaba la primera vez que cruzó la Bahía hasta la orilla oriental, cuando era un muchacho asustado y triste junto a un hombre que le había prometido una vida.

Iba en el asiento del copiloto, con el hombre al que apenas conocía sentado al volante. Lo único que poseía era la ropa que llevaba y unas pocas cosas que guardaba en una bolsa de papel.

Tenía el estómago atenazado por los nervios, pero había compuesto lo que creía un gesto aburrido y miraba por la ventanilla.

Mientras estuviera con el viejo, no estaba con ella. Eso era lo mejor que le podía pasar.

Además, el viejo era guay.

No olía a alcohol ni a las pastillas de menta que usaban para disimularlo algunos de los capullos que Gloria llevaba a la mierda de casa donde vivían. Y las dos veces que se vieron, el viejo, Ray, le había comprado una hamburguesa o una pizza.

Y había hablado con él.

Los adultos, según su experiencia, no hablaban con los niños. Peroraban esperando que los niños escuchasen, charlaban sobre ellos o en contra de ellos. Pero no con ellos.

Ray sí. Y además escuchaba. Y cuando le preguntó, directamente, siendo apenas un niño, si quería vivir con él, no sintió aquel miedo que le estrangulaba ni un pánico ardiente. Había sentido que quizá, sólo quizá, su suerte estaba cambiando.

Se alejaba de ella. Eso era lo mejor. Cuanto más durara el viaje, más se alejaban de ella.

Si las cosas se pusieran feas, podía huir. El hombre era muy viejo. Era grande, grande de verdad, pero viejo. Con todo aquel pelo blanco y aquel rostro ancho y lleno de arrugas.

Le miró de reojo, a hurtadillas, mientras comenzaba a dibujar su rostro mentalmente.

Tenía los ojos muy azules y aquello resultaba bastante extraño, porque los suyos también lo eran.

Además su voz era potente, pero cuando hablaba no parecía que gritase. Era una voz serena, puede que incluso con un deje de cansancio.

En aquel momento, sin duda tenía un aspecto fatigado

—Ya casi hemos llegado —comentó Ray mientras se acercaban al puente—. ¿Tienes hambre?

—No sé, supongo que sí.

—Según mi experiencia, los chicos siempre tienen hambre. He criado a tres que eran verdaderos pozos sin fondo.

Su voz poderosa contenía una nota de alegría, pero sonaba forzada. Puede que el chico sólo tuviera diez años escasos, pero sabía reconocer la falsedad.

«Ya estamos bastante lejos», pensó. Por si tenía que huir. Así que pondría las cartas boca

arriba y vería qué coño pasaba.

—¿Cómo es que me llevas a tu casa?

—Porque necesitas una casa.

—¡Anda ya! La gente no hace ese tipo de cosas.

—Algunas personas sí. Mi esposa Stella y yo hacíamos ese tipo de cosas.

—¿Le has dicho a ella que me llevas?

Ray sonrió, pero había cierta tristeza en su gesto.

—A mi manera. Stella murió hace un tiempo. Te habría gustado. Y ella te habría echado un vistazo y se habría subido las mangas hasta los codos.

No supo qué contestar a aquello.

—¿Y qué se supone que debo hacer cuando lleguemos a donde vamos?

—Vivir —le dijo Ray—. Ser un niño. Ir a la escuela, meterte en líos. Te enseñaré a navegar.

—¿En un barco?

Entonces Ray se echó a reír, con un sonido estruendoso que llenó el vehículo y que, por razones que el muchacho no pudo comprender, le desató los nervios del estómago.

—En un barco, pues claro. Tengo un cachorro tonto, a mí siempre me tocan los tontos, al que estoy tratando de enseñar. Me puedes echar una mano. Tendrás algunas tareas que hacer, ya lo veremos. Fijaremos las reglas y tú las cumplirás. No te creas que, porque soy un viejo, te puedes pasar conmigo.

—Le has dado dinero.

Ray apartó un momento la vista de la carretera y la fijó en unos ojos del mismo color que los suyos.

—Sí. Eso es lo que ella entiende, por lo que puedo ver. A ti nunca te ha comprendido, ¿verdad, chaval?

Algo se iba arremolinando en su interior, una tormenta que aún no reconocía como esperanza.

—Si te mosqueas conmigo, te cansas de tenerme aquí o cambias de opinión, me mandarás de vuelta. Pero no voy a volver.

Ya habían pasado el puente y Ray arrimó el coche al arcén y se giró en el asiento hasta que estuvieron frente a frente.

—Seguro que me mosqueo contigo y, a mi edad, claro que me canso de vez en cuando. Pero te voy a hacer una promesa, aquí y ahora: no te voy a mandar de vuelta. Te doy mi palabra.

—Si ella...

—No voy a dejar que te recoja —dijo Ray, adelantándose—. Da igual lo que tenga que hacer. Ahora me perteneces. Eres parte de mi familia. Y te vas a quedar conmigo mientras así lo desees. Cuando un Quinn hace una promesa —añadió, extendiendo una mano—, la cumple.

Seth miró la mano que se le ofrecía y alzó la suya, húmeda.

—No me gusta que me toquen.

Ray asintió.

—Vale. Pero aun así, tienes mi palabra.

Volvió a la carretera y lanzó una última mirada al chico.

—Casi hemos llegado —dijo una vez más.

A los pocos meses, Ray murió, pero mantuvo su palabra. La mantuvo por medio de los tres hombres a los que había hecho hijos suyos. Esos hombres le dieron una vida a un muchacho esquelético, infeliz y desconfiado.

Le proporcionaron un hogar y le hicieron un hombre.

Cameron, el gitano nervioso y de genio vivo; Ethan, el hombre de mar firme y paciente; Phillip, el ejecutivo elegante y de mente aguda. Todos le apoyaron y lucharon por él. Le salvaron. Sus hermanos.

La luz dorada del sol tardío hacía brillar la hierba de la marisma, los humedales, los campos llanos de cosechas en surcos. Con las ventanillas bajadas, captó el perfume del agua mientras rodeaba la pequeña localidad de St. Christopher.

Había pensado en pasarse por el pueblo y dirigirse primero al viejo astillero de ladrillo. Barcos Quinn seguía construyendo embarcaciones de madera por encargo y, en los dieciocho años transcurridos desde que se montó el negocio, basado en un sueño, en la astucia y el

sudor, se había labrado una fama merecida por su calidad y su buena factura.

Seguro que estaban allí, incluso en aquel momento. Cam estaría maldiciendo mientras remataba algún trabajo fino en un camarote. Ethan estaría solapando tablas serenamente. Arriba, en la oficina, Phil estaría diseñando una campaña publicitaria de lo más llamativa.

Podría pasar por Crawford's y pillar unas cervezas. Tal vez se tomaran todos juntos una fría, aunque lo más probable era que Cam le lanzase un martillo y le dijera que moviera el culo.

Eso le gustaría, pero no era lo que le atraía en este momento. No era lo que le empujaba por la estrecha carretera rural, junto a la cual la marisma surgía de las sombras bordeada de árboles cuyos troncos retorcidos mostraban hojas con el verdor brillante de mayo.

De todos los lugares que había visto, las majestuosas cúpulas y agujas de Florencia, la recargada belleza de París, las asombrosas colinas verdes de Irlanda, nada le había quitado el aliento y le había colmado el corazón como la vieja casa blanca con su suave y gastado remate azul, asentada en mitad de un césped desigual que descendía hasta el agua tranquila.

Aparcó en el sendero, detrás del viejo Corvette blanco que había pertenecido a Stella y Ray Quinn. El vehículo tenía el mismo aspecto reluciente que el día que salió del concesionario. Eso era cosa de Cam, pensó. Seguro que éste decía que era cuestión de mostrar el debido respeto a un vehículo excepcional. Pero en realidad tenía que ver con Ray y Stella, con la familia. Tenía que ver con el amor.

El lilo del patio delantero estaba cubierto de flor. Aquello también tenía que ver con el amor, pensó. Le había regalado el pequeño arbusto a Anna el Día de la Madre cuando él tenía doce años.

Ella lloró. Sus grandes y bellos ojos castaños estaban inundados de lágrimas, pero rió y se las enjugó mientras Cam y él lo plantaban para ella.

Anna era la esposa de Cam, lo que la convertía en su hermana. Pero en su interior, donde importaba, pensó en aquel momento, ella era su madre.

Los Quinn sabían mucho de lo que pasaba en el interior.

Bajó del coche a la maravillosa quietud. Ya no era un muchacho flaco con los pies demasiado grandes y una mirada de desconfianza.

Había crecido de modo acorde con esos pies. Medía un metro ochenta y tenía una constitución delgada. Si se descuidaba, podía parecer desgarrado. El cabello se le había oscurecido y era más un castaño bronce que el rubio oscuro de las greñas de su infancia. También tendía a desatenderlo y, al pasarse una mano en aquel momento, hizo una mueca, pues recordó su intención de cortárselo antes de salir de Roma.

Los chicos iban a vacilarle por la pequeña cola de caballo, lo que significaba que tendría que conservarla durante un tiempo, por principio.

Se encogió de hombros y, hundiendo las manos en los bolsillos de sus gastados vaqueros, echó a andar, mirando a su alrededor. Las flores de Anna, las mecedoras en el porche delantero, los bosques que acosaban el lateral de la casa y por los que había corrido libremente cuando era un muchacho.

El viejo embarcadero que se alzaba sobre el agua y el balandro de vela blanca amarrado a él.

Se quedó mirando, con el rostro, bronceado y de mejillas hundidas, vuelto hacia el agua.

Sus labios, firmes y rellenos, se curvaron en una sonrisa. El peso que le lastraba el corazón, y que no había notado, comenzó a elevarse.

Al oír un ruido procedente del bosque, se volvió. El hombre conservaba lo suficiente del muchacho desconfiado como para que el movimiento fuera rápido y defensivo. De los árboles salió disparada una bala negra.

—¡Bobo!

Su voz tenía una nota de autoridad junto al humor espontáneo. La combinación de ambos hizo que el perro se detuviera a su lado, con la lengua fuera y moviendo las orejas mientras miraba al hombre.

—Venga, que no ha pasado tanto tiempo. —Se acuclilló y extendió una mano—. ¿Te acuerdas de mí?

Bobo puso la sonrisa tonta que le había dado nombre y enseguida se dio la vuelta para que le acariciara la tripa.

—Eso es. Así se hace.

Siempre había habido un perro en aquella casa. Siempre un barco en el embarcadero, una

mecedora en el porche y un perro en el patio.

—Sí, me recuerdas.

Mientras acariciaba al animal, dirigió la mirada hasta el extremo más alejado del patio, donde Anna había plantado una hortensia sobre la tumba de su propio perro. El leal y muy amado *Tonto*.

—Me llamo Seth —murmuró—. He estado lejos demasiado tiempo.

Captó el ruido de un motor, el chillido temerario de los frenos al tomar una curva un poquito más rápido de lo permitido por la ley. Mientras se incorporaba, el perro dio un salto y salió disparado hacia la parte delantera de la casa.

Deseando saborear el momento, Seth lo siguió más despacio. Oyó cómo se cerraba la puerta del coche, y después el tono de una voz femenina que hablaba con el perro.

Y luego la miró, Anna Spinelli Quinn, con su rizada mata de pelo negro desordenado por el viento y los brazos llenos de bolsas que acababa de sacar del coche.

La sonrisa se extendió por su rostro mientras ella trataba de deshacerse del cariño desesperado del animal.

—¿Cuántas veces tenemos que repetir esta única y sencilla regla? —preguntó—. Que no te tires sobre la gente, en concreto sobre mí. Y sobre todo cuando llevo traje.

—Un traje precioso —gritó Seth—. Y las piernas, aún mejores.

Ella alzó la cabeza bruscamente, aquellos ojos castaño oscuro se abrieron y le mostraron la sorpresa, el placer y la bienvenida, todo a la vez.

—¡Ay, Dios mío!

Sin pensar en el contenido, soltó las bolsas sobre el asiento del coche. Y corrió.

Seth la atrapó, la alzó un palmo y le dio una vuelta antes de depositarla de nuevo en el suelo. Pero no la soltó. Se limitó a enterrar el rostro en su cabello.

—Hola.

—Seth. Seth. —Se abrazó a él, sin hacer caso al perro, que saltaba y aullaba haciendo todo lo posible por meter el morro entre ellos—. No puedo creerlo. Estás aquí.

—No llores.

—Sólo un poquito. Deja que te mire. —Le enmarcó el rostro entre las manos mientras se echaba hacia atrás, tan hermoso, pensó. Tan adulto—. ¡Cuánto pelo! —murmuró mientras le pasaba una mano por el cabello.

—Tenía intención de cortármelo al menos un poco.

—Me gusta. —Algunas lágrimas seguían cayendo, aunque sonreía—. Es muy bohemio. Tienes un aspecto maravilloso. Absolutamente maravilloso.

—Y tú eres la mujer más bella del mundo.

—Bueno, bueno. —Se sorbió la nariz, movió la cabeza—. Ése no es modo de hacer que pare esto. —Se enjugó las lágrimas—. ¿Cuándo has llegado? Creía que estabas en Roma.

—Estaba, pero quería volver aquí.

—Si hubieras llamado, te habríamos ido a recoger.

—Quería daros una sorpresa. —Se acercó hasta el coche para sacarle las bolsas—. ¿Cam está en el astillero?

—Debería estar. Espera, ya cojo yo eso. Tú tendrás que sacar tus cosas.

—Luego las cojo. ¿Dónde están Kevin y Jake?

Anna avanzó por el sendero con él, mirando el reloj mientras pensaba en sus hijos.

—¿Qué día es hoy? Me sigue dando vueltas la cabeza.

—Jueves.

—Ah, entonces Kevin tiene ensayo de la obra de la escuela y Jake tiene entrenamiento de béisbol. Kevin ya se ha sacado el carné de conducir, Dios nos ayude, así que recogerá a su hermano de camino a casa. —Abrió la puerta delantera—. Deberían estar de vuelta dentro de una hora, y entonces ya no habrá paz en esta tierra.

Era lo mismo, pensó Seth. No importaba de qué color estuvieran pintadas las paredes, que el viejo sofá hubiera sido sustituido por otro o que hubiera una lámpara nueva sobre la mesa. Era lo mismo porque él se sentía igual.

El perro se escurrió por entre sus piernas y salió disparado hacia la cocina.

—Anda, siéntate. —Anna indicó con un gesto la mesa de la cocina, bajo la cual se había tirado *Bobo*, mordisqueando feliz un nudo de cuerda—. Y cuéntamelo todo. ¿Quieres vino?

—Cómo no, en cuanto te ayude a poner cada cosa en su sitio. —Al ver que Anna alzaba las

cejas, él se detuvo con una botella de leche en la mano—. ¿Qué?

—Acabo de acordarme de cómo todos, incluido tú, desaparecáis a la hora de colocar la compra.

—Porque siempre decías que poníamos las cosas en el sitio equivocado.

—Lo hacíais siempre, y apostas, para que os echara de la cocina.

—Te coscabas, ¿eh?

—Yo me cosco de todo lo que se refiere a mis chicos. No se me escapa ni una, colega. ¿Te ha pasado algo en Roma?

—No. —Seth siguió sacando cosas de las bolsas. Sabía dónde había que colocar cada una, el lugar habitual en la cocina de Anna—. No tengo problemas, Anna.

«Pero algo te preocupa», pensó ella, y lo dejó pasar por el momento.

—Voy a abrir una buena botella de blanco italiano. Nos tomaremos una copa y así me cuentas todas las cosas maravillosas que has estado haciendo. Parece que han pasado años desde que nos vimos por última vez.

Seth cerró el frigo y se volvió hacia ella.

—Siento no haber podido volver para Navidad.

—Cariño, nos hicimos cargo. Tenías una exposición en enero. Todos nos sentimos tan orgullosos de ti... Cam debió de comprar como cien copias del número de la revista del *Smithsonian* en el que te dedicaban un artículo. El joven artista estadounidense que ha seducido a Europa.

Seth se encogió de hombros con un gesto tan innato de los Quinn que Anna sonrió.

—Venga, siéntate.

—Vale, me siento, pero casi prefiero que me cuentes tú. ¿Cómo está todo el mundo? ¿En qué andan? Empieza por ti.

—Bueno. —Terminó de descorchar la botella y sacó dos vasos—. Últimamente me dedico al trabajo administrativo más que al seguimiento de casos concretos. El trabajo social requiere mucho papeleo, pero no resulta tan gratificante. Entre eso y tener dos adolescentes en casa, no queda tiempo para aburrirse. El astillero sigue prosperando.

Se sentó y le tendió a Seth su vaso.

—Aubrey trabaja allí.

—¿En serio? —Pensar en ella, la chica que era más hermana suya que cualquier pariente de sangre, le hizo sonreír—. ¿Qué tal le va?

—Estupendamente. Es guapa, lista, testaruda y, según Cam, un genio con la madera. Creo que Grace se sintió un poco decepcionada cuando no quiso dedicarse a la danza, pero se hace difícil discutir cuando ves a una hija tuya tan feliz. Y la otra hija de Grace y Ethan, Emily, ha seguido los pasos de su madre en ese aspecto.

—¿Sigue con la idea de irse a Nueva York a finales de agosto?

—Una oportunidad de bailar con la Compañía Norteamericana de Ballet no se presenta todos los días. Va a aprovecharla y se ha jurado llegar a bailarina solista antes de cumplir los veinte años. Deke sale a su padre, es sereno, inteligente y cuando se siente más feliz es al estar en el agua. Cariño, ¿quieres algo para picar?

—No. —Seth extendió una mano hasta cubrir las de Anna

—Sigue.

—Vale. Phillip sigue siendo el gurú de marketing y publicidad del negocio. Creo que nadie pensaba, ni siquiera él mismo, que llegaría a dejar el estudio de publicidad y la vida en Baltimore para instalarse en St. Chris. Pero ya han pasado, cuántos, catorce años, así que no creo que podamos llamarlo un capricho. Claro que Sybill y él mantienen el apartamento de Nueva York. Ella está trabajando en un nuevo libro.

—Sí, hablé con ella. —Le acarició la cabeza al perro con el pie—. Me contó algo sobre la evolución de la comunidad en el ciberespacio. Sybill es algo serio. ¿Y qué tal los chicos?

—Locos, como cualquier adolescente que se precie. La semana pasada Bram estaba perdidamente enamorado de una chica llamada Chloe. Tal vez ya se le haya pasado. Los intereses de Fiona se dividen entre los chicos y las compras. Pero bueno, tiene catorce años, así que es lo natural.

—Catorce años, joder. Cuando me fui a Europa, aún no había cumplido los diez. Incluso habiéndoles visto de vez en cuando en los últimos años, no me parece..., no me parece posible que Kevin tenga el carné de conducir y que Aub se dedique a construir barcos. Y Bram anda ya

detrás de las chicas. Me acuerdo... —Se interrumpió y agitó la cabeza.

—¿De qué?

—Me acuerdo de cuando Grace estaba embarazada de Emily. Era la primera vez que yo veía a alguien que iba a tener un bebé, bueno, alguien que deseaba tenerlo. Parece que hubiera sucedido hace cinco minutos y de pronto Emily se va a Nueva York. ¿Cómo pueden haber pasado dieciocho años, Anna, y sin embargo tú sigues igual que siempre?

—Ay, ¡cómo te he echado de menos! —Anna se rió y le apretó la mano.

—Yo también os he echado de menos. A todos.

—Eso se puede arreglar. Reuniremos a todo el mundo el domingo y haremos una gran fiesta ruidosa de bienvenida al estilo Quinn. ¿Qué te parece?

—Mejor, imposible.

El perro ladró y luego salió corriendo de debajo de la mesa hacia la puerta delantera.

—Es Cameron —dijo Anna—. Sal a verlo.

Seth cruzó la casa como lo había hecho tan a menudo. Abrió la puerta mosquitera, como lo había hecho tan a menudo. Y contempló al hombre que estaba en el jardín delantero, peleando con el perro por un nudo de cuerda.

Seguía siendo alto, mantenía su constitución de velocista. En su pelo había brillos de gris. Llevaba las mangas de la camisa de trabajo subidas hasta los codos y los vaqueros estaban blancos en los puntos de roce. Llevaba gafas de sol y unas zapatillas Nike muy gastadas.

A los cincuenta, Cameron Quinn seguía teniendo aspecto de pendeñero.

En lugar de saludarlo, Seth dejó que la mosquitera se cerrara de golpe a sus espaldas. Cameron alzó la vista y la única señal de sorpresa fue que sus dedos dejaron escapar la cuerda.

Lanzaron entre ellos mil palabras sin un sonido. Un millón de sentimientos e innumerables recuerdos. Sin decir nada, Seth bajó los escalones mientras Cameron cruzaba el césped, hasta colocarse el uno frente al otro.

—Espero que ese cacharro del sendero sea alquilado—comenzó Cam.

—Pues sí. Es lo mejor que he podido conseguir al llegar sin avisar. Pensaba devolverlo mañana y luego usar el Corvette durante una temporada.

La sonrisa de Cameron era afilada como una navaja.

—Ni lo sueñes, colega. Ni lo sueñes.

—No tiene sentido que esté ahí estropeándose sin que nadie lo use.

—Menos sentido tiene que un pintor de medio pelo con delirios de grandeza se ponga al volante de una belleza así.

—Oye, que fuiste tú quien me enseñó a conducir.

—Lo intenté. Una anciana de noventa años con el brazo roto manejaría un vehículo de cinco velocidades mejor que tú. —Hizo un signo con la cabeza hacia el coche alquilado de Seth—. Esa vergüenza que hay en mi sendero no me da la sensación de que hayas mejorado en ese aspecto.

Con aire orondo, Seth se balanceó sobre los talones.

—Hice una prueba con un Maserati hace un par de meses.

Las cejas de Cam se dispararon hacia arriba.

—¡Anda ya!

—Conseguí ponerlo a doscientos cuarenta por hora. Me cagué de miedo.

Cam se rió y le dio a Seth un cariñoso puñetazo en el brazo. Luego suspiró.

—¡Qué cabrón! ¡Qué cabrón! —repitió, mientras arrastraba a Seth a un estrecho abrazo—. ¿Por qué demonios no nos has dicho que volvías a casa?

—Lo pensé de repente —comenzó Seth—. Deseaba estar aquí, es más, necesitaba estar aquí.

—Vale. ¿Ya está Anna quemando las líneas telefónicas, contándole a todo el mundo que vamos a matar el ternero cebado?

—Seguramente. Ha comentado que nos comeremos el ternero el domingo.

—Muy bien. ¿Te has instalado ya?

—No. Tengo las cosas en el coche.

—No llames coche a esa mierda. Anda, vamos a sacarlas.

—Cam. —Seth alzó el brazo para tocar el de su hermano—. Quiero volver a casa. No para unos días o un par de semanas. Quiero quedarme. ¿Puedo quedarme?

Cam se quitó las gafas, y sus ojos, color gris humo, se encontraron con los de Seth.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa para que creas que tienes que preguntarme una cosa así? ¿Quieres que me cabree?

—Contigo no hace falta intentarlo. En cualquier caso, arrimaré el hombro.

—Tú siempre has hecho lo que te correspondía. Y hemos echado de menos ver tu fea cara por aquí.

Y ésa, pensó Seth mientras se acercaban al coche, era toda la bienvenida que necesitaba de Cameron Quinn.

Habían conservado su habitación. A lo largo de los años había cambiado, un color distinto en las paredes, una alfombra nueva en el suelo. Pero la cama era la misma en la que había dormido, en la que había soñado, en la que había despertado.

La misma cama en la que, cuando era un niño, había metido a hurtadillas a *Tonto*.

La cama en la que había metido a hurtadillas a Alice Albert cuando creyó que era un hombre.

Se imaginaba que Cam sabía lo de *Tonto* y a menudo se había preguntado si sabría lo de Alice.

Soltó la maleta descuidadamente sobre la cama y colocó su usada caja de pinturas, la que Sybill le regaló al cumplir once años, en la mesa de trabajo que Ethan le había hecho.

«Tendría que encontrar un estudio», pensó. En algún momento. Mientras el tiempo siguiera siendo bueno, podía trabajar al aire libre. Lo prefería. Pero necesitaba un sitio para almacenar sus lienzos, su equipo. Tal vez hubiera sitio en el viejo granero que albergaba el astillero, pero, a largo plazo, no era una buena solución.

Y él deseaba que aquello fuera definitivo.

Por el momento ya bastaba de viajes, había vivido entre extraños lo suficiente para toda la vida.

En su momento, sintió la necesidad de irse y de luchar por sí mismo. Tenía que aprender. Y por Dios bendito, tenía que pintar.

Así que estudió en Florencia y trabajó en París. Deambuló por las colinas de Irlanda y de Escocia, y recorrió los acantilados de Cornualles.

La mayor parte del tiempo vivió con muy poco. Cuando tuvo que elegir entre comer y pintar, pasó hambre.

Ya había pasado hambre antes. Le vino bien recordar lo que era no tener a nadie que se preocupara de que estaba alimentado, seguro y abrigado.

Imaginaba que era el Quinn que llevaba dentro quien le hizo empeñarse en abrirse camino por sí mismo.

Sacó su cuaderno de dibujo, colocó los carboncillos y los lápices. Pasaría algún tiempo volviendo a lo básico de su trabajo, antes de tomar de nuevo los pinceles.

Las paredes de su cuarto mostraban algunos de sus primeros dibujos. Cam le había enseñado a hacer marcos en el astillero con una ingleteadora vieja. Seth descolgó uno de los dibujos para observarlo. Se apreciaba cierta promesa de talento, pensó, en las líneas indisciplinadas y ásperas.

Pero, por encima de todo, mostraba la promesa de una vida.

Los había captado bastante bien, concluyó. Cam, con los pulgares en los bolsillos, adoptando una postura agresiva. Luego Phillip, sofisticado, con una elegancia que casi conseguía disimular la sabiduría callejera. Ethan, con su ropa de trabajo, paciente, firme como una secoya.

Se había incluido a sí mismo en el dibujo. «Seth a los diez años», pensó. Delgado, de hombros estrechos y pies grandes, con la barbilla erguida para enmascarar algo más doloroso que el miedo.

Ese algo era esperanza.

Un momento vital, pensó en aquel instante, captado con un lápiz de grafito. Al plasmarlo, había empezado a creer, a creer desde las entrañas, que era uno de ellos.

Un Quinn.

—Si te metes con uno de los Quinn —murmuró mientras volvía a colgar el dibujo en la pared—, te metes con todos ellos.

Se volvió, miró el equipaje y se preguntó si podría camelar a Anna para que se lo deshiciera.

Ni de coña.

—Hola.

Alzó la mirada hacia la puerta y sonrió al ver a Kevin. Si tenía que andar revolviendo con la ropa, por lo menos tendría compañía.

—Hola, Kev.

—¿Así que esta vez vas a quedarte? ¿Para siempre?

—Eso parece.

—Guay.

Kevin se adentró en el cuarto, se tumbó en la cama y puso los pies sobre una de las maletas.

—Mamá está como unas castañuelas. Y aquí, si mamá está contenta, todo el mundo está contento. A lo mejor consigo que me deje usar su coche este fin de semana.

—Me alegra serte útil. —Apartó los pies de Kevin de la maleta y abrió la cremallera.

Se parecía a su madre, pensó Seth. Moreno, con el pelo rizado, grandes ojos italianos. Seth se imaginaba que las chicas andaban ya loquitas por él.

—¿Qué tal la obra?

—Mola. Mola mogollón. *West Side Story*. Yo hago de Tony. Cuando eres un Jet, tío.

—Nunca dejas de ser un Jet. —Seth metió camisetas al azar en un cajón—. Te matan, ¿no?

—Sí. —Kevin se tocó el corazón y se estremeció, con el rostro lleno de dolor y de éxtasis. Luego se dejó caer—. Es guay, y antes de lo de la muerte, tenemos una escena acojonante de lucha. El estreno es la semana que viene. Vas a venir, ¿verdad?

—Estaré en mitad de la primera fila, tío.

—Échale un vistazo a Lisa Maxdon, que hace de María. Está buenísima. Tenemos un par de escenas de amor. Hemos practicado mucho —añadió con un guiño.

—Todo por el arte.

—Eso. —Kevin se incorporó un poco—. Bueno, y háblame de las titis europeas. Están para comérselas, ¿no?

—No hay mejor modo de darse un atracón. Había una chica en Roma, Anna—Theresa.

—Una chica con dos nombres. —Kevin sacudió dos dedos como si los hubiera acercado demasiado a una llama—. Las chicas con dos nombres son de lo más sexy.

—Dímelo a mí. Trabajaba en una pequeña *trattoria*. Y la forma en que servía la pasta al *pomodoro* era sencillamente asombrosa.

—¿Y qué? ¿Ligaste?

Seth dirigió a Kevin una mirada compasiva.

—Por favor, ¿con quién te crees que estás hablando? —Metió unos vaqueros en otro cajón—. El pelo le llegaba hasta el culo, y qué buen culo tenía. Unos ojos como el chocolate fundido y una boca que no se cansaba nunca.

—¿La dibujaste desnuda?

—Le hice como una docena de bocetos. Se le daba muy bien posar. Totalmente relajada, sin inhibiciones.

—Tío, me estás matando.

—Y tenía la más asombrosa... —Seth hizo una pausa, alzando las manos hasta el pecho para hacer una demostración—. Personalidad —dijo, dejando caer las manos—. Hola, Anna.

—¿Hablando de arte? —comentó ella con sequedad—. Qué bien que compartas algunas de tus experiencias culturales con Kevin.

—Ah, bueno. —La sonrisa asesina que ella le dirigía en aquel momento siempre había conseguido que su lengua se paralizara. Sin tratar de usarla, recurrió a una sonrisa inocente.

—Pero la sesión de arte y cultura de esta noche se ha acabado. Kevin, creo que tienes deberes.

—Sí, ahora mismo me pongo a hacerlos.

Viendo su trabajo de historia como una válvula de escape, Kevin salió disparado.

Anna entró en el cuarto.

—¿Tú crees —preguntó de forma apacible—, que a la joven en cuestión le gustaría verse reducida a unos pechos?

—Bueno..., también he hablado de sus ojos. Eran casi tan hermosos como los tuyos.

Anna sacó una camisa del cajón abierto y la dobló pulcramente.

—¿Crees que eso te va a funcionar conmigo?

—No, pero puede que funcione el pedir clemencia. Por favor, no me hagas daño. Acabo de volver a casa.

Ella sacó otra camisa y la dobló.

—Kevin tiene dieciséis años y soy perfectamente consciente de que lo que más le interesa en este momento son los pechos desnudos y su ferviente deseo de tocar el mayor número posible.

Seth hizo una mueca.

—Joder, Anna.

—También soy consciente —continuó ella sin perder comba— de que esta predilección, aunque es de esperar que se vaya haciendo más civilizada y más controlada, persiste profundamente en el macho de la especie a lo largo de su vida natural.

—Oye, ¿quieres ver algunos de mis bocetos de paisajes de la Toscana?

—Estoy rodeada por todos vosotros. —Con un pequeño suspiro, sacó otra camisa—. Estoy en minoría, y lo he estado desde que entré en esta casa. Eso no significa que no pueda machacaros las cabezas a todos cuando haga falta. ¿Está claro?

—Sí, señora.

—Muy bien. Ahora muéstrame tus paisajes.

Más tarde, cuando la casa estaba en silencio y la luna se alzaba sobre el agua, Anna encontró a Cam en el porche trasero. Salió y se acercó a él.

Cam la envolvió con su brazo, frotándole el hombro para abrigo de la noche.

—¿Ya has acostado a todos?

—A eso me dedico. Hace fresco hoy. —Alzó la mirada hacia el cielo y los puntos acerados de estrellas—. Espero que siga despejado para el domingo. —Luego sencillamente hundió el rostro en el pecho de su esposo—. Ay, Cam.

—Lo sé. —Le acarició el cabello con una mano, mientras frotaba la mejilla contra él.

—Verlo sentado en la mesa de la cocina. Verlo luchar con Jake y con ese perro tonto. Incluso oírle hablar con Kevin de mujeres desnudas...

—¿Qué mujeres desnudas?

Ella se echó a reír, se sacudió el cabello y lo miró.

—Nadie a quien conozcas. Cómo me gusta que esté de vuelta en casa.

—Ya te dije que volvería. Los Quinn siempre vuelven al nido.

—Supongo que tienes razón. —Le besó, y fue una larga y cálida reunión de labios—. ¿Por qué no subimos? —Deslizó sus manos hacia abajo y le dio un sugerente apretón en el culo—. Así te acuesto a ti también.

2

—Levanta y tira de la manta, colega, que esto no es un albergue para indigentes.

La voz y el tono de sádico regocijo hicieron que Seth emitiera un gemido. Se dio la vuelta sobre el estómago y se puso la almohada encima de la cabeza.

—Vete. Venga, vete muy lejos.

—Si crees que te vas a pasar el día aquí durmiendo hasta las doce, lo tienes claro. —Con placer, Cam tiró de la almohada—. ¡Arriba!

Seth abrió un ojo y lo puso en blanco hasta que enfocó el reloj de la mesilla. Aún no eran las siete. Volvió el rostro hacia el colchón y musitó una sugerencia vulgar en italiano.

—Si crees que llevo todos estos años viviendo con la Spinelli y no sé que lo que acabas de decir significa «Vete a tomar por el culo», es que además de perezoso eres gilipollas.

Para resolver el problema, Cam apartó las sábanas de un tirón, agarró a Seth de los tobillos y tiró de él hasta dejarlo en el suelo.

—Joder. ¡Joder! —Desnudo, con el codo dolorido porque se había dado con la mesilla, Seth miró a su acosador—. Pero ¿a ti qué cojones te pasa? Éste es mi cuarto, y mi cama, y estoy tratando de dormir en ella.

—Ponte un poco de ropa. Tengo una tarea para ti en la parte de atrás.

—Maldita sea, podrías darle veinticuatro horas a un tío antes de ensañarte con él.

—Mira, chaval, empecé a ensañarme contigo cuando tenías diez años y aún no ando ni siquiera cerca de haber terminado. Tengo trabajo, así que muévete.

—Cam. —Anna apareció en el umbral, con las manos en las caderas—. Te he dicho que le despertaras, no que le dieras una paliza.

—Joder. —Mortificado, Seth le arrebató a Cam la sábana de las manos y se la envolvió en torno a la cintura—. Joder, Anna, que estoy desnudo.

—Pues vístete —sugirió, y se fue.

—En la parte de atrás —le dijo Cam mientras salía del cuarto—. Dentro de cinco minutos.

—Vale, vale.

Había cosas que no cambiaban nunca, pensó Seth mientras tiraba de unos vaqueros. Podría vivir en aquella casa hasta los sesenta años y Cam seguiría sacándole de la cama como si tuviera doce.

Agarró lo que quedaba de una sudadera de la Universidad de Maryland y se la metió por la cabeza mientras salía del cuarto.

Como no hubiera café, caliente y recién hecho, alguien iba a pagar gravemente por ello.

—¡Mamá! No encuentro mis zapatos.

Seth miró hacia el cuarto de Jake mientras se dirigía a las escaleras.

—Están aquí abajo —gritó Anna—. En mitad del suelo de mi cocina, que no es donde deben estar.

—No ésos. Jo, mamá. Los otros.

—Prueba a buscarlos en tu culo —llegó la sugerencia cuidadosamente modulada desde el cuarto de Kevin—. La cabeza ya la tienes allí.

—Tú sí que no tienes problemas para encontrar tu culo —se oyó la respuesta siseada—. Lo llevas justo encima de los hombros.

Estas dinámicas tan familiares habrían hecho sonreír a Seth, pero no eran ni las siete de la mañana. Y el codo le dolía un montón. Y no había recibido ni una dosis de cafeína.

—Ni el uno ni el otro podríais encontraros el culo aunque usarais vuestras propias manos —gruñó, mientras bajaba las escaleras con aire irritado.

—¿Qué coño le pasa a Cam? —preguntó a Anna cuando entró en la cocina—. ¿Hay café? ¿Por qué todo el mundo se levanta gritando en esta casa?

—Cam te necesita fuera. Sí, queda media cafetera y todo el mundo se levanta gritando porque así es como nos gusta saludar al día. —Sirvió café en una taza blanca—. El desayuno es cosa tuya. Tengo una reunión a primera hora. No te enfades, Seth. Traeré helado.

El día comenzó a tener un aspecto algo más optimista.

—¿Rocky Road?

—Por supuesto. ¡Jake! Llévate estos zapatos de mi cocina antes de que se los dé al perro para que se los coma. Sal, Seth, o vas a estropear el estupendo humor de Cam.

—Sí, estaba de lo más animado cuando me ha sacado de la cama a tirones. —Resentido, Seth salió por la puerta de la cocina.

Allí estaban, casi como él les había dibujado hacía tantos años. Cam, con los pulgares en los bolsillos, Phillip, todo elegante, de traje, Ethan, con una gastada gorra de béisbol sobre el cabello despeinado.

Seth se tragó el café y el corazón, que se le había ¡subido a la garganta.

—¿Y para esto me sacas de la cama?

—El mismo pico de oro de siempre. —Phillip le agarró y le dio un abrazo. Sus ojos, de un tono similar al dorado rojizo del cabello, se deslizaron por la gastada sudadera y los vaqueros—. Pero por Dios, chaval, ¿es que no te he enseñado nada? —Con un gesto negativo de cabeza, cogió entre los dedos la manga de un gris apagado—. Obviamente no has aprendido nada en Italia.

—No es más que ropa, Phil. Sólo te la pones para no pasar frío o para que no te arresten.

Con una mueca de dolor, Phillip se apartó.

—¿En qué me he equivocado?.

—A mí me parece bien. Sigue estando un poco flacucho. ¿Y esto qué es? —Ethan tiró del pelo de Seth—. Largo como el de las chicas.

—Anoche lo llevaba en una linda coleta —le dijo Cam—. Le quedaba de lo más coqueto.

—Que te den —dijo Seth, riendo.

—Tenemos que comprarte una bonita cinta rosa —dijo Ethan riendo, mientras agarraba a Seth para darle un abrazo de oso.

Phillip le quitó a Seth la taza de la mano y le dio un trago.

—Hemos pensado venir a echarte un vistazo antes del domingo.

—Me encanta veros. De verdad. —Seth lanzó una mirada a Cam—. Me podías haber dicho que estaban todos aquí, en lugar de sacarme de la cama a tirones.

—Así tiene más gracia. Bueno. —Cam se balanceó sobre los talones.

—Bueno —repitió Phillip, y dejó la taza en la barandilla del porche.

—Bueno.

Ethan le dio otro tirón al pelo de Seth y luego le agarró del brazo con fuerza.

—¿Qué?

Cam se limitó a sonreír y le agarró del otro brazo. A Seth no le hizo falta verles el brillo de los ojos para comprender.

—Venga ya. Estáis de broma, ¿no?

—Hay que hacerlo. —Antes de que Seth pudiera luchar para defenderse, Phillip le cogió por las piernas—. Ni que tuvieras que preocuparte porque se te moje ese conjunto tan elegante.

—Dejadme. —Seth se revolvió y trató de dar puntapiés mientras le bajaban del porche—. Lo digo en serio. Esa agua está fría de cojones.

—Seguro que se hunde como una piedra —dijo Ethan con suavidad, mientras le llevaban hacia el embarcadero—. Parece que con la vida en Europa se ha vuelto un flojo.

—Flojo, y una mierda. —Luchó contra ellos y luchó por no reírse—. Hacen falta tres como vosotros para poder conmigo. Un puñado de viejos debiluchos —se burló. «Con músculos de acero», pensó.

Aquella observación hizo que Phillip alzara las cejas.

—¿A qué distancia creéis que podemos lanzarlo?

—Probemos. A la de una —anunció Cam, mientras le balanceaban sobre el embarcadero.

—Os mataré.

Entre risas y juramentos, Seth se revolvió como un pez.

—A la de dos —dijo Phillip con una sonrisa—. Más vale que no gastes saliva, chaval.

—A la de tres. Bienvenido a casa, Seth —dijo Ethan mientras los tres le lanzaban al aire.

Llevaba razón. El agua estaba helada. Le dejó sin ese aliento que no se había molestado en guardar, le heló hasta los huesos. Cuando volvió a la superficie, escupiendo, sacudiéndose el pelo, oyó a sus hermanos gritar de alegría, los vio colocados juntos en fila sobre el muelle con el primer sol luciendo sobre ellos y la vieja casa blanca a sus espaldas.

«Me llamo Seth Quinn», pensó. Y estoy en casa.

El chapuzón mañanero consiguió en gran medida acabar con la fatiga horaria. Ya que estaba

levantado, Seth decidió que más le valía hacer cosas. Volvió en coche a Baltimore, devolvió el vehículo alquilado y, tras un considerable regateo en un concesionario, cuando volvió a la Orilla, era el orgulloso propietario de un potente Jaguar descapotable color plata.

Sabía que un vehículo así pedía a gritos: «¡Oficial, póngame una multa por exceso de velocidad!». Pero no pudo resistirse.

Vender su arte era una espada de doble filo. Se le partía el corazón cada vez que tenía que separarse de un cuadro, pero se vendían muy bien y más le valía recoger parte de los beneficios.

Sus hermanos, pensó satisfecho, se iban a poner verdes cuando le echaran un vistazo a su nuevo vehículo.

A medida que entraba en St. Chris, redujo la velocidad. La pequeña ciudad costera, con sus abigarrados muelles y sus calles tranquilas, era otro cuadro para él, y la había recreado innumerables veces, desde miles de ángulos distintos.

La calle del Mercado, con sus tiendas y restaurantes, corría paralela a los muelles, donde los limpiadores de cangrejos seguían montando sus mesas los fines de semana para trabajar ante los turistas. Aquí traían sus capturas cada día los mariscadores como Ethan.

La ciudad se extendía con sus viejas casas victorianas y sus casitas de madera al abrigo de árboles frondosos. Los jardines estaban bien cuidados. Lo limpio, lo pintoresco, lo histórico atraía a los turistas, que se daban una vuelta por las tiendas, comían en los restaurantes y se alojaban cómodamente en alguno de los hostales durante un fin de semana relajante en la Orilla.

La gente de la localidad había aprendido a vivir con ellos, como había aprendido a soportar las galernas que soplaban desde el Atlántico y las sequías que calcinaban sus campos de soja. Igual que había aprendido a vivir con la caprichosa Bahía y sus cada vez más escasos tesoros.

Pasó por Crawford y pensó en bocadillos deshechos, cucuruchos de helado que se derretía y cotilleo local.

Por aquellas calles había montado en bici y había hecho carreras con Danny y Will McLean. Y con ellos se había dado vueltas en el Chevy de segunda mano que había reparado con Cam el verano en que cumplía los dieciséis.

Y se había sentado, siendo hombre y siendo niño, en una de las mesas con sombrilla, mientras la ciudad se apresuraba a su alrededor, tratando de captar qué poseía aquel punto concreto del planeta que para él brillaba con tanta intensidad.

No estaba seguro de haberlo captado nunca, ni de poder hacerlo.

Dejó el coche aparcado para poder bajar al muelle caminando. Quería observar la luz, las sombras, los colores y las formas, deseando que se le hubiera ocurrido traer un cuaderno de dibujo.

Le asombraba, constantemente, cuánta belleza había en el mundo. Cómo cambiaba y evolucionaba, incluso mientras estaba mirando. La forma en que el sol golpeaba el agua en un instante concreto, cómo se extendía por ella o hacía un guiño escondiéndose tras una nube.

O aquello, pensó, la curva de la mejilla de esa niña cuando alzaba el rostro para mirar a una gaviota. La forma en que la risa le moldeaba la boca o la manera en que sus dedos se entrelazaban con los de su madre con absoluta confianza.

Allí había poder.

Se quedó mirando un pequeño barco que se dirigía al agua profunda, y cómo las velas se hincharon al ganar el viento.

Quería volver a estar en el agua, pensó. Quería ser parte de aquello. Tal vez reclutaría a la fuerza a Aubrey durante unas cuantas horas. Tenía un par de cosas que hacer primero, pero luego se pasaría por el astillero a ver si la podía secuestrar.

Observando la calle, se fue acercando a su coche. Un letrero pintado en una tienda le llamó la atención. Bud and Bloom, leyó. Una floristería. Aquello era nuevo. Se acercó caminando, mientras miraba las alegres macetas que colgaban a ambos lados del escaparate, lleno de plantas y de lo que le parecían objetos decorativos. Ingeniosos, no obstante, pensó Seth al darse cuenta de lo graciosa que era la vaca con manchas negras a la que le crecían pensamientos en el lomo.

En la esquina inferior derecha del escaparate, escrito con la misma caligrafía ornamental, decía: *Drusilla Whitcomb Banks, propietaria*.

No le sonaba el nombre y, puesto que el letrero pintado le informó de que la tienda se había

abierto en septiembre del año anterior, se imaginó a una viuda maniática, tirando a mayor, con el cabello blanco, supuso, un vestido ñoño almidonado, con un estampado de flores a juego con unos zapatos para pies delicados y gafas para la vista cansada que llevaría en una cadena de oro colgada en tomo al cuello.

Seguro que solía venir con su marido a St. Chris para pasar largos fines de semana y, cuando él murió, se encontró con demasiado dinero y tiempo en las manos. Así que sí; trasladó aquí y abrió su pequeña floristería para poder estar en un lugar donde habían disfrutado juntos, al tiempo que hacía algo que había deseado en secreto durante años.

Esta historia hizo que le cayera bien la señora Whitcomb Banks y su selecta gata, tenía que tener una gata a la fuerza, una gata llamada *Ernestina*.

Decidió hacerlas felices, a ella y a las numerosas mujeres de su vida. Pensando en flores, abrió la puerta de la tienda con el sonido tintineante de una campanilla.

La propietaria, pensó, tenía ojo de artista. No eran sólo las flores; después de todo, éstas no eran más que el material. Había embadurnado, esparcido y salpicado sus pinturas muy bien. Los colores fluían, las formas se mezclaban, las texturas contrastaban en el lienzo de su tienda. Estaba ordenada, como él esperaba, pero no de forma rígida ni fría.

Por los años que había vivido con Anna, sabía lo suficiente de flores para admirar la forma tan inteligente en que había emparejado las gerberas de color rosa intenso con la espuela de caballero azul fuerte, los lirios blanco nieve con la elegancia de las rosas rojas. Mezclados con estas pinceladas de color estaban los abanicos, agujas y lenguas de verde.

Y de nuevo, lo caprichoso seducía. Cerditos de hierro forjado, ranas que tocaban la flauta, gárgolas de gesto malvado.

Había tiestos y floreros, cintas y encaje, platos de hierbas poco profundos y fértiles plantas caseras. Le dio la impresión de un buen número de cosas dispuestas de modo astuto en un espacio reducido y muy bien aprovechado.

Sobre todo ello se oían las notas encantadas de *L'après-midi d'un faune*. «Enhorabuena, señora Whitcomb Banks», pensó, y se preparó para efectuar un gasto generoso.

La mujer que salió por la puerta de detrás del largo mostrador no se correspondía con la imagen que Seth había creado de la ingeniosa viuda, pero claramente parecía salir de un jardín encantado.

Le concedió a la viuda puntos extra por contratar a alguien que sugería a los hombres hadas y princesas hechizadas.

—¿Puedo servirle en algo?

—Ah, sí.

Seth se acercó al mostrador y se limitó a mirarla.

Alta, esbelta y limpia como una rosa, pensó. Su pelo era negro auténtico y estaba cortado siguiendo estrechamente el bello contorno de la cabeza, al tiempo que dejaba al descubierto la elegante línea del cuello. Era un corte que requería no poca valentía femenina y confianza en sí misma.

Le dejaba el rostro completamente al descubierto, con lo que el marfil delicado de su tez formaba un lienzo oval perfecto. Los dioses estaban de buen humor el día que la crearon, y le habían dibujado grandes ojos almendrados color verde musgo, a los que habían añadido una nube ámbar en torno a la pupila.

La nariz era pequeña y recta, la boca era grande, en proporción con los ojos, y los labios rellenos. Los llevaba pintados de un rosa oscuro y seductor.

La barbilla tenía un hoyuelo apenas perceptible, como si su creador la hubiera tocado con el dedo en señal de aprobación.

Iba a pintar aquel rostro, eso era incuestionable. Y el resto también. La vio tumbada sobre un lecho de pétalos de rosa rojos, con esos ojos de hada reluciendo con un poder soñador, y los labios ligeramente curvados, como si acabara de soñar con su amante.

Su sonrisa no se alteró mientras él la contemplaba, pero las alas oscuras de sus cejas se alzaron.

—¿Y en qué puedo servirle?

La voz sonaba bien, pensó él. Fuerte y delicada. No era del pueblo, concluyó.

—Podemos empezar con flores —le dijo—. Es una tienda estupenda.

—Gracias. ¿Qué tipo de flores tenía usted pensado?

—Ya llegaremos a eso.

Se inclinó sobre el mostrador. En St. Chris siempre había tiempo para un poco de charla.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Desde el principio. Si está pensando en el Día de la Madre, tengo unas preciosas...

—No, el Día de la Madre ya lo tengo controlado. No eres de por aquí. Es por el acento —explicó cuando las cejas volvieron a alzarse—. No de la Orilla. Tal vez del norte, no lejos.

—Muy listo. Soy de Washington.

—Ah, y el nombre de la tienda, Bud and Bloom, ¿es de Whistler?

La sorpresa y un toque de curiosidad aletearon en su rostro.

—Pues sí, la verdad. Es usted el primero que lo identifica.

—A uno de mis hermanos le encanta ese tipo de cosas. No recuerdo la cita exactamente. Algo sobre perfecta en el capullo como cuando la flor se abre.

—La obra maestra debería aparecer como la flor al pintor, perfecta en el capullo como cuando la flor se abre.

—Sí, eso es. Probablemente lo he reconocido porque yo me dedico a eso. Soy pintor.

—¿Ah, sí?

Se recordó a sí misma que debía ser paciente, que debía fluir con el ritmo. Parte del hecho de vivir en una ciudad pequeña consistía en las lentas e intrincadas conversaciones con extraños. Ya se había hecho una idea sobre él. La cara le sonaba vagamente y sus ojos, asombrosamente azules, mostraban su interés de un modo franco y directo. No se rebajaría a coquetear, desde luego no para hacer una venta, pero podía mostrarse cordial.

Había venido a St. Chris para ser cordial.

Como se figuró que pintaba casas, buscó mentalmente un ramo que se ajustara a su presupuesto.

—¿Trabaja por aquí?

—Ahora, sí. He estado fuera. ¿Trabajas aquí sola? —Echó una mirada a su alrededor, calculando la cantidad de trabajo que llevaría mantener el jardín que había creado—. ¿La propietaria no viene?

—Trabajo sola, por el momento. Y yo soy la propietaria.

Volvió la vista hacia ella y se echó a reír.

—Jo, ni siquiera me he acercado. Encantado de conocerte, Drusilla Whitcomb Banks. —Alargó una mano—. Me llamo Seth Quinn.

Seth Quinn. Ella le estrechó la mano de forma automática, y rápidamente se adaptó a la nueva situación. No era un rostro que hubiera visto por la calle, pensó, sino en una revista. No un pintor de brocha gorda, a pesar de los vaqueros viejos y la camisa gastada, sino un artista. El chico del pueblo que se había convertido en el favorito de Europa.

—Admiro su trabajo.

—Gracias. Y yo el tuyo. Y no te estoy dejando trabajar, pero voy a hacer que valga la pena. Tengo algunas damas a las que quiero impresionar. Puedes echarme una mano.

—¿Damas? ¿En plural?

—Sí. Tres. No, cuatro —se corrigió, acordándose de Aubrey.

—No sé cómo encuentra usted tiempo para pintar, señor Quinn.

—Tutéame. Me las apaño.

—Apuesto a que sí. —Cierta tipo de hombres siempre se las apaña—. ¿Flores, arreglos florales o plantas?

—Eh..., flores, en una caja bonita. Más romántico, ¿no? Déjame que piense. —Calculó el itinerario y el tiempo y decidió que primero se pasaría a ver a Sybill—. La primera es sofisticada, elegante, intelectual y práctica, pero por dentro es muy blanda. Supongo que rosas.

—Si quieres ser previsible.

Volvió la vista a Dru.

—Seamos imprevisibles.

—Un momento. Tengo algo en el almacén que puede que te guste.

«Ya hay algo aquí que me gusta», pensó mientras ella se volvía hacia la puerta trasera. Le dio una palmadita a su corazón.

Phillip, pensó Seth mientras paseaba por la tienda, aprobaría las líneas clásicas y limpias del traje color melocotón maduro que llevaba. Ethan, suponía, se preguntaría si podía echarle una mano con todo el trabajo que le debía de dar la tienda. Y Cam..., bueno, Cam le echaría una

larga mirada y sonreiría.

Seth imaginaba que él tenía partes de cada uno de los tres dentro de él.

Drusilla volvió con un ramo de flores exóticas y elegantes, de un cerúleo color berenjena.

—Calas —le dijo—. Elegantes, sencillas, con clase y, en este color, espectaculares.

—Has dado en el blanco.

Las colocó en un florero con forma de cono.

—¿La siguiente?

—Cálida, tradicional en el mejor sentido de la palabra. —Sólo pensar en Grace le hizo sonreír—. Sencilla del mismo modo. Dulce, pero no tonta, y con un núcleo de acero.

—Tulipanes —dijo ella, y se acercó a un armario refrigerado con la puerta transparente—. En este tono rosa delicado. Una flor serena que es más resistente de lo que parece —añadió, mientras se las acercaba para que las viera.

—Bingo. Se te da muy bien.

—Sí, es verdad. —Se estaba divirtiendo, no sólo por la venta, sino por el juego. Ésta era la razón por la que había abierto la tienda—. ¿La tercera?

Aubrey, pensó. ¿Cómo describir a Aubrey?

—Joven, espontánea, divertida. Dura y con una lealtad a toda prueba.

—Espera.

Con la imagen en su mente, Dru volvió al almacén. Y regresó con un ramo de girasoles, de caras tan anchas como unos platos de postre.

—Dios, son perfectas. Estás en el negocio apropiado, Drusilla.

Era el mejor de los piropos, pensó ella.

—No tiene sentido estar en el negocio equivocado. Y ya que estás a punto de batir mi récord de ventas, puedes llamarme Dru.

—Muy bonito.

—¿Y la cuarta afortunada?

—Audaz, bella, lista y sexy. Con un corazón como... —El corazón de Anna, pensó—. Con un corazón que no se puede describir. La mujer más asombrosa que he conocido.

—Y al parecer has conocido a unas cuantas. Un minuto.

De nuevo, fue a la trastienda. Seth estaba admirando los girasoles cuando Dru volvió con unos lirios asiáticos de un color escarlata triunfal.

—Oh, Dios, le van tan bien a Anna... —Levantó la mano para tocar uno de los pétalos color rojo intenso—. Tan bien. Acabas de convertirme en un héroe.

—Me alegra ser de utilidad. Las pondré en cajas y les ataré cintas a juego con los colores de las flores. ¿Podrás distinguirlas?

—Creo que me las arreglaré.

—Las tarjetas están incluidas. Puedes elegir las que te gusten del expositor del rincón.

—No las necesito.

La observó mientras ajustaba esponjitas empapadas de agua en el extremo de los tallos. Notó que no llevaba alianza. La habría pintado en cualquier caso, pero, si hubiera estado casada, eso habría puesto freno al resto de sus planes.

—Y tú, ¿qué flor eres?

Le lanzó una mirada mientras disponía las primeras flores en una caja blanca forrada de papel de seda.

—Todas. Me gusta la variedad. —Ató un lazo de color morado intenso en torno a la primera caja—. Parece que a ti también.

—Me da un poco de pena destruir la ilusión de que tengo un harén. Hermanas —dijo, señalando las flores—. Aunque los girasoles son para una sobrina, prima, hermana. El parentesco exacto es un poco borroso.

—Mmm.

—Las esposas de mis hermanos —explicó—. Y la hija mayor de uno de ellos. He supuesto que debía dejarlo claro, puesto que voy a pintarte.

—¿Ah, sí? —Ató la segunda caja con una cinta rosa bordeada de encaje blanco—. ¿De veras?

Seth sacó la tarjeta de crédito y la dejó en el mostrador mientras ella trabajaba con los girasoles.

—Estás pensando que sólo busco verte desnuda y yo no tendría ninguna objeción a eso.

Ella sacó cinta dorada del rollo.

—¿Por qué habrías de tenerla?

—Exacto. Pero ¿por qué no comenzamos con tu rostro? Es un buen rostro. De veras, me encanta la forma de tu cabeza.

Por vez primera, sus dedos vacilaron un instante. Riéndose a medias, se detuvo para volver a mirarlo.

—¿La forma de mi cabeza?

—Sí. A ti te gusta también, o no llevarías el pelo de ese modo. Supone una afirmación poderosa con una gran sencillez.

Ella ató el lazo.

—Se te da muy bien definir a una mujer con unas cuantas frases concisas.

—Me gustan las mujeres.

—Ya lo había deducido—. Mientras terminaba con los lirios rojos, entraron un par de clientes y se pusieron a curiosear.

Muy oportuno, pensó Dru. Era hora de terminar con el artístico señor Quinn.

—Me siento halagada de que admires la forma de mi cabeza. —Tomó la tarjeta de crédito y registró la venta—. Y me halaga que alguien de tu talento y reputación desee pintarme. Pero el negocio me mantiene muy ocupada y sin demasiado tiempo libre. Y con el poco que me queda, soy extremadamente egoísta.

Le dijo el total y le pasó el ticket para que lo firmara.

—Cierras a las seis todos los días y no abres los domingos.

Debería haberse sentido irritada, pensó, pero en realidad se sentía intrigada.

—No se te pasa ni una, ¿no?

—Cualquier detalle importa.

Tras firmar el ticket, sacó una de las tarjetas de regalo y le dio la vuelta para mostrar la parte en blanco.

Dibujó un rápido esbozo de su rostro como si fuera una flor con un tallo largo, luego añadió el número de teléfono de casa antes de firmar.

—Por si cambias de opinión —dijo, ofreciéndosela.

Ella observó la tarjeta y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Podría vender esto en e—Bay por una buena suma.

—Tienes demasiada clase para eso. —Apiló las cajas y las cogió—. Gracias por las flores.

—De nada. —Salió de detrás del mostrador para abrirle la puerta—. Espero que les gusten a tus... hermanas.

—Seguro. —Le lanzó una última mirada por encima del hombro—. Volveré.

—Aquí estaré.

Guardándose el boceto en el bolsillo, cerró la puerta.

Le encantó ver a Sybill, y pasar una hora a solas con ella. Y observar el placer que le produjo colocar las flores en un florero alto y transparente.

Eran perfectas para ella, concluyó, igual que le iba perfectamente la casa que Phillip y ella habían comprado y rehabilitado, la enorme mansión victoriana con todos sus detalles estilizados.

A lo largo de los años se había cambiado el corte de pelo, pero en aquel momento lo volvía a llevar como a él mas le gustaba, en una melena lustrosa que caía casi hasta los hombros con toda la intensidad de color de un costoso abrigo de visón.

Para trabajar en casa, no se había molestado en pintarse los labios y llevaba una sencilla camisa blanca muy planchada con pantalones negros hechos a medida, lo que Seth suponía que ella consideraba ropa informal.

Era madre de dos niños muy activos, además de ser sicóloga de profesión y escritora de éxito. Y tenía un aspecto, pensó Seth, totalmente sereno.

Tenía razones para saber que esa serenidad le había costado cara.

Ella creció en la misma casa que su madre. Medio hermanas que eran tan distintas como las dos caras de una moneda.

Dado que de sólo pensar en Gloria DeLauter se le atenazaba el estómago, Seth la apartó a un lado y se centró en Sybill.

—Cuando vinisteis a Roma hace unos meses Phillip, los chicos y tú, no creía que la próxima vez que nos viéramos sería aquí.

—Yo deseaba que volvieras. —Sirvió té helado en unos vasos—. Totalmente egoísta por mi parte, pero quería que regresaras. A veces, en medio de lo que estuviera haciendo, me detenía y pensaba: «Algo falta. ¿Qué falta? Ah, sí, Seth. Seth es lo que falta». Es una tontería.

—No, es dulce. —Le dio un apretón en la mano antes de coger el vaso que le había servido—. Gracias.

—Cuéntamelo todo —pidió ella.

Hablaron del trabajo de él y del de ella. De los chicos. De lo que había cambiado y de lo que permanecía igual.

Cuando se levantó para irse, ella le envolvió en sus brazos y le retuvo un minuto más.

—Gracias por las flores. Son maravillosas.

—Son de una nueva tienda preciosa que hay en la calle del Mercado. La dueña sabe lo que se hace. —Caminó con Sybill, de la mano, hacia la puerta—. ¿Has estado alguna vez?

—Una o dos veces. —Como le conocía, y muy bien, Sybill sonrió—. Es una mujer preciosa, ¿verdad?

—¿Quién? —Pero cuando Sybill se limitó a alzar la cabeza, él sonrió—. Me has pillado. Sí, tiene un rostro precioso. ¿Qué sabes de ella?

—La verdad es que nada. Se trasladó aquí el verano pasado, creo, y abrió la tienda en otoño. Creo que es de la zona de Washington. Me parece que mis padres conocen a algunos Whitcomb y a algunos Banks por allí. Tal vez sean parientes. —Se encogió de hombros—. No puedo decirlo a ciencia cierta, y mis padres y yo... tenemos mucho contacto últimamente.

Seth le tocó la mejilla.

—Lo siento.

—No lo sientas. Tienen dos nietos espectaculares a los que en gran parte ignoran. —«Como te han ignorado a ti», pensó—. Ellos se lo pierden.

—Tu madre nunca te ha perdonado que me dieras tu apoyo.

—Peor para ella. —Sybill habló de forma muy precisa mientras tomaba su rostro entre las manos—. Y yo salgo ganando. Y no te apoyé yo sola. Nadie hace nada a solas en esta familia.

En eso llevaba razón, pensó Seth mientras se dirigía hacia el astillero. Ningún Quinn estaba solo.

Pero no estaba seguro de poder soportar meterlos en el problema que, mucho se temía, iba a causar él, incluso estando de vuelta en casa.

3

Cuando Dru hubo registrado la siguiente venta y se encontró de nuevo sola en la tienda, sacó el boceto del bolsillo.

Seth Quinn. Seth Quinn quería pintarla. Resultaba fascinante. Y la intrigaba, admitió, tanto como el artista en sí. Una mujer podía sentirse intrigada sin sentirse interesada activamente.

Porque ella no lo estaba.

No sentía ningún deseo de posar, de verse sometida a escrutinio, de ser inmortalizada. Ni siquiera por unas manos dueñas de un talento así. Pero sentía curiosidad por la idea, como la sentía por Seth Quinn.

El reportaje que había leído incluía algunos detalles sobre su vida privada. Sabía que llegó a la orilla oriental cuando era niño, acogido por Ray Quinn antes de que éste muriera en un accidente de coche. Parte de la historia no quedaba muy clara. No se aludía a sus padres, y en la entrevista Seth se mostró muy parco a ese respecto. Los hechos que se mencionaban eran que Ray Quinn era su abuelo y que, tras su muerte, Seth fue criado por los tres hijos adoptivos de Quinn, y por sus esposas a medida que se fueron casando.

Hermanas, había dicho él, pensando en las flores que había comprado. Tal vez eran para las mujeres a las que consideraba sus hermanas.

A ella no le importaba.

Le interesaba más lo que decía el reportaje sobre su trabajo y cómo su familia había estimulado su talento desde el principio, cómo le habían apoyado en su deseo de estudiar en Europa.

Era un muchacho afortunado, en opinión de Dru, el que poseía una familia que le amara lo suficiente como para dejarle marchar, para dejarle descubrir el fracaso o el triunfo por sí mismo. Y, pensó, una familia que le acogía de regreso con la misma generosidad.

Aun así, era difícil imaginar al hombre al que los italianos habían bautizado como *il maestro giovane*, el joven maestro, instalándose en St. Christopher para pintar paisajes marinos.

Como asumía que a muchos de sus conocidos les resultaba difícil imaginar a Drusilla Whitcomb Banks, joven de la buena sociedad, vendiendo flores tan contenta con una pequeña tienda del puerto.

No le importaba lo que la gente pensara o lo que dijera, como no creía que tales cosas le importaran a Seth Quinn. Ella había venido para escapar de las exigencias y las expectativas, del abrazo pegajoso de la familia y de la inexorable turbulencia de sentirse usada como la cuerda gastada en el interminable tira y afloja al que jugaban sus padres.

Había venido a St. Chris buscando la paz, esa paz que había ansiado durante la mayor parte de su vida.

Y la estaba encontrando.

Aunque a su madre le encantaría la idea de que su preciosa hija hubiera captado el interés de Seth Quinn, y tal vez por esa misma razón, Dru se iba a empeñar en no cultivar ese interés. Ni el artístico ni el más elemental y abiertamente sexual que había visto en sus ojos cuando la miraba.

O bien, si era sincera consigo misma, el interés abiertamente sexual que ella había sentido por él.

Según todos los relatos, los Quinn eran una familia amplia, compleja e inmanejable. Y Dios sabía que ella ya había tenido bastante ración de familia.

Una pena, se dijo, dándose con la tarjeta en la palma antes de dejarla caer en un cajón. El joven maestro era atractivo, divertido y muy seductor. Y cualquier hombre que se tomaba el tiempo de comprarles flores a sus hermanas, asegurándose de que cada ramo se adaptase al estilo individual de la destinataria, ganaba muchos puntos.

—Mala suerte para los dos —murmuró, y cerró el cajón con un pequeño empujón.

Seth estaba pensando en Dru cuando ella pensaba en él y se preguntaba qué ángulos y qué tonos funcionarían mejor al pintarle un retrato. Le gustaba la idea de una vista de tres cuartos de su rostro, con la cabeza girada hacia la izquierda, pero con los ojos mirando hacia atrás, fuera del lienzo.

Eso sería apropiado para el contraste entre su actitud reservada y su elegancia sensual.

No tenía ninguna duda de que ella accedería a posar para él. Poseía un arsenal completo de armas para combatir la renuencia de una modelo. Todo lo que tenía que hacer era decidir cuál funcionaría mejor con Drusilla.

Tamborileando con los dedos sobre el volante al ritmo renegado de Aerosmith, que resonaba en su equipo estéreo, Seth pensó en ella.

Procedía de una familia adinerada, supuso. Reconocía el diseño y el buen tejido de sus ropas, aunque le interesaba más la forma que la moda cubría. Y luego estaba la cadencia de su voz. Le sonaba a colegio privado de clase alta.

Ella había buscado una cita de James McNeill Whistler para el nombre de su tienda, lo que, a su modo de ver, significaba que había recibido una educación muy esmerada o que alguien la había bombardeado con poesía y literatura como Phil había hecho con él.

Probablemente las dos cosas.

Se sentía a gusto con su aspecto y no se ruborizaba cuando un hombre dejaba claro que se sentía atraído por ella.

No estaba casada y su instinto le decía que no había nadie en su vida. Una mujer como Dru no se trasladaba para seguir a un novio o a un amante. Abandonó Washington, montó un negocio y lo llevaba sola porque así era como quería hacerlo.

Entonces recordó lo lejos que había estado en relación con la viuda Whitcomb Banks y decidió cubrir sus apuestas con una pequeña investigación antes de abordarla de nuevo.

Seth aparcó en el estacionamiento del viejo granero que los Quinn le compraron a Nancy Claremont cuando su avaro marido estiró la pata de un ataque cardíaco mientras discutía con Cy Crawford por el precio de un bocadillo de albóndigas.

Al principio, alquilaban el enorme edificio, que había sido un almacén de tabaco en el siglo XVIII, una planta envasadora en el XIX y un gran cobertizo para trastos durante la mayor parte del XX.

Y luego fue un astillero, transformado y rehabilitado por los hermanos Quinn. Desde hacía ocho años, les pertenecía.

Seth miró el tejado del edificio mientras bajaba del coche. Había ayudado a retejarlo y a punto estuvo de romperse el cuello al hacerlo.

Había extendido la mezcla al cincuenta por ciento por las costuras y se había quemado los dedos. Aprendió a solapar tablas en el pozo sin fondo de la paciencia de Ethan. Sudó como un cerdo con Cam mientras reparaban el embarcadero. Y se escapó por cualquier medio disponible cada vez que Phil trataba de obligarle a que aprendiera a llevar los libros.

Caminó hasta la fachada y se quedó mirando el gastado letrero, con las manos en las caderas. *BARCOS QUINN*. Y se dio cuenta de que se había añadido otro nombre a los cuatro que estaban desde el principio.

Aubrey Quinn.

Mientras Seth sonreía, ella apareció por la puerta.

Llevaba un cinturón de herramientas colgado de las caderas y una gorra de los Orioles bien calada sobre la frente. Su pelo, del color de la miel quemada, pasaba por el agujero de la gorra para caerle por la espalda.

Sus gastadas y manchadas botas de trabajo parecían de muñequita.

Tenía unos pies muy pequeños.

Y una voz muy poderosa, pensó Seth cuando ella emitió un grito resonante al tiempo que cargaba sobre él.

Dio un salto, se ayudó apoyándole las manos en los hombros y le pasó las piernas en torno a la cintura. La visera de su gorra le golpeó en la frente cuando apretó su boca contra la de él para darle un beso largo y sonoro.

—Mi Seth. —Con una sonora carcajada, encadenó sus brazos en torno al cuello del joven—. No te vuelvas a ir. Maldita sea, no te atrevas a marcharte de nuevo.

—No puedo. Pasan demasiadas cosas por aquí cuando no estoy. Échate para atrás —le ordenó, y la echó hacia atrás para observar su rostro.

A los dos años, era su pequeña princesa. A los veinte, era atractiva y atlética, y no parecía en absoluto fácil de manejar.

—Jo, qué guapa te has puesto —dijo.

—¿Ah, sí? Tú también.

—¿Y por qué no estás en la universidad?

—No empieces. —Puso en blanco sus radiantes ojos verdes y saltó al suelo—. Ya estuve dos años y habría sido más feliz en una cuadrilla de presos. Esto es lo que quiero hacer. —Señaló el letrero con un gesto del pulgar—. Y ahí está mi nombre para probarlo.

—Siempre has manejado a Ethan como has querido.

—Puede ser. Pero no hizo falta. Papá lo comprendió y, después de inquietarse un poco al principio, mamá también. A mí los estudios nunca se me han dado tan bien como a ti, ni a ti se te da tan bien como a mí construir barcos.

—Joder. Te dejo sola unos cuantos años y te entran delirios de grandeza. Si me insultas, no te doy tu regalo.

—¿Dónde está? ¿Qué es? —Le atacó con los dedos en las costillas, donde sabía que era más vulnerable—. Dámelo.

—Déjalo ya. Vale, vale. Tía, es que no cambias.

—¿Por qué cambiar lo que ya es perfecto? Dame el botín y nadie saldrá herido.

—Está en el coche.

Hizo un gesto apuntando hacia el aparcamiento y tuvo la satisfacción de ver cómo se quedaba con la boca abierta.

—¿Un Jaguar? Ay, Dios mío. —Corrió por el césped hasta el aparcamiento y pasó los dedos con respeto por la reluciente carrocería plateada—. Cam va a llorar cuando lo vea. Perderá los papeles y romperá a berrear. Anda, déjame las llaves para probarlo.

—Claro, cuando las ranas críen pelo.

—No seas ruin. Puedes venir conmigo. Pasaremos por Crawford y pillaremos... —Se interrumpió cuando Seth sacó la larga caja blanca del maletero. Al verla, parpadeó y sus ojos adoptaron una acuosa mirada de ternura—. Me has comprado flores. Me has traído un regalo de chica. Ay, ¡déjame verlas! ¿Qué flores son? —Sacó una cuchilla de trabajo del cinturón de herramientas, cortó la cinta y abrió la tapa rápidamente—. Girasoles. Mira qué aspecto tan alegre tienen.

—Me recordaban a ti.

—Te quiero de verdad. —Se quedó mirando las flores—. Me dio tanta rabia que te fueras...

—Cuando se le quebró la voz, él le dio una palmadita incómoda en el hombro—. No voy a llorar —musitó, y se tragó las lágrimas—. ¿Qué te crees que soy, una mariquita?

—Jamás.

—Vale, bueno, de todos modos, ya estás de vuelta. —Se volvió para darle otro abrazo—. Me encantan las flores, de verdad.

—Me alegro. —Con una mano, paró la de ella, que trataba de deslizarse hasta su bolsillo—. Que no te voy a dejar las llaves. Además, me tengo que ir. Tengo unas flores para Grace. Quiero pasar a verla de camino a casa.

—No está. Hoy dedica la tarde a hacer recados, luego recoge a Deke en la escuela y lo lleva a la clase de piano, y después... No sé cómo consigue hacer tantas cosas. Ya se las llevo yo —añadió—. Así no le dolerá tanto no haber podido verte hoy.

—Dile que trataré de pasar a verla mañana, si no nos vemos el domingo. —Seth llevó la caja desde su coche hasta la elegante camioneta azul.

Aubrey puso las flores en el vehículo con las de su madre.

—Entonces te queda tiempo. Vamos a buscar a Cam para presumir de tu coche. Te digo que va a perder los papeles y se va a poner a llorar como un niño. Estoy deseando verlo.

—Tienes un punto mezquino, Aub. —Seth le pasó un brazo por los hombros—. Eso me gusta de ti. Y ahora, cuéntame lo que sepas sobre la mujer de la floristería. Drusilla.

—Aja. —Aubrey le miró de lado mientras se acercaban al astillero—. Así que por ahí van los tiros.

—Puede ser.

—Te propongo una cosa. Quedamos en el pub de Shiney después de la cena, digamos sobre las ocho, y te cuento todo lo que sé.

—Pero si no tienes edad para beber.

—Sí, como si nunca le hubiera pegado un traguito a una cerveza —replicó ella—. Sólo un refresco, papá. Y recuerda, tendré la edad en menos de seis meses.

—Pues hasta ese momento, si yo invito, tú bebes Coca-Cola.

Le echó hacia abajo la visera y abrió la puerta al ruido de las herramientas eléctricas.

Cam no perdió los papeles ni lloró, pensaba Seth más tarde, pero se le cayó la baba. A punto estuvo de hacer una genuflexión y todo. Y justo después, pensó Seth mientras aparcaba delante del pub, Cam, como era mayor y más cabrón que Aubrey, le quitó las llaves y salió disparado a darse una vuelta con el coche.

Luego, por supuesto, pasaron una hora de lo más gratificante admirando el motor.

Seth miró la camioneta aparcada junto a su coche. Una cosa se podía decir de Aubrey: siempre era puntual.

Abrió la puerta del pub y sintió otro regreso a casa. Otra constante de St. Chris, pensó. El local nunca dejaría de tener la misma pinta de necesitar una buena limpieza a fondo, las camareras siempre tendrían buenas piernas y los grupos que actuaban serían los peores que se podían encontrar en todo el estado de Maryland.

Mientras el cantante solista masacraba un tema de Barenaked Ladies, Seth echó una ojeada por las mesas y la barra buscando a una rubia pequeña con una gorra de béisbol.

Primero la pasó por alto, luego sus ojos volvieron a ella certeros.

Efectivamente, estaba en la barra, con un aire muy sexy y muy de ciudad, vestida toda de negro, con su pelo de miel quemada cayéndole por la espalda mientras mantenía una acalorada conversación con un chico que parecía el típico estudiante universitario.

Con un gesto severo en la boca y el cuerpo preparado para una pelea, Seth se adelantó para mostrarle al estudiantillo lo que pasaba cuando un tío le tiraba los trastos a su hermana.

—¡Que te crees tú eso! —La voz de Aubrey restalló como un látigo haciendo que Seth estuviera a punto de soltar un gruñido—. Ni por el forro. El turno de lanzadores funciona sólidamente, y el jardín interior tiene buenos guantes. Los bateadores están mejorando. Para el campeonato All—Star, los Birds conseguirán más de quinientas bolas.

—No van a ver las quinientas en toda la temporada—replicó su oponente—. Y para el campeonato estarán más abajo del sótano.

—¿Quieres apostar? —Aubrey se sacó un billete de veinte del bolsillo y lo dejó en la barra.

Seth suspiró. Tal vez pareciera un bocadito apetitoso, pero nadie jugaba con su Aubrey.

—Seth. —Al verle, Aubrey alzó una mano, le tomó del brazo y le acercó a la barra—. Sam Jacoby—dijo, señalando al hombre sentado junto a ella—. Se cree que porque juega al béisbol de vez en cuando sabe algo sobre los grandes.

—He oído hablar mucho de ti. —Sam alargó una mano—. A esta vaga sentimental que cree que los Orioles tienen una oportunidad de mejorar su desastroso historial esta temporada para alcanzar la mediocridad.

Seth le estrechó la mano.

—Si quieres suicidarte, Sam, más vale que te busques una pistola. Eso no puede ser tan doloroso como incitar a Aubrey a que te quite la piel centímetro a centímetro con un cuchillo de masilla.

—Me gusta el peligro —comentó el joven mientras dejaba su taburete—. Siéntate, sólo te estaba guardando el sitio. Tengo que irme. Nos vemos, Aub.

—En julio me vas a deber veinte dólares —le dijo a modo de despedida, antes de centrar su atención en Seth—. Sam es un tío bastante majo, excepto por el grave defecto que le hace ser forro de los Mariners.

—Me ha parecido que te estaba tirando los tejos.

—¿Sam? —Aubrey volvió los ojos hacia las mesas con una mirada femenina y satisfecha que hizo que Seth deseara encogerse de vergüenza—. Eso también. Le tengo de reserva. Por el momento estoy como saliendo con Hill McLean.

—¿Con Will? —Seth estuvo a punto de ahogarse—. ¿Will McLean? —La idea de que Aubrey estuviera con uno de sus amigos de la infancia, de ese modo, le obligó a hacerle una señal al camarero—. Ahora sí que necesito una cerveza. *Rolling Rock*.

—No es que podamos vernos muy a menudo. —Sabiendo que estaba insistiendo con el dedo en la herida, Aubrey siguió alegremente—. Está de interno en el Hospital General de St. Chris. Los turnos son horribles. Pero cuando conseguimos coincidir, vale la pena.

—Cállate. Es demasiado mayor para ti.

—Siempre me han gustado los hombres mayores. —Intencionadamente, le pellizcó la mejilla—. Precioso. Además sólo nos llevamos unos cinco años. Pero bueno, si quieres hablar

de mi vida amorosa...

—No. —Seth alargó la mano hasta la botella que el camarero acababa de dejarle delante, y le dio un buen trago—. Te juro que no.

—Vale, pues ya no hablamos de mí, hablemos de ti. ¿En cuántas lenguas ligaste cuando estabas saqueando Europa?

—Me recuerdas a Kevin. —Y no le resultaba un tema tan cómodo para explorarlo con Aubrey—. No era un maratón sexual. Estaba trabajando.

—A algunas titis les molan los tipos artísticos. Tal vez la chica de las flores sea una de ellas y consigas pillar con ella.

—Se ve que pasas demasiado tiempo con mis hermanos. Tienes una mente de lo más sucia. Anda, cuéntame lo que sepas de ella.

—Vale. —Cogió un cuenco de galletitas de la barra y comenzó a comérselas—. Pues apareció por aquí la primera vez hace como un año. Pasó una semana dando vueltas. Buscando un local para una tienda —dijo, con un cesto afirmativo de la cabeza—. Eso lo sé por Doug Molts. ¿Te acuerdas de Dougie, un chavalín regordete? Iba dos años después de ti en la escuela.

—Vagamente.

—Bueno, pues al crecer se le quitó la gordura infantil. Ahora trabaja en la inmobiliaria Shore Realtors. Según dice, ella sabía justo lo que quería y les dijo que la llamaran a Washington si encontraban algo que se le pareciera. Entonces Doug acababa de empezar en la inmobiliaria. —Cuando el camarero se acercó, ella le señaló su vaso vacío—. Y tenía muchas esperanzas de conseguir esa comisión. Así que tocó algunos palillos, tratando de sacar información sobre su futura cliente. Ella le había contado que había visitado Saint Chris un par de veces cuando era niña y eso le dio a Doug un punto de partida,

—Ma Crawford —comentó Seth, riendo.

—Exacto. Lo que no sabe Ma Crawford es que no vale la pena saberse. Y tiene una memoria que ni un rebaño entero de elefantes. Se acordaba de los Whitcomb Banks. Con un nombre así, ¿quién no se iba a acordar? Pero es que destacaban incluso más porque se acordaba de cuando la señora Whitcomb Banks era una niña que venía de visita con su familia. Una familia con un fortunón que te pasas. Whitcomb Technologies. De los de «Fabricamos de todo». De los de la fortuna número quinientos. De los del senador James P. Whitcomb, el caballero de Maryland.

—Ah, esos Whitcomb.

—Ya te digo. Al senador, que sería el abuelo de la mujer de las flores, le gustaba la orilla oriental. Y su hija, la actual señora Whitcomb Banks, se casó con Proctor Banks, por cierto, vaya nombrecito, de la empresa Banks and Shelby Communication. Con esta combinación, estamos hablando de megapasta, un puñetero imperio.

—Y Drusilla, la joven núbil y extremadamente adinerada, alquila un local en St. Chris y se dedica a vender flores.

—Compra un edificio en St. Chris —le corrigió Aubrey—. Compró el local, uno de los más caros de nuestro pequeño reino. Unos pocos meses después de que Doug tuviera la suerte de estar atendiendo el mostrador de la inmobiliaria cuando ella entró, el edificio salió a la venta. Los antiguos dueños viven en Philadelphia y lo alquilaban a gente que montó diversos negocios, pero que no tuvo mucha suerte en ese emplazamiento. ¿Te acuerdas de la tienda New Age, la que vendía rocas, cristales de cuarzo, velas rituales y cintas para meditar?

—Sí. El tipo que la llevaba tenía un tatuaje con un dragón en la mano derecha.

—Ese negocio duró más de lo que todo el mundo imaginaba, pero cuando venció el contrato de alquiler el año pasado, se acabó. Doug, oliéndose una comisión, llama a la joven Whitcomb Banks para decirle que hay un sitio para alquilar en la calle del Mercado y ella le hace salivar al preguntarle si los propietarios estarían interesados en vender. Resulta que sí lo estaban, así que llegan a un acuerdo y él cantó el aleluya. Y luego ella le hizo el hombre más feliz del pueblo al pedirle además que le buscara una casa. Viene, echa un vistazo a las tres que él le enseña, le gusta una victoriana destartalada en la Cala de la Ostra. Nada barata tampoco —añadió Aubrey—. No es tonta la florista.

—¿Esa vieja casa azul? —preguntó Seth—. ¿La que parecía la casita de chocolate a medio comer? ¿Que compró ésa?

—Enterita —Aubrey asintió mientras comía galletita. Un tipo la compró hace unos tres años,

la rehabilitó y quería deshacerse de ella.

Por allí no hay mucho más que hierba de marisma y espesura.

Pero se alzaba en una curva del canal de drenaje, recuerdo. Esa agua color tabaco debía de brillar como el ámbar cuando el sol se filtraba por entre los robles y los eucaliptos.

—A tu chica le gusta la intimidad —le dijo Aubrey—. Es bastante reservada. Se muestra cordial y amable con los clientes, cortés, hasta amigable, pero siempre con cautela. Resulta un poco fría.

—Es nueva aquí.

Dios sabía que él comprendía lo que era encontrarse en un lugar que tenía exactamente lo que tú deseabas y no estar seguro de si ibas a encontrar tu sitio.

—Es forastera. —Aubrey alzó los hombros en un gesto típico de los Quinn—. Y seguirá siendo nueva aquí durante los próximos veinte años.

—Seguro que necesita un amigo.

—¿Estás pensando en hacer nuevas amistades, Seth? ¿Alguien con quien darte un morreo?

El pidió otra cerveza con un gesto y luego se inclinó hasta que su nariz chocó con la de Aubrey.

—Tal vez. ¿Es eso lo que hacéis Will y tú en vuestro tiempo libre?

—Hacemos algo más que morrearnos. Si tienes el antojo, te llevaré a navegar en el barco de vela. Pero yo doy las órdenes. Hace mucho que no llevas una vela, así que lo más probable es que el barco se te diera la vuelta.

—Y una mierda. Saldremos mañana.

—Considéralo una cita. Y hablando de citas, acaba de entrar tu nueva amiga.

—¿Quién?

Pero lo supo, incluso antes de darse la vuelta en el taburete, antes de echar una ojeada a la clientela nocturna y verla.

Parecía totalmente fuera de lugar entre los mariscadores, con sus caras curtidas por el viento y las manos llenas de cicatrices, y los universitarios, con sus zapatos modernos y sus camisetas anchas.

Su traje seguía planchado y perfecto, su rostro parecía un óvalo de alabastro a la luz mortecina.

Tenía que saber que las cabezas se volvían a su paso, pensó Seth. Las mujeres siempre lo sabían. Pero se movía con una gracia natural y con determinación entre las manchadas mesas y las sillas desvencijadas.

—Tiene clase —fue el resumen de Aubrey.

—Y tanto. —Seth sacó dinero para pagar las bebidas y lo dejó en la barra—. Peque, te voy a dejar plantada.

Aubrey abrió los ojos en un exagerado gesto de sorpresa.

—No me digas.

—Nos vemos mañana —dijo, y se inclinó para darle un beso rápido antes de dirigirse a interceptar a Dru.

Esta se detuvo junto a una mesa y se puso a hablar con una camarera. La atención de Seth estaba tan centrada en ella que tardó un poco en reconocer a la otra mujer.

Terri Hardgrove. Rubia, mohína y con buena delantera. Habían salido juntos durante un par de meses memorables en el primer año de instituto. No terminaron bien, recordó, y estuvo a punto de dar un rodeo para evitar el encuentro.

Pero sonrió con naturalidad y siguió avanzando hasta captar parte de la conversación.

—Es que no me voy a quedar con el sitio después de todo —dijo Terri, mientras mantenía la bandeja en equilibrio apoyada en una cadera—. J. J. y yo nos hemos reconciliado.

—J. J. —Dru ladeó la cabeza—. ¿Ése es el mentiroso de mierda, el mal nacido al que no querías volver a ver ni aunque estuviera exhalando su último aliento?

—Bueno. —Terri movió los pies y aleteó las pestañas—. Cuando dije eso, todavía no nos habíamos reconciliado. Y yo pensé, ya sabes, a la mierda con él, me busco un sitio para mí sola y vuelvo a hacer mi vida. Es que vi tu letrero de «Se alquila» justo cuando estaba tan furiosa con él y todo eso. Pero nos hemos reconciliado.

—Eso me has dicho. Enhorabuena. No habría estado mal que hubieras pasado esta tarde, como acordamos, y me lo hubieras dicho.

—Lo siento mucho, pero entonces ha sido cuando...

—Te estabas reconciliando —concluyó Dru.

—Hola, Terri.

Ella gritó. De repente, Seth se acordó de que siempre había sido una gritona. Al parecer, no se le había pasado.

—¡Seth! ¡Seth Quinn! ¡Anda!

—¿Qué tal te va?

—Pues muy bien. Había oído que habías vuelto y aquí estás. A tamaño natural y el doble de guapo y de famoso, además. Sí que hace tiempo desde el instituto.

—Y tanto —coincidió él, y miró a Dru.

—¿Os conocéis? —preguntó Terri.

—Nos hemos visto —dijo Dru—. Os dejo para que habléis de los viejos tiempos. Que seáis muy felices J. J. y tú.

—¿JJ Wyatt y tú?

Terri se hinchó de orgullo.

—Sí. Estamos prácticamente prometidos.

—Ya nos veremos. Y me lo cuentas todo.

Se fue y dejó a Terri haciendo un gesto a su espalda mientras él alcanzaba a Dru.

—J. J. Wyatt —comenzó Seth al colocarse junto a Dru—. Jugaba en la línea de choque de los Sharks, en el instituto de aquí. Después fue a la universidad local para romper el mayor número posible de cabezas, antes de que ni siquiera su habilidad de animal en el campo pudiera evitar que le echaran por suspender todas las asignaturas.

—Muchas gracias por ese fascinante retazo de historia local.

—Estás mosqueada. ¿Por que no te invito a algo y me lo cuentas?

—No me apetece beber, gracias, y me voy de aquí antes de que mis tímpanos resulten dañados para siempre por la horrenda versión de *Jack y Diane* que está tocando asombrosamente alto ese grupo por completo carente de talento.

El consideró que era un punto a su favor que fuera capaz de reconocer la malhadada canción, y le abrió la puerta.

—Las flores han tenido mucho éxito.

—Me alegro.

Sacó las llaves de un elegante bolso beige.

Seth iba a sugerir que fueran a otro sitio a tomar algo, pero, por la línea de irritación que tenía entre las cejas, pudo ver que ella le rechazaría.

—¿Así que tienes un sitio para alquilar?

—Eso parece.

Ella caminó, sin hacerle caso, hasta el lado del conductor de un Mercedes todo terreno negro.

Seth agarró la manilla de la puerta antes que ella y luego se recostó amistosamente sobre el costado del vehículo.

—¿Dónde?

—Encima de la tienda.

—¿Y lo quieres alquilar?

—Está vacío. El espacio no se aprovecha. No puedo conducir el coche a menos que esté dentro —apuntó.

—Encima de la tienda —repitió él, y reprodujo el edificio en su mente. Había un piso sobre la tienda, sí, exacto—. Una fila de tres ventanas, por delante y por detrás —dijo en alto—. Debe de ser muy luminoso. ¿Cuánto mide?

—Algo más de ochenta metros cuadrados, incluyendo una pequeña cocina alargada.

—Está bien de tamaño. Vamos a verlo.

—¿Cómo?

—Enséñamelo. Puede que me interese.

Ella movió con impaciencia las llaves en su mano.

—¿Quieres que te enseñe el apartamento ahora?

—Si no quieres que el espacio se desperdicie, ¿por qué perder el tiempo? —Le abrió la puerta—. Te sigo en mi coche. No tardaremos —dijo con esa sonrisa lenta y espontánea—. Me decido enseguida.

4

Ella tampoco tardaba en decidirse, pensó Dru mientras salía del aparcamiento del pub. Y ya había calado a Seth Quinn.

Un hombre seguro de sí mismo y con talento. Un aspecto probablemente animaba al otro. El hecho de que sus aristas sin pulir consiguieran desprender un brillo de sofisticación resultaba intrigante, algo que, sin duda, él sabía muy bien.

Y lo aprovechaba muy bien.

Era atractivo. Tenía el físico esbelto y larguirucho que parecía hecho para llevar esos vaqueros gastados. Todo ese cabello rubio bruñido, muy lacio y nunca bien peinado. Las mejillas hundidas, los vividos ojos azules. No solo vividos por el color, pensó en ese momento. Por la intensidad. La forma en que te miraba, como si viera algo que nadie más podía ver. Algo que no podías ver tú misma.

Conseguía resultar halagador, inquietante y un poco molesto, todo a la vez.

Te hacía preguntarte por él. Y si te preguntabas por un hombre, era que pensabas en él.

Las mujeres, concluyó, eran para él como colores en uní paleta. Podía tomar cualquiera, según su capricho.

La manera de estar todo acurrucado con la rubia en la barra, un jueguecito que había notado en el momento en que entró, era un ejemplo.

Luego estaba la forma de sonreír a la camarera, la terminalmente tonta Terri. Una sonrisa amplia, cálida y amistosa, con un toque de intimidad. Muy potente, esa sonrisa, pensó Dru, pero con ella no iba a funcionar.

Los hombres que saltaban de una mujer a otra porque podían resultaban demasiado vulgares para su gusto.

Y sin embargo allí estaba, admitió, de vuelta a la tienda para enseñarle el apartamento del primer piso, cuando lo que ella realmente deseaba era irse a su preciosa y tranquila casa.

Era lo sensato, por supuesto. No tenía sentido que el espacio siguiera vacío. Pero le irritaba que Seth hubiera asumido que ella se tomaría el tiempo y la molestia de hacerlo, sólo porque él quería.

En ese momento no había problemas para encontrar aparcamiento. Eran apenas las nueve de una fresca noche de primavera, pero el puerto estaba casi desierto. Había algunos barcos atracados, meciéndose con la corriente, y algunas personas, probablemente turistas, que paseaban a la luz de la luna creciente.

Ah, cómo le gustaba el puerto. Apunto estuvo de gritar de alegría cuando se hizo con el edificio para su tienda, sabiendo que podría salir en cualquier momento del día y ver el agua, los mariscadores, los turistas. Sentir aquel aire húmedo en la piel.

Incluso sentirse parte de todo aquello, por sus propios méritos, en sus términos.

Habría sido más inteligente, y también más sensato, usar la parte de arriba de la tienda para vivir. Pero, consciente y deliberadamente, había tomado la decisión de no vivir donde trabajaba, lo cual, admitió mientras giraba al dejar la calle del Mercado para entrar en la parte trasera de su edificio, fue una excusa muy cómoda para encontrar un sitio alejado del bullicio de la localidad, un lugar también cercano al agua. Un capricho de espacio todo suyo.

La casa de Georgetown nunca le había parecido toda suya.

Apagó las luces y el motor, y cogió el bolso. Seth ya estaba allí, abriéndole la puerta antes de que pudiera hacerlo ella misma.

—Está bastante oscuro. Ten cuidado al bajar.

La tomó del brazo y comenzó a llevarla hacia la escalera de madera que subía a la planta de arriba.

—Veo perfectamente, gracias. —Se apartó de él y abrió el bolso, buscando las llaves—. Hay sitio para aparcar —comenzó—. Y una entrada privada, como puedes ver.

—Sí, yo también veo perfectamente. Escucha. —A mitad de camino, por las escaleras, le puso una mano en el brazo para detenerla—. Sólo escucha —repitió, y miró hacia las casas que bordeaban la calle a sus espaldas—. Es maravilloso, ¿no?

Ella no pudo evitar sonreír. Le comprendía a la perfección. Y era maravilloso, aquel silencio.

—Dentro de algunas semanas no estará tan tranquilo. Seth observó la oscuridad, las casas, los céspedes. Y ella volvió a pensar que él veía lo que otros no—. Desde El Día de los Caídos,

los turistas y los veraneantes empiezan a llegar en manada. Las noches se hacen más cortas y más cálidas, y la gente sale. Eso puede ser maravilloso también, todo ese ruido. Ruido de vacaciones. El que se oye cuando tienes un cucurucho de helado en la mano sin el reloj sonándote en la cabeza.

Se volvió y la miró con sus intensos ojos azules. Ella podría haber jurado que sintió una descarga que era primitivamente física.

—¿Te gustan los helados de cucurucho? —le preguntó él.

—Me pasaría algo si no me gustaran. —Subió rápidamente el resto de las escaleras.

—A ti no te pasa nada —murmuró, y esperó con los pulgares en los bolsillos del pantalón mientras ella abría la puerta.

Dru le dio a un interruptor en la pared para encender las luces y luego, a propósito, dejó la puerta abierta tras él una vez entró.

Inmediatamente, se dio cuenta de que no tenía que haberse molestado. En aquel momento Seth no le dedicaba ni un pensamiento.

El se acercó a las ventanas delanteras primero, se quedó allí mirando hacia fuera en aquella postura, con la cadera encajada, que conseguía parecer a la vez relajada y atenta. Y sexy también, pensó Dru.

Llevaba un par de vaqueros andrajosos con más estilo del que muchos hombres conseguían al ponerse trajes de cinco mil dólares.

En sus zapatillas había manchas de pintura.

Parpadeó, volviendo al momento cuando él comenzó a murmurar.

—¿Cómo?

—¿Qué? ¡Ah!, estaba calculando la luz, el sol, los ángulos, ese tipo de cosas.

Cruzó hasta las ventanas traseras e hizo lo mismo que había hecho en la fachada. Murmuró como antes.

Hablaba solo, notó Dru. Bueno, no era tan raro, la verdad. Ella mantenía conversaciones enteras consigo misma en su cabeza.

—La cocina... —empezó Dru.

—No importa.

Frunciendo el ceño, miró al techo, con una mirada tan intensa y concentrada que ella se le quedó mirando.

Tras unos pocos segundos de estar allí, en silencio, mirando hacia arriba, ella se sintió ridícula.

—¿Hay algún problema con el techo? Me dijeron que el tejado era sólido y sé que no hay goteras.

—Ya. ¿Qué te parecerían unas claraboyas, que pondría yo pagándolas de mi bolsillo?

—Yo..., bueno, no sé. Supongo...

—Podría funcionar.

Volvió a pasearse por el cuarto, colocando mentalmente sus lienzos, sus pinturas, el caballete, una mesa de trabajo para los bocetos, estanterías para el material y el equipo. Tendría que poner un sofá, o una cama, pensó. Mejor una cama, en caso de que trabajara hasta tan tarde que tuviera que quedarse a pasar la noche.

—Es un buen espacio —comentó por fin—. Con los tragaluces, funcionaría. Me quedo con él.

Ella se recordó a sí misma que todavía no había aceptado las claraboyas. Pero por otro lado, no podía encontrar razón alguna para oponerse.

—Eso sí que ha sido rápido, como anunciabas. ¿No quieres ver la cocina, el baño?

—¿Tienen todo lo que se supone que tienen las cocinas y los baños?

—Sí. No hay bañera, sólo un plato de ducha.

—No tengo idea de darme muchos baños de burbujas. —Volvió de nuevo a las ventanas delanteras—. Una vista excelente.

—Sí, es muy bonita. No es que sea asunto mío, pero supongo que tienes varios sitios donde quedarte mientras estás aquí. ¿Por qué necesitas un apartamento?

—No quiero vivir aquí, quiero trabajar. Necesito espacio para un estudio. —Se volvió—. Me quedo en la casa de Cam y Anna, y eso me va bien. En algún momento, me buscaré un sitio propio, pero no hasta que encuentre exactamente lo que deseo. No estoy de visita en St. Chris. He vuelto para quedarme.

—Ya veo. Bueno, espacio para un estudio. Eso explica los tragaluces.

—Soy una apuesta mejor que Terri —dijo, porque notó que ella dudaba—. Ni fiestas ruidosas ni peleas a gritos, de las que tiene fama. Y además yo soy útil.

—¿Ah, sí?

—Para cargar o llevar cosas. Mantenimiento básico. No te voy a ir gimoteando cada vez que gotee un grifo.

—Más puntos para ti —murmuró ella.

—¿Cuántos necesito? Quiero este apartamento. Tengo que volver a trabajar. ¿Qué te parece un contrato por seis meses?

—Seis meses. Yo tenía pensado alquilarlo por un año entero.

—Seis meses nos ofrecen a ambos la posibilidad de no continuar si no va bien.

Ella frunció los labios mientras reflexionaba.

—Eso sí.

—¿Cuánto pides?

Le dio la cifra mensual que había pensado.

—Cuando firmemos el contrato, quiero que me pagues el primer mes y el último. Y otra mensualidad como fianza.

—Jo, qué estricta.

Entonces, ella sonrió.

—Terri me ha mosqueado. Tú pagas el pato.

—No será la primera vez. Mañana te lo doy. El domingo tengo una movida familiar y debo encargar las claraboyas, pero me gustaría empezar a trasladar mis cosas enseguida.

—Está bien. —Le agradaba la idea de que él pintara encima de su tienda, saber que el edificio que le pertenecía estaba cumpliendo su función—. Enhorabuena —dijo, y extendió una mano—. Has conseguido un estudio.

—Gracias. —Le tomó la mano y la sostuvo. Sin anillos, pensó de nuevo. Largos dedos de hada y uñas sin pintar—. ¿Te has pensado lo de posar para mí?

—No.

El sonrió ante su respuesta precisa y categórica.

—Ya te convenceré.

—No se me convence fácilmente. Aclaremos esto antes de iniciar lo que debería ser una relación de negocios satisfactoria para ambos.

—De acuerdo, aclarámoslo. Tienes un rostro bello y fuerte. Como artista, como hombre, me siento atraído por las cualidades de fuerza y de belleza. El artista desea traducirlas. El hombre desea disfrutarlas. Así que me gustaría pintarte y me gustaría pasar algún tiempo contigo.

A pesar de la brisa que se deslizaba por la puerta abierta, ella se sintió demasiado a solas con él. A solas, y atrapada por la forma en que él le sujetaba la mano y le mantenía la mirada.

—Estoy segura de que has tenido tu cuota de mujeres para traducir y para disfrutar. Como esa rubia bien dotada, vestida de negro, con la que estabas tan acaramelado en la barra.

—¿Quién...?

Su rostro explotó de humor. Era, pensó Dru, como la luz que se abría paso entre las tinieblas.

—La rubia bien dotada vestida de negro —repitió, viéndolo como un título—. Joder, le va a encantar. No va a haber quien la aguante. Ésa era Aubrey. Aubrey Quinn, la hija mayor de mi hermano Ethan.

—Ya veo. —Y eso la hizo sentirse una idiota—. No me parecía una relación muy fraternal.

—No me siento su tío. Es más como una cosa de hermano mayor. Ella tenía dos años cuando yo llegué a St. Chris. Nos enamoramos el uno del otro. Aubrey es la primera persona a la que amé, totalmente. Ella posee fuerza y belleza, también, y yo he pintado y disfrutado esas cualidades suyas. Pero no exactamente del mismo modo en que me gustaría hacerlo contigo.

—Entonces vas a sufrir una desilusión. Incluso si estuviera interesada, no tengo tiempo para posar, ni me apetece que me disfruten. Eres muy atractivo, Seth, y si fuéramos a ponernos superficiales...

—Eso. —Otra sonrisa radiante—. Pongámonos superficiales.

—Lo siento. —Pero había conseguido sacarle otra sonrisa—. Lo he dejado. Si fuéramos a ponernos superficiales, tal vez yo disfrutara de ti. Pero, tal como están las cosas, nos vamos a ceñir a lo práctico.

—Podemos empezar por ahí. Ahora, como tú me has hecho una pregunta antes, a mí me

corresponde hacerte una a ti.

—Vale, ¿qué?

Él vio, por la forma en que su expresión se cerró y se tornó cautelosa, que ella se había preparado para algo personal que no querría contestar. Así que cambió de táctica.

—¿Te gustan los cangrejos al vapor?

Dru se le quedó mirando durante casi diez segundos y le proporcionó el placer de ver cómo su rostro se relajaba.

—Sí, me gustan los cangrejos al vapor.

—Muy bien. Los tomaremos en nuestra primera cita. Me pasaré por la mañana para firmar el contrato—. añadió, y se acercó a la puerta abierta.

—Por la mañana me va bien.

Ella miró mientras ella se inclinaba para cerrar después de salir. Su cuello era largo y elegante. El contraste entre éste y el severo corte del cabello oscuro era agudo y dramático. Sin pensarlo, le pasó un dedo por la curva, sólo para probar la textura.

Ella se quedó inmóvil, así que por un instante ambos compusieron un retrato. La mujer vestida con un traje de un color intenso, ligeramente inclinada hacia una puerta cerrada, y el hombre con ropa ordinaria que le tocaba la nuca con un dedo.

Se incorporó con un movimiento brusco y Seth dejó caer la mano.

—Perdona, es una irritante costumbre mía.

—¿Tienes muchas?

—Sí, me temo que sí. No ha sido nada personal. Tienes una línea muy bonita ahí atrás.

Se metió las manos en los bolsillos para que no fuera nada personal. Todavía no.

—Y yo soy una experta en frases, bonitas o no.

Pasó a su lado y bajó las escaleras.

—Oye. —Bajó corriendo tras ella—. Pues las tengo mejores que ésa.

—No lo dudo.

—Ya te diré algunas. Pero mientras tanto... —Le abrió la puerta del coche—. ¿Hay algún sitio para almacenar cosas?

—El trastero. Mira. —Hizo un gesto hacia una puerta que había bajo los peldaños—. Ahí está la caldera, el calentador del agua, ese tipo de cosas. Y hay sitio.

—Si lo necesito, ¿puedo dejar algunas cosas ahí hasta que ordene el apartamento? Tengo material que va a llegar de Roma. Probablemente estará aquí el lunes.

—No tengo objeción. La llave está en la tienda. Recuérdame que te la dé mañana.

—Gracias. —Le cerró la puerta cuando ella estaba ya dentro del coche y luego golpeó la ventanilla—. ¿Sabes? —dijo cuando ella bajó el cristal—, me gusta pasar tiempo con una mujer inteligente y segura de sí misma que sabe lo que quiere y va a por ello hasta conseguirlo. Como tú has hecho con este lugar. Resulta muy sexy ese tipo de dedicación y empuje.

Esperó un instante.

—Eso era una frase.

Ella mantuvo sus ojos en contacto con los de él mientras subía la ventanilla de nuevo entre sus rostros.

Y no se permitió soltar la carcajada hasta estar lejos.

Lo mejor de los domingos, en opinión de Dru, era despertar lentamente y luego aferrarse a ese estado de duermevela, mientras la luz del sol llegaba temblando por entre los árboles, se colaba por las ventanas y danzaba sobre sus párpados cerrados.

Los domingos consistían en saber que no había que hacer nada en absoluto y que se podían hacer muchas cosas.

Se iba a preparar un café y se tostaría un panecillo en su propia cocina, luego desayunaría en el pequeño comedor mientras hojeaba catálogos para la floristería.

Trastearía por el jardín que había plantado —con sus propias manos, gracias—, mientras escuchaba música.

Ya no había comidas benéficas a las que asistir, cena familiar obligatoria ni partido de tenis en el club que atiborran sus domingos.

No había discusiones conyugales entre sus padres en las que arbitrar, ni sentimientos heridos y miradas de pena porque ambos pensaban que había tomado partido por el otro.

Todo lo que había era el domingo y su perezoso disfrute del día.

En todos los meses que llevaba viviendo en esta casa, nunca lo había dado por supuesto. No había perdido una gota del flujo de placer que le producía ponerse en pie y mirar por sus propias ventanas.

Lo hizo en aquel momento, abriendo la ventana a la frescura matinal. Desde allí podía admirar su propia curva del río. No había casas que le entorpecieran la vista y le hicieran pensar en gente cuando ella sólo quería ser.

Estaban las hojas moteadas de la anémona hepática que había plantado a la sombra de los robles, sus capullos de un alegre tono de rosa. Y los lirios del valle, con sus campanillas ya danzando. Y allá, la hierba de la marisma y los juncos con el pequeño claro que había hecho para los lirios amarillo dorado, a los que les gustaba tener los pies húmedos.

Escuchaba los pájaros, la brisa, el sonido ocasional de un pez o de una rana.

Olvidándose del desayuno, caminó por la casa hasta la puerta delantera para salir a la veranda y mirar. Llevaba los pantaloncitos y la camiseta con los que había dormido y no había nadie que pudiera comentar que la nieta del senador estaba medio desnuda. Ni un reportero o un fotógrafo a la búsqueda de una primicia para las páginas de sociedad.

Sólo había paz, una paz encantadora.

Cogió su regadera y la llevó adentro para llenarla mientras ponía el café a hervir.

Seth Quinn llevaba razón en una cosa, pensó. Ella era una mujer que sabía lo que quería e iba a por ello hasta conseguirlo. Tal vez le había llevado un tiempo darse cuenta de qué era lo que quería, pero cuando sucedió, hizo lo que había que hacer.

Deseaba dirigir un negocio en el que se pudiera sentir creativa y feliz. Y estaba empeñada en triunfar por sus propios méritos. Había jugado con la idea de un pequeño vivero o un servicio de jardinería, pero no se sentía muy segura de sus habilidades en ese aspecto. Sus esfuerzos como jardinera se habían visto limitados a su pequeño patio en Georgetown y a plantas en maceta. Y aunque se sentía muy orgullosa de sus esfuerzos y encantada con los resultados, eso no la convertía en una experta.

Pero sabía de flores.

Quería una ciudad pequeña, donde el ritmo fuera fácil y donde no hubiera muchas exigencias. Y quería estar cerca del agua, siempre se había sentido atraída por agua.

Le encantaba St. Chris, el alegre orden de la localidad y los tonos y ánimos siempre cambiantes de la Bahía. Le gustaba escuchar el chirrido de las señales de navegación y la grave llamada de la sirena antiniebla cuando entraban las brumas.

Estaba familiarizado, y casi se sentía a gusto, con la espontánea cordialidad de sus habitantes. Y con la bondad de corazón que había enviado a Ethan Quinn a ver si estaba bien durante una tormenta el invierno pasado.

No, nunca volvería a vivir en la ciudad.

Sus padres tendrían que acostumbrarse a la distancia que había puesto entre medias, geográfica y emocionalmente. Al final, estaba segura de que era lo mejor para todos los implicados.

Y en aquel momento, por muy egoísta que sonara, estaba más preocupada por lo que era mejor para Drusilla.

Cerró el grifo y, tras probar el café, se lo llevó junto con la regadera para atender a sus plantas.

En algún momento, pensó, añadiría un invernadero y probaría el cultivo de sus propias flores para vender. Pero tendría que estar convencida de que podía añadir ese nuevo elemento sin estropear las líneas extravagantes de su casa.

Le encantaban sus picos y su borde ridículamente ornamentado, como una galleta de jengibre. La mayoría lo consideraría una especie de locura, con su delicado trabajo y su intenso color azul entre la espesura y la marisma. Pero para ella era una declaración.

El hogar podía estar exactamente donde lo necesitabas, podía ser exactamente lo que necesitabas que fuese, si se deseaba con la suficiente intensidad.

Dejó el café en una mesa y remojó una jardinera que rebosaba de verbena y helio tropo.

Al oír un crujido, se dio la vuelta para mirar. Y vio una garza alzarse como una reina sobre la hierba alta y el agua marrón.

—Soy feliz —dijo en voz alta—. Soy más feliz de lo que he sido nunca en mi vida.

Decidió pasar del panecillo y de los catálogos, y se puso ropa de jardinería.

Durante una hora trabajó en la solana, donde estaba empeñada en crear una combinación de arbustos y canteros de flores. Las flores rojo sangre de los rododendros que acababa de plantar la semana anterior ofrecerían un fuerte contraste con el azul de la casa una vez se abrieran. En el invierno, se había pasado todas las veladas durante un mes planeando las flores. Quería que se mantuviera sencillo y un poco salvaje, como un jardín casero enloquecido con aguileñas y espuelas de caballero y dulces trepadoras, todas mezcladas.

Había muchos tipos de arte, pensó satisfecha mientras plantaba alhelí aromático. Creía que Seth aprobaría los tonos y texturas que había elegido en esta parte.

No es que le importara, por supuesto. El jardín era para agradarse a sí misma. Pero le satisfacía pensar que su esfuerzo pudiera parecerle creativo a un artista.

Lo cierto era que el día anterior Seth no había dicho mucho, recordó. Entró rápidamente nada más abrir la tienda, le dio la cantidad acordada, firmó el contrato, cogió las llaves y se fue a toda prisa.

No hubo coqueteo, ni sonrisa persuasiva.

Eso era lo mejor, se recordó a sí misma. En aquel preciso momento no deseaba coqueteos ni persuasiones.

No obstante, habría sido agradable, a cierto nivel, imaginar que mantenía en reserva la opción de una relación.

El probablemente tenía una cita el sábado por la mañana con alguna de las mujeres que le habían llorado durante su ausencia. Parecía el tipo de hombre por el que las mujeres lloran. Todo ese cabello despeinado, esa constitución delgada...

Y las manos. Cómo se podían pasar por alto sus manos, anchas de palma, de dedos largos, con una áspera elegancia que hacía que una mujer, algunas mujeres, se corrigió fantasearan sobre cómo sería que esas manos la acariciaran.

Con un suspiro, Dru se sentó sobre sus talones, porque sabía que le había dedicado a esa escena algo más que un pensamiento de pasada. Sólo porque era el primer hombre por el que se sentía atraída en..., Dios, ¿quién sabía en cuánto tiempo?

No había tenido ni una sola cita en casi un año. Así lo había querido, se recordó a sí misma. Y no iba a cambiar de opinión para terminar con Seth Quinn y con cangrejos al vapor.

Iba a continuar como estaba, construyendo su hogar y dirigiendo su negocio mientras él se dedicaba a sus cosas y pintaba en el primer piso todos los días.

Se acostumbraría a que estuviera allí y enseguida dejaría de reparar en ese hecho. Cuando venciera el contrato, ya verían si...

—Maldita sea, la llave del trastero. Se le había olvidado dársela. Bueno, a él se le había olvidado pedírsela.

«No es mi problema», pensó, y tiró de una mala hierba. Él era quien quería usar el apartamento y, si no hubiera tenido tanta prisa por irse, ella se hubiera acordado de darle la llave.

Plantó geranios y les añadió espuelas de caballero. Luego, con una maldición, se incorporó.

Iba a estar pensando en ello todo el día. Iba a obsesionarse, admitió mientras daba la vuelta a la casa. Se preocuparía y pensaría en lo que él iba a recibir de Roma al día siguiente. Era más fácil coger el duplicado que tenía aquí, acercarse hasta la casa de Anna Quinn y dejárselo. No le llevaría más de veinte minutos, y de camino podía pasar por el vivero.

Dejó los guantes de jardinería y las herramientas en una cesta en la veranda.

Seth agarró el cabo que Ethan le lanzó, y amarró el bureo de madera al muelle. Los chicos saltaron a tierra los primeros. Emily con su esbelto cuerpo de bailarina y su cabello de girasol y Deke, desgarrado como un cachorro a los catorce años.

Seth atrapó a Deke haciéndole una llave en el cuello y miró a Emily.

—Se suponía que no debías crecer mientras yo estaba fuera.

—No he podido remediarlo. —Colocó su mejilla contra la de Seth y se frotó—. Bienvenido a casa.

—¿Cuándo comemos? —quiso saber Deke.

—Tiene la solitaria. —Aubrey saltó ágilmente al muelle—. Se acaba de comer casi media barra de pan hace cinco minutos.

—Estoy creciendo —replicó con una carcajada—. Voy a ver si me camelo a Anna para que

me dé algo.

—De verdad piensa que se puede camelar a alguien —comentó Emily moviendo la cabeza—. Es un misterio.

El retriever de la Bahía de Chesapeake al que Ethan llamaba *Nigel* aterrizó en el agua con un alegre chapoteo y luego saltó a tierra para correr tras Deke.

—Échame una mano con esto, Em, ya que el bobo se ha ido. —Aubrey agarró un lado de la nevera que Ethan había dejado en el muelle—. Puede que mamá llore —le dijo a Seth en voz baja—. Tiene muchísimas ganas de verte.

Seth saltó al barco, alargó la mano y la cerró en torno a la de Grace. Si Aubrey había sido la primera persona a la que amó, Grace fue la primera mujer a la que amó y en quien confió.

Los brazos de ella se deslizaron en torno a él mientras saltaba al muelle y le frotó la mejilla contra la suya con la misma dulzura femenina con que lo había hecho Emily.

—Esto —dijo suavemente, con un suspiro risueño—, esto es perfecto. Ahora todo está donde debe estar.

Se echó hacia atrás, le sonrió.

—Gracias por los tulipanes. Son preciosos. Siento no haber estado en casa.

—Yo también. Había pensado cambiártelos por unas patatas fritas de las que tú haces. Sigues siendo la mejor.

—Ven a cenar mañana. Te las prepararé.

—¿Con hamburguesas desmigadas en salsa?

Ella volvió a reírse y alargó una mano para tomar la de Ethan.

—Bueno, eso sí que no ha cambiado, ¿eh? Con hamburguesas desmigadas. Deke estará encantado.

—¿Y pastel de chocolate?

—Mucho espera éste por un ramo de flores —comentó Ethan.

—Al menos yo no las he robado del jardín de Anna para luego tratar de echarles la culpa a los ciervos y a los conejos inocentes.

Ethan hizo una mueca de dolor y lanzó una mirada cautelosa hacia la casa para asegurarse de que su cuñada no podía oírles.

—No saquemos ese tema otra vez. Hace casi veinte años, y Anna aún sería capaz de cortarme la cabellera.

—Me han dicho que las compraste en esa preciosa floristería de la calle del Mercado. —Grace le pasó a Seth el brazo alrededor de la cintura y se dirigieron a la casa—. Y que has alquilado el apartamento de encima para usarlo como estudio.

—Las noticias vuelan.

—Y tanto —coincidió Grace—. ¿Por qué no me lo cuentas todo?

—No hay mucho que contar, todavía. Pero estoy en ello.

Ahora iba con retraso, y era culpa suya. No había razón, no había ningún motivo dentro de la cordura por el que se hubiera sentido obligada a darse una ducha y quitarse la ropa sucia de jardinería. Y ciertamente no había *razón*, pensó irritada consigo misma, para perder un tiempo precioso de domingo preocupándose por el maquillaje.

Y ahora era más de mediodía.

No importaba, se dijo. Hacía un día estupendo para conducir. Les dedicaría dos minutos a Seth Quinn y a la llave, y luego se daría un capricho en el vivero.

Por supuesto, después tendría que volver a ponerse las copas de jardinería, pero eso no importaba. Plantaría, luego haría agua de limón y se sentaría a disfrutar de un trabajo bien hecho.

¡Qué aire tan maravilloso! Con el vigor de la primavera y la humedad del agua. Los campos a ambos lados de la carretera habían sido arados y plantados, y ya verdeaban en los surcos. Podía percibir el olor acre del fertilizante y los tonos más intensos de la tierra que anunciaba la primavera en el campo.

Tomó una curva y captó el destello del sol en los lodazales antes de que dieran paso a los árboles, con sus sombras profundas.

La vieja casa blanca era perfecta para su entorno. Rodeada de bosque, con el agua cercando la parte trasera y el cuidado césped con canteros que bordeaban la fachada. Ya la

había admirado antes, la forma en que encajaba en el lugar, tan cálida y cómoda con las mecedoras en el porche delantero y los postigos de un azul desteñado.

Aunque sentía que la fantasía y la intimidad de su propia casa le iban perfectamente, admiraba el carácter de la casa de los Quinn. Daba sensación de orden sin parecer excesivamente formal. Era el tipo de hogar, pensó, en el que se permitía poner los pies en las mesitas bajas.

Nadie habría soñado con posar ni un talón en la mesita Luis XIV de su madre. Ni siquiera su padre.

El número de coches que había en el sendero junto a la casa le hizo fruncir el ceño. Un Corvette blanco y antiguo, un robusto todoterreno de algún tipo que parecía haber hecho bastantes kilómetros. Un pequeño descapotable blanco muy elegante, un coche de tres puertas todo maltrecho, que parecía tener veinte años, una camioneta de aspecto masculino y un sofisticado y potente Jaguar,

Dudó y luego empezó a asignarlos mentalmente. El todoterreno era el coche familiar. El Corvette pertenecía sin duda al antiguo corredor de carreras Cameron Quinn, y suya debía de ser también la camioneta como vehículo de trabajo, lo que le dejaba a Anna el descapotable y el viejo cacharro al hijo mayor, que ya debía de tener edad para conducir.

El Jaguar era de Seth. Lo había visto con admiración la noche anterior. Y aunque no lo hubiera visto, había oído hablar de él largo y tendido a sus parlanchines clientes en la tienda.

Encajó su coche detrás del Jaguar.

Dos minutos nada más, se propuso, y agarró el bolso mientras apagaba el motor.

Al momento, oyó el estruendo de la música. Los adolescentes, pensó mientras se dirigía a la puerta delantera, acompasando el paso sin darse cuenta al ritmo de los Match box 20.

Admiró los tiestos y las jardineras del porche. A Anna se le daba muy bien combinar las flores. Llamó con vigor y luego golpeó con más fuerza, antes de soltar un inspiro.

Con la música no la iba a oír nadie, ni aunque usara un ariete.

Resignada, bajó del porche y se dirigió hacia un lado de la casa. Ahora oía más que música. Había gritos, aullidos y lo que sólo podía describirse como una risa en enloquecida.

Los chicos debían de dar una fiesta. Iría a la parte de atrás, le daría la llave a uno de los hijos de Anna y se marcharía.

Lo primero que vio fue el perro, una bola de pelo suelto con la lengua fuera. Ladraba como una ametralladora y, aunque le gustaban muchos los perros, Dru se quedó parada bruscamente.

—Hola. Eh, perro bueno.

El perro pareció tomarse aquello como una invitación para describir dos círculos furiosos en torno a ella antes de meter el morro entre las piernas de Dru.

—Vale. —Le puso una mano firme bajo la mandíbula y la alzó—. Eso es pasarse de amistoso.

Le hizo una rápida caricia, luego lo apartó y consiguió dar otro paso antes de que un muchacho apareciera gritando por el costado de la casa. Aunque sostenía una gran arma de plástico en la mano, se hallaba en franca retirada.

Consiguió evitarla.

—Más vale correr —resopló, un instante antes de que Dru viera un destello de movimiento por el rabillo del ojo.

Fue un instante antes de recibir un disparo mortal en el corazón procedente de una pistola de agua.

La sorpresa fue tan grande que se quedó con la boca abierta, pero no pudo emitir sonido alguno. Justo detrás de ella, el muchacho murmuró:

—Oh, no.

Y salió corriendo.

Seth, con el rifle de agua en la mano y el pelo chorreando por un ataque anterior, le echó una ojeada a Dru.

—Ay, mierda.

Impotente, Dru se miró. Su pulida blusa roja y sus pantalones azul oscuro estaban empapados. El agua le había alcanzado el rostro, con lo que el tiempo dedicado al maquillaje quedó desperdiciado por completo.

Alzó la mirada, que pasó de sorprendida a furiosa cuando notó que Seth tenía el aspecto de

alguien que está esforzándose mucho por no echarse a reír.

—¿Estás loco o qué?

—Lo siento. En serio. —Tragó saliva, sabiendo que la risa que batallaba por salirse de la garganta le condenaría—. Lo siento —consiguió decir mientras se acercaba a ella—. Estaba persiguiendo a Jake, el pequeño cabrón había conseguido alcanzarme. Te has visto atrapada en el fuego cruzado. —Intentó dibujar una sonrisa seductora y se sacó un pañuelo del bolsillo trasero de los vaqueros—. Lo que prueba que en una guerra no hay testigos inocentes.

—Lo que prueba —dijo ella entre dientes— es que algunos hombres son idiotas a los que no se puede confiar ni un juguete de niño.

—Oye, oye, que es una Súper Soaker 5000. —Alzó la pistola de agua pero, al captar el brillo de los ojos de Dru, la volvió a bajar apresuradamente—. Bueno, lo siento mucho. ¿Te apetece una cerveza?

—Puedes coger tu cerveza y tu Súper Soaker 5000 y...

—¡Seth! —Anna llegó corriendo por el lateral de la casa y dejó escapar un enorme suspiro—. Estúpido.

—Ha sido por Jake —dijo él en voz baja, y juró vengarse—. Anna, sólo estábamos...

—Cállate. —Le amenazó con un dedo y luego le paso un brazo a Dru por los hombros—. Mis disculpas los niños idiotas. Pobrecita. Vamos adentro y te dejare ropa seca.

No, en serio, yo sólo...

Insisto —interrumpió Anna, llevándola hacia la fachada de la casa—. ¡Vaya recibimiento! Podría decirte que las cosas no suelen salirse tanto de madre en esta casa pero sería mentir.

Manteniendo una mano firme en Dru, pues Anna sabía cuándo alguien estaba listo para escapar, la guió hasta el interior de la casa y escaleras arriba.

—Hoy hay un poco más de jaleo porque está aquí toda la pandilla. Es la bienvenida a casa para Seth. Los chicos van a preparar cangrejos hervidos. Quédate a comer.

—No quiero molestar. —El mal humor estaba dejando paso rápidamente a la vergüenza—. Sólo he venido para dejarle a Seth la llave del trastero. La verdad es que debería...

—Ponerte ropa seca, y comer y beber algo —dijo Anna con calidez—. Los vaqueros de Kevin deben de sentarte bien. —Sacó de su propio armario una camisa de algodón azul—. Veré si puedo encontrar un par en el agujero negro de su habitación.

—No es más que un poco de agua. Deberías estar abajo con tu familia. Y yo debería irme.

—Cariño, estás empapada y tiritas. Quítate esa ropa mojada. La pondremos en la secadora mientras comemos. Ahora vuelvo.

Y con esto, salió dejando a Dru sola en el dormitorio.

La mujer no le había parecido tan... formidable, pensó Dru, en sus visitas a la floristería. Se preguntó si alguien vencía alguna vez en una discusión con ella.

Pero la verdad era que estaba helada. Cediendo, se quitó la blusa mojada, emitió un leve suspiro y se quitó el sujetador igualmente mojado. Estaba abrochándose los botones cuando volvió Anna.

—Lo he conseguido. —Le tendió a Dru un par de Levi's—. ¿Te queda bien la blusa?

—Sí, está bien. Muchas gracias.

—Baja la ropa mojada a la cocina cuando acabes. Hizo ademán de irse y luego se volvió—. Ah, Dru. Bienvenida al manicomio.

No andaba muy descaminada, pensó Dru. Oía los gritos y la risa, el rugido de la música por la ventana abierta. Le daba la sensación de que la mitad del pueblo debía de estar de fiesta en el patio trasero de los Quinn.

Pero cuando echó un vistazo, se dio cuenta de que el ruido lo producían sólo los propios Quinn. Había adolescentes de varios tamaños y sexos que corrían de un lado para otro y dos, no, tres perros. No, cuatro, rectificó al ver un enorme retriever que salió del agua y corrió por el césped para sacudirse y empapar al mayor número posible de gente.

El chico al que Seth perseguía estaba haciendo lo mismo. Obviamente, Seth había conseguido alcanzarlo.

Había barcos amarrados en el muelle, lo que explicaba por qué el número de coches del sendero no se correspondía con el de personas que había en la celebración al aire libre.

Los Quinn navegaban.

También hablaban alto y eran un desmadre. La escena de abajo no se parecía a ninguno de los actos sociales al aire libre de sus padres o a sus encuentros familiares. La música habría

sido clásica y con un volumen apagado. Las conversaciones habrían sido serenas y ordenadas. Y las mesas habrían estado dispuestas meticulosamente según un tema muy pensado.

A su madre se le daban muy bien las fiestas temáticas y le dictaba sus deseos precisos al organizador, que sabía cómo cumplirlos.

Ella no estaba muy segura de saber cómo actuar, ni siquiera por un tiempo breve, en medio de semejante caos. Pero no podía hacer otra cosa sin parecer una maleducada.

Se puso los pantalones. El chico, Kevin, recordó que había dicho Anna, era alto. Tuvo que enrollarse las perneras un par de veces en dos vueltas desmañadas.

Se miró en el bonito espejo con marco de madera situado sobre la cómoda y, suspirando, cogió un pañuelo de papel para limpiarse las manchas de rímel bajo los ojos, causadas por el inesperado chaparrón.

Recogió el resto de su ropa mojada y bajó las escaleras.

Había un piano en el salón. Parecía muy viejo y muy usado. Los lirios rojos que le había vendido a Seth reposaban en un florero de cristal cortado que había sobre el piano y su fragancia se extendía por el ambiente.

El sofá parecía nuevo y la alfombra, vieja. Era, pensó Dru, un cuarto familiar con colores alegres, cómodos cojines, algunos pelos de perro y los toques femeninos de las flores y las velas. Había fotos repartidas aquí y allá, en distintos marcos. No había ningún intento de coordinar y aquél era su encanto, concluyó.

Había cuadros, paisajes marinos, urbanos, naturalezas muertas, que estaba segura eran de Seth. Pero fue un pequeño boceto a lápiz lo que atrajo su atención.

Era la pequeña casa destartalada, flanqueada por los bosques, rodeada por el agua. Decía, con total sencillez: esto es el hogar. Y le tocó en su interior una fibra que le hizo anhelar.

Acercándose más, estudió la cuidadosa firma de la parte inferior. Una firma tan cuidadosa que ella identificó como perteneciente a un niño, antes de ver la fecha escrita debajo.

Lo había hecho cuando era un niño. Apenas un niño que dibujaba su casa, y ya era consciente de su valor, poseía ya el talento y la visión para traducir con su lápiz ese valor, esa calidez y esa estabilidad.

Sin poderlo remediar, su corazón se suavizó respecto a él. Puede que fuera un idiota con una pistola de agua demasiado grande, pero era un hombre bueno. Si el arte reflejaba al artista, era un hombre muy especial.

Siguió el sonido de voces hasta la cocina. Ésta era, lo reconoció al momento, otro núcleo familiar, dirigido por una mujer que se tomaba el cocinar muy en serio. Las amplias encimeras eran de un blanco reluciente, lo que ofrecía un contraste alegre y vivaz con la cenefa color manzana de feria. Estaban cubiertas con fuentes y cuencos llenos de comida.

Seth estaba de pie, con un brazo sobre los hombros de Anna. Sus cabezas se hallaban juntas y, aunque ella seguía quitándole el plástico a un cuenco, se apreciaba la unión de su postura.

Amor. Dru lo sentía fluir por la habitación, con su corriente sencilla, fuerte y firme. Podía seguir el ruido que procedía de fuera. La gente entraba y salía por la puerta trasera, pero los dos formaban una pequeña isla de afecto.

Siempre se había sentido atraída por ese tipo de conexión y se encontró sonriéndoles antes de que una mujer, que debía de ser Grace, volviera del enorme frigo con otra fuente más en la mano.

—Ah, Dru. Espera, déjame que coja esa ropa.

Grace dejó el cuenco a un lado. Anna y Seth se volvieron, y la sonrisa de Dru se amortiguó hasta ser educada.

Puede que su corazón se hubiera suavizado respecto al artista, pero no iba a dejar que el idiota se librara tan fácilmente.

—Gracias. Sólo está húmeda. Lo peor se lo ha llevado la blusa.

—Lo peor me lo he llevado yo. —Seth ladeó la cabeza hacia Anna antes de avanzar un paso—. Lo siento. En serio. No sé cómo he podido confundirte con un chaval de trece años.

La mirada que ella le dirigió podría haber congelado un estanque a varios metros.

—¿Por qué no lo dejamos en que yo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado?

—No, éste es el lugar correcto. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios, en lo que ella imaginaba que él consideraba un gesto encantador. Y, maldita sea, lo era—. Y siempre es el

momento correcto.

—Pringado —fue la opinión de Jake cuando entró por la puerta trasera—. Van a echar los cangrejos —le dijo a Seth—. Dice papá que muevas el culo y salgas.

—Jake!

Jake le envió a su madre una mirada inocente.

—Yo sólo soy el mensajero. Estamos muertos de hambre.

—Toma. —Anna le metió un huevo relleno en la boca—. Ahora llévate esto para fuera. Luego vuelves, sin dar un golpe con la puerta, y le pides disculpas a Dru.

Jake produjo algunos sonidos con el huevo en la boca y llevó la fuente afuera.

—La verdad es que no ha sido culpa suya —comento Dru.

—Si no era esto, algo lo habrá sido. Siempre hay algo ¿Quieres un vino ?

—Sí, gracias. —Claramente, no iba a poder escaparse. Y la cosa era que sentía curiosidad por la familia que vivía en el boceto a lápiz de un joven artista—. Ah, ¿puedo ayudar en algo?

—Coge algún plato y llévalo afuera. Tenemos que dar de comer a las masas enseguida.

Auna arqueó las cejas cuando Seth cogió una fuente y le abrió la puerta a Dru, con su cuenco de ensalada de rol. Entonces Anna miró a Grace moviendo las cejas.

—Hacen buena pareja.

—Es verdad —coincidió Grace—. Me cae bien Dru.

Se acercó a la puerta con Anna para espiar—. Siempre se muestra un poco reservada al principio, pero luego se le pasa..., o se relaja, supongo. Es muy guapa, ¿no? Y tan... sofisticada.

—El dinero normalmente te recubre de un cierto brillo. Sigue estando un poco tiesa, pero si este grupo no consigue que se suelte, nada lo hará. Seth se siente muy atraído por ella.

—Ya lo he notado. —Grace volvió su rostro hacia Anna—. Supongo que será mejor que nos enteremos de más cosas sobre ella.

—Eso es exactamente lo que estaba pensando. —Volvió a coger el vino.

Tomados uno a uno, los hermanos Quinn eran impresionantes ejemplares de la especie. Como grupo, concluyó Dru, eran asombrosos. Puede que no les unieran lazos de sangre, pero eran claramente fraternales, altos, delgados, guapos y sobre todo masculinos.

El cuarteto reunido en torno a la enorme vaporera desprendía un aire viril como otros hombres podían desprender aroma a una loción concreta de afeitado. Y Dru no dudaba ni por un momento de que ellos lo sabían.

Eran lo que eran, pensó ella, y estaban bastante contentos con ello.

Como mujer, esa especie de autosatisfacción innata le parecía atractiva. Respetaba la seguridad y un ego bueno y saludable. Cuando se acercó al pozo de ladrillos donde se hacían los cangrejos para llevarles, a petición de Anna, cuatro cervezas frías, captó el final de una conversación.

—El capullo se cree el puto Nelson. —Esto de Cam.

—Más bien el puto capitán Queed. —Murmurado por Ethan.

—Se puede creer quien quiera, mientras pague su buena pasta. —Expresado con un encogimiento por Phil—. Ya hemos construido barcos para membrillos antes y lo volveremos a hacer.

—Un soplaitas es lo mismo que... —Seth se interrumpió al ver a Dru.

—Caballeros. —No movió ni una pestaña—. Cerveza fría para un trabajo acalorado.

—Gracias. —Phillip le cogió las cervezas—. He oído que tú ya te has refrescado una vez hoy.

—Sin esperar. —Ya libre de las botellas, se llevó el vaso a los labios y le dio un sorbo—. Pero prefiero este método a la Super Soaker 5000. —Ignorando a Seth, miró a Ethan—. ¿Los has traído tú? —preguntó, señalando la cazuela.

—Sí, Deke y yo. —Sonrió cuando Seth se aclaró la garganta—. A éste lo hemos llevado con nosotros como lastre —le dijo a Dru—. Ya tiene ampollas en sus manos de urbanita.

—Un par de días en el barco puede que le curtan —especuló Cam—. Aunque siempre ha valido poca cosa.

—Estás tratando de insultarme para que vaya al astillero a hacer el trabajo sucio de la mezcla al cincuenta por ciento. —Seth empujó su cerveza—. Pero ni de coña.

—Poca cosa —dijo Phillip—, pero listo. Siempre ha sido listo.

—Me pregunto si podría pasarme en algún momento y echar un vistazo a vuestro trabajo. Cam alzó la cabeza hacia Dru.

—Te gustan los barcos ¿eh?

—Sí, me encantan.

—¿Por qué no salimos a navegar? —le preguntó Seth.

Ella le dedicó apenas una mirada que rozaba lo fulminante.

—Ni de coña —replicó, y se alejó.

—Tiene clase —opinó Phillip.

—Es una buena chica —comentó Ethan mientras echaba un vistazo a la cazuela.

—Sexy —fue la opinión de Cam—. Está muy buena.

—Si quieres refrescarte, me encantará meterte la Súper Soaker 5000 por el culo —le replicó Seth.

—¿La tienes en el punto de mira? —Cam sacudió la cabeza fingiendo compasión—. Me parece que está muy por ir encima de tu división, chaval.

—Sí. —Seth tragó más cerveza—. Me encantan los partidos entre distintas divisiones.

Phillip vio cómo se alejaba Seth y se echó a reír.

—Nuestro chico se va a gastar un pastón en flores durante un tiempo.

—Esa flor en concreto tiene unos tallos muy largos —comentó Cam.

—Y ojos cautelosos. —Ethan se encogió de hombros al modo Quinn cuando Cam le miró con el ceño fruncido—. Lo observa todo, incluido Seth, pero desde un paso más atrás, ya sabes. No porque sea tímida, la chica no es tímida. Es prudente.

—Procede del mundo de la política y de las grandes fortunas. —Phillip observó su cerveza—. Eso tiene que volverte cuidadoso.

—St. Chris es un lugar raro para que ella haya venido a parar aquí, ¿no?

Desde el punto de vista de Cam, la familia te forjaba, aquella en la que habías nacido o la que habías creado. Se preguntaba cómo la familia de Dru la habría forjado.

No tenía intención de quedarse más de una hora. Una hora por cortesía mientras se le secaba la ropa. Pero, de algún modo, se vio arrastrada a una conversación sobre Nueva York con Emily. Y a otra sobre jardinería con Anna. Y luego estaban los conocidos comunes con Sybill y Phillip en Washington.

La comida era maravillosa. Cuando alabó la ensalada de patata, Grace le ofreció la receta. Dru no estaba segura de cómo anunciar que no sabía cocinar.

Había discusiones sobre béisbol, ropa, videojuegos. No tardó mucho en darse cuenta de que era simplemente otra forma de interacción.

Los perros se acercaban a la mesa y se les ordenaba con firmeza que se alejaran, normalmente después de que alguien les diera algo de comer. La brisa soplaba la fresca desde el agua mientras al menos seis conversaciones se superponían unas a otras.

Mantuvo el tipo. El entrenamiento desde pequeña había perfeccionado su habilidad para tener algo que decir a todos y cada uno en situaciones sociales de ese tipo. Podía hablar de barcos y béisbol, música y comida, arte y viajes, incluso cuando la charla sobre estos y otros temas saltaba y giraba a su alrededor.

Tomó un segundo vaso de vino y se quedó mucho más de lo que había querido al principio. No sólo porque no podía encontrar una forma educada de irse, sino porque le caían bien. Le hacía gracia y le daba envidia la intimidad de la familia. A pesar del número y de las diferencias obvias, ¿podían unas hermanas ser menos parecidas entre sí que Aubrey, la deportista de lengua afilada, y Emily, la bailarina con aspecto de elfo? Todos estaban firmemente unidos.

Como las piezas individuales de un rompecabezas grande y audaz, pensó. El enigma de la familia siempre la fascinaba. Ciertamente la suya seguía siendo un misterio para ella.

Por muy pintorescos y alegres que parecieran en la superficie, Dru imaginaba que el rompecabezas de los Quinn tendría su dosis de sombras y complicaciones.

No faltaban en ninguna familia.

Como en los hombres, pensó, girando la cabeza a propósito para encontrarse con la mirada absolutamente precisa de Seth. Era consciente de que la llevaba observando de forma casi continua desde que se sentaron a comer. Ay, a él también se le daba bien el salto de una conversación a otra, eso se lo reconocía. Y de vez en cuando centraba su atención

completamente en otra persona. Pero su mirada, esa mirada directa y profundamente azul, siempre volvía a ella.

Podía sentirlo, como un calor sobre la piel.

Se negó a dejar que la intrigara. Y ciertamente no iba a permitir que la pusiera nerviosa.

—La luz de la tarde aquí es muy buena. —Con los ojos aún centrados en Dru, tomó con el tenedor un poco de ensalada de pasta—. Tal vez hagamos algo de trabajo fuera. ¿Tienes algo con una falda larga de mucho vuelo? Sin mangas ni tirantes, para realzar tus hombros. Unos hombros fuertes y hermosos —añadió, cogiendo otro bocado de pasta—. Se corresponden muy bien con el rostro.

—Qué suerte que tengo, ¿verdad? —Dejó de hacerle caso con un ligero gesto de la mano y se volvió hacia Sybill—. Me gustó mucho tu último documental, los estudios y ejemplos sobre dinámicas familiares. Supongo que algunos descubrimientos están basados en tus propias experiencias.

—Es difícil de evitar. Podría pasarme dos décadas estudiando a este grupo y nunca me faltaría material.

—Todos somos conejillos de Indias para mami —afirmó Fiona mientras cogía hábilmente otro cangrejo—. Más vale que tengas cuidado. Si pasas un tiempo por aquí, Seth te pintará en un cuadro desnuda y mami, te analizará en un libro.

—Pues no sé. —Aubrey hizo un gesto con su bebida—. Annie Crawford estuvo viniendo por aquí durante meses y Seth nunca la pintó, ni desnuda ni de ninguna otra manera. No creo que Sybill escribiera nada sobre ella, a no ser que me perdiera el dedicado a la posición social de las rubias sin cerebro.

—No carecía de cerebro —intervino Seth.

—Te llamaba Sethie. Por ejemplo: Ay, Seth, eres como Michael de Ángel.

—¿Quieres que yo saque a relucir a alguno de los tipos con los que andabas hace unos años? ¿Matt Fisher, por ejemplo?

—Entonces era joven y superficial.

—Ya, como si ahora fueras madura y profunda. En cualquier caso —volvió aquella mirada directa de nuevo hacia Dru—, ¿tienes algo largo, amplio? ¿Con la parte de arriba ajustada?

—No.

—Ya encontraremos algo.

Dru se bebió lo que le quedaba de vino, e inclinó la cabeza ligeramente a un lado para indicar interés.

—¿Alguien se ha negado alguna vez a posar para ti?

—Pues no, la verdad es que no.

—Déjame que yo sea la primera.

—Lo hará de todos modos —le dijo Cam—. El chaval tiene la cabeza como el cemento armado.

—Y esto lo dice el hombre más flexible, más razonable, más complaciente —declaró Anna mientras se ponía de pie—. ¿A alguien le queda sitio para el postre?

Pues les quedaba, aunque Dru no comprendía cómo. Ella rechazó pasteles y tartas, pero perdió la batalla de la voluntad por un bizcocho de chocolate y nueces con dulce de azúcar que mordisqueó antes de volver a ponerse su ropa seca.

Dobló la blusa y los vaqueros prestados, los dejó sobre la cama, echó un último vistazo al acogedor dormitorio y bajó.

Se quedó parada en el umbral de la cocina cuando vio a Anna y a Cam delante del fregadero, unidos en un abrazo mucho más tórrido de lo que esperaba en los padres de unos adolescentes.

—Vamos arriba y cerramos el pestillo de la puerta —le oyó decir a Cam, y no supo dónde mirar cuando notó que las manos de Cam se deslizaron posesivamente para apretarle el trasero a su esposa—. Nadie nos echará de menos.

—Eso es lo que dijiste después de la última cena de Acción de Gracias. —Había calidez y humor en la voz de Anna cuando entrelazó los brazos en torno al cuello de Cam—. Pero te equivocaste.

—Sólo que a Phil le dio envidia porque no se le ocurrió a él primero.

—Luego, Quinn. Si te portas bien, puede que te de je... Ah, Dru.

Por la espontánea sonrisa de sus rostros, Dru concluyó que ella era la única de los tres que

se sentía avergonzada en lo más mínimo.

—Perdón. Quería agradeceros vuestra hospitalidad. He disfrutado mucho.

—Me alegro. Entonces volverás. Cam, dile a Seth que Dru se va, ¿vale? —Y, por supuesto, le dio un apretón en el trasero antes de separarse de él.

—No hace falta. Tenéis una familia maravillosa y un hogar muy bonito. Os agradezco que me hayáis dejado compartirlos hoy.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Anna, haciendo a Cam una seña en silencio mientras le ponía un brazo en el hombro a Dru para conducirla hasta la puerta delantera.

—La llave. —Moviendo la cabeza, Dru buscó en su bolso—. Se me había olvidado por completo la razón por la que he venido. ¿Se la darás a Seth? Allí puede dejar toda lo que necesite por el momento. Ya concretaremos los detalles.

Anna oyó el golpe de la puerta de la cocina.

—Más vale que se la des tú misma. Vuelve alguna vez —dijo, y luego le dio a Dru un beso rápido e informal en la mejilla.

—¿Ya te vas? —Casi sin aliento, Seth se apresuró para alcanzar a Dru en el porche delantero—. ¿Por qué no te quedas? Aubrey está organizando un partido de béisbol.

—Tengo que irme a casa. Toma la llave. —Se la acercó, pero él se quedó mirándola sin cogerla—. ¿Para el trastero? ¿Para guardar cosas?

—Ah, sí, sí. —La cogió y se la metió en el bolsillo—. Oye, es pronto, pero si quieres irte, podemos ir a algún sitio. Un paseo en coche o algo.

—Tengo cosas que hacer. —Ella se aproximó a su coche.

—Tendremos que intentar algo más íntimo para nuestra segunda cita.

Ella se detuvo y le miró por encima del hombro.

—Todavía no hemos tenido la primera.

—¿Cómo que no? Cangrejos al vapor, como te dije. Para la segunda te toca a ti elegir el menú y el sitio.

Jugando con las llaves del coche en la mano, se volvió a mirarlo.

—Sólo he venido para darte la llave, luego he sido herida con una pistola de agua y he disfrutado de una cangrejada con tu gran familia numerosa. Eso no lo convierte en una cita.

—Pero esto sí.

Él se movió con suavidad, con tanta suavidad que Dru no se dio cuenta. Tal vez si se hubiera dado cuenta, lo habría evitado. O quizá no. Pero ése no era el tema, mientras las manos de él la tomaron por los hombros y su boca se posó cálida y firme sobre la de ella.

La alzó, apenas un poco. Ladeó la cabeza, sólo un poco. Y los labios de él se rozaron contra los suyos, un juego seductor, mientras las manos masculinas se deslizaron por el cuerpo de ella para añadir un inesperado puñetazo ardiente.

Dru sintió la brisa aletear en sus mejillas y oyó el estruendo de la música como si alguien hubiera subido el volumen hasta el estruendo una vez más. Y cuando la línea dura del cuerpo masculino se apretó contra ella, se dio cuenta de que había sido ella quien se había acercado.

Los largos tirones líquidos de la parte profunda de su vientre le dieron una sensación de calor, pero aun así ella disparó los dedos por entre aquel pelo espeso y veteado de sol, y dejó que las manos de él la recorrieran.

Seth tenía la intención de sugerir con un beso, de conseguir que ella sonriera o frunciera el ceño para tener el placer de observar esas expresiones deslizarse por su rostro.

Sólo quería rascar la superficie, tal vez para mostrarle a ella y mostrarse a sí mismo una insinuación de lo que podía encontrarse más abajo. Pero cuando ella se inclinó y se envolvió a su alrededor, él se hundió.

Para él, las mujeres eran una variedad deslumbrante de colores. Madre, hermana, amante, amiga. Pero nunca había conocido a una mujer que le golpeará con tal brillantez. Quería sumergirse en aquello, sumergirse en ella, hasta que ambos estuvieran empapados.

—Déjame volver a casa contigo, Drusilla. —Le recorrió la mejilla con los labios, bajó hasta el cuello, volvió a subir por el pequeño hoyuelo de su barbilla hasta la boca—. Deja que me acueste contigo. Quiero estar contigo. Deja que te toque.

Ella agitó la cabeza. No le gustaba la precipitación, se recordó a sí misma. Una mujer inteligente nunca doblaba por una esquina hasta haber mirado el mapa del viaje completo, e incluso así, sólo procedía con precaución.

—No soy impulsiva, Seth. No soy una atolondrada. Le colocó las manos en los hombros para

apartarle, pero su mirada era directa—. No me comparto con un hombre sólo porque haya ardor.

—De acuerdo. —Le apretó los labios contra la frente antes de apartarse—. Quédate. Jugaremos un poco al béisbol, tal vez demos una vuelta en el barco. Hoy nos limitaremos a hacer cosas sin complicaciones.

Con algunos hombres, esa propuesta habría sido solo un truco más para llevársela a la cama. Pero con él no notó eso. Hablaba en serio, concluyó.

—Puede que llegues a caerme bien.

—Con eso cuento.

—Pero no puedo quedarme. He dejado unas cuantas cosas sin hacer para pasar por aquí y me he quedado mucho más de lo que pensaba.

—¿Tú nunca hacías novillos en la escuela?

—No.

Apoyó un brazo en la puerta del coche antes de que ella pudiera abrirla y su rostro mostró sincero asombro.

—¿Ni una vez?

—Me temo que no.

—Así que respetas las reglas —dijo—. Eso es muy sexy.

Ella tuvo que reírse.

—Si te hubiera dicho que me saltaba las clases una vez a la semana, me habrías llamado rebelde y habrías dicho que eso era sexy.

—Me has pillado. ¿Qué tal si quedamos a cenar mañana por la noche?

—No. —Le apartó de la puerta del coche—. Tengo que pensar en todo esto. No quiero estar interesada en ti.

—Lo cual quiere decir que lo estás.

Ella se deslizó tras el volante.

—Lo cual quiere decir que no quiero estarlo. Ya te diré si cambio de opinión. Vuelve con tu familia. Tienes mucha suerte de contar con ellos —comentó, y cerró la puerta.

Él la miró dar marcha atrás y luego alejarse. Su sangre seguía caldeada por el beso, y su mente estaba demasiado repleta de ella y de posibilidades como para reparar en el coche que se apartó del arcén, junto a los árboles, y siguió al de Dru.

5

Dru sabía que él ya había hecho la mudanza. De vez en cuando, al ir a la trastienda, oía la música por las rejillas de ventilación. No le sorprendió que la pusiera a todo volumen, ni que variara desde el rock ensordecedor hasta el blues añejo, pasando por apasionadas óperas.

De Seth Quinn no le sorprendía nada.

Durante la primera semana de alquiler, él iba y venía sin ritmo ni horario que ella pudiera apreciar. A veces pasaba rápidamente por la tienda, para preguntarle si necesitaba algo, para decirle que iba a empezar a instalar las claraboyas, para contarle que había dejado algunas cosas en el trastero y había hecho una copia de la llave.

Se mostraba siempre cordial y nunca parecía tener prisa. Y ni una sola vez buscó una repetición del erótico beso de aquella tarde.

La molestaba por varias razones. Primero, ella estaba empeñada en no permitirlo, al menos por el momento. No tenía intención de que Seth, ni ningún otro hombre, diera por supuesta su disponibilidad.

Era una simple cuestión de principios.

Y, por supuesto, se esperaba que él buscara una continuación. Un hombre no te pedía un día que te fueras a la cama con él para tratarte al día siguiente como a cualquier vecina.

Así que tal vez sí la había sorprendido después de todo. Lo que sólo la irritaba aún más.

Mejor así, se dijo mientras trabajaba en los pequeños arreglos para mesas que había vendido a uno de los restaurantes más selectos del puerto. Se iba adaptando a St. Chris, a su negocio, al tipo de vida que siempre había deseado sin saberlo. Una relación, fuera una aventura, un romance o simplemente sexo sin ataduras, podría alterar aquel equilibrio.

Y ella disfrutaba mucho del equilibrio.

La única persona que necesitaba algo, que le exigía algo, que esperaba algo de ella en aquel momento era ella misma. Eso, en sí, era un regalo de Dios.

Complacida con la combinación de narcisos y patas de gallo, puso los arreglos en la cámara de refrigeración. Su repartidor a tiempo parcial vendría a recogerlos, junto con los lirios y tulipanes y los magníficos lirios blancos que habían pedido un par de hostales de la localidad.

Oyó llegar a Seth, el sonido de la puerta del coche al cerrarse, el ruido de los pasos en la gravilla y luego los rápidos golpes en las escaleras.

Instantes después llegó la música. Hoy tocaba rock, percibió con una mirada a la rejilla situada sobre su cabeza. Lo que significaba que probablemente él se subiría enseguida al tejado, para trabajar en los tragaluces.

Volvió a la tienda, cogió la planta que había elegido, se dirigió a la puerta trasera y subió las escaleras. Con el estruendo de la música, un toque educado no serviría, así que usó el puño para golpear la puerta.

—Adelante, adelante, está abierto. ¿Desde cuándo os molestáis en llamar a la puerta?

Se volvió, en el acto de ponerse un cinturón de herramientas, mientras ella abría la puerta.

—Hola. —Su sonrisa fue rápida y natural—. Creía que eras uno de mis hermanos, pero tú eres mucho más guapa.

—Te he oído entrar. —Ella no caería en el tópico, se prometió a sí misma. No iba a tener estúpidas fantasías por haberse encontrado con un macho alto y delgado con un cinturón de herramientas—. He pensado que te gustaría esta planta.

—¿El qué? Espera. —Divertido consigo mismo, fue a la diminuta cocina donde había instalado un equipo de música y bajó el volumen—. Perdona.

El martillo le golpeaba la cadera. Llevaba unos vaqueros que tenían tanta tela como agujeros. La camiseta era de un gris desteñido, y estaba manchada de pintura y de algo que parecía algún tipo de grasa de motor. No se había afeitado.

A ella no le atraían, en modo alguno, los hombres asperos y desaseados. Normalmente. —Te he traído una planta.

Su voz sonó más severa, más impaciente de lo que ella quería. Sus propias palabras regresaron para atormentarla. No, no deseaba sentirse interesada por Seth Quinn.

—¿Ah, sí? —A pesar del tono de Dru, él pareció muy complacido. Se acercó y tomó la planta que ella le tendía—. Gracias —comentó mientras miraba las hojas verdes y las pequeñas flores blancas.

—Es un trébol —le dijo ella—. Por tu apellido irlandés, Quinn. Me ha parecido apropiado.

—Supongo que sí lo es. —Entonces aquellos ojos azules se alzaron y se clavaron en los suyos—. Te lo agradezco.

—No dejes de regarlo. —Alzó la vista. Dos claraboyas ya estaban instaladas. Y él llevaba razón, pensó, lo cambiaban todo—. Has trabajado mucho.

—Hum. He intercambiado tiempo en el astillero por trabajo aquí. Hoy Cam me va a echar una mano, así que deberíamos terminarlo.

—Bueno. —Echó una mirada alrededor. Después de todo, se recordó a sí misma, ella era la dueña. Podía tomarse cierto interés por lo que pasaba allí.

Había lienzos apilados contra dos de las paredes. Un caballete con un lienzo en blanco estaba ya colocado ante una de las ventanas. No estaba segura de cómo habría conseguido Seth subir la enorme mesa de trabajo por las escaleras y meterla por la estrecha puerta, pero ya estaba situada en el centro de la habitación y cubierta con las herramientas del artista: pinceles, pinturas, un tarro de cristal con trementina, trapos, lápices, tizas.

Había un par de taburetes, una vieja silla de madera, una mesa más vieja aún con una lámpara particularmente fea encima.

Unas estanterías, también de madera, contenían más pinturas.

No había colgado nada en las paredes, notó Dru. No había nada más que espacio, herramientas y luz.

—Parece que ya estás adaptándote. Te dejo volver a tu trabajo. —Pero la atrajo uno de los lienzos apilados, Era un baño de púrpura sobre verde. Un estallido de dedalera silvestre bajo una luz nacarada tiró de ella con tal intensidad que casi sentía el roce de las hojas y los pétalos en la piel.

—Es la cuneta de una carretera de Irlanda —dijo él—. En el condado de Clare. Pasé unas cuantas semanas ahí. Por todas partes hay un cuadro. Nunca puede trasladarse de verdad a un lienzo.

—Pues yo creo que tú lo has hecho. Es una maravilla. Sencillo y poderoso. Nunca he visto la dedalera crecer asilvestrada junto a una carretera en Irlanda, pero ahora siento que la he visto. ¿No se trata de eso?

Él se quedó mirándola durante un momento. El sol de la mañana penetraba como una lanza por las claraboyas y se vertía sobre ella, acentuando el contorno de su mandíbula y de sus mejillas.

—Quédate ahí. Quédate ahí quieta —repitió, acercándose a su mesa de trabajo—. Sólo diez minutos. Bueno, miento. Máximo veinte.

—¿Cómo?

—Que te quedes ahí. Joder, ¿dónde está mi...? Ah, cogió un trozo de carboncillo y dio la vuelta al caballete—. No, no me mires. Mira hacia allá. Espera.

Se movió a toda velocidad, cogió el cuadro de la dedalera y, sacando un clavo de un bolsillo, lo colgó en la pared

—Mira el cuadro.

—No tengo tiempo para...

—Mira el cuadro. —Esta vez su voz sonó imperiosa, tan llena de autoridad e impaciencia, que ella obedeció antes de tener tiempo para pensarlo a fondo—. Te pagaría por el tiempo que poses.

—No quiero tu dinero.

—En especie. —Ya estaba deslizando el carboncillo por el lienzo—. Tienes esa casa junto al río. Probablemente hay cosas con las que necesitas ayuda de vez en cuando.

—Yo me puedo ocupar de...

—Sí, sí, sí, sí. Alza un poco la barbilla, hacia la derecha. Joder, joder, qué luz. Relaja la mandíbula. Cabréate luego, pero ahora déjame que haga esto.

Pero ¿quién como se creía que era?, se preguntó. Allí estaba, con las piernas separadas y el cuerpo dispuesto como un hombre a punto de combatir. Tenía un cinturón de herramientas en torno a las caderas y estaba haciendo un boceto a carboncillo como si le fuera la vida en ello.

Sus ojos estaban entornados, tan intensos, tan concentrados, que el corazón le daba un vuelco cada vez que le pasaban por el rostro.

En el aparato de música, los AC/DC estaban en la autopista al infierno. Por la ventana abierta llegaba el grito de las gaviotas mientras se lanzaban en picado sobre la bahía. Sin

saber del todo por qué había permitido que se le dieran órdenes, se quedó de pie observando la dedalera silvestre.

Comenzó a verlo decorando la pared de su dormitorio.

—¿Cuánto quieres por él?

Seth mantuvo las cejas fruncidas.

—Te lo diré cuando lo haya terminado.

—No, el cuadro que estoy mirando mientras intento no mosquearme contigo. Me gustaría comprarlo. Supongo que tienes un marchante. ¿Me pongo en contacto con él o ella?

Seth se limitó a gruñir. Por el momento no le interesaban en absoluto las ventas, y siguió trabajando.

—No muevas la cabeza, sólo los ojos. Y mírame. Tienes un rostro especial de verdad.

—Sí, y desde luego me siento muy halagada por tu interés, pero tengo que bajar a abrir la tienda.

—Dos minutos más.

—¿Te gustaría saber lo que opino de la gente que no acepta un no por respuesta?

—En este momento, no. —«Mantenla ocupada, que siga hablando», pensó rápidamente. Ah, Dios, era perfecto, la luz, el rostro, la mirada fría de los ojos verde musgo—. Me han dicho que el viejo señor Gimball te hace los repartos. ¿Qué tal te va con él?

—Maravillosamente, y como va a llegar de un momento a otro...

—Que espere. El señor Gimball nos daba Historia cuando yo estaba en la escuela elemental. Ya entonces parecía viejísimo, tan decrepito como los presidentes muertos sobre los que nos hablaba. Una vez, uno de nosotros encontró una enorme piel de culebra. La llevamos y se la pusimos en la silla antes de la tercera hora.

—Estoy segura de que os hizo una gracia tremenda.

—¿Bromeas? Yo tenía once años. Estuve a punto de romperme una costilla de la risa. ¿Nunca les hiciste ese tipo de trucos a los profesores en tu escuela privada para chicas?

—No. ¿Y por qué supones que fui a una escuela privada para chicas?

—Cariño, se te nota un montón. —Se apartó e hizo un gesto de asentimiento al lienzo—. Sí, y te sienta bien, —Se echó hacia delante y suavizó una línea con el pulgar antes de dirigir la vista a Dru—. ¿Prefieres considerar esto una sesión, o nuestra segunda cita?

—Ni una cosa ni la otra.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad, pero no fue a ver lo que él había dibujado.

—Segunda cita —decidió él, mientras dejaba a un lado el carboncillo y cogía sin darse cuenta un trapo para limpiarse las manos—. Después de todo, me has traído flores.

—Una planta —corrigió ella.

—Es una cuestión semántica. ¿En serio quieres el cuadro?

—Eso depende de cuánto suba el precio por quererlo.

—Eres bastante cinica.

—El cinismo está infravalorado. ¿Por qué no me das el nombre de tu marchante? Entonces veremos.

A él le encantaba el modo en que aquel pelo liso y corto seguía la forma de la cabeza. No sólo quería dibujarlo. Necesitaba pintarlo.

Y tocarlo. Pasar las manos por aquella densa masa negra y sedosa hasta conocer su textura incluso en sueños.

—Te propongo que hagamos un canje amistoso. Posa para mí y el cuadro es tuyo.

—Acabo de posar para ti, según creo.

—No, te quiero en un óleo.

Y a la acuarela. Con pasteles.

En la cama.

Había pasado mucho tiempo en los últimos días pensando en ella, un tiempo suficiente para concluir que una mujer como Dru, con su belleza y su procedencia social debía de estar acostumbrada a que los hombres la persiguieran.

Así que decidió, adrede, echar el freno y esperar a que ella diera el siguiente paso. A su modo de ver, ya lo había hecho. Mediante una planta.

La deseaba personalmente tanto como la deseaba profesionalmente. Daba igual qué llegara primero, mientras consiguiera ambas cosas.

Ella volvió a mirar el cuadro. A Seth no dejaba de producirle placer, al igual que asombro,

percibir el deseo en los ojos de alguien cuando contemplaban su trabajo. Al verlo en los ojos de Dru, supo que lo había conseguido, profesionalmente.

—Tengo un negocio que dirigir —comenzó ella.

—Me adaptaré a tu horario. Dame una hora por la mañana antes de abrir, cuando puedas. Y cuatro horas los Domingos.

Ella frunció el ceño. No le parecía tanto, si él lo expresaba así. Y, ay, el cuadro era una belleza.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Aún no lo sé. —Sintió una pequeña ola de irritación—. Es arte, no contabilidad. —¿Aquí?

—Al principio.

Ella meditó, discutiendo consigo misma. Deseó haber visto nunca el maldito cuadro. Y luego, como propio de una mujer estúpida el llegar a un acuerdo sin conocer todas las condiciones, se acercó al caballete y dio la vuelta para ver el lienzo. Y observó su propio rostro.

Esperaba algo ordinario, bueno, un boceto difuso, ya que él no había tardado más de un cuarto de hora en hacerlo. Sin embargo, era asombroso y muy detallado: los ángulos, las sombras, las curvas.

Parecía muy fría, concluyó. Un poco reservada y muy seria. ¿Cínica?, pensó, y cedió a la sonrisa que quería asomarse a su boca.

—No tengo un aspecto muy cordial —comentó.

—No te sentías especialmente cordial.

—Eso no te lo discuto. Ni el hecho de que posees un don extraordinario. —Suspiró—. No tengo ningún vestido con la falda larga y de vuelo, y con la parte de arriba sin tirantes.

Y él sonrió.

—Ya improvisaremos.

—Mañana te doy una hora. De siete y media a ocho y media.

—Joder. Bueno, vale. —Se acercó, cogió el cuadro de la pared y se lo tendió.

—Eres muy confiado.

—La confianza está infravalorada.

Cuando las manos de ella estuvieron ocupadas, la tomó por los brazos. La alzó de nuevo ligeramente, haciendo que se apoyara en los dedos de los pies. Y la puerta se abrió.

—No —rezongó Seth al ver que Cam entraba—, No llaman nunca.

—Hola, Dru. Besa a la chica en tu tiempo libre, chaval. No huelo a café. —Claramente a gusto, se fue hacia la cocina y entonces reparó en el lienzo. Se le iluminó la cara de puro placer—. Son los cincuenta dólares que menos me ha costado ganar. Me aposté con Phil a que nuestro Seth conseguiría convencerte para que posaras antes de que terminara la semana.

—¿Ah, sí? ¿De veras?

—No te ofendas. Si aquí el Rembrandt quiere pintar algo, encuentra la manera. Sería un idiota si dejara pasar una ocasión como ésta —añadió, y la mirada en su rostro cuando volvió a contemplar el lienzo estaba tan llena de orgullo, que ella se suavizó—. La mayor parte del tiempo es un pesado de tomo y lomo, pero tonto no es.

—Soy consciente de la pesadez. Me reservo mi opinión sobre si es tonto hasta que lo conozca mejor. A las siete y media —le dijo a Seth mientras se dirigía a la puerta—. De la mañana.

Cam no dijo nada, sólo reprodujo un latido con la mano abierta sobre el corazón.

—Vete a la mierda.

—Entonces, ¿la vas a pintar o vas a trabajártela?

Cam soltó la carcajada ante el gruñido fiero de Seth—. Donde las dan las toman, chaval. No hace tanto te pasaste mucho tiempo asqueado ante la idea de que nosotros nos trabajáramos a las chicas, como tú decías.

—Puesto que hace más de quince años no es «hace tanto» en tu opinión, eso demuestra que te estás haciendo viejo de verdad. ¿Estás seguro de que tienes que subirte al tejado? Igual te da un vahído y te caes.

—Todavía puedo darte una buena, chaval.

—Ya. Si Ethan y Phil me sujetan, tal vez puedes conmigo. —Se rió cuando Cam le agarró en una llave—. Jo, tío, ahora sí que estoy asustado.

Pero ambos recordaron una época en que lo había estado, cuando un chiquillo flaco y con un

pico de oro si habría quedado atenazado por el pánico ante cualquier contacto, áspero o cariñoso.

Sabiéndolo, recordándolo, Seth estuvo a punto de confesar el apuro que mantenía tan férreamente encerrado en el rincón más lejano de su mente.

No, lo había resuelto, se dijo a sí mismo. Y lo resolvería de nuevo, cuando volviera a presentarse, si es que se presentaba.

Era un hombre de palabra. Cuando la última claraboya estaba instalada, siguió a Cam al astillero para echar unas cuantas horas.

Una vez pensó dedicarse a aquello, trabajar junto a sus hermanos en la construcción de veleros de madera. De hecho, algunos de sus mejores recuerdos estaban cobijados en el viejo edificio de ladrillo, aderezados con su sudor, un poco de sangre y la emoción de aprender a formar parte de algo.

Con los años, el astillero había cambiado. Se había refinado, como diría Phillip. Las paredes ya no eran un pladur desnudo y lleno de agujeros, sino que estaban pintadas de un sencillo color blanco, apropiado para un lugar de trabajo.

Habían hecho una especie de entrada que se abría a las escaleras, por las que se accedía a la oficina de Philli|

El desván del piso superior. En teoría, así la zona de trabajo principal quedaba separada.

De las paredes colgaban bocetos de numerosos barcos, construidos por los Quinn a lo largo de los años, con marcos de factura tosca. Mostraban el progreso de la empresa y el crecimiento del artista.

Sabía, porque Aubrey se lo había contado, que hacía dos años apareció un coleccionista de arte y les ofreció a sus hermanos un cuarto de millón de dólares por los cincuenta bocetos expuestos en aquel momento.

Habían rechazado la oferta de plano, pero le ofrecieron construirle un barco basado en cualquiera de los dibujos que le gustara.

Nunca se trataba de dinero, pensó en aquel momento aunque habían vivido algunos momentos malos durante aquel primer par de años. Siempre se trataba de la calidad. Y de una promesa hecha a Ray Quinn.

La zona de trabajo en sí no había cambiado mucho. Seguía siendo un espacio amplio y bien iluminado donde sonaba el eco. Había poleas y cabestrantes que colgando del techo, sierras, bancos, pilas de leños, el aroma de la madera recién serrada, aceite de linaza, sudor, café, el estruendo del rock and roll, el zumbido de las sierras eléctricas, un resto del olor a cebolla del bocadillo de alguien para la comida.

Le resultaba tan familiar como su propio rostro.

Sí, una vez pensó que pasaría su vida allí, oyendo a Phillip quejarse de las facturas no pagadas, observando como las manos pacientes de Ethan solapaban planchas de madera, sudando con Cam mientras daban la vuelta a un casco.

Pero el arte lo había consumido. El amor por él le había apartado de sus ambiciones de chico. Y durante un tiempo, le había apartado de su familia.

Ya era un hombre, se recordó a sí mismo. Un hombre capaz de defender su territorio, de pelear sus propias batallas y ser lo que estaba destinado a ser.

Nada ni nadie le iba a parar.

—¿Piensas quedarte ahí mirando a las musarañas mucho más tiempo? —le preguntó Cam—. ¿O vamos a conseguir sacarte algo de trabajo esta tarde?

Seth volvió al presente con un movimiento brusco.

—No parece que me necesitéis —apuntó.

Vio a Aubrey, que trabajaba en la tablazón de cubierta de un esquife. Su destornillador eléctrico no paraba de ronronear. Llevaba una gorra de los Orioles y su larga coleta le caía por la espalda. Ethan estaba en el torno, trabajando un mástil con su perro fiel tendido a sus pies.

—Hay que calafatear y rellenar el casco de ese esquife

Trabajo sucio, pensó Seth, y suspiró.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Deleitarme con la gloria de mi pequeño imperio,

El deleite incluía detallar el mamparo de la cabina, el tipo de carpintería fina que Cam había

convertido en un arte.

Seth hizo el trabajo sucio, no era la primera vez. Él sabía cómo entablar, pensó con cierto resentimiento mientras el taladro de Aubrey seguía chirriando y girando por encima de su cabeza.

—Oye. —Ella se dobló para hablar con él—. Will tiene la noche libre. Vamos a pillar una pizza y luego a ver una peli. ¿Te apetece venir?

Era tentador. Quería volver a ver a Will, no sólo porque habían sido amigos, sino porque quería echar un vistazo a cualquier tío que anduviera detrás de Aubrey.

Sopesó esto con el hecho de pasar la noche como carabina.

—¿Vais al Village Pizza?

—Sigue siendo el mejor del pueblo.

—Puede que me pase por allí —decidió Seth—. Diré hola a Will. Paso de la peli. Mañana tengo que empezar pronto.

—Pensaba que los tipos artísticos como tú teníais vuestro propio horario.

Seth introdujo estopa en una juntura de tablazón biselada del casco.

—En este caso, viene impuesto por la modelo.

—¿Qué modelo? —Se sentó sobre los talones y, de repente, comprendió al observar la expresión de Seth—. Oh, la linda señorita de las flores va a posar para el artista ruinoso. Sé más cosas de ella.

—No me interesa el cotilleo. —Consiguió mantenerse firme durante casi diez segundos—. ¿Qué tipo de cosas?

—Cosas muy sabrosas, cariño. Lo sé por Jamie Styles, que se enteró por un primo suyo que fue ordenanza en el senado hace unos años. En aquella época, Dru y cierto asesor de alto nivel de la Casa Blanca fueron un tema candente.

—¿Cómo de candente?

—Pues lo bastante como para quemar las páginas de sociedad del *Post* durante casi un año. Y para merecer lo que el primo de Jamie describe como un anillo de compromiso del tamaño de un pomo de puerta. Luego el diamante desaparece, el asunto se enfría y el asesor de alto nivel empieza a aparecer en la prensa escrita con una rubia.

—¿Dru estuvo comprometida?

—Sí. Brevemente, según mis fuentes. Resulta que la rubia era un factor anterior al compromiso roto. No sé si sabes por dónde voy.

—¿El tipo engañaba a Dru con la rubia?

—Resulta que la rubia era, y es, una abogada engreía, ayudante en el gabinete de la Casa Blanca o algo así.

—Debe de haber sido duro para Dru que todos esos detalles íntimos fueran aireados por la prensa.

—A mí me parece capaz de soportarlo bastante bien. No es el felpudo de nadie. Y te apuesto la paga de un mes a que le machacó los huevos a ese cabrón antes de hacerle tragar el anillo a la fuerza.

—Tú lo harías —dijo Seth con orgullo y aprobación—. Justo antes de fregar el suelo con su lengua mentirosa. Pero no me parece que Dru sea una mujer violenta. Es más probable que le dejara muerto por congelación con una mirada gélida y unas cuantas palabras de hielo.

Anbrey se burló.

—Pues sí que conoces tú mucho a las mujeres. Las nenas tranquilas, amigo mío, no sólo corren profundas. Puedes apostar el culo a que también corren cálidas.

Tal vez, pensó Seth al dejar caer su cuerpo sucio y dolorido al volante de su coche. Pero se apostaría algo a que Dru había cortado al tipo en dos sin derramar una sola gota de sangre.

Él sabía lo que era que la prensa mordisqueara los pequeños detalles personales de tu vida, detalles íntimos y embarazosos.

Pudiera ser que ella hubiera venido aquí para escapar de todo aquello. Sabía lo que se sentía.

Miró la hora mientras sacaba el coche del aparcamiento. Le apetecía la pizza que había mencionado Aubrey y le parecía un esfuerzo inútil volver a casa a quitarse toda la mugre del día con una ducha para luego regresar al pueblo.

Así que pasaría por el estudio para lavarse. Había llevado toallas y jabón. Incluso se había acordado de dejar un par de vaqueros limpios y una camisa en el armario.

Tal vez encontrara a Dru aún en la tienda y la convenciera para tomar una pizza como amigos. Lo que implicaría, pensó, complacido con la idea, la cita número tres.

Ella pondría esa mirada fría, de no me divierte, cuando él lo llamara así. Y la rápida luz de sus ojos revelaría que le hacía gracia.

Aquel contraste le volvía loco.

Podría pasarse horas, días, observando las variedades de luz y sombra en ella.

Pero su coche no estaba en el pequeño aparcamiento que había detrás de su edificio. Pensó en llamarla y persuadirla para que volviera a la ciudad, antes de recordar que no tenía teléfono.

Tendría que ocuparse de aquello, pensó. Pero ya que no podía llamar desde allí, se ducharía, iría corriendo al Village Pizza y la llamaría desde un teléfono público.

Alguien tenía que tener su número.

Mejor, decidió mientras subía la escalera, si pillaba una pizza para llevar y pasaba por su casa de camino a la suya. Con una botella de Merlot.

¿Qué mujer rechazaría a un hombre que llevaba pizza y vino?

Satisfecho con el plan, entró en el estudio y sintió que algo se deslizaba bajo su pie. Frunciendo el ceño, se agachó y recogió la nota doblada que alguien había deslizado por debajo de su puerta.

Su estómago cayó en picado al tiempo que su mundo se derrumbaba.

Diez mil me bastarán. Estaré en contacto.

Seth se sentó simplemente en el suelo, junto a la puerta, y estrujó el papel hasta hacerlo una pelota pequeña y vil.

Gloria DeLauter había vuelto. No esperaba que lo encontrara y lo siguiera tan rápido. No estaba preparado, admitió, para que ella llegara pisándole los talones, apenas dos semanas después de haber abandonado Roma.

Quería tiempo para pensar, para decidir. Lanzó lejos la pequeña bola de papel. Bueno, con los diez mil conseguiría ganar algo de tiempo, si quería tirar el dinero por el sumidero.

Ya lo había hecho antes.

Cuando se trataba de su madre, no había precio que no estuviera dispuesto a pagar para librarse de ella, más aún, para mantener a su familia libre de ella.

Por supuesto, aquello era precisamente con lo que ella contaba.

6

Estaba pescando, sentado en el embarcadero, con un trocito del queso Brie de Anna como cebo. El sol veraniego le calentaba la espalda, con esa pesadez de agosto que le empapaba la piel y predisponía al cerebro para soñar.

No llevaba más que unos vaqueros recortados y una gafas de sol de montura metálica.

Le gustaba mirar a su través la forma en que la luz golpeaba desde un brumoso cielo azul y chocaba con el agua. Ociosamente pensó que tal vez dejara la caña a un lado enseguida y se metiera adentro a refrescarse.

El agua lamía perezosa el casco del pequeño barco de velas azules amarrado al muelle. Un arrendajo cantaba en los árboles. Cuando sopló un poco de brisa insignificante, traía efluvios de las flores de un rosal que llevaba allí más tiempo que él.

La casa estaba silenciosa. El césped que llevaba hasta ella aparecía exuberante y recién cortado. Podía oler aquello también. La hierba recién segada, las rosas, el ligua perezosa. Aromas de verano.

No lo encontró extraño, aunque todavía era primavera.

Había que hacer algo, y él deseaba por lo más sagrado saber el qué, para mantener aquella casa tranquila, aquella paz veraniega en el aire. Y a su familia a salvo.

Oyó el gañido de un perro y luego el ruido de patas caninas en el embarcadero. No alzó la vista, ni siquiera cuando una lengua fría le lamió la mejilla. Se limitó a alzar un brazo para que el perro se tumbara a su lado moviéndose nerviosamente.

Siempre era reconfortante, de algún modo, tener un perro al lado cuando te pesaba el corazón.

Pero aquello no era suficiente para el animal, cuya cola golpeaba en el muelle como un tambor mientras su lengua lamía la mejilla de Seth.

—Vale, vale, para ya, que estoy pensando —comenzó, y luego sintió que el corazón se le subía a la garganta cuando se movió para calmar al animal.

No era el perro de Cam, sino el suyo, *Tonto*, que había muerto en sus brazos cinco años antes. Sin palabras, Seth se quedó mirando mientras aquellos ojos caninos tan familiares parecían reírse de él como si fuera el mejor chiste del mundo.

—Un momento, un momento. —La alegría y la conmoción se le mezclaron dentro y tocó el morro del animal. Pelo cálido, el morro frío, la lengua húmeda—, ¿Qué diablos es esto?

Tonto soltó otro alegre ladrido y luego se dejó caer con adoración en el regazo de Seth.

—Aquí estás, maldito idiota —murmuró Seth, mientras un amor sin palabras le llenaba—. Aquí estás, bobalicón. Oh, Señor, te he echado tanto de menos... —Soltó la caña y la dejó caer para agarrar a su perro.

Una mano se alzó y agarró la caña antes de que callera al agua.

—No puede desperdiciarse ese queso tan fino. —La mujer que estaba sentada a su lado, con las piernas colgando, se hizo cargo de la caña—. Pensamos que *Tonto* te alegraría. No hay nada como un perro, ¿verdad? Para darte compañía, amor, consuelo y mero entretenimiento, ¿No pican hoy?

—No, no...

Las palabras retrocedieron en su garganta cuando la miró. Conocía aquel rostro, lo había visto en fotos. Largo y estrecho, lleno de pecas en la nariz y las mejillas. Llevaba un sombrero caqui sin forma sobre unos desordenados rizos pelirrojos veteados de plata. Y sus oscuros ojos verdes eran inconfundibles.

—Tú eres Stella. Stella Quinn.

Stella Quinn, pensó mientras trataba de comprenderlo, que llevaba muerta más de veinte años.

—Pues sí que has salido guapo, ¿no? Siempre pensé que sería así. —Le dio un cariñoso tirón a la coleta—. Necesitas un corte de pelo, muchacho.

—Supongo que estoy soñando.

—Supongo que sí —comentó con naturalidad, pero una mano se movió del cabello de Seth a su mejilla para hacerle una caricia antes de bajarle las gafas oscuras—. Tienes los ojos de Ray. Eso fue lo primero que me enamoró de él, ¿sabes?

—Siempre quise conocerte. —«Tus deseos se cumplen en los sueños», pensó Seth.

—Bueno, pues aquí estamos. —Con una carcajada, volvió a colocarle las gafas en su lugar—. Nunca es demasiado tarde, ¿verdad? A mí no me gustaba mucho pescar. Me gustaba el agua para mirarla, para nadar. Pero pescar es bueno para pensar, o para no pensar en nada. Si vas a darle vueltas a algo, más vale que tengas una caña en el agua. Nunca se sabe lo que puedes sacar.

—Nunca había soñado contigo antes. No de este modo.

De hecho, nunca había soñado con tal claridad. Podía sentir el pelo cálido bajo su mano y el ritmo firme del corazón mientras *Tonto* jadeaba por el calor.

Sentía la fuerza del sol en la espalda desnuda y oía, en la distancia, el ronroneo de un barco faenero. El arrendajo seguía con su canto penetrante.

—Pensamos que era el momento de que yo hiciera de abuela. —Le dio a Seth una cariñosa palmada en la rodilla—. Lo eché de menos cuando estaba aquí. Preocuparme por los bebés y hacerles carantoñas cuando nacieron, mimarte a ti y a los demás. Morirse es una puñetera inconveniencia, te lo digo yo.

Cuando él se limitó a quedarse mirándola, ella soltó una risa clara y larga

—Es normal que esto te parezca un poco espeluznante. No sucede a diario que uno se siente a hablar con fantasmas.

—Yo no creo en los fantasmas.

—No te culpo. —Alzó la mirada hacia el agua y algo en su rostro expresaba un bienestar absoluto—. Te habría hecho galletas, aunque nunca fui muy buena cocinera. Pero no es posible tenerlo todo, así que hay que coger lo que se puede. Tú eres nieto de Ray y eso quiere decir que también lo eres mío.

La cabeza le daba vueltas, pero no se sentía mareado. El pulso le iba al galope, pero no sentía temor.

—Fue bueno conmigo. Le tuve poco tiempo, pero era...

—Honrado. —Asintió al decirlo—. Eso es lo que le dijiste a Cam cuando te preguntó. Ray era honrado, dijiste, y como hay Dios que no habías visto mucha honradez, hasta entonces, pobre niño.

—El lo cambió todo para mí.

—Te dio la oportunidad de cambiarlo todo. Tú lo has hecho muy bien, hasta ahora. Uno no puede elegir de dónde viene, Seth. Mis chicos y tú lo sabéis mejor que nadie. Pero se puede elegir dónde se termina y cómo se llega hasta allí.

—Ray me acogió, y eso le mató.

—Si dices una cosa así en serio, es que no eres tan listo como todos piensan. Ray se sentiría decepcionado si te oyera.

—Él no habría estado en aquella carretera de no haber sido por mí.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Le dio otra palmada—. De no haber sido aquella carretera y aquel día, hubiera ido otra carretera y otro día. El tonto de él siempre conducía demasiado rápido. Las cosas pasan y no hay más. Si ocurren de un modo distinto, nos sentamos a quejarnos igual. Se pierde mucha vida con los «y si», si quieres que te diga mi verdad.

—Pero...

—Nada de peros. George Bailey aprendió la lección, ¿no?

Confundido, fascinado, Seth se volvió un poco.

—¿Quién?

Stella volvió los ojos al cielo.

—De la película *Qué bello es vivir*. Jimmy Stewart hacía de George Bailey. Llega a la conclusión de que sería mejor para todos que él no hubiera nacido, así que un ángel le muestra cómo habrían sido las cosas en ese caso.

—¿Y tú me lo vas a mostrar a mí?

—¿A ti te parezco un ángel? —preguntó, divertida.

—Pues no. Pero yo tampoco pienso que sería mejor no haber nacido.

—Si cambias una cosa, todo cambia. Esa es la lección. ¿Qué hubiera pasado si Ray no te hubiera traído aquí, si no se hubiera chocado con aquel puñetero poste de teléfono? Tal vez Cam y Anna no se hubieran conocido. Entonces Kevin y Jake no hubieran nacido. ¿Es eso lo que deseas?

—No, por Dios, claro que no. Pero si Gloria...

—Ah. —Con un gesto de satisfecho asentimiento, Stella alzó un dedo—. Ese es el quid de la

cuestión, ¿verdad? No tiene sentido decir «sí Gloria» o «pero Gloria, Gloria DeLauter es la realidad.

—Ha vuelto.

Su rostro se suavizó, su voz se hizo más tierna.

—Sí, cariño, lo sé. Y es una carga para ti.

—No voy a permitir que roce sus vidas otra vez. No la voy a dejar que joda a mi familia. Sólo quiere dinero. Eso es todo lo que ella ha deseado siempre.

—¿Te parece? —Stella suspiró—. Bueno, si es así, supongo que se lo entregarás. Otra vez.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Ya darás con ello. —Le tendió la caña.

Se despertó sentado a un lado de la cama, con la mano apretada, formando un puño flojo como si sostuviera la caña de pescar.

Y cuando abrió los dedos, temblaron un poco. Al tomar aire con cautela, hubiera jurado que olió una leve bocanada de garranchuelo.

Qué extraño, pensó, y se pasó los dedos por el cabello. Un sueño muy raro. Y podía jurar que sintió un resto del calor de su perro tumbado en su regazo.

Los primeros diez años de su vida habían sido una prisión de miedo, abuso y abandono. Le habían hecho más fuerte que la mayor parte de los chicos de esa edad, mucho más cauteloso.

La aventura que Ray Quinn mantuvo con una mujer llamada Barbara Harrow antes de conocer a Stella no duró mucho. Él lo olvidó de tal modo, que sus tres hijos adoptivos nunca supieron nada del asunto. Igual que Ray nunca conoció el resultado de aquella aventura.

Gloria DeLauter.

Pero ésta se enteró de la existencia de Ray y le localizó. Con su estilo habitual, usó el chantaje para extorsionarlo y sacarle dinero. En resumen, le vendió su hijo a su propio padre. Pero Ray murió de repente, antes de encontrar el modo de explicarles a sus hijos, y a su nieto, la situación.

Para los hermanos Quinn, Seth era simplemente otro de los chicos perdidos de Ray Quinn. Se sentían ligados a él sólo por una promesa hecha a un moribundo. Pero eso bastó.

Cambiaron sus vidas por él. Le proporcionaron un hogar, le apoyaron, le mostraron lo que era formar parte de una familia. Y lucharon para quedarse con él.

Anna era la asistente social asignada a su caso. Grace, su primera madre sustituta. Y Sybill, la media hermana de su madre, le devolvió los únicos recuerdos agradables de su infancia.

Sabía cuánto habían sacrificado para darle una vida. Una vida tan honrada como Ray Quinn. Cuando Gloria volvió a aparecer, esperando sacarles más dinero, él era uno de ellos.

Uno de los hermanos Quinn.

No era la primera vez que Gloria le abordaba para pedirle dinero. Había tenido tres años para olvidarla, para sentirse seguro después de que su nueva familia formara una pila en torno a él. Luego ella regresó a St. Chris arrastrándose como una serpiente y le sacó dinero a un chico de catorce años.

El nunca se lo contó a su familia.

Unos pocos cientos de dólares aquella primera vez, recordó. Fue todo lo que pudo conseguir sin que se enterara su familia, y ella se contentó con eso. Durante un tiempo.

El le pagó cada vez que aparecía, hasta que huyó a Europa. Su tiempo, allí, no fue sólo para trabajar y estudiar, sino para escapar.

Si él no estaba, ella no podía herir a su familia y no le podía seguir a través del Atlántico.

O eso creía.

Su éxito como artista y la publicidad resultante le dieron a Gloria grandes ideas. Y sus exigencias aumentaron.

En aquel momento se preguntaba si había sido un error volver a casa, por mucho que lo necesitara. Sabía que era un error seguir pagándole. Pero el dinero no significaba nada. Su familia lo era todo.

Suponía que Ray había sentido lo mismo.

A la clara luz del día, sabía que lo sensato, lo más cuerdo, sería decirle que se fuera al infierno, o ignorarla. Descubrir su farol.

Pero luego recibía una de sus notas, o se encontraba con ella cara a cara, y se encogía. Se

encontraba dividido entre la impotencia de su infancia y la necesidad desesperada de proteger a las personas a las que amaba.

Así que pagaba, y con mucho más que dinero.

Sabía cómo operaba Gloria. No iba a aparecer en su puerta inmediatamente. Le dejaría atormentarse y preocuparse, y hacerse preguntas, hasta que diez mil dólares le parecieran un chollo a cambio de un poco de paz. Seguro que ella no se alojaba en St. Chris, no se arriesgaría a ser vista y reconocida por sus hermanos o hermanas. Pero no andaría lejos.

Por muy dramático, por muy paranoico que fuera, juraría que casi podía sentir su odio y su avaricia siempre encima de él.

Pero ya no iba a huir más. Ella no iba a conseguir que se privara de un hogar y una familia por segunda vez. Como había hecho antes, se refugiaría en el trabajo y viviría su vida. Hasta que ella llegara.

Había conseguido sacarle a Dru una segunda sesión. Por la primera la semana anterior, sabía que esperaba que él estuviera preparado cuando llegara, a las siete y media en punto, y que estuviera listo para comenzar. Y para terminar exactamente sesenta minutos después.

Y con el fin de asegurarse de que lo hiciera, se trajo un reloj de cocina.

Aquella mujer carecía de tolerancia con el temperamento artístico. A Seth no le importaba. En opinión de ella, él no tenía temperamento artístico.

Usaba pasteles, de momento estaba haciendo un esbozo básico. Era una extensión del boceto a carboncillo. Una forma para él de conocer su rostro, sus estados de ánimo y su lenguaje corporal antes de persuadirla para abordar los retratos más intensos que ya había planeado mentalmente.

Cuando la miraba, sentía que todas las modelos que había usado en su carrera sólo habían sido precursoras de Drusilla.

Ella llamó a la puerta. Ya le había dicho que no hacía falta, pero mantenía aquella distancia de formalidad. Aquella distancia, pensó mientras caminaba hasta la puerta, tendría que ser franqueada.

No podía haber formalidad, ni distancia, entre ellos si él la pintaba como necesitaba pintarla.

—Justo a tiempo. Qué sorpresa. ¿Quieres café?

Seth se había cortado el pelo. Lo tenía lo suficiente mente largo como para rozarle el cuello de aquella gastada camiseta que parecía ser su uniforme, pero la coleta ya no estaba. A Dru le sorprendió echarla de menos. Siempre había pensado que ese tipo de elemento quedaba afectado en un hombre.

También se había afeitado y casi podía decirse que iba arreglado, si se pasaban por alto los agujeros de los vaqueros a la altura de las rodillas y las manchas de pintura en las deportivas.

—No, gracias. Ya me he tomado una taza.

—¿Una? —Cerró la puerta tras ella—. Yo apenas puedo formar una simple frase si sólo tomo una. ¿Cómo lo consigues?

—Con fuerza de voluntad.

—Tienes mucha, ¿no?

—Pues sí.

Le hizo gracia que Dru colocara en el banco de trabajo el reloj, que marcaba sesenta. Luego ella se dirigió directamente al taburete que le había preparado y se sentó en él.

Y notó el cambio al momento.

Seth había comprado una cama.

La estructura era vieja, con un sencillo cabecero de hierro negro, y mostraba algunos bollos en la parte de los pies. El colchón estaba sin ropa de cama y todavía tenía las etiquetas.

—¿Te vas a instalar aquí, después de todo?

Él la miró.

—No, pero es mejor que el suelo si trabajo hasta tarde y me quedo a dormir aquí. Además, es un buen accesorio

Ella alzó las cejas.

—¿Ah, de veras?

—¿Siempre estás tan preocupada por el sexo, o es solo cuando estoy yo? —Le hizo reír que ella se quedara la boca abierta—. No es más que un buen accesorio —continuó mientras se acercaba al caballete—, como esa silla de ahí y aquellas viejas botellas. —Señaló las botellas

que descansaban en un rincón—. Como la urna y el agrietado cuenco azul que tengo en la cocina. Recojo cosas que me atraen.

Observó los pasteles y sus labios se curvaron.

—Mujeres incluidas.

Ella relajó los hombros. Si estaban tensos, él lo iba a notar, y eso la haría sentir incluso más ridícula.

—Vaya discurso, para un «Ah, ¿de veras?».

—Cariño, lo que tú metes en un «Ah, ¿de veras?» no es poco. ¿Te acuerdas de la postura?

—Sí.

Dócilmente, colocó el pie en el taburete, entrelazó las manos sobre la rodilla y luego miró sobre el hombro como si alguien acabara de hablarle.

—Así es perfecto. Esto se te da muy bien.

—Me senté así durante una hora hace unos días.

—Una hora —repitió él mientras se ponía a trabajar—. Antes del libertinaje desenfrenado del fin de semana.

—Estoy tan acostumbrada al libertinaje que no tiene un impacto especial en mi vida.

Entonces le llegó el turno a él.

—¿Ah, de veras?

Imitó su tono con tal perfección que Dru abandonó la postura para mirarle, riendo. Siempre conseguía hacerla reír.

—Libertinaje desenfrenado era una de mis asignaturas principales en la universidad.

—Qué más quisieras. —Sus dedos se apresuraron para captar la bella risa radiante—. Conozco a las que son como tú, pequeña. Os paseáis por ahí tan bellas, inteligentes e inaccesibles para hacer sufrir y soñar a los hombres.

Era, evidentemente, el comentario equivocado, pues el buen humor se borró de su rostro al momento, como dándole a un interruptor.

—Tú no sabes nada de mí, ni de las que son como yo.

—No lo he dicho para herir tus sentimientos, lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—No te conozco lo suficiente para que hieras mis sentimientos. Te conozco lo suficiente para que me mosquees.

—Entonces siento eso. Estaba bromeando. Me gusta escuchar tu risa. Me gusta verla.

—Inaccesible. —Ella se oyó murmurarlo antes de poder refrenar el impulso. Igual que se alzó su cabeza antes de que pudiera contener su temperamento—. ¿Te pareció que era tan puñeteramente inaccesible cuando me agarraste y me besaste?

—Yo diría que el acto habla por sí mismo. Mira. Muchas veces cuando un hombre ve a una mujer, una mujer bonita por la que se siente atraído, se vuelve patoso. Es más fácil pensar que ella está fuera de su alcance que analizar su propia torpeza. Las mujeres...

Si furia era lo que iba a extraer de ella, entonces mostraría esa furia con los pasteles.

—Sois un misterio para nosotros. Os deseamos. No lo podemos remediar. Eso no significa que no nos acojoneis, de un modo u otro, la mayor parte del tiempo.

Ella hubiera soltado una lágrima si Seth no hubiese reaccionado de un modo tan previsible.

—¿Sinceramente esperas que me crea que te dan miedo las mujeres?

—Bueno, yo he tenido algunas ventajas, con todas esas hermanas. —Ya estaba trabajando, pero ella se había olvidado de eso. A veces, así era mucho mejor. Por eso siguió hablando mientras ella le miraba con el ceño fruncido—. Pero ¿la primera chica por la que me interesé de verdad? Me llevó dos semanas reunir el valor necesario para llamarla por teléfono. Tu especie no sabe por lo que pasa mi especie.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince. Marilyn Pomeroy, una morenita frívola.

—¿Y durante cuánto tiempo estuviste interesado de verdad en Marilyn?

—Pues más o menos lo que me duró decidirme a llamarla. Unas dos semanas. ¿Qué puedo decir? Los hombres no valen nada.

Sus labios temblaron y se curvaron.

—Eso, por supuesto. Yo me interesé de verdad por un chico cuando tenía quince años. Wilson Bufferton Lawrence. El cuarto. Buff para sus amigos.

—Joder, ¿de dónde sacáis esos nombres? ¿Qué se hace con alguien llamado Buff? ¿Jugar al

polo o al squash?

Seth había conseguido equilibrar su estado de ánimo, notó ella. Era otra cosa que se le daba bien. Como no parecía importarle que estuviera furiosa, a menudo parecía una pérdida de tiempo estar furiosa.

—La verdad es que al tenis. En lo que tú llamarías nuestra primera cita oficial, jugamos al tenis en el club. Le gané en todos los sets y aquello fue el fin de nuestro tierno romance.

—Era de esperar que alguien que responde al nombre de Buff fuera un gilipollas.

—Me sentí deshecha y luego furiosa. Preferí estar furiosa.

—Yo también. ¿Qué fue de Buff?

—Mmm. Según me contó mi madre el fin de semana, va a casarse este otoño en segundas nupcias. Su primer matrimonio duró apenas poco más que nuestro partido de tenis hace tanto tiempo.

—Mejor suerte la próxima.

—Por supuesto —dijo ella, muy seria—, está metido en finanzas, como se espera de un Lawrence de cuarta generación, y en este mismo momento la feliz pareja anda buscando un nidito de amor de cincuenta habitaciones.

—Está bien saber que no sigues resentida.

—Se me recordó, exactamente cinco veces, que aún tengo que conceder a mis padres el placer de gastar cuantiosas sumas de dinero en una boda que demostraría un par de cosas a los Lawrence, entre otros.

—Entonces..., tu madre y tú lo pasasteis muy bien el Día de la Madre. —Aunque su expresión en aquel momento prácticamente irradiaba irritación, él siguió trabajando—. Cuidado, que podrías hacerte sangre con ese gesto sarcástico.

Ella respiró hondo y volvió a colocar la cabeza en el ángulo adecuado.

—Cuando visito a mi madre, no se puede decir que lo pase bien. Supongo que tú pasaste el domingo yendo a visitar a cada una de tus madres—hermanas.

—Es difícil precisar lo que son. Pero sí, pasé un poco de tiempo con cada una de ellas. Les llevé sus regalos. Y como todas lloraron, llegué a la conclusión de que les habían molado mucho.

—¿Y qué les diste?

—Hice pequeños retratos de familia. Anna y Cam y los chicos y así para cada una.

—¡Qué bonito! Es precioso —dijo suavemente—. Yo le di a mi madre un florero de Baccarat y una docena de rosas rojas. Le gustaron mucho.

Él dejó los pasteles y se limpió las manos en los vaqueros mientras se acercaba a ella. Y le tomó el rostro entre las manos.

—Entonces, ¿por qué tienes un aspecto tan triste?

—No estoy triste.

Como respuesta, él se limitó a apretar sus labios en la frente de ella, manteniéndolos allí cuando notó que se tensaba y luego se relajaba.

Ella no recordaba haber mantenido una conversación así con nadie. Y no podía comprender por qué le parecía perfectamente natural tenerla con él.

—Te sería difícil comprender a una familia con problemas, cuando la tuya está tan unida.

—Nosotros tenemos muchos problemas —rectificó él.

—No. No en el núcleo, no. Tengo que irme abajo.

—Todavía me queda algo de tiempo —le dijo, reteniéndola cuando ella hizo ademán de abandonar el taburete,

—Has dejado de trabajar.

—Todavía me queda algo de tiempo —repitió, y señaló el reloj—. Si hay algo que conozco, son los conflictos familiares y lo que eso te hace por dentro. Me pase el primer tercio de mi vida en un estado permanente de conflicto.

—¿Estás hablando de antes de que vinieras a vivir con tu abuelo? He leído cosas sobre ti, pero tú no tratas esa cuestión —dijo cuando él alzó la cabeza.

—Sí. —Esperó a que se le pasara el ahogo del pecho—. Antes. Cuando vivía con mi madre biológica.

—Ya comprendo.

—No, cariño, no comprendes. Era una puta, una borracha y una yonqui, e hizo de los primeros años de mi vida una pesadilla.

—Lo siento. —Él tenía razón, suponía, era algo que ella no podía comprender claramente. Pero le tocó la mano y luego se la cogió en un gesto instintivo de consuelo—. Debió de resultarte horrible. Sin embargo, es obvio que ella no es nada para tí.

—¿Eso es lo que sacas de una frase mía y unos cuantos reportajes?

—No. Eso es lo que saco después de comer cangrejo y ensalada de patata con tu familia y contigo. Ahora eres tú quien está triste —murmuró, y movió la cabeza—. No sé por qué hablamos de estas cosas.

El tampoco estaba seguro de por qué había mencionado a Gloria. Tal vez era tan simple como hablar en alto para espantar a los fantasmas. O tan complejo como necesitar que Dru supiera quién era él, a fondo.

—Eso es lo que hacen las personas, las personas que están interesadas las unas en las otras. Hablan de quiénes son y de dónde vienen.

—Ya te he dicho que...

—Ya, que no quieres estar interesada. Pero lo estás. —Le pasó un dedo por el cabello, desde el corto flequillo en punta hasta la suave nuca—. Y como llevamos varias semanas saliendo...

—No estamos saliendo para nada.

Él se inclinó y la atrapó en un beso que fue tan ardiente como breve.

—¿Lo ves?

Antes de que ella pudiera hablar, su boca se apoderó de la de ella, ya con más suavidad, más despacio, más profundamente, con esas manos maravillosas acariciándole el rostro, el cuello, los hombros.

Cada músculo de su cuerpo se aflojó. Cada voto que había hecho sobre los hombres y las relaciones se derrumbó.

Cuando se apartó, ella tomó aire con cuidado. Y cambió la línea en la arena.

—Puede que termine durmiendo contigo, pero no estoy saliendo contigo.

—Ah, ¿así que valgo para que te acuestes conmigo, pero no me merezco una cena a la luz de las velas? Me siento tan barato...

Maldición. Maldición. Le caía bien.

—Salir juntos es un camino circular, a menudo tortuoso, para llegar al sexo. Yo prefiero saltármelo. Pero lo que he dicho es que puede que duerma contigo, no que vaya a hacerlo.

—Tal vez debiéramos jugar al tenis antes.

—Vale. Tienes gracia. Eso resulta atractivo. Admiro tu trabajo y me cae bien tu familia. Todo completamente superfluo para una relación física, pero en conjunto, un extra muy agradable. Me lo pensaré.

Salvada por la campana, pensó cuando sonó el reloj de cocina. Bajó del asiento y se acercó al caballete. Vio su rostro una docena de veces. Ángulos diferentes, expresiones diversas.

—No lo comprendo.

—¿Qué? —Se reunió con ella junto al caballete—. *Bella donna* —susurró, y le arrancó un temblor a ella.

—Creía que me estabas haciendo un esbozo sentada en el taburete. Lo has empezado, pero luego tienes todos estos bocetos repartidos alrededor.

—No estabas de humor para posar hoy. Estabas preocupada por cosas, se notaba, así que he trabajado con ellas. Eso me proporciona cierto entendimiento y me da ideas de lo que quiero en un retrato más formal.

Vio cómo ella fruncía las cejas.

—Me dijiste que podía disponer de cuatro horas el Domingo —le recordó—. Me gustaría trabajar al aire libre, si el tiempo no lo impide. He pasado por tu casa. Es preciosa. ¿Te importa que trabajemos allí?

—¿En mi casa?

—El sitio es una maravilla. Tú lo sabes, o no estarías allí. Eres muy especial cuando se trata de instalarte. Además, sería más sencillo para ti. ¿Te va bien a las diez?

—Supongo.

—Ah, y a propósito del cuadro de la dedalera, ¿cuántas sesiones más te puedo sacar si te lo enmarco?

—Yo no...

—Si me lo traes, te lo enmarco y luego puedes decirme lo que vale en especie. ¿Te parece?

—Está en la tienda. Iba a llevarlo a un enmarcador esta semana.

—Bajaré a recogerlo antes de irme hoy. —Le pasó los dedos por el brazo—. Supongo que no sirve de mucho que te pida que cenes conmigo esta noche.

—No sirve de nada.

—Tal vez podría pasarme por tu casa luego para disfrutar de un poco de sexo rápido y barato.

—Eso suena muy tentador, pero creo que no. —Se fue hacia la puerta y después se volvió a mirarlo—. Cuando lleguemos a eso, si llegamos, Seth, te prometo que no va a ser barato. Y que no va a ser rápido.

Cuando se cerró la puerta, él se frotó el abdomen, que se le había tensado por la última mirada provocativa que le lanzó.

Volvió la vista al lienzo. Ella era, decidió, unas cuantas mujeres mezcladas en un paquete fascinante. Le atraían todas y cada una de ellas.

—Algo le preocupa.

Anna acorraló a Cam en el baño, casi el único lugar en el que se podía garantizar el poder mantener una conversación sin interrupciones en su manicomio privado. Daba vueltas por el reducido espacio y le hablaba a la silueta masculina a través de la cortina de la ducha.

—No le pasa nada. Sólo está acostumbrándose al ritmo de siempre.

—No duerme bien. Lo noto. Y te juro que la otra noche le oí hablar solo.

—Tú hablas mogollón contigo misma cuando estás; mosqueada —musitó Cam.

—¿Qué has dicho?

—Nada, estaba hablando solo.

Con una expresión entre oronda y severa, porque le había oído perfectamente, Anna tiró de la cadena. Luego sonrió con fría satisfacción cuando él soltó un juramento ante el flujo repentino de agua ardiendo.

—Maldición, ¿por qué haces eso?

—Porque te irrita, y así consigo que me hagas caso. Ahora, volviendo a Seth...

—Pinta —dijo Cam exasperado—. Trabaja en el astillero, está poniéndose al día con la familia. Dale tiempo, Anna.

—¿Has notado lo que no hace? No sale con sus amigos. No sale con chicas, ni con Dru ni con ninguna otra. Aunque, por el modo en que la mira, está claro que no va a haber nadie más por el momento.

O nunca, concluyó ella.

—Ahora está abajo jugando a los videojuegos con Jake —continuó—. Un viernes por la noche. Aubrey me ha dicho que con ella sólo ha salido una vez desde que volvió. ¿Cuántos fines de semana te pasabas tú en casa a su edad?

—Esto es St. Chris, no Montecarlo. Vale, vale —dijo rápidamente, antes de que volviera a descargar la cisterna. Aquella mujer podía ser cruel. Era algo que le encantaba de ella—. Bueno, está preocupado, no estoy ciego. Yo también me preocupé bastante cuando me enredé contigo.

—Si creyera que se trata de un amorío, o sólo saludable lujuria hacia Dru, no me preocuparía. Y estoy preocupada. No sé qué es, pero cuando yo me preocupo por uno de mis hombres, existe una razón.

—Bueno, pues vete y acósale.

—No, quiero que le acoses tú.

—¿Yo? —Cam apartó la cortina lo suficiente para quedársela mirando—. ¿Por qué yo?

—Porque... Mmm, sí que estás guapo así, todo mojado y cabreado.

—Eso no te va a funcionar.

—A lo mejor debería meterme contigo y lavarte la espalda —dijo, y comenzó a desabrocharse la blusa.

—Vale, sí que va a funcionar.

7

Cam bajó las escaleras corriendo. No había nada como un revolcón en la ducha con Anna para ponerle de buen humor. Asomó la cabeza en el estudio, donde su hijo menor y Seth estaban enfrascados en una pelea sangrienta y mortal. Había maldiciones, gruñidos, gritos.

Algunos de ellos procedían de las viñetas animadas de la pantalla.

Como de costumbre, Cam se vio atraído a la guerra. Las hachas volaban, la sangre salpicaba, las espadas se cruzaban, y perdió el sentido de la realidad hasta que Jake soltó un grito triunfal.

—¡Vaya paliza que te he dado!

—Y una mierda. Es que has tenido suerte.

Jake soltó su *joystick* en el aire.

—Yo mando, chavalín. Inclínate ante el rey del Mortal Kombat.

—Ni de coña. Juguemos otra.

—Inclínate ante el rey—repitió Jake alegremente—. Adórame, pequeño mortal.

—Yo sí que te voy a adorar.

Seth se lanzó sobre él. Cam los miró luchar durante un instante. Más gruñidos, amenazas inverosímiles, la risa tonta de un chiquillo. Seth y Jake, pensó, no eran tan distantes en edad como Seth y él.

Pero Jake poseía una inocencia que a Seth le había sido negada. Jake nunca tuvo que cuestionarse quién era o si las manos que se lanzaban hacia él querían hacerle daño.

Gracias a Dios.

Cam se apoyó perezosamente en la jamba de la puerta y gritó:

—Venga, Anna, que sólo están jugando.

Ante la mención de la mujer, Seth y Jake se apartaron rodando y miraron hacia la puerta con un gesto en que se mezclaban el pánico y la culpa.

—Os he pillado —aulló Cam riendo.

—Eso ha sido una putada, papá.

—Así es como se vence una batalla sin dar un solo golpe. Tú. —Señaló a Seth—. Vamos.

—¿Adonde vais? —exigió Jake, incorporándose—. ¿Puedo ir con vosotros?

—¿Has hecho limpieza en tu cuarto, has terminado los deberes, has descubierto la cura del cáncer y has cambiado el aceite de mi coche?

—Venga ya, papá —se quejó Jake.

—Seth, coge una cerveza y vete afuera. Ahora voy yo.

—Vale. Luego, chaval —dijo Seth, y se golpeó el puño contra la mano—, te vas enterar, te voy a dar mil vueltas.

—No podrías darme mil vueltas ni aunque me subieras a una peonza gigante.

—Muy bueno —comentó Cam mientras Seth salía del cuarto soltando una risa como un resoplido.

—Me lo he estado guardando —le dijo Jake—. ¿Y por qué no puedo ir con vosotros?

—Tengo que hablar con Seth.

—¿Estás enfadado con él?

—¿Te parezco enfadado con él?

—No —contestó Jake tras observar detenidamente el rostro de su padre—. Pero puedes ser bastante zorro con esas cosas.

—Sólo tengo que hablar con él.

Jake alzó un hombro, pero Cam vio la decepción en sus ojos, los ojos italianos de Anna, antes de tirarse de nuevo al suelo y coger un *joystick*.

Cam se agachó.

—Jake.

Le llegó el olor a chicle y a sudor joven. En las rodilleras de los vaqueros de su hijo había manchas de hierba. Llevaba las zapatillas desatadas.

Le llegó de repente, como le sucedía a menudo, esa tremenda bofetada de emoción que era el amor, el orgullo y la perplejidad, todo mezclado en un potente puñetazo contra su corazón.

—Jake —dijo de nuevo, pasando una mano a su hijo por el pelo—. Te quiero.

—Jo, papá. —Jake hundió los hombros y, con la barbilla encogida, alzó la mirada para

encontrarse con la de su padre—. Como que ya lo sé y eso.

—Te quiero —repitió Cam—. Pero cuando vuelva, va a haber un sangriento golpe de estado y habrá un nuevo rey en Quinnlandia. Y, créeme lo que te digo, te inclinaras ante mí.

—Qué más quisieras.

Cam se incorporó, complacido con la expresión arrogante del rostro de su hijo.

—Tus días de poderío están contados. Empieza a rezar, colega.

—Rezaré para que no me llenes de babas cuando pidas clemencia.

Tenía que admitirlo, pensó Cam mientras se dirigía a la puerta trasera: había criado una panda de chulitos. Hacía que un hombre se sintiera orgulloso.

—¿Qué pasa? —preguntó Seth, lanzándole una cerveza cuando salió por la puerta trasera.

—Nos vamos a dar un paseíto en barco.

—¿Ahora? —De forma automática, Seth alzó la vista al cielo—. Se hará de noche dentro de una hora.

—¿Te da miedo la oscuridad, Maruja? —Cam caminó por el muelle y saltó a bordo ágilmente. Dejó a un lado la cerveza mientras Seth soltaba amarras.

Según había hecho innumerables veces en el pasado, Seth alzó el remo para apartarse del embarcadero. Izó la mayor, y el sonido de la lona al alzarse le sonó tan dulce como si fuera música. Cam tomó el timón y aprovecharon el viento de forma que se deslizaron, suavemente y casi sin ruido, hasta alejarse de la orilla.

El sol estaba bajo, sus rayos alcanzaban el agua haciendo brillar la hierba de la marisma, hasta ir a morir en los estrechos canales donde las sombras se adensaban y el agua se volvía oscura y secreta.

Usando el motor y maniobrando entre boyas, navegaron río abajo por el estrecho hasta salir a la Bahía. Manteniendo el equilibrio a pesar del balanceo, Seth izo el foque y orientó las velas.

Cam ganó el viento.

Y volaron en el barquito de madera con el bronce reluciente y las velas tan blancas como las alas de una paloma. Se sentía la sal en el aire y el emocionante movimiento, esa subida y bajada de las olas tan hondamente azules como el cielo.

La velocidad, la libertad, la alegría total de deslizarse sobre el agua mientras el sol se dirigía suavemente hacia el ocaso, acabaron con todas las preocupaciones, las dudas, las penas del corazón de Seth.

—Cambio de amura —gritó Cam, efectuando la maniobra para aprovechar mejor el viento y conseguir más velocidad.

Durante el siguiente cuarto de hora, apenas hablaron.

Cuando redujeron la velocidad, Cam estiró las piernas y abrió su cerveza.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa?

—¿Pasar?

—El radar de Anna le dice que a ti te pasa algo y me ha presionado para que yo me entere de lo que es.

Para ganar algo de tiempo, Seth abrió su cerveza y bebió el primer trago fresco.

—Hace dos semanas que he regresado, así que tengo muchas cosas en las que pensar, nada más. Tomar decisiones, instalarme, todo eso. Pero dile a Anna que no se preocupe.

—O sea, ¿que se supone que voy y le digo que no se preocupe? Ah, sí, eso sí que le va a gustar. —Tomó otro trago—. Mira, no tenemos que volver a esa mierda de «Ya sabes que a mí me lo puedes contar todo», ¿no? Con eso solo vamos a conseguir sentirnos como unos imbéciles.

—No. —Pero consiguió que Seth sonriera—. Sólo dile que estoy pensando en qué viene ahora. Tarde o temprano tendré que buscarme un lugar donde vivir. Mi marchante me está dando la vara para que prepare otra exposición, y no estoy seguro de qué dirección tomar. Ni siquiera he terminado con el estudio aún.

—Ya.

Cam volvió la vista hacia la orilla, hacia la bella casa antigua oculta tras la curva del río.

Cuando Seth siguió la mirada, se movió en la proa. Estaba tan concentrado en la navegación que no había notado el rumbo que tomaban.

—La sensual reina de las flores aún no ha vuelto a casa —comentó Cam—. Tal vez tenga una cita.

—No sale con hombres.

—¿Por eso es por lo que tú todavía no te la has llevado al huerto?

—¿Quién dice que no me la he llevado?

Cam se limitó a reírse y a beber cerveza.

—Si lo hubieras hecho, chaval, tendrías un aspecto bastante más relajado.

«Ahí me has pillado», pensó Seth, pero se encogió de hombros.

—De hecho, puedo dejarte en su casa. Puedes probar lo de «Pasaba por aquí, así que ¿puedo entrar y verte desnuda?».

—¿Eso te ha funcionado alguna vez?

—Ay. —Cam soltó un largo suspiro melancólico y miró al cielo, como si estuviera inmerso en recuerdos profundos y soñadores—. Las historias que te podría contar. Tal como yo lo veo, cuanto más sexo consigue un hombre, más piensa en ello. Y cuanto menos sexo consigue, más piensa en ello. Pero al menos, cuando lo consigue, duerme mejor.

Seth se palmeó los bolsillos.

—¿Tienes un boli? Eso me lo quiero apuntar.

—Dru es un bocadito de lo más apetitoso.

Se acabó la gracia.

—Oye, que no es un puto tentempié.

—Vale, vale. —Habiendo conseguido la respuesta que quería, Cam asintió—. Me preguntaba si estabas verdaderamente pillado de ella.

Seth dejó escapar el aire, y volvió la vista hacia la caprichosa casita escondida entre los árboles, hasta que dejó de verla.

—No sé lo que estoy. Tengo que asentar mi vida y, mientras ando con eso, no tengo tiempo para... líos. Pero la miro y... —Se encogió de hombros—. No lo entiendo. Me gusta estar con ella. Y no es que sea fácil. La mayor parte del tiempo es como estar con un puercoespín, un puercoespín que lleva diadema.

—Las mujeres sin espinas están bien para un rollo de una noche, o para pasar un buen rato. Pero cuando estas buscando algo a largo plazo...

La sorpresa y el pánico estallaron en el rostro de Seth.

—Yo no he dicho eso. Lo único que he dicho es que me gusta estar con ella.

—Sí, pero al decirlo tenías ojos de cordero degollado.

—Y una mierda.

El hecho de sentir el calor del azoro que le subía por el cuello le mortificó. Sólo esperaba que la luz fuera lo suficientemente tenue como para que Cam no lo notara.

—Un poco más y habrías gemido. ¿Vas a orientar ese foque o vas a dejar que se arrice?

Gruñendo para sus adentros, Seth ajustó los cabos.

—Mira, quiero pintarla, quiero pasar tiempo con ella. Y quiero llevármela a la cama. Puedo arreglarme yo solo con las tres cosas, muchas gracias.

—Si pudieras, tal vez empezarías a dormir mejor.

—Dru no tiene nada que ver con cómo duermo. O no mucho, vaya.

Cam viró de nuevo y se dirigió a casa. Estaba oscureciendo.

—Bueno, ¿me vas a contar lo que te mantiene despierto por la noche, o también tengo que sacártelo con gancho? Si no me lo dices, Anna va a hacer de nuestras vidas un infierno hasta que lo sueltes.

Seth pensó en Gloria, y las palabras se le agolparon en la garganta. Si soltaba la primera, las siguientes no es que fueran a salir con calma. Sería como una avalancha. Y no hacía más que ver a su familia sepultada bajo esa avalancha.

A Cam se lo podía contar todo. Todo, menos eso.

Pero tal vez era el momento de deshacerse de otra carga.

—He tenido un sueño de lo más extraño.

—¿Volvemos al sexo? —preguntó Cam—. Porque, de ser así, tendríamos que haber traído más cervezas.

—He soñado con Stella.

El humor travieso se desvaneció del rostro de Cam, con lo que apareció desnudo y vulnerable.

—¿Mamá? ¿Que has soñado con mamá?

—Ya sé que es raro. Nunca llegué a conocerla.

—¿Qué estaba...? —Era extraño cómo el dolor podía esconderse dentro de ti. Como un

virus, se mantenía latente durante meses, incluso años, y luego salía de nuevo y te dejaba débil e impotente otra vez—. ¿Qué estabas haciendo tú?

—Estaba sentado en el embarcadero de la parte de atrás. Era verano. Hacía un calor pegajoso, y el cielo estaba cubierto, como de bochorno. Yo estaba pescando, sólo con una caña, sedal y un poco del Brie de Anna.

—Más vale que fuera un sueño —consiguió decir Cam—, o eres hombre muerto.

—Eso es lo raro. El sedal estaba en el agua, pero yo sabía que había mangado el queso para cebo. Y olía las rosas, sentía el calor del sol. Y entonces *Tonto* se deja caer a mi lado. Yo sé que él se ha ido, quiero decir, en el sueño lo sé, así que me llevo una buena sorpresa al verlo. Y lo siguiente es que Stella está sentada en el muelle junto a mí.

—¿Qué aspecto tenía?

No le pareció una pregunta rara en tanto se deslizaban por aguas quietas a la luz del sol poniente. Le pareció perfectamente lógica.

—Tenía muy buen aspecto. Llevaba un viejo sombrero caqui, sin alas, de esos que te plantas en la cabeza, y el cabello le asomaba por debajo.

—Joder. —Cam recordaba el viejo sombrero y la forma en que ella remetía su inmanejable pelo por debajo. ¿Tenían una foto suya con aquel feo sombrero? No se acordaba.

—No quiero liarle con todo esto.

Cam se limitó a mover la cabeza.

—¿Qué sucedía en el sueño?

—No mucho. Simplemente estábamos sentados y hablamos. Sobre vosotros y Ray, y...

—¿Y qué?

—Pues que habían decidido que ya era hora de que ella hiciera de abuela, puesto que anteriormente se lo perdió. No era lo que dijo, sino lo real que parecía. Incluso cuando me desperté sentado a un lado de la cama, seguía pareciendo real. No sé cómo explicarlo.

—No, te comprendo.

¿No había tenido él mismo unas cuantas conversaciones con su padre después de que muriera? ¿Y sus hermanos no habían tenido experiencias similares?

Pero hacía tanto tiempo... Más incluso desde que perdieron a su madre. Y ninguno de ellos había tenido nunca aquella oportunidad desgarradora de volver a hablar con ella. Ni siquiera en sueños.

—Siempre quise conocerla —continuó Seth—. Ahora siento que la he conocido.

—¿Cuánto hace de eso?

—La semana pasada, o así. Y antes de que empieces, no dije nada en su momento porque me figuré que te iba a dar el yuyu. Tienes que admitirlo, acojona un poco.

«Pues todavía no has visto nada», pensó Cam. Pero ése era uno de los aspectos de ser un Quinn que Seth tendría que descubrir por sí mismo.

—Si vuelves a soñar con ella, pregúntale si se acuerda del pan de calabacín.

—¿El qué?

—Tú sólo pregúntale —dijo Cam mientras se deslizaban hacia casa.

Cuando llegaron a casa, la cena estaba casi lista. Y Dan McLean estaba de pie junto al aparato de cocina con una cerveza en la mano, mientras Anna le daba a probar una cucharada de salsa de tomate.

—¿Qué diablos está haciendo éste aquí? —preguntó Cam, y frunció el ceño porque Dan así lo esperaba.

—Gorronear. Está riquísimo, señora Quinn. Nadie lo hace mejor. Así resulta más fácil volver a verle la cara a ése —añadió, señalando a Seth.

—¿No estuviste gorroneando aquí hace dos semanas? —le preguntó Cam.

—No. Hace dos semanas estuve buitreado en casa de Ethan. Me gusta repartirme.

—Hay más para repartir desde la última vez que te vi.

Seth se metió los pulgares en los bolsillos del pantalón y le echó una larga mirada a su amigo de la infancia. Dan había aumentado de volumen de un modo que indicaba que pasaba bastante tiempo en el gimnasio.

—¿No pueden decir los hombres simplemente: «Hola, me alegro de verte»? —se preguntó Anna.

—Hola —dijo Seth como un eco—. Me alegro de verte.

Se juntaron agarrándose con un brazo, en lo que constituye el abrazo masculino.

Cam olisqueó las cazuelas humeantes.

—Dios, estoy a punto de llorar. Es tan conmovedor.

—¿Por qué no pones la mesa? —le sugirió Anna—. Antes de que te pongas en ridículo como un sentimental.

—Que la ponga el gorrón. Ya sabe dónde está todo, tengo que ir a destronar y ejecutar a nuestro hijo menor.

—Asegúrate de que no tardas más de veinte minutos. Después tenemos que cenar.

—Yo pongo la mesa, señora Quinn.

—No, salid de mi cocina. Marchaos afuera con vuestras cervezas y vuestros modales masculinos. No sé por qué no he podido tener ni siquiera una niña. ¿Es que era mucho pedir?

—La próxima vez que éste venga a comerse nuestra comida, haz que se ponga un vestido

—dijo Cam por encima del hombro, mientras se dirigía al estudio y a la cita de su hijo con el destino.

—Cam me ama como a un hermano —dijo Dan y, como Pedro por su casa, abrió el frigo para sacar una cerveza para Seth—. Vamos afuera a sentarnos como hombres, a rascarnos y a contarnos mentiras sobre nuestra vida sexual.

Se sentaron en los peldaños. Cada uno le dio un trago a su cerveza.

—Dice Aub que esta vez te quedas. Que te has pillado un estudio encima de la floristería.

—Eso es. ¿Así que Aub dice? Mi información dice que tu hermano pequeño anda detrás de ella.

—Cuando tiene la oportunidad. La veo a ella más que a él. Le obligan a hacer tantos turnos dobles en el hospital que hasta dice «¡Emergencia!», «¡Rápido!» y otros términos médicos igualmente eróticos mientras duerme.

—¿Seguís viviendo juntos?

—Sí, de momento. Por lo común, tengo el apartamento para mí solo. Él vive y respira en el hospital. Will McLean, doctor en medicina. ¿No es la hostia?

—Bueno, sí que le molaba diseccionar ranas en la clase de biología. Tú te acojonabas.

Incluso a estas alturas, la idea hizo que Dan forzara una mueca.

—Era, y sigue siendo, un rito iniciático asqueroso. A mí las ranas no me han hecho ningún daño. Oye, ahora que has vuelto, se me han chafado los planes de ir a verte a Italia para sentarnos juntos en algún café de acera...

—Una *trattoria*.

—Como se llame. Eso, y dedicarnos a mirar a las mujeres guapas comiéndonoslas con los ojos. Pensé que ligaríamos mucho, dado que tú eres el tipo artístico y yo soy tan estupendamente guapo.

—¿Y qué pasó con aquella maestra con la que salías? ¿Shelly?

—Shelby. Sí, bueno, ésa es otra cosa que ha reducido a ceniza mi pequeña fantasía.

Dan buscó en su bolsillo y sacó una cajita de joyería que abrió con el pulgar.

—Ostras, McLean —consiguió decir Seth mientras parpadeaba al ver el anillo de diamante.

—Tengo grandes planes para mañana por la noche. Cena a la luz de las velas, música, ponerme de rodillas. El paquete completo. —Dan dejó escapar un aliento entrecortado—. Estoy muerto de miedo.

—¿Te vas a casar?

—Eso espero, tío, porque la quiero con locura. ¿Crees que le gustará?

—¿Y yo qué sé?

—Jo, tú eres el artista —dijo Dan, y le puso el anillo ante los ojos—. ¿Qué te parece?

Le parecía una banda de oro de fantasía con un diamante en el centro. Pero la amistad exigía algo más.

—Me parece estupendo. Elegante, clásico.

—Eso, eso. —Claramente complacido, Dan lo volvió a mirar—. Eso es ella, tío. Eso es Shelby. Vale. —Respirando de nuevo, devolvió la caja a su bolsillo—. Vale. Ella tiene muchas ganas de conocerte. Le gusta toda esa mierda del arte. Así es como la abordé la primera vez. Aubrey me arrastró a una exposición en la universidad porque Will estaba liado. Y allí estaba Shelby delante de un cuadro que parecía hecho por un chimpancé. Lo que quiero decir es: ¿qué pasa con todas esas mierdas que no son más que rayas y gotas de pintura? Son un timo, si quieres que te diga la verdad.

—Estoy seguro de que Pollock murió de vergüenza.

—Bueno, sí, lo que tú digas. En fin, el caso es que me acerqué a ella y usé eso de «¿Y a ti esto qué te dice?». ¿Y sabes lo que me dijo?

Disfrutando al ver a su amigo tan enamorado, Seth se echó hacia atrás en el peldaño.

—¿Qué te dijo?

—Dijo que los niños de cinco años de su guardería hacían cosas mejores pintando con las manos. Jo, tío, me enamoré. Así que allí tiré de todos mis recursos y le dije que tenía un amigo que era pintor, pero que hacía cuadros de verdad. Entonces dejé caer tu nombre y ella a poco se desmaya. Supongo que fue entonces cuando me di cuenta de que te habías convertido en un artista como la copa de un pino.

—¿Todavía tenéis ese boceto que os hice a ti y a Will en el váter?

—Está en un lugar de honor. Bueno, ¿qué tal si quedamos para que conozcas a Shelby alguna noche de la próxima semana? Tal vez para ir a picar algo.

—Yo puedo, pero es posible que ella se enamore de mí y que te deje con el corazón roto.

—Sí, seguro que pasa eso. Pero, por si acaso, tiene una amiga...

—No. —El horror hizo que Seth alzara una mano tu un gesto de rechazo—. No me coloques con nadie. Tendrás que arriesgarte a que tu chica caiga bajo el embrujo de mi encanto fatal.

Tras la cena y el alboroto, Seth dejó que Dan le arrastrara a una velada en el pub. Se convirtió en un maratón de recuerdos y música mala.

Le habían dejado encendidas las luces del porche y del salón, así que consiguió subir todas las escaleras antes de tropezarse con el perro, echado en la puerta del baño.

Soltó una maldición en voz baja, caminó cojeando hasta su cuarto y se quedó de pie desnudo. Aún le pitaban los oídos por la última banda de mierda cuando se dejó caer boca abajo en la cama.

Qué bueno era estar en casa, fue su último pensamiento, antes de quedarse dormido sin soñar.

—¿Mamá? —En la oficina del astillero, Phil se sentó pesadamente en su silla—. ¿Que ha soñado con mamá?

—Puede que fuera un sueño, puede que no.

Ethan se frotó la barbilla.

—¿Y te dijo que ella llevaba aquel viejo sombrero?

—Eso es.

—Lo llevaba muy a menudo —apuntó Phillip—. Puede que Seth haya visto una foto en la que lo tenía.

—Mamá no lo lleva en ninguna de las fotos que tenemos en casa. —Cam lo había comprobado—. No estoy diciendo que no haya visto una foto, es posible que no fuera más que un sueño. Pero es raro. Ella solía bajar y sentarse así en el muelle con nosotros. No le gustaba mucho la pesca, pero si uno de nosotros estaba allí fuera dándole vueltas a algo, ella salía y se sentaba hasta que empezábamos a hablar de lo que fuera que nos preocupara.

—Eso se le daba muy bien —coincidió Ethan—. Se le daba muy bien llegar al fondo de las cosas.

—Eso no significa que se parezca a lo que nos pasó cuando papá murió.

—Aquello tampoco te lo querías creer —apuntó Ethan mientras sacaba una botella de agua del frigo del despacho de Phillip.

—Yo lo que sé es esto. Al chico le preocupa algo y no quiere hablar del asunto. Al menos, no conmigo. —Dolía un poco, admitió Cam—. Si alguien consigue sacárselo, va a ser mamá. Hasta en un sueño. Mientras tanto, supongo que tendremos que estar pendientes de él. Me bajo antes de que se imagine que estamos aquí arriba hablando de él.

Cam se dirigió a la puerta, luego se detuvo y se dio la vuelta.

—Le dije que si vuelve a soñar con ella, le pregunte por el pan de calabacín.

Sus hermanos se quedaron en blanco. Ethan fue el primero en recordar y se rió tan fuerte que tuvo que sentarse en el borde de la mesa.

—Joder. —Phillip se arrellanó en su silla—. Se me había olvidado por completo.

—Veremos si ella se acuerda —dijo Cam, y se dirigió abajo, hacia el ruido de la zona de

trabajo. Llegaba al último peldaño cuando se abrió la puerta exterior, dejando entrar un rayo de sol antes de que entrara Dru.

—Vaya, hola, preciosa. ¿Estás buscando al idiota de mi hermano?

—¿A qué hermano?

La sonrisa de Cam era pura admiración.

—No se te da mal. Seth está ganándose el sustento.

—La verdad, no estaba... —Pero Cam ya la había tomado de la mano y tiraba de ella.

Con las piernas separadas, de espaldas a ella, Seth estaba de pie en la cubierta del barco, desnudo hasta la cintura. Su espalda y sus brazos mostraban bastante más músculo del que cabría esperar en un hombre que se ganaba la vida con un pincel. Tragaba agua de una botella como si no hubiera bebido en una semana.

A Dru se le quedó la boca seca al verlo.

Superficial, se dijo a sí misma. Totalmente superficial, interesarse por un hombre sólo porque tenía un aspecto atractivo, duro y erótico. Ella apreciaba la inteligencia y la fuerza de carácter y la personalidad y... un trasero de primera, admitió.

Bueno, ¿y qué?

Consiguió no relamerse los labios antes de que él se diera la vuelta. Seth se limpió el sudor de la frente con el antebrazo y entonces la vio.

En aquel momento, además de aquel esbelto cuerpo masculino vestido sólo con vaqueros y botas de trabajo, sus sentidos se vieron asaltados por el poder letal de su sonrisa.

Vio que su boca se movía; era, como su trasero, maravillosa. Pero las palabras que pronunció se ahogaron en la música.

Deseando ayudar, Cam se acercó al estéreo y bajó el volumen para que sólo estuviera alto.

—¡Eh! —La cabeza de Aubrey asomó por debajo de la cubierta—. ¿Qué pasa?

—Tenemos compañía.

Dru observó, con cierto interés, cómo Seth le pasaba una mano a Aubrey por el hombro al saltar de la cubierta.

—Sigue en pie lo de mañana, ¿no?—le preguntó mientras se acercaba a ella, sacando un pañuelo de su bolsillo para secarse la cara y las manos.

—Sí. —Dru notó que Aubrey siguió mirando, con bastante interés también por su parte—. No quería interrumpir tu trabajo. Estaba haciendo algunos recados mientras el señor Gimball se ocupa de la tienda, y se me ha ocurrido pasar por aquí y echar un vistazo al trabajo.

—Yo te lo enseño todo.

—Estás ocupado. —«Y tu rubia compañera me está mirando como tu perro guardián», pensó Dru—. En cualquier caso, me han dicho que probablemente con quien debo hablar es contigo —le dijo a Cam.

Cam le hizo un gesto a Seth.

—Ya te he dicho que eso es lo que dicen todas las mujeres bonitas. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quiero comprar un barco.

—¿Ah sí? —Cam le pasó un brazo por los hombros y la giró para dirigirla hacia las escaleras—. Bueno, cariño, pues has venido al sitio indicado.

—¡Oye! —gritó Seth—. Que yo sé hablar de barcos.

—Es el socio joven. Tratamos de darle gusto. Bueno, ¿y qué tipo de barco te interesa?

—Un balandro. De unos seis metros de eslora. Con el fondo en arco y casco de cedro. Probablemente la proa de cuchara aunque ahí puedo ser flexible si el diseñador tiene otra idea mejor. Quiero algo con buen equilibrio y fiable en cuanto a estabilidad, pero que alcance velocidad cuando así lo quiera.

Se volvió a observar la galería de bocetos y se dijo que ya los admiraría más tarde. Por el momento, lo que quería era dejar claros sus deseos.

—Este casco, esta proa —dijo, señalando dos de los bocetos —Quiero algo de absoluta confianza, que agarre bien el viento, y quiero un barco que dure.

Claramente, sabía de lo que hablaba.

—Un trabajo hecho a medida te va a salir caro.

—Ya imagino que no es barato, pero el precio no lo discuto contigo, ¿no? Creo que eso le compete a tu hermano Phillip, y si hay otros detalles específicos del diseño, los comento con Ethan.

—Te has informado a fondo.

—Me gusta saber con quién estoy tratando, y prefiero tratar con los mejores. Según todo el mundo, éstos son los hermanos Quinn. ¿Cuándo podéis tenerme un diseño listo?

«Tío, tío —pensó Cam—, vas a volver loco al chico. Y va a ser muy gracioso verlo.»

—Vayamos arriba para echarle una ojeada.

Fue Ethan quien bajó con ella media hora después y la acompañó a la puerta. Según había descubierto, la dama sabía distinguir babor de estribor, tenía ideas muy concretas sobre lo que quería y era capaz de mantener su postura frente a hombres que nunca habían acabado de suavizar sus aristas.

—Tendremos un boceto del diseño para fines de la próxima semana —le dijo—, o antes, si conseguimos intimidar a Seth para que haga la mayor parte.

—¿Ah, sí? —Lanzó lo que esperaba que fuera una mirada despreocupada hacia la zona de trabajo—. ¿Él hace parte del diseño?

—Cuando conseguimos que se comprometa. Siempre se le ha dado bien. Es bastante obvio que dibuja mucho mejor que nosotros tres juntos, que nos da mil vueltas, vaya.

Ella siguió su mirada y observó la galería de barcos.

—Es una colección maravillosa, y retrospectiva, supongo. Se puede apreciar muy claramente su progreso artístico.

—Mira éste de aquí. —Tocó con el dedo el boceto de una goleta de la Bahía—. Lo dibujó cuando tenía diez años.

—¿Diez? —Fascinada, se acercó más, observándolo como un estudiante podría estudiar la obra temprana de un genio en un museo—. No me imagino lo que puede ser el nacer con un don así. Para algunos sería una carga, ¿no?

Tal como era su costumbre, Ethan se tomó su tiempo, siguiendo las líneas de su vieja goleta, vista por los ojos y el talento de un niño.

—Supongo que sí. Pero no para Seth. Para él es un gozo y lo que podría llamarse un cauce. Siempre lo ha sido. Bueno.

Nunca se extendía mucho en la conversación, así que le ofreció su mano y una sonrisa tranquila.

—Será un placer hacer negocios contigo.

—Lo mismo digo. Gracias por dedicarme tiempo hoy.

—Siempre tenemos tiempo.

Le mostró la salida y luego se dirigió hacia el ritmo torrencial de Sugar Ray y de las lijadoras eléctricas. Estaba a medio camino del torno cuando Seth apagó su herramienta.

—¿Dru sigue arriba con los chicos?

—No. Acaba de irse.

—¿Que acaba de irse? Vaya, joder, podías haberme dicho algo.

Bajó del barco de un salto y corrió hacia la puerta.

Aubrey se quedó mirándole con el ceño fruncido.

—Ya está medio colgado de ella.

—Eso parece. —Ethan inclinó la cabeza al ver su expresión—. ¿Crees que es un problema?

—No sé. —Se encogió de hombros—. No sé. Sólo que ella no es lo que me imaginaba para él, eso es todo. Es un poco tiesa y muy elegante. Y bastante estirada, si quieres que te diga mi opinión.

—Está sola —corrigió Ethan—. No a todo el mundo le resulta tan fácil como a ti estar con gente, Aubrey. Además, lo que importa es lo que se imagine Seth.

—Claro.

Pero Drusilla no le convencía del todo.

8

Como él no le había dicho qué ponerse para la sesión, Dru se decidió por algo sencillo, unos pantalones de algodón azul y una camisa blanca informal. Regó el jardín, se cambió dos veces de pendientes y luego puso otra vez la cafetera.

Tal vez los pendientes de aro hubieran sido una opción mejor, pensó, tocándose las bolitas de lapislázuli que le colgaban de las orejas. A los hombres les gustaban las mujeres con pendientes de aro. Probablemente tenían algún extraño fetiche con la gitana sensual.

¿Y a ella qué diablos le importaba?

No estaba segura de desear que Seth volviera a mover pieza en relación a ella. Inevitablemente, un movimiento llevaba a otro, y no le interesaba el tablero de ajedrez, de las relaciones en aquel momento.

O no le había interesado.

Jonah ciertamente le había dado jaque mate, pensó, disfrutó el pequeño arrebató de enfado. El problema era que ella había creído que controlaba el tablero y que todas las piezas se hallaban en sus posiciones correctas.

Era completamente ajena al hecho de que él estaba jugando de forma simultánea en otro tablero.

Su deslealtad y su engaño la habían herido en el corazón y en su orgullo. Mientras que su corazón sanó, tal vez con excesiva facilidad, admitió, su orgullo seguía estando lastimado.

Nunca volvería a ponerse en ridículo.

Si iba a desarrollar una relación con Seth, y eso aún estaba por ver, sería con sus propias reglas.

Se había probado a sí misma que era más que un ornamento para el brazo de un hombre, una muesca en el poste de su cama o un peldaño en la escalera de su ascenso profesional.

En ese aspecto, Jonah no calculó bien.

Lo que era aún más significativo, ella había demostrado que podía valerse por sí misma y llevar una vida muy gratificante.

Eso no significaba, admitió, que no echara de menos un cierto grado de compañía, o de ardor sexual, o el desafío embriagador de la danza nupcial con un hombre atractivo e interesante.

Oyó crujir los neumáticos en la gravilla del sendero.

«Vamos paso a paso», se dijo, y esperó a que llamara a la puerta.

Vale, pensó, cuando sintió un arrebató de calor al abrir la puerta y verle. Sólo demostraba que era humana, que era una mujer sana.

—Buenos días —dijo, y la buena educación la hizo retroceder para dejarle entrar.

—Buenas. Me encanta este lugar. Acabo de darme cuenta de que, si no hubieras comprado esta casa antes de que yo volviera, lo habría hecho yo.

—Suerte que tengo.

—Y tanto.

Observó la sala de estar mientras caminaba. Colores fuertes, materiales de calidad. Necesitaba un poco más de desorden para su gusto, pero a ella le iba bien, con sus muebles buenos y cuidadosamente seleccionados, con las flores frescas y el aire ordenado que lo dominaba todo.

—Dijiste que querías trabajar fuera.

—Sí. Ay, oye, tu cuadro. —Movié el paquete envuelto en papel marrón que llevaba bajo el brazo y se lo entregó—. Si ya has elegido dónde lo quieres, te lo cuelgo.

—Eso sí que ha sido rápido.

Y, como no pudo resistirse, se sentó en el sofá y rompió el papel.

Seth había escogido finas tablas de madera barnizada de un tono dorado mate que complementaban los colores fuertes de las flores y el follaje, de modo que el marco era tan sencillo y tan eficaz como el cuadro.

—Es perfecto. Muchas gracias. Es un comienzo maravilloso de mi colección Seth Quinn.

—¿Estás planeando hacer una colección?

Ella pasó un dedo por el borde superior del marco mientras lo miraba.

—Tal vez. Y acepto tu oferta de colgármelo, porque me muero por ver cómo queda, pero no

tengo una escarpia apropiada.

—¿Como ésta? —Se sacó del bolsillo la que había llevado consigo.

—Como ésa. —Ella movió la cabeza, pensando—. Eres de lo más útil, ¿verdad?

—Prácticamente indispensable. ¿Tienes un martillo y una cinta métrica, o saco los míos del coche?

—Resulta que tengo un martillo y otras herramientas caseras variadas. —Se incorporó, fue a la cocina y volvió con un martillo tan nuevo que relucía.

—¿Dónde lo quieres?

—Arriba. En mi dormitorio. —Se volvió para mostrarle el camino—. ¿Qué hay en la bolsa?

—Cosas. El tipo que renovó este sitio sabía lo que se hacía. —Seth observó el toque satinado del barniz de la barandilla mientras subían al piso superior—. Me pregunto cómo pudo soportar separarse de él.

—Le gusta el trabajo en sí mismo, además del beneficio. Una vez terminada la obra, se aburre y desea cambiar. Al menos, eso es lo que me dijo cuando le pregunté justamente eso.

—¿Cuántos dormitorios tiene? ¿Tres?

—Cuatro, aunque uno es bastante pequeño, más adecuado para un despachito o una pequeña biblioteca.

—¿Y el tercer piso?

—Es un ático acabado, que podría ser un pequeño apartamento. O bien —añadió mirándole—, la buhardilla de un artista.

Se volvió hacia una habitación y Seth vio al momento que aquí también ella había seleccionado lo que mejor le iba. Por las ventanas se veía el río, una extensión de árboles y el jardín en sombra. El remate de la ventana era lo suficientemente elaborado para resultar bonito y, en lugar de cortinas al uso, había preferido envolver una fina gasa blanca en una especie de drapeado amplio. Aquello difuminaba la luz solar, pero no ocultaba la vista y la habilidad artesana del remate.

Para las paredes había elegido un azul cerúleo, en el suelo de madera de pino había puesto un par de alfombras con motivos florales y para los muebles había seguido con antigüedades.

La cama estaba perfectamente hecha, como él esperaba, y cubierta con un edredón blanco con intrincados anillos y capullos de rosa que se entrelazaban, y que parecía específicamente diseñado para la cama trineo.

—Es magnífico. —Se inclinó para mirar más de cerca la calidad del edredón—. ¿Lo has heredado de tu familia?

—No. Lo encontré el año pasado en una feria de artesanía en Pennsylvania. Mira, el cuadro había pensado ponerlo en la pared que hay entre las ventanas. Tendría buena luz sin que le dé el sol de frente.

—Buena elección. —Alzó el cuadro—. Y será como tener otra ventana, así tendrás flores también en invierno.

Eso era, admitió Dru, lo que ella había pensado.

—¿Qué tal aquí?

Ella retrocedió y lo miró desde distintos ángulos resistiéndose, sólo porque era demasiado sugestivo, a tumbarse en la cama para ver qué tal quedaría cuando se levantara por las mañanas.

—Ahí está perfecto.

Seth metió la mano por detrás del cuadro, para hacer una marquita con la uña del pulgar antes de bajarlo para tomar medidas.

Le resultaba extraño, pensó Dru, tener a un hombre de nuevo en su dormitorio. Y en absoluto resultaba desagradable mirarle con sus herramientas y su cuadro, sus ropas ordinarias y sus bellas manos.

En absoluto resultaba desagradable, admitió, imaginarse aquellas hermosas manos sobre su piel.

—Mira a ver qué te parece lo que hay en la bolsa —dijo él sin volverse.

Ella la cogió y la abrió. Y sus cejas se alzaron cuando vio la falda larga y vaporosa, unos pensamientos morados que estallaban sobre un fondo azul frío, y la ajustada camiseta de finos tirantes en el mismo tono de azul.

—Eres un hombre muy persistente, ¿no?

—Te va a quedar bien, y es la imagen que busco.

—Y tú consigues lo que buscas.

Él se volvió a mirarla en aquel instante, con expresión al tiempo arrogante y relajada.

—De momento. ¿Tienes de esos...? —Hizo un gesto circular con los dedos en el aire—. De esos pendientes de aro. Irán bien con el conjunto.

Debería haberlo sabido, pensó Drusilla, pero se limitó a decir:

—Mmm.

Colocó la falda y la camiseta en la cama, y retrocedió mientras él colgaba el cuadro de la escarpia.

—La esquina izquierda, un poco más arriba. Ahora, demasiado. Ahí. Así está perfecto. Pintado, enmarcado y colgado por Quinn. No he conseguido un mal trato.

—Yo tampoco —dijo él, mirándola con fijeza.

Cuando él avanzó un paso hacia ella, ella pensó en dar uno hacia él. Antes de que sonara el teléfono.

—Perdona. —«Menos mal», se dijo al coger el aparato de la mesilla de noche—. ¿Diga?

—Hola, princesa.

—Papá. —Placer, angustia y, vergonzosamente, un atisbo de irritación se anudaron en su interior—. ¿Por qué no estás en el hoyo siete a esta hora de un domingo por la mañana?

—Tengo malas noticias. —Proctor dejó escapar un largo suspiro—. Cariño, tu madre y yo nos vamos a divorciar.

—Ya veo. —El pulso de su sien comenzó a latir con fuerza—. Necesito que esperes un minuto. —Apretó el botón de espera y se volvió a Seth—. Lo siento, tengo que contestar esta llamada. Hay café en la cocina. No tardaré.

—Vale. —Su rostro se había quedado sin expresión al mirarle. Era un rostro muy quieto y muy vacío—. Me beberé una taza antes de salir a montarlo todo. Tómame ni tiempo.

Dru esperó hasta que le oyó bajar las escaleras. Luego se sentó a un lado de la cama y volvió a conectar con su padre.

—Perdona, papá. ¿Qué ha sucedido? —Y se mordió la lengua antes de concluir la pregunta con «esta vez».

—Me temo que tu madre y yo llevamos un tiempo con problemas. Yo he tratado de mantenerte al margen de ellos. Estoy seguro de que, de no ser por ti, hubiéramos dado este paso hace años. Pero, en fin, estas cosas pasan, cariño.

—Lo siento mucho. —Ella sabía muy bien lo que tenía que decir y concluyó con—: ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Bueno. Seguro que me sentiría mejor si pudiera explicarte las cosas en persona y asegurarme de que no estás afectada por todo esto. Es demasiado complicado para hablarlo por teléfono. ¿Por qué no vienes esta tarde? Comeremos juntos, sólo tú y yo. Nada me alegraría más el día que pasarlo con mi pequeña.

—Lo siento. Tengo un compromiso para hoy.

—Seguro que, dadas las circunstancias, esto es más importante.

Le latían las sienes, y el sentido de culpa comenzó a revolverle el estómago.

—No puedo romper este compromiso. De hecho, estaba a punto de...

—Vale, no importa —comentó con una voz que conseguía sonar abnegada y enérgica—. Tenía la esperanza de que dispusieras de algo de tiempo para mí. Treinta años. Treinta años, y al final se reduce a esto.

Dru se frotó la tensión que le atenazaba la nuca.

—Lo siento, papá.

Perdió la cuenta del número de veces que repitió la frase durante el resto de la conversación. Pero al colgar sabía que estaba exhausta de decirlo una y otra vez.

Acababa de colgar el teléfono cuando volvió a sonar.

Treinta años, pensó Dru, podían explicar el sexto sentido que tenían sus padres el uno respecto al otro. Resignada, contestó la llamada.

—Hola, mamá.

Seth había extendido una manta roja en la hierba, cerca de la orilla del río, donde los rayos de sol se mezclaban con la sombra moteada. Añadió una cesta de picnic de mimbre, junto a la que colocó una botella de vino abierta y una copa alta. Un libro delgado con una gastada

portada blanca reposaba cerca.

Ella se había puesto las ropas que él había traído y los pendientes de aro que quería. Y había usado aquel tiempo para serenarse.

Seth había montado su mesa y en ella estaba el cuaderno de dibujo. Debajo había un estéreo portátil pero, en lugar del rock estridente, sonaba Mozart. Y eso la sorprendió.

—Siento haberte hecho esperar —dijo mientras bajaba del porche.

—No importa.

Una mirada a su rostro hizo que se acercara a ella. Le pasó los brazos alrededor y, haciendo caso omiso de su estremecimiento, la abrazó suavemente.

Una parte de ella deseó refugiarse en aquella incuestionable oferta de consuelo.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Se te ve bastante triste. —Le pasó los labios por el pelo—. ¿Quieres que lo dejemos para otro momento?

—No, no importa, de verdad. Es sólo la locura familiar de siempre.

—De eso sé bastante. —Le alzó la cabeza con los dedos—. Soy un experto en locura familiar.

—No de este tipo. —Ella se echó hacia atrás—. Mis padres se van a divorciar.

—Ay, cariño. —Le tocó la mejilla—. Lo siento.

—No, no, no. —Para confusión de Seth, ella se echó a reír y se apretó las sienes con las manos—. No lo entiendes. Ellos lanzan la palabra divorcio como una pelota de ping—pong. Cada dos años recibo la llamada. «Dru, tengo malas noticias», o bien, «Dru, no sé cómo decirte esto». Una vez, cuando tenía dieciséis años, llegaron a separarse durante dos meses. Tuvieron la precaución de hacerlo durante mis vacaciones de verano, para que mi madre pudiera ir a Europa conmigo durante una semana y luego mi padre me arrastrara con él a Bar Harbor para navegar.

—Parece más bien que la pelota de ping—pong has sido tú.

—Sí, eso es. Me agotan, que es por lo que me escapé antes de..., antes de empezar a despreciarlos. Y, aun así, juro que desearía que lo hicieran de una vez. Suena frío, egoísta y horrible.

—No, no. No cuando tienes lágrimas en los ojos.

—Me aman demasiado —dijo suavemente—. O no lo suficiente. Nunca he sido capaz de saber cuál de las dos cosas. No creo que ellos lo sepan tampoco. No puedo estar con ellos, haciendo de muleta o de árbitro durante el resto de mi vida.

—¿Se lo has dicho?

—Lo he intentado. No escuchan. —Se frotó los brazos como si se estuviera alisando plumas revueltas—. Y no tengo ningún derecho a abrumarte con todo este lío.

—¿Por qué no? Mantenemos prácticamente una relación estable.

Ella se rió a medias.

—Se te da muy bien eso.

—Se me dan bien muchas cosas. ¿A qué te refiere?

—A escuchar, en primer lugar. —Se inclinó y le besó en una mejilla—. A mí nunca se me ha dado muy bien pedirle a nadie que me escuchara. Contigo no tengo que hacerlo. Y en segundo lugar —le besó en la otra mejilla—, se te da bien hacerme reír, incluso cuando estoy molesta.

—Te escucharé más, y te haré reír, si me vuelves a besar. Pero apunta aquí esta vez —añadió, llevándose un dedo a los labios.

—Gracias, pero eso es todo. Dejémoslo a un lado. No puedo hacer nada por ellos. —Se apartó de él—. Supongo que quieres que me siente en la manta.

—¿Por qué no dejamos esto por hoy y nos vamos a dar una vuelta en el barco? A mí siempre me despeja la cabeza.

—No, ya lo has montado todo y me distraerá de otras cosas. Pero te lo agradezco de verdad, Seth.

Satisfecho porque la tristeza había abandonado el rostro de Drusilla, él asintió.

—Vale. Pero si decides que prefieres dejarlo después de todo, sólo dilo. Primero, quítate los zapatos.

Ella se quitó las chanclas de lona.

—Un picnic descalzo.

—Eso es. Ahora tumbate en la manta.

Ella suponía que iba a estar sentada, con la falda extendida a su alrededor mientras leía el libro, pero se colocó en la manta.

—¿Boca arriba o boca abajo?

—De espaldas. Baja un poco más —sugirió mientras caminaba a su alrededor—. Coloca el brazo derecho sobre la cabeza. Dobla el codo, relaja la mano.

—Me siento estúpida. En el estudio no me sentí así.

—No lo pienses. Alza la rodilla izquierda.

Ella lo hizo y cuando la falda se alzó también, se la volvió a colocar para que le tapara las piernas.

—Venga, venga.

Él se arrodilló y consiguió que ella le mirara con los ojos entornados cuando le subió el borde de la falda de modo que dejaba al descubierto la pierna izquierda hasta la mitad del muslo.

—¿No se supone que tienes que decir algo de que no me estás tirando los tejos, que todo esto es por el arte?

—Es por el arte. —La parte trasera de sus dedos le rozó el muslo mientras arreglaba la caída de la tela—. Pero también te estoy tirando los tejos.

Le bajó uno de los tirantes, observó el resultado, asintió.

—Relájate. Comienza con los dedos de los pies. —Le pasó una mano por los pies descalzos—. Y sigue hacia arriba. —Contemplándola, le pasó la mano por la pantorrilla, luego por la rodilla—. Vuelve la cabeza hacia mí.

Ella lo hizo y vio las pinturas que él había colocado junto al caballete.

—Esas, ¿no son acuarelas? Creía que querías pintar un óleo.

—Este es para acuarelas. Para el óleo tengo otra intención.

—No haces más que decirlo. ¿Cuántas veces crees que puedes convencerme para que haga esto?

—Las que hagan falta. Estás pasando una tarde tranquila junto al agua —le dijo mientras comenzaba a dibujar con toque ligero sobre el papel—. Un poco soñolienta por el vino y la lectura.

—¿Estoy sola?

—Por el momento. En este momento estás soñando despierta. Puedes ir a donde quieras.

—Si hiciera más calor, me metería en el agua.

—Hace el calor que tú quieras. Cierra los ojos, Dru. Sueña un poco.

Ella hizo lo que le pedía. La música, suave, romántica, era una caricia en el aire.

—¿En qué piensas cuando pintas? —le preguntó.

—¿Pensar? —Ante la pregunta, la mente se le quedó completamente en blanco—. No sé. En..., formas, supongo. La luz, la sombra, jo, en el estado de ánimo. No tengo una respuesta.

—Me acabas de responder lo que no te había preguntado. Es instinto. Tu talento es instintivo. Tiene que serlo, claro, ya que dibujabas muy bien cuando eras tan pequeño.

—¿Tú qué querías ser de pequeña?

Su cuerpo era para él un fluido largo y esbelto. Forma.

—Muchas cosas. Bailarina, estrella de cine, exploradora. Misionera.

—Ostras, misionera. ¿En serio?

El sol se deslizaba entre las hojas y se posaba suavemente sobre su piel. Luz y sombra.

—Fue una ambición breve, pero profunda. Lo que no pensé es que sería una mujer de negocios. Sorpresa.

—Pero te gusta.

—Me encanta. Me encanta ser capaz de tomar lo que una vez consideré una pasión íntima y un cierto talento para las flores, y hacer algo con ello. —Su mente comenzó a divagar, como el río que fluía junto a ella—. Nunca he sido capaz de hablar con nadie como hablo contigo.

—¿En serio?

Parecía la reina de las hadas, con la exótica forma de sus ojos y el erótico casquete de cabello oscuro, como de duende. La suprema seguridad femenina de la postura. Una reina de las hadas dormitando a solas en su claro del bosque particular. Estado de ánimo.

—¿A qué crees que se debe? —se preguntó él.

—No tengo ni idea. —Y, con un suspiro, se quedó dormida.

La música había cambiado. Una mujer con una voz como de corazón destrozado cantaba sobre el amor. Aún medio dormida, Dru se movió.

—¿Quién es esa que canta? —murmuró.

—Darcy Gallagher. Tiene un buen chorro de voz. Coincidí en una actuación suya con sus dos hermanos hace un par de años en el condado de Waterford, en Irlanda, en un pueblecito llamado Ardmore. Fue asombroso.

—Mmm. Creo que he oído... —Se interrumpió cuando abrió los ojos y se encontró a Seth sentado junto a la manta con un cuaderno, en lugar de estar de pie tras el caballete—. ¿Qué haces?

—Esperando a que te despiertes.

—Me he quedado dormida. —Avergonzada, se alzó sobre un codo—. Lo siento. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Ni idea. No tengo reloj. —Dejó el cuaderno a un lado—. No hace falta que pidas perdón. Me has dado justo lo que buscaba.

Tratando de despejarse la cabeza, ella dirigió la mirada hacia el caballete. El papel de acuarela quedaba fuera de su campo de visión, lo que resultaba frustrante.

—¿Has terminado?

—No, pero he avanzado un montón. Con o sin reloj, mi estómago me dice que es la hora de comer.

Alzó la tapa de una neverita.

—Has traído un picnic de verdad.

—La cesta de mimbre era por el arte, la nevera es algo práctico. Tenemos pan, queso, uvas, un paté que le encanta a Phil. —Según hablaba, iba sacando platos—. Y aunque he tenido que humillarme y rogarle a Anna, he conseguido su ensalada de pasta. Y este vino maravilloso que descubrí en Venecia. Se llama Sueños. Me pareció apropiado.

—Estás tratando de convertir esto en una cita —dijo ella con recelo.

—Demasiado tarde. —Sirvió el primer vaso y se lo pasó—. Ya lo es. Quería preguntarte por qué te fuiste tan rápido ayer cuando viniste al astillero.

—Había terminado lo que tenía que hacer. —Elegió una uva helada y mordió la piel un poquito acida—. Y tenía que volver al trabajo.

—¿Así que quieres un barco?

—Sí. Me gusta navegar con vela.

—Ven conmigo. Así puedes comprobar lo fiables que son los barcos Quinn.

—Me lo pensaré. —Probó el paté y emitió un ruidito erótico de placer—. Tu hermano Phillip posee un gusto excelente. Tus hermanos son muy diferentes. Sin embargo, encajan como una unidad.

—Eso es la familia.

—¿De veras? No, no siempre, ni siquiera normalmente, al menos según mi experiencia. Tu familia es única, por muchas razones. ¿Por qué no estás traumatizado?

El alzó la vista de la pasta que se estaba sirviendo.

—¿Cómo?

—En las historias que he leído sobre ti y en lo que he oído sólo de vivir en St. Chris, se transparentaba lo suficiente para deducir que tuviste una infancia muy dura. Tú mismo me lo contaste. ¿Cómo has conseguido sobrevivir sin sufrir daño?

Los artículos de prensa apenas habían rozado la superficie, pensó Seth. No sabían nada del niño que se había escondido o había tenido que luchar para eludir las manos sobonas y húmedas de los borrachos y drogotas a los que Gloria llevaba a casa.

No sabían nada de las palizas ni del chantaje ni del miedo que permanecía como una semilla dura alojada en su corazón.

—Ellos me salvaron. —Lo dijo con una sencilla honestidad que hizo que a ella le ardiera la garganta—. No es exagerado decir que me salvaron la vida. Ray Quinn y luego Cam, Ethan y Phil. Les dieron la vuelta a sus vidas por mí y, por eso, también le dieron la vuelta a la mía. Y Anna, Grace y Sybill, y también Aubrey. Me dieron un hogar, y nada de lo que sucedió antes importa tanto como lo que sucedió después.

Conmovida más allá de lo expresable, ella se inclinó hacia delante para tocarle los labios con los suyos.

—Ésta es la tercera. Por hacer que me caigas bien. Eres un hombre bueno. No sé qué hacer contigo.

—Podrías empezar por confiar en mí.

—No. —Ella se echó hacia atrás de nuevo y partió un trocito de pan—. Nada comienza con la confianza. La confianza se desarrolla. Y en mi caso, eso puede llevar un, tiempo considerable.

—Probablemente puedo garantizarte que no me parezco en nada al tipo con el que estabas comprometida. —Cuando se puso rígida, él se encogió de hombros—. No soy el único sobre el que se escribe o se habla.

Y cuando ella abordó un tema personal, Seth no se había bloqueado.

—No, no te pareces a Jonah en absoluto. Nunca hicimos ningún picnic con la ensalada de pasta de su hermana.

—Cena en Jean—Louis, del edificio Watergate, o en cualquier otro selecto restaurante francés que esté de moda en ese momento. Inauguraciones en el Kennedy Center. Inteligentes fiestas de cocktail dentro del Beltway y de vez en cuando un almuerzo temprano los domingos con amigos de primera categoría. —Esperó un instante—. ¿Qué tal lo he hecho?

—Te has acercado bastante.

Justo en la diana.

—Pero ahora estás muy lejos del Beltway. Él se lo pierde.

—Pues parece que no lo lleva mal.

—¿Le amabas?

Ella abrió la boca y luego se encontró respondiendo con total sinceridad.

—Ya no lo sé. Desde luego, creía que sí o nunca hubiera planeado casarme con él. Era atractivo, brillante, poseía un sarcasmo letal que a menudo pasaba por ingenio, y que a veces lo era. Y, como luego resultó, tenía la fidelidad de un gato callejero. Más vale haberme liberado antes de casarme con él que después. Pero con la experiencia he aprendido algo valioso sobre mí misma. Nadie me engaña sin pagar gravemente las consecuencias.

—Le freíste los huevos, ¿no?

—No, peor. —Mordió delicadamente el paté—. Se dejó su abrigo de cachemir, entre otras cosas, en mi casa. Mientras yo estaba empaquetando sus cosas fríamente, lo saqué de la caja, le corté las mangas, el cuello, los botones. Y como me resultó tan satisfactorio, metí, uno a uno, todos sus compactos de Melissa Etheridge en el microondas. Ella es una cantante maravillosa, pero sigo sin poder escucharla sin sentir impulsos de destrucción. Luego metí sus zapatos de Ferragamo en la lavadora. Estas acciones fueron duras para mis electrodomésticos, pero a mi alma le vinieron muy bien. Y, después, como estaba lanzada, me dispuse a tirar al váter mi anillo de compromiso de tres quilates, con un diamante blanco ruso cortado en recto, pero se impuso la cordura.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo metí en un sobre, escribí «Por sus pecados», y lo eché en el cepillo de una pequeña iglesia de Georgetown. Dramático en exceso, pero de nuevo muy gratificante.

Esta vez Seth se inclinó para tocarle los labios con los suyos.

—Bien hecho, campeona.

—Sí, eso pensé yo. —Alzó las rodillas, y sorbió el vino mientras miraba hacia el agua—. Algunos conocidos míos piensan que abandoné Washington y me trasladé aquí a causa de Jonah. Se equivocan. Siempre me ha gustado esto, desde la primera vez que vine con mi abuelo. Cuando supe que tenía que cortar y empezar de nuevo, traté de imaginarme en distintos lugares, incluso diferentes países. Pero al final siempre regresaba mentalmente aquí. No fue algo impulsivo, aunque mucha gente lo cree así. Lo había planeado durante años. Así es como yo hago las cosas, las planeo. Paso a paso.

Hizo una pausa, apoyó la barbilla en las rodillas y le observó.

—Claramente, contigo me debo de haber saltado algún paso o no estaría sentada aquí en la hierba bebiendo vino un domingo por la tarde y contándote cosas de las que no tenía intención de hablar.

Volvió a alzar la cabeza y tomó más vino.

—Tú escuchas. Eso es un don. Y un arma.

—No voy a hacerte daño.

—Las personas sanas no se meten en una relación con la intención de hacerse daño la una a la otra. Pero aún así se lo hacen. Tal vez sea yo la que termine por hacerte daño a ti.

—Veamos. —Le pasó una mano por la nuca, frotando suavemente mientras se inclinaba para posar los labios sobre los de Dru—. No —comentó un momento después—, aún no tengo hematomas.

Luego, moviéndose, le tomó el rostro entre las manos para alzarlo hasta que sus labios volvieron a juntarse.

Muy suave, de pronto profunda y conmovedoramente tierna, su boca se movió sobre la de ella. Con sedosas pasadas, Seth consiguió que la lengua de ella se uniera a la danza mientras sus dedos descendían por la garganta y ascendían por la curva de los hombros.

Ella sabía al vino que se derramó sin que ninguno lo notara cuando la mano de Dru se aflojó en torno al vaso. El rápido quiebro y la liberación de su aliento cuando ella lo atrajo hacia sí le parecieron tan excitantes como un gemido.

La colocó sobre la manta, descendiendo con ella mientras los brazos femeninos se unían en torno a su cuello.

Ella deseaba su peso. Quería sus manos. Quería que su boca siguiera y siguiera nutriéndose de la de ella. Sintió el roce de sus dedos en la clavícula y se estremeció. Luego le rozaron la fina tela de la camiseta y se deslizaron hacia abajo para bailar sobre su pecho.

Él susurró su nombre antes de mordisquearle la mandíbula. Y sus manos, tan bellamente formadas, tan ásperas del trabajo, la acariciaron.

Un estallido de calor la recorrió, urgiéndola a dar y a recibir. Pero en lugar de eso, le puso una mano en el hombro.

—Espera, Seth.

Su boca volvió a la suya con más hambre y con el peligroso sabor de la urgencia.

—Déjame tocarte. Tengo que tocarte.

—Espera.

Él reprimió un juramento, apoyó su frente en la de ella mientras su sangre rugía. La podía sentir vibrando bajo su cuerpo y sabía que ella compartía la misma necesidad,

—Vale, vale —consiguió decir—. ¿Por qué?

—No estoy preparada.

—Vamos, cariño, si llegas a estar más preparada, me habrías superado hasta a mí.

—Desearte no es lo mismo que estar preparada, —Pero se temía que él tenía razón—. No quería que esto sucediera, no así. No voy a hacer el amor con alguien que parece tener una relación con otra persona.

—¿Con quién? Joder, Dru, acabo de volver a casa y no he mirado a otra mujer desde la primera vez que te vi.

—Con ésta llevas relacionado desde bastante antes de conocerme. —Él tenía una expresión de tal perplejidad y frustración que ella deseó echarse a reír. Pero se mantuvo firme—. Aubrey.

—¿Qué pasa con Aubrey? —Le llevó varios segundos de conmoción el comprender lo que ella quería decir—. ¿Aubrey? Aubrey y yo... Por Dios todopoderoso, ¿estás de broma? —Se habría reído si la idea no le hubiera dejado tan aturdido—. ¿De dónde te lo sacas?

—No estoy ciega. —Irritada, le empujó—. Muévete, ¿quieres?

—No mantengo una relación con... —No podía siquiera decirlo, pero se echó hacia atrás y se sentó—. No es eso. Joder, Dru, es mi hermana.

—No, no lo es.

—Mi sobrina.

—Tampoco. Y tal vez tú no seas consciente de lo que hay entre vosotros, aunque no me pareces tonto, pero dudo mucho de que ella no lo sepa.

—Yo no pienso en ella de esa forma.

—Tal vez no lo hayas pensado de forma consciente.

—En absoluto. —La mera idea hizo que el pánico le bailara en la garganta—. A ningún nivel. Y ella tampoco.

Dru se alisó la falda. —¿Estás seguro?

—Sí. —Pero la semilla estaba plantada—. Sí. Y si tú tienes la idea loca de que el que yo esté contigo supone de algún modo engañar a Aubrey, puedes olvidarla.

—Lo que creo —dijo Dru con calma— es que no voy a mantener una aventura con un hombre del que sospecho que se siente atraído por otra persona. Tal vez deberías resolver esto con Aubrey, antes de que las cosas avancen más entre nosotros. Pero, de momento, creo que más vale que lo dejemos por hoy. ¿Te importa que le eche un vistazo al cuadro?

—Sí, me importa —soltó él—. Me importa. Lo puedes ver cuando esté terminado.

—Vale. —«Bueno, bueno —pensó ella—, el temperamento artístico asoma la cabeza»—. Te guardaré la comida. Supongo que querrás al menos otra sesión —dijo mientras colocaba cosas en la nevera—. Podré dedicarte algo de tiempo el próximo domingo.

Él se puso de pie, y la miró.

—Eres un caso. ¿Un gilipollas te engaña y eso significa que todos somos unos embusteros?

—No. —Ella comprendía su arranque de genio y, como parecía una conclusión razonable para él, no perdió los estribos—. En absoluto. De hecho, creo que eres tan sincero como el que más. Si creyera otra cosa, no pensaría en estar contigo. Pero como te he dicho, no estoy lista para dar ese paso y tengo serias dudas sobre tus sentimientos hacia otra persona y los suyos hacia ti.

Alzó la mirada.

—Yo he sido la típica víctima de la otra mujer, Seth. No puedo hacerle eso a otra persona.

—Parece que en lugar de preguntarme a mí por mis traumas, te lo tendría que haber preguntado yo a ti.

Ella se incorporó y asintió.

—Sí, tal vez debieras haberlo hecho. Puesto que te lo vas a tomar tan mal, será mejor que te deje.

Él la tomó del brazo antes de que ella pudiera apartarse y le hizo darse la vuelta tan rápido que sintió un miedo que le estallaba como una bomba en la garganta.

—Tú sigue dando esos pasitos uno a uno, bonita. Puede que te lleve más tiempo darte de morros, pero te darás con la misma fuerza.

—Suéltame.

El la soltó, y se volvió de espaldas para guardar su equipo. Más afectada de lo que deseaba admitir, Dru se obligó a caminar lentamente y a entrar en la casa.

Seguía siendo, admitió, una retirada.

9

«Mujeres.» Seth dejó con brusquedad la nevera en el maletero del coche, y la cesta fue detrás. Justo cuando crees entenderlas, se vuelven alienígenas. Y esas alienígenas tienen el poder de transformar a un hombre normal y razonable en un completo imbécil.

No había nada que un hombre pudiera hacer para seguirles el ritmo.

Tiró la manta, le dio un puntapié a la rueda y luego volvió a sacar la manta de un tirón. Se volvió para mirar la casa con un gratificante gruñido.

Sus murmullos eran una combinación de maldiciones, afirmaciones concisas y numerosas incoherencias mientras volvía por su mesa plegable y el papel de acuarela.

Y allí estaba ella, durmiendo sobre la manta roja en la moteada luz del sol, tan esbelta y morena, con el rostro de una reina de las hadas dormida.

—Yo tendría que saber por quién me siento atraído —le dijo mientras alzaba con cuidado la obra a medio terminar y la llevaba hasta el coche—. O sea, que un tipo resulta ser un gilipollas, ¿y eso nos condena a todos? —Colocó el papel sobre la manta y lo observó con el ceño fruncido—. Bueno, pues ése es tu problema, hermana.

«Hermana», pensó, y sintió un desagradable culebreo en las entrañas. ¿Por qué diablos le había metido ella esa idea en la cabeza respecto a Aubrey? Se equivocaba, eso era todo. Se equivocaba de medio a medio.

Tenía que estar equivocada.

Amaba a Aubrey, claro que sí. Pero nunca había pensado en... ¿No?

—¿Lo ves, lo ves? —Agitó un dedo ante el cuadro—. Eso es lo que tu especie nos hace. Lo confundís todo hasta que nos ponemos a cuestionar incluso nuestro propio cerebro. Bueno, pues conmigo no va a funcionar.

Como le resultaba más cómodo, volvió al enojo mientras terminaba de cargar el coche. Casi había tomado la curva para dirigirse a casa cuando dio la vuelta al vehículo y pisó el acelerador.

—Vamos a resolver este asunto. —Lo dijo en alto y le hizo un gesto al cuadro—. De una vez por todas. Y entonces veremos quién es el idiota.

Aparcó en el sendero de la casa de Aubrey, salió del coche de un salto y caminó hacia la puerta con su sentimiento de ultraje y de enfado dirigiendo la marcha. No llamó a la puerta. Nadie esperaba que lo hiciera.

La sala, como el resto de la casa, era muy bonita y estaba lo suficientemente llena de cosas como para resultar cómoda e implacablemente limpia. A Grace se le daban bien esas cosas.

Antes, cuando cuidaba ella sola de Aubrey, se ganaba la vida limpiando las casas de otras personas. Ahora dirigía su propio negocio, una empresa de limpieza con más de veinte empleados que se ocupaban de casas y de negocios en la orilla oriental.

Su propia casa era uno de sus mejores anuncios y en ese momento estaba demasiado silenciosa.

—¿Aubrey? —gritó hacia las escaleras—. ¿Hay alguien en casa?

—¿Seth? —Grace llegó corriendo desde la cocina. Descalza y con pantalones recortados, con el pelo retirado descuidadamente de la cara, tenía un aspecto demasiado juvenil para ser la madre de alguien por quien una mujer obstinada y perversa creía que él se sentía atraído.

Joder, si él había hecho de canguro de Aubrey cuando era una niña.

—Ven a la parte de atrás —le dijo con un rápido beso—. Ethan y Deke están arreglando la cortadora del césped. Y yo estaba haciendo agua de limón.

—Sólo pasaba para ver a Aubrey por... —Ay, no, pensó, no podía entrar en aquel tema con Grace—. ¿No está?

—Los domingos por la tarde juega al béisbol.

—Claro. —Seth se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño—. Claro.

—Cariño, ¿pasa algo? ¿Te has peleado con Aubrey?

—No. No, sólo tengo que... hablarle de una cosa.

—Debería volver dentro de una hora o así. También Emily. Ha salido con su novio. ¿Por qué no vas con Ethan y Deke y te quedas a cenar? Vamos a hacer una barbacoa.

—Gracias, pero... tengo algunas cosas... —Le resultaba raro, muy raro, mirar el rostro de Grace, ver en él a Aubrey y pensar lo que estaba pensando—. Tengo que irme.

—Pero...

Le habló a su espalda mientras él salía apresuradamente. Arma tenía razón, pensó Grace con un suspiro. Algo le preocupaba a su chico.

Cuando Seth llegó al parque, era el final de la segunda mitad de la sexta entrada, con dos bases ocupadas y dos fuera. El equipo de Aubrey, los Cangrejos Azules, perdía por una carrera ante su némesis eterna, los Pescados de Roca.

El público comía perritos calientes, tomaba refrescos y lanzaba los consabidos insultos y gritos de ánimo a los jugadores. Junio llegaba con su habitual aliento cálido y sus manos húmedas, que convertían la primavera en un querido recuerdo. El sol se vertía sobre el campo de juego empapándolo de calor y de humedad.

El quiosco desprendía vapor cuando Seth pasó junto a él para subir las gradas.

Distinguió a Júnior Crawford, que llevaba una gorra para protegerse la calva y su arrugado rostro de gnomo, con un niño no mayor de tres años sentado en sus huesudas rodillas.

—Hola, Seth. —Júnior desplazó mínimamente su estrecho trasero como invitación—. ¿Cómo es que no estas ahí abajo en el campo?

—He llegado demasiado tarde para que me seleccionaran. —Recorrió el campo con la mirada y vio que Aubrey estaba prevenida mientras el bateador recibía la bola tercera. Luego le guiñó el ojo al niño—. ¿Y éste quién es?

—Aquí, Bart. —Júnior hizo moverse al niño—. Mi bisnieto.

—¿Bisnieto?

—Sí, tenemos ocho nietos, y ahora éste. —La atención de Júnior volvió al campo al oír el sonido del bate—. Mala —musitó—. ¡Endereza ese bate, Jed Wilson! —gritó—. Por Dios bendito.

—¿Jed Wilson? ¿El nieto de la señora Wilson?

—El mismo. Es un chico bastante afable, la verdad, pero de batear no tiene ni puta idea.

—Ni puta idea —dijo Bart alegremente.

—Bueno, niño. —Con una risotada, Júnior le advirtió a Bart con el dedo—. Ya sabes que me vas a meter en un lío otra vez si dices eso delante de tu mamá.

—¡Ni puta idea! ¡Papá! —Bart soltó una risa balbuceante y luego le ofreció su manoseado perrito a Seth—. ¿Quieres?

—Claro.

Agradecido por la distracción, Seth se inclinó y fingió darle un enorme mordisco.

Cuando el arbitro cantó la bola cuarta, la multitud estalló y Júnior soltó un grito.

—Ha conseguido base por bolas. Joder, ahora sí que vais a ver lo que es bueno, asquerosos Pescados de Roca.

—Asquerosos Pescados de Roca —repitió Bart alegremente.

—¡Por fin vamos a ver un poco de acción, maldita sea! Ahora vamos a ver lo que son las cosas.

Los aficionados de los Cangrejos Azules se pusieron a corear «¡Aubrey!, ¡Aubrey!» mientras ella avanzaba con arrogancia hasta el plato.

—¡Mándala a la luna, Aub! Esa chica puede hacerlo —comentó Júnior con un entusiasmo tan desaforado, que Seth se preguntó si no le iba a dar una trombosis allí mismo—. ¡Tú observa! —Le hundió a Seth el filo agudo de su codo—. Observa y verás cómo le hace un cuadrangular a ese cabrón.

—¡A ese cabrón! —gritó Bart, moviendo el perrito caliente, todo mustio y chorreando mostaza.

Por el bien de ambos, Seth levantó al niño de las rodillas de Júnior y se lo puso en las suyas.

Daba gusto verla, pensó Seth. Eso estaba claro. Aquella constitución atlética, compacta. Su innegable feminidad, a pesar de lo masculino de la camiseta de béisbol, o tal vez por eso mismo.

Pero eso no significaba que él pensara en ella... de ese modo.

Aubrey arrastró los pies sobre el plato. Se produjo una breve conversación con el receptor que Seth imaginó estaba teñida de desprecio por ambos lados. Ella le dio un par de golpes de prueba al bate. Movié el trasero.

Joder, ¿qué estaba haciendo él mirándole el culo?

En el primer lanzamiento, Aubrey le dio un buen golpe a la bola.

La multitud se alzó gritando. La joven se lanzó hacia la primera base con la rapidez de una bala que sale del arma.

Luego la pelota se curvó en un mal giro, el público se desinfló y Aubrey volvió de nuevo al plato.

La gente empezó a corear de nuevo su nombre cuando ella recogió el bate y siguió la misma rutina. Dos golpes de prueba, mover el bate, menear el trasero y pararse preparada para recibir el lanzamiento.

Le acertó a la bola, controlando el impacto del bate. Y cuando el arbitro cantó el segundo fallo, ella se encaró con él. Seth podía ver cómo se movían sus labios y podía oír mentalmente el filo de sus palabras.

Que ha sido fallo, y una mierda. Un poco más afuera y ese lanzamiento estaría en Virginia. ¿Qué extensión quieres darle a la zona de fallo a ese tío?

«No hagas alusión a las dudosas prácticas sexuales de su madre —le advirtió Seth mentalmente—. No te metas en eso, y que te expulsen.»

Tanto si Aubrey había aprendido un poco de control en los últimos dos años como si, en efecto, le llegó su advertencia, ella despellejó al arbitro con una mirada torva y luego se retiró a la posición prevenida en el cajón del bateador.

Los cantos se alzaron de nuevo, los pies comenzaron a golpear la madera hasta que las gradas vibraron. En el regazo de Seth, Bart apretó lo que quedaba del perrito y el pan hasta convertirlo en pulpa y gritó:

—¡Cuadrangular a ese cabrón!

Y ella lo hizo.

En el instante en que la bola entró en contacto con el bate, Seth supo que era buena. Y también lo supo Aubrey claramente, porque mantuvo su postura, con los hombros hacia delante, las caderas rígidas, la pierna delantera erguida como la de una bailarina, mientras miraba la bola volar alto y lejos.

La multitud se puso en pie, y estalló un clamor al tiempo que ella soltaba el bate y corría por las bases.

—¡Un cuadrangular de la hostia! —gritó Júnior como si estuviera a punto de llorar—. Esa chica es una maravilla

—Una maravilla —coincidió Bart, y se inclinó sobre los brazos de Seth para darle un beso pegajoso a Junior en la mejilla.

Los Pescados de Roca no consiguieron ningún tanto en la séptima entrada, fallaron con un ponchado y una doble jugada magistral iniciada por Aubrey. Mientras los aficionados iban saliendo hacia sus casas, Seth se acercó caminando al banquillo. Vio a Aubrey de pie, tragando una bebida energética directamente de la botella.

—Buen partido, campeona.

—Hola. —Le lanzó la botella a uno de sus compañeros de equipo y se acercó a Seth—. No sabía que estabas aquí.

—He llegado hacia el final de la sexta entrada, justo a tiempo de ver la paliza que les has dado a los Pescados.

—Una bola rápida. Baja y tirada lejos. El lanzador debería haberlo hecho mejor. Creía que hoy te tocaba pintar a la chica de las flores.

—Bueno, sí, hemos hecho una sesión.

Ella arqueó una ceja y luego se frotó la nariz cuando Seth se quedó mirándola.

—¿Qué? Seguro que tengo tierra en la cara.

—No, no es eso. Oye, tengo que hablar contigo.

—Bueno, pues habla.

—No, aquí no.

Hundió los hombros. Estaban rodeados, pensó. Jugadores, espectadores, chicos. Docenas de rostros familiares, gente que los conocía a ambos. Ay, Dios, ¿pensaría esa gente que él y Aubrey... ?

—Es..., ya sabes. Algo privado.

—Oye, si pasa algo...

—Yo no he dicho que pase nada.

Ella soltó aire con un bufido.

—Lo dice tu cara. He venido con Joe y Alice. Espera, que les digo que me llevas tú a casa.

—Vale. Estupendo. Te veo en el coche.

Seth pasó la manta y el cuadro al asiento trasero. Se apoyó sobre la capota del coche. Dio vueltas alrededor. Cuando Aubrey se acercó caminando con un guante en la mano y el bate al hombro, trató de mirarla como si no la hubiera visto nunca.

Pero sencillamente no funcionó.

—Me estás empezando a preocupar, Seth —dijo ella.

—No es nada. Espera, vamos a meter esto en el maletero. Tengo mis cosas en el asiento de atrás.

Ella se encogió de hombros, le pasó su equipamiento de béisbol y luego miró al asiento trasero.

—Ostras. —Embelesada, abrió la puerta de un tirón para ver mejor la acuarela—. No me extraña que tuvieras tantas ganas de pintarla. Es maravilloso. Jo, Seth. No termino de acostumbrarme.

—No está acabado.

—Ya lo veo —dijo ella secamente—. Es sensual, pero suave. Y muy íntimo. —Alzó la vista hacia él, y aquellos lindos ojos verdes se encontraron con los suyos.

Él trató de calibrar si sentía algún tipo de descarga sexual, como ocurría cada vez que los ojos más oscuros de Dru se centraban en su rostro.

Le resultaba demasiado embarazoso pensar siquiera en ello.

—¿Es eso lo que buscas?

—¿El qué? —Avergonzado, la miró con la boca abierta—. ¿Qué es lo que busco?

—Ya sabes, suave, sensual, íntimo.

—Ah...

—Con el cuadro —concluyó ella, sintiéndose totalmente confundida.

—El cuadro. —El pánico de sus entrañas se revolvió en una vaga sensación de náusea—. Sí, eso es.

En aquel momento el rostro de Aubrey mostró una leve sorpresa cuando él le abrió la puerta del coche.

—¿Tenemos prisa?

—El hecho de que consigas cuadrangulares no significa que un hombre no deba abrirte la puerta. —Soltó las palabras como mordiéndolas, mientras daba la vuelta al coche y entraba cerrando con un portazo—. Si Will no te trata con cierto respeto, tendrías que pasar de él.

—Oye, oye, que Will me trata estupendamente. Pero ¿a ti qué te pasa?

—No quiero hablar de eso todavía.

Sacó el coche y lo llevó a la calle.

Ella respetó su silencio. Lo conocía lo suficiente para saber que cuando algo le preocupaba, se quedaba callado. Se metía dentro de sí mismo hasta un lugar en el ni siquiera ella podía penetrar.

Cuando estuviera preparado, hablaría.

Seth aparcó junto al astillero y durante un instante se quedó sentado, golpeando el volante con las manos.

—Demos un paseo por el muelle, ¿vale?

—Sí, claro.

Pero cuando él bajó, Aubrey siguió sentada hasta que él dio la vuelta y abrió la puerta con brusquedad.

—¿Qué haces?

—Sólo esperar a que me trates con el debido respeto.

Aleteó las pestañas y se deslizó fuera del coche. Luego, riéndose de él, sacó un paquete de chicle del bolsillo trasero y se lo ofreció.

—No, gracias.

—¿Qué pasa, Seth? —le preguntó mientras desenvolvía un chicle.

—Tengo que pedirte un favor.

Ella le dio vueltas al chicle en la boca.

—¿Qué necesitas?

Él subió al embarcadero, clavó la vista en el agua y en las águilas pescadoras que descansaban en un poste, antes de volver los ojos hacia ella.

—Tengo que besarte.

Ella alzó las manos.

—¿Y eso es todo? Jo, me preguntaba si te quedaban seis meses de vida o algo así. Vale. Joder, Seth, me has besado cientos de veces. ¿De qué se trata?

—No. —Cruzó los brazos sobre el pecho, luego se pasó las manos por las caderas hasta que al final se los metió en los bolsillos—. Lo que quiero decir es que necesito besarte.

—¿Cómo? —Su rostro mostró asombro.

—Tengo que aclarar una cosa, así que necesito besarte. Como lo haría cualquier tío.

—Seth. —Le dio una palmadita en el brazo—. Esto es muy raro. ¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así?

—Ya sé que es raro —replicó él—. ¿Te crees que no lo sé? Imagínate cómo me siento al tener que sacar este tema?

—¿Y cómo es que me lo has planteado?

Él bajó del embarcadero, luego volvió a subir.

—Dru tiene la idea de que yo, de que nosotros..., joder, de que me siento atraído por ti como hombre. Y posiblemente, viceversa. Probablemente.

Aubrey parpadeó dos veces, lentamente, como un búho.

—¿Ella cree que tú me pones?

—Joder, Aub.

—Ella cree que hay algo así entre tú y yo, o sea que te ha dado la patada.

—Más o menos —musitó él.

—¿Así que quieres pegarte un morreo conmigo por ella?

—Sí. No. No tengo ni puta idea. —¿Podía ser peor?, se preguntó. ¿Podía sentirse más avergonzado, más incómodo, más estúpido?—. Me ha metido esa idea de mierda en la cabeza y no puedo sacármela. ¿Qué pasa si tiene razón?

—¿Que qué pasa si tiene razón? —En su garganta burbujeaba la risa, pero consiguió contenerla—. ¿Qué pasa si tú tienes una fantasía reprimida entre nosotros? Anda ya, Seth.

—Espera, espera. —Apasionándose de un modo que hizo que ella volviera a parpadear, la tomó por los hombros—. No te vas a morir por besarme.

—Vale, vale. Adelante.

—De acuerdo. —Soltó aire, comenzó a inclinar la cabeza y luego la alzó de nuevo—. No recuerdo lo que tengo que hacer. Dame un minuto.

Retrocedió un paso, se volvió y trató de despejar la mente.

—Probemos esto. —Se volvió y le puso las manos en las caderas para atraerla hacia él. Pasaron unos segundos—. Podrías pasarme los brazos por los hombros o algo así.

—Ah, perdona. —Elevó los brazos y entrelazó los dedos por detrás de la cabeza de Seth—. ¿Qué tal así?

—Bien. Así está bien. Levántate un poco —sugirió, así que ella se alzó sobre los dedos de los pies. Él inclinó la cabeza. Su boca se hallaba a escasos centímetros de la de Aubrey cuando ella dejó escapar una risa—. Joder.

—Lo siento, lo siento. —El ataque de risa la obligó a retroceder y a sujetarse el estómago. Él siguió allí, con el ceño fruncido, hasta que ella se controló—. Me ha entrado la risa, eso es todo. Venga, vamos. —Hizo ademán de pasarle los brazos alrededor—. Joder, espera. —Deliberadamente, se sacó el chicle de la boca, lo envolvió en el papel y se lo guardó en el bolsillo—. Si vamos a hacerlo, mejor que lo hagamos bien. ¿Vale?

—Si puedes controlar la risa porcina.

—Una lección gratis, tío. Cuando estás a punto de enredar tu lengua con la de una mujer, no se te ocurra hablar de cerdos o puercos.

Le colocó los brazos otra vez alrededor, se agarró bien y tomó la iniciativa antes de que ninguno de ellos pudiera pensarlo.

Siguieron juntos, mientras la brisa que llegaba del agua aleteaba en torno a ellos. Cuando un coche pasó por la carretera a sus espaldas, se oyó un ruido y el ladrido desesperado de un perro que lo perseguía por detrás de la valla hasta que el vehículo desapareció.

Sus labios se separaron, sus ojos se encontraron. El silencio entre ellos se extendió durante

largos segundos.

Y luego se echaron a reír.

Aún abrazados, se pusieron a dar tales saltos y gritos de alegría que se hubieran caído de no haber estado apoyados el uno en el otro. Con un suspiro de alivio, Seth inclinó la frente hacia la de Aubrey.

—Bueno. —Ella le dio un cordial pellizco en el trasero—. Así que me deseas, ¿no?

—Cállate, Aubrey.

Le dio a ella, a su hermana, un fuerte abrazo antes de soltarse.

—Gracias.

—De nada. La verdad, se te da bien.

—A ti también. —Le acarició la mejilla con los nudillos—. Y no lo vamos a repetir nunca.

—Trato hecho.

Él hizo ademán de pasarle un brazo por los hombros, pero se detuvo cuando se le ocurrió una idea embarazosa.

—Esto no se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? Ni a tu madre ni a Will. A nadie.

—¿Estás de broma? —Incluso pensar en ello la hacía estremecerse—. Tú tampoco. Promételo.

Se escupió en la mano y la extendió.

Seth miró con una mueca la palma extendida.

—Nunca debí enseñarte eso.

Pero, resignado y respetuoso con el compromiso, se escupió en la palma y luego, solemnemente, se estrecharon las manos.

Se sentía demasiado inquieto para volver a casa. Y, además, necesitaba un poco de tiempo antes de enfrentarse a su familia con el incidente del beso aún fresco en su mente.

Una mitad de ésta quería volver a casa de Dru y hacerle saber lo alejada de la diana, lo equivocada que estaba, lo insultante que era aquella idea suya.

Pero la otra mitad, la más lista, le advirtió de que todavía no estaba de humor para mantener una conversación racional con ella.

Le había hecho dudar de sí mismo y eso le dolía. Había trabajado duro para alcanzar y mantener su nivel de confianza en sí mismo, en su trabajo, en su familia. A ninguna mujer se le permitía debilitar esa confianza.

Así que darían un paso atrás antes de que las cosas avanzaran. La pintaría porque no podía hacer otra cosa. Pero eso sería todo.

No tenía por qué implicarse con una mujer que era tan complicada, tan impredecible y con unas opiniones tan rígidas.

Era el momento de echar el freno, de centrarse en el trabajo y en la familia. De resolver sus propios problemas antes de asumir los de nadie más.

Aparcó en el estudio, y subió su equipo y el cuadro por las escaleras. Usó su nuevo móvil para llamar a casa y avisar a Anna de que no iría a cenar.

Puso música y se lanzó a trabajar de memoria en la acuarela.

Como le sucedía con la navegación, cuando pintaba se desvanecían las preocupaciones, las irritaciones, los problemas. De niño, se había escapado mediante el dibujo. A veces era algo tan dramático como sobrevivir, otras era tan simple como matar el aburrimiento. Siempre había sido un placer para él, un goce íntimo y silencioso o una celebración resonante.

En su adolescencia había albergado un tremendo sentimiento de culpa y de duda porque nunca había sufrido por su arte, nunca había sentido el drama del conflicto emocional sobre su don.

Cuando le confesó todo esto a Cam, su hermano se le quedó mirando.

—Pero bueno, ¿tú estás tonto? —le preguntó.

Fue exactamente la respuesta indicada para que Seth saliera de aquel melancólico mirarse el ombligo.

Había veces en que un cuadro se le escapaba y le dejaba confuso y frustrado por la imagen de su mente que se negaba a ser plasmada en el lienzo.

Pero había otras en que ese proceso fluía para él, más allá de cualquier altura que hubiera imaginado capaz de alcanzar.

Cuando la luz que entraba por las ventanas se atenuó y se vio obligado a encender los focos del techo, se apartó del lienzo y se quedó mirando lo que había hecho. Y se dio cuenta de que

ésta era una de las veces en que el proceso había fluido.

Los colores resultaban vibrantes, el verde de las hierbas y de las hojas, el ámbar del agua iluminada por el sol, el choque del rojo de la manta con el blanco lechoso de la piel femenina. El jardín florido de la falda era audaz, un agudo contraste con el modo delicado en que el material vaporoso se fruncía en la parte alta del muslo.

Estaba la curva del hombro, el ángulo del brazo, el borde cuadrado de la manta. Y la forma en que los difusos dedos de luz caían sobre la expresión soñadora de su rostro.

No podía explicar cómo lo había hecho, del mismo modo que no había sido capaz de contarle a Dru en qué pensaba cuando pintaba. Los aspectos técnicos del trabajo eran sólo eso, aspectos técnicos. Necesarios, esenciales, pero asumidos de forma tan inconsciente cuando trabajaba como el respirar.

Pero cómo un cuadro conseguía a veces plasmar el corazón del artista, el núcleo del tema, y permitirle respirar, eso no podía explicarlo.

Ni se lo cuestionaba. Simplemente, cogió el pincel y volvió al trabajo.

Y más tarde aún, completamente vestido, se arrastró hasta la cama y cayó dormido con la imagen de Drusilla durmiendo junto a él.

—¿Cómo lo vas a titular? —le preguntó Stella.

Estaban de pie ante el cuadro, observándolo a la luz deslumbrante de los focos del estudio.

—No lo sé. Aún no lo he pensado.

—*El sueño de la belleza* —sugirió Stella—. Así lo llamaría yo.

Stella llevaba una camisa de cambray demasiado grande y unos vaqueros anchos con zapatillas planas de lona que tenían aspecto de haber hecho muchos kilómetros. Y cuando pasó el brazo por el de Seth, a éste le llegaron toques de limón de su champú y de su jabón.

—Estamos orgullosos de ti, Seth. No tanto por talento, que es un don de Dios, sino por ser fiel a él. Por ser fiel a lo que tienes y a lo que eres, ahí es donde radica la diferencia.

Dio un paso atrás y echó un vistazo alrededor.

—No te iría mal limpiar un poco este sitio. Ser artista no significa ser un dejado.

—Me ocuparé de eso por la mañana.

Le envió una mirada irónica.

—¿Dónde he oído eso antes? La de ahí. —Stella hizo un gesto con la cabeza hacia el cuadro—. Es muy limpia y muy pulcra. Tal vez demasiado, un problema que tú claramente no tienes. Ella se preocupa si hay algo fuera de su sitio. El desorden la confunde, en particular cuando se trata de sus propias emociones. Hay que deducir que ya son bastante caóticas en lo que se refiere a ti.

Seth alzó el hombro de una manera que hizo sonreír a Stella.

—Ahí voy a echar el freno. Ella requiere demasiado trabajo.

—Ya, ya. —Le miró con los ojos brillantes—. Tú sigue diciéndote eso, chico.

Él quería dejar ese tema en paz. No le importaban los sentimientos confusos, pero los suyos se hallaban en tal estado que no podía saber si sería capaz de volver a ordenarlos nunca más.

—Cam me dijo que te preguntara por el pan de calabacín.

—¿Ah, sí? ¿Conque eso dijo? Quizá crea que se me la olvidado. Bueno, le puedes decir que tal vez esté muerta, pero aún no he perdido el juicio. Yo nunca fui muy buena cocinera. En general, se ocupaba Ray. Pero de vez en cuando yo metía el cucharón en la olla. Un día de otoño me entró el antojo de pan de calabacín. Habíamos plantado algunos calabacines y Dios sabe que teníamos más de los que podíamos comer en años. En especial porque Ethan no lo podía ni ver, así que saqué un libro de cocina y probé a hacer pan de calabacín. Cuatro hogazas, desde el principio, y luego las puse a enfriar en una rejilla. Me sentía de lo más orgullosa de ese pan.

Se detuvo un momento, alzó la cabeza como mirando el recuerdo.

—Una media hora después, volví a la cocina. En lugar de cuatro, sólo quedaban tres hogazas. Mi primera idea fue: bueno, esos chicos han estado aquí y se han servido. Me sentí muy satisfecha. Hasta que miré por la ventana. ¿Sabes lo que vi?

—No tengo ni idea.

Pero estaba seguro de que iba a disfrutar con la historia.

—Te voy a contar lo que vi —dijo, irguiendo la barbilla—. Mis chicos y mi amado esposo

estaban fuera, en el patio, usando como un puñetero balón el pan de calabacín que yo había preparado desde el principio. Gritaban y aullaban y se lanzaban esa cosa como si fuera la Super Bowl. Me planté en la puerta como un rayo, con idea de despellejarlos a todos. En aquel momento, Phil lanzó la hogaza alto y fuerte, y Ethan saltó para cogerla. Y Cam, que siempre fue rápido como una serpiente, corrió por la hierba y saltó para interceptarla. Pero se equivocó la hogaza le alcanzó como a esta altura.

Se señaló justo encima de la ceja.

—Además, le hizo caer de culo. La dichosa hogaza estaba dura como una piedra.

Se rió, balanceándose sobre los talones como si su humor tuviera peso.

—Ethan recogió el pan, saltó sobre Cam mientras éste yacía con los ojos en blanco y consiguió el tanto. Cuando llegué hasta Cam para ver si estaba bien y soltarle una buena, ya se le había pasado, y los cuatro se rieron como lunáticos. Lo llamaron la Pan Bowl. Fue la última vez que me puse a hacer pan, te lo juro. Echo de menos aquella época, la echo mucho de menos.

—Ojalá hubiera podido pasar un tiempo contigo. Ojalá hubiera podido pasar tiempo contigo y con Ray.

Ella se acercó y le apartó algunos mechones sueltos que le habían caído sobre la frente. El gesto expresaba tal ternura que le dolió el corazón.

—¿Te importa si te llamo abuela?

—No, me encanta. Qué dulce eres —murmuró Stella—. Ella no pudo arrancarte ese dulce corazón tuyo, por mucho que lo intentara. Tampoco lo podía entender, por eso es por lo que siempre le ha resultado tan fácil herirte.

Ya no estaban hablando de Dru, pensó él, sino de Gloria.

—No quiero pensar en ella. Ya no puede herirme más.

—¿Que no? Se avecinan problemas. Siempre va a haber problemas. Sé fuerte, sé listo y sé sincero. ¿Me oyes? No estás solo, Seth. Nunca vas a estar solo.

—No te vayas.

—No estás solo —repitió ella.

Pero cuando se despertó con la luz de la mañana deslizándose por sus ventanas, le pareció que lo estaba.

Lo que era peor, vio la nota doblada junto a la puerta. Se obligó a levantarse, a caminar y recogerla.

*Cafetería Lucy's Diner, junto al Hotel By-Way,
en la carretera 13.
Esta noche a las once.
Asegúrate de llevarlo en metálico.*

«Se avecinan problemas.» A Seth le pareció escuchar el eco de una voz. «Siempre va a haber problemas.»

10

Aubrey le dio vueltas y más vueltas, lo desmontó y lo volvió a componer. Y cuanto más lo pensaba y lo volvía a pensar, más se enfadaba. El carácter le hizo ver muy claro en su mente que lo que Drusilla Whitcomb Banks necesitaba era que le cantaran las cuarenta, y Aubrey Quinn era justo quien se las iba a cantar.

Como había hecho un pacto con Seth, no podía desahogarse con su madre ni con su padre. Tampoco podía ir a casa de Sybill y pedirle una especie de evaluación psicológica del asunto. Y no podía ir donde Anna y soltar todo su mosqueo y su rencor.

Así que estos sentimientos fueron haciéndose cada vez mayores, capa a capa, hasta que cuando salió del astillero, a las cinco, estaba que echaba chispas.

Mientras se dirigía a la ciudad en coche, fue practicando lo que iba a decir, las palabras frías, controladas y bien afiladas que iban a conseguir poner a la señorita doña Perfecta en el lugar que le correspondía.

Nadie podía hacer desgraciado a Seth y salir impune.

«Si te metes con un Quinn —pensó mientras encajaba la camioneta en un espacio en la acera—, te metes con todos ellos.»

Vestida con sus botas de trabajo, una camiseta sucia y unos vaqueros bien arrugados, entró en Bud and Bloom.

Sí, era perfecta, claro que sí, pensó Aubrey, y contuvo su ira mientras Dru le envolvía un ramo de margaritas a Carla Wiggins. Simplemente perfecta con su blusa rosa de seda y su cabello de ninfa de los bosques. Los pantalones eran color gris piedra y estaban confeccionados con un material que tenía mucha caída. Probablemente también de seda, pensó Aubrey, irritada consigo misma por admirar la imagen elegante pero informal de Dru.

La mirada de ésta se alzó al abrirse la puerta. Lo que podría haber sido educada calidez se enfrió en una actitud de cautela cuando Aubrey le clavó la mirada.

Algo era algo.

Carla, entusiasta y llena de vitalidad, se volvió.

—Hola, Aubrey. Qué buen partido el de ayer. Todo el mundo habla de tu cuadrangular. Bases llenas —le dijo a Dru—. Aubrey sacó de un golpe a esos Pescados de Roca fuera del agua.

—¿De veras? —Dru había oído la misma historia media docena de veces a lo largo del día—. Enhorabuena

—Yo bateo para conseguir tantos.

—Estuvo a punto de darme un ataque cuando la pelota salió volando. —Carla se tocó sus pequeños senos con la palma de la mano como demostración—. Jed siguió volando. Pasó a la primera base —le dijo a Dru—, para llenar las bases antes de que Aubrey saliera a batear. Bueno, esta noche he invitado a cenar a sus padres, para seguir hablando de los planes de boda, y allí estaba yo dando vueltas y ordenándolo todo, me he tomado medio día libre, cuando de repente me he dado cuenta de que no tenía flores para un centro de mesa. Les voy a hacer espagueti y albóndigas. Es la comida favorita de Jed. Una comida divertida y alegre, ya sabes. Así que Dru me ha dicho que las margaritas quedarían bien en ese florero rojo que tengo. ¿Qué te parece?

Aubrey miró las flores y movió el hombro.

—Son bonitas. Acogedoras, supongo. Sencillas y dulces.

—Eso es. Es exactamente lo que quiero. —Carla enredó con su fino pelo rubio—. No sé por qué me pongo tan nerviosa. Conozco a los padres de Jed de toda la vida, pero es distinto ahora que nos vamos a casar en diciembre. Le he dicho a Dru que mis colores van a ser azul medianoche y plata. No me apetecía recurrir al verde y al rojo, sabes, pero aun así quería mantener el aire navideño y festivo. ¿En serio crees que esos colores funcionarán? —Carla se mordió el labio mientras volvía la vista hacia Dru—. Para las flores y para todo lo demás.

—Muy bien. —La calidez volvió al rostro de Dru—. Resulta festivo, como tú dices, además de romántico. Déjame que piense en algunas cosas y luego nos reuniremos con tu madre para verlo todo. No te preocupes por nada.

—Ay, es que no puedo remediarlo. Antes de diciembre volveré loco a todo el mundo. Tengo que irme. —Recogió las flores—. Es que van a llegar dentro de una hora.

—Que paséis una velada agradable —dijo Dru.

—Gracias. Nos vemos, Aubrey.

—Vale. Saluda a Jed.

La puerta se cerró a espaldas de Carla y cuando las campanillas dejaron de sonar, la alegría que llenaba la mía se desvaneció.

—No creo que hayas venido a comprar flores. —Dru juntó las manos—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Puedes dejar de enredar con la mente de Seth y de colocarme a mí en el papel de la otra mujer.

—La verdad es que me preocupaba que ése fuera mi papel y no me gustaba nada la idea.

Todas las palabras frías, controladas y bien afiladas que Aubrey había practicado se le fueron de la cabeza.

—Pero ¿a ti qué diablos te pasa? ¿Te crees que Seth estaría trabajándote si estuviera interesado en otra persona?

—¿Trabajándome?

Aubrey hundió los hombros.

—Una expresión de familia —musitó—. ¿Por quién le tomas? Nunca te tirarías los tejos si se los estuviera tirando a otra. Él no es así y si aún no lo sabes es que eres estúpida.

—Llamarme estúpida va a hacer que esta conversación termine antes de empezar.

—También se puede terminar si te doy un puñetazo en la nariz.

Dru alzó la barbilla, y Aubrey le concedió puntos por eso y por el tono de desprecio.

—¿Es así como resuelves tus conflictos?

—A veces. Es rápido. —Aubrey enseñó los dientes—. Y te debo una por lo de la «rubia bien dotada vestida de negro».

Dru hizo una mueca, pero mantuvo la voz calmada

—Un comentario estúpido no hace que yo sea estúpida. Pero estaba fuera de lugar y no era apropiado. Te pido disculpas. Supongo que de tu boca nunca ha salido un comentario del que te has arrepentido al momento.

—Todo el tiempo —dijo Aubrey, ya en tono alegre—. Disculpa aceptada. Pero eso no basta en lo que respecta a Seth. Le has metido ideas absurdas en la cabeza y le has hecho desgraciado. Eso vale bastante más que un puñetazo en la nariz, desde mi punto de vista.

—Tampoco era mi intención hacerlo.

Y sintió un arrebato de culpa. No le importaba ponerle furioso, pero nunca había tenido intención de hacerle desgraciado. Con todo, había hecho lo que le pareció mejor para todos.

—No voy a ser un trofeo para ningún hombre, aunque no se dé cuenta de que eso es lo que me está haciendo. Os he visto a los dos juntos. Vi la forma en que me miraste ayer cuando fui al astillero. Y estoy aquí aguantando tu ataque por lo que sois el uno para el otro.

—¿Quieres saber lo que somos el uno para el otro? —Mosqueada de nuevo, Aubrey se apoyó en el mostrador—. Somos familia. Y si no sabes que en las familias unos aman a los otros y se apoyan y se preocupan cuando ven que alguien se mete en problemas demasiado grandes para uno solo, entonces lo siento por ti. Y si la forma en que te miro no te gusta, pues te fastidias. Voy a seguir mirándote porque no estoy segura de que le convengas.

—Yo tampoco —dijo Dru con calma, lo que hizo que Aubrey se detuviera en seco—. Ahí estamos de acuerdo.

—Es que no te comprendo —admitió Aubrey—. Pero a Seth, sí. Ya le importas. Le conozco desde hace... Le conozco desde siempre y veo cuándo alguien le gusta mucho. Ayer le heriste, y no puedo soportar verlo herido.

Dru bajó la mirada y vio que sus manos se aferraban al mostrador. Deliberadamente, se obligó a calmarse.

—Permíteme que te haga una pregunta. Si te vieras implicada con un hombre, en un momento de tu vida en que eso es lo último que deseas hacer, pero está sucediendo igualmente y ves que ese hombre tiene una relación con otra mujer, una mujer realmente atractiva, vibrante, seductora, una relación que no puedes definir, pero todo lo que ves es que es especial e íntima y que se encuentra más allá de tu alcance, ¿cómo te sentirías?

Aubrey abrió la boca y la volvió a cerrar. Tenía que pensarlo durante otro instante antes de contestar.

—No sé. Maldita sea. Maldita sea, Dru, yo le amo. Le amo tanto que cuando estaba en

Europa era como que me faltaba una parte de mí misma. Pero no es algo sexual ni romántico ni nada así. Él es mi mejor amigo. Es mi hermano. Es mi Seth.

—Yo nunca he tenido un mejor amigo ni un hermano. Mi familia no posee la... vitalidad de la tuya. Tal vez por eso me resulta tan difícil de comprender.

—Te habrías hecho una idea al ver cómo nos partimos de risa después de besarnos ayer. — Los labios de Aubrey se movieron nerviosamente—. Ése es Seth, para que veas. Tú plantaste esa semilla, así que él empezó a preocuparse y a darle vueltas. Jo, ¿estoy siendo promiscuo al desearla? ¿Estoy fastidiando a gente a la que quiero? ¿Cómo puedo arreglarlo? Así que me buscó y me lo explicó todo, me dijo que tenía que besarme, un morreo chico—chica de verdad, para que pudiéramos asegurarnos de que no había nada en ese sentido.

—Ay, Dios. —Dru cerró los ojos—. ¿Y no se dio cuenta de que eso resultaba insultante para ti?

—No. —Sorprendida y bastante complacida de que Dru lo viera así, Aubrey se inclinó de forma más relajada sobre el mostrador—. Yo no dejé que la cosa me afectara de ese modo, porque él se mostró muy tonto con todo esto, tan inquieto y aturullado. Así que hicimos nuestro pequeño experimento. Por cierto, en el tema morreo consigue altísima puntuación. Sabe cómo besar.

—Sí, es cierto.

—Los dos sentimos un gran alivio cuando la tierra no se movió. Ni siquiera tembló un poquito. Luego nos dimos una panzada a reír y ya se aclaró todo. Esa parte no te la iba a contar —añadió Aubrey—. Pensé que dejarte con la intriga te haría sufrir más. Pero como me has llamado seductora, atractiva y vibrante, me puedo mostrar magnánima.

—Gracias. Lo siento de verdad. Estaba empezando... —Dru se interrumpió, movió la cabeza—. No importa.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, no te cortes lora.

Hizo ademán de negar con la cabeza de nuevo, luego se dio cuenta de que ése era uno de sus fallos. Se cortaba

—De acuerdo. Lo que está sucediendo entre Seth y yo estaba empezando a preocuparme un poco. Una persona que me importaba mucho me engañó con otra. Y ahora yo empezaba a verme como esa mujer, con cierta simpatía hacia su posición. No quiero sentir ninguna compasión por ella. Prefiero despreciarla.

—Bueno, claro. —Nada le podría haber quedado más claro a Aubrey—. Puedes relajarte. El campo es todo tuyo. ¿Nos entendemos en eso?

—Sí, sí, nos entendemos. Te agradezco que hayas venido a hablar conmigo y que no me hayas pegado un puñetazo.

—Lo de darte un puñetazo no le habría sentado nada bien a Seth, por no hablar de mis padres, así que más vale así. Supongo que es mejor que me vaya.

—Aubrey. —A Dru siempre le entraba el pánico cuando se dejaba llevar por los impulsos—. No se me da bien hacer amigos. No es una de mis habilidades. Se me da maravillosamente tener conocidos, la pequeña charla social y la conversación informal. Pero no tengo muchos amigos.

Aspiró hondo.

—Hoy voy a cerrar un poco antes. Sólo me llevará unos minutos recoger y echar el cerrojo. ¿Tienes prisa, o te gustaría ir a tomar algo?

Seth estaba perdido, pensó Aubrey. Nunca podría resistirse a esos toques de necesidad vulnerable ocultos bajo el barniz.

—¿Tienes algún vino bueno en tu casa?

—Sí. —Los labios de Dru se curvaron en una sonrisa—. Lo tengo.

—Me paso por casa a darme una ducha y nos vemos en la tuya.

Desde la ventana del estudio, Seth vio a Aubrey regresar a su camioneta. La había visto llegar hacía casi media hora. Y aunque no pudo verle la cara, le leyó el gesto con toda claridad. Venía lista para una pelea.

El no bajó. Hasta que hubiera visto a Gloria y hubiese cerrado todo ese asunto otra vez en su caja fuerte mental, iba a mantenerse alejado de su familia.

Sin embargo, escuchó atentamente por si le llegaban ruidos de gritos o de cristales rotos. Si

la cosa hubiera llegado a eso, habría bajado a separarlas.

Pero no llegó la sangre al río, notó cuando Aubrey se metió ágilmente en la cabina de su camioneta y se marchó sin señal alguna de mal humor.

Una preocupación menos, pensó al entrar en la cocina para mirar el reloj. Le quedaban algo más de cinco horas para obsesionarse. Luego se reuniría con Gloria y le daría el dinero que había sacado de su cuenta. Y volvería a su vida.

Dru acababa de entrar por la puerta cuando Aubrey aparcó en el sendero. No le dio tiempo para preocuparse por el queso y las galletitas que había pensado servir o para lavar las uvas negras gordas que había comprado de camino a casa.

Por muy informal que fuera la invitación, estaba acostumbrada a recibir a la gente con un cierto estilo. Ese cierto estilo no consistía en que sus invitados entrada y le pusieran una bolsa de papel marrón en la mano para luego echar una mirada alrededor y silbar.

—Cómo mola. Parece sacado de la portada de *Casa y Jardín*. —Miró a Dru con una sonrisa descarada—. Eso no era una pulla. Dios, a mi madre le encantaría esto. Hace tiempo que se muere de ganas de verla por dentro. ¿Tienes a alguien que te haga la limpieza? —preguntó Aubrey mientras pasaba un dedo por una mesa. No había polvo.

—No, lo hago yo, y no...

—Pues deberías. La mujer trabajadora y bla, bla, bla. Mamá puede hacerte el discurso completo. Es una casa muy grande. —Aubrey comenzó a dar vueltas sin invitación mientras Dru se quedaba sosteniendo la bolsa en la mano—. Yo también quiero un sitio grande cuando me vaya a vivir por mi cuenta. Que haya espacio para rebullirse, ¿sabes? Dejar de vivir con lo que a veces me parece un millón de personas. Claro que luego me sentiré sola y los echaré de menos y me pasaré la mitad del tiempo en casa.

Alzó la vista.

—Techos altos —comentó—. Te debe de costar una pasta calentar esto en invierno.

—¿Te gustaría ver las facturas? —inquirió Dru con sequedad, lo que la hizo reír.

—Tal vez más tarde. Prefiero tomar un poco de vino. Ah, eso de la bolsa son galletas. Mamá hizo unas cuantas ayer. Tienen trocitos de chocolate. Son una maravilla. ¿La cocina está por aquí?

—Sí.

Dru suspiró y la siguió, decidida a dejarse llevar por la marea.

—Eres Doña Limpia, ¿no? —dijo Aubrey tras echar una mirada; luego abrió la puerta trasera—. ¡Tía, esto es guay! Es como tener tu propia isleta. ¿No te entra miedo alguna vez estando tú sola, urbanita?

—No. Pensé que a lo mejor sí me entraba —dijo Dru mientras dejaba la bolsa sobre la encimera y sacaba una botella de Pinot Grigio—. Pero no. Me gusta escuchar el sonido del agua, los pájaros y el viento. Me gusta estar aquí. No quiero la ciudad. Y la primera mañana que me desperté aquí, con la tranquilidad y el sol que entraba por las ventanas, me di cuenta de que nunca la había querido. Otras personas la quisieron por mí.

Sirvió el vino.

—¿Quieres que nos sentemos en el patio?

—Eso estaría bien. Yo llevo las galletas.

Así que tomaron vino blanco seco y galletas con un montón de grasa mientras el sol se deslizaba lentamente hacia el ocaso por detrás de los árboles.

—Ah. —Aubrey tragó un bocado—. Debería decírtelo. Seth y yo hicimos un pacto para no contarle a nadie lo del gran experimento.

—Él..., ah.

—Yo digo que tú no cuentas, porque fue idea tuya. Más o menos. Pero ya que he sido yo la que se ha ido de la lengua, o te mato o me juras no decírselo a nadie.

—¿Este juramento requiere mi sangre o algo así?

—Yo normalmente lo hago con saliva.

Dru se lo pensó durante unos dos segundos.

—Yo preferiría no usar ningún fluido corporal. ¿No es suficiente con mi palabra?

—Sí. —Aubrey cogió otra galleta—. La gente como tú mantiene su palabra.

—¿La gente como yo?

—Sí. De buena crianza —dijo, haciendo un gesto amplio con la mano—. Eres una puñetera purasangre.

—Me voy a tomar eso como una especie de cumplido.

—Claro. Tienes ese aire de «Soy una persona demasiado cultivada y bien educada para montar un pollo». Siempre presentas un aspecto perfecto. Eso lo admiro hasta cuando lo odio. No es que seas remilgada y muy femenina y eso. Es que siempre estás perfecta.

Aubrey se detuvo, con la boca llena. Luego tragó rápidamente.

—Ay, oye, escucha, no es que te esté tirando los tejos ni nada. Que a mí me gustan los chicos.

—Ah, vale. Entonces no tiene sentido que hagamos nuestro propio experimento. —Dos segundos después, estalló la risa de Dru. Tuvo que echarse hacia atrás y agarrarse los costados, por lo mucho que le dolían de tanto reír—. Tu cara. No tenía precio. Es la primera vez que te veo quedarte sin palabras.

—Eso ha estado bien. —Con un gesto de aprobación, Aubrey cogió su vino—. Ha estado cojonudamente bien. Puede que nos entendamos, después de todo. Bueno, ¿y vas a convencer a Seth para que te dé el retrato a la acuarela cuando lo tenga terminado?

—No sé. —¿Lo terminaría?, se preguntó. ¿O estaba demasiado enfadado con ella para verla como había hecho antes? No, lo terminaría, concluyó. El artista no tenía otra opción.

—Si fuera yo, le engatusaría para sacárselo.

—Creo que me sentiría extraña teniendo un retrato mío colgado de la pared. Además, no lo he visto. Estaba muy enfadado y no me dejó verlo.

—Sí, se vuelve muy mezquino cuando está furioso. Vale, te daré un consejo. —Mirando a Dru, Aubrey dejó descansar los codos en la mesa:—. No debes llorar. Lo que debes hacer es luchar valientemente contra las lágrimas. Ya sabes, que tus ojos estén brillantes y acuosos, y que te tiemblen un poquito los labios. Mira.

Se echó hacia atrás de nuevo, cerró los ojos, inspiró un par de veces. Luego los abrió de nuevo y se quedó mirando a Dru con una expresión de pena, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

—Dios mío —murmuró Dru, admirada—. Eso es verdaderamente bueno. De hecho, es un portento.

—Ya te digo. —Aubrey se sorbió las lágrimas—. Puedes dejar que una sola lágrima se deslice por tu mejilla si hace falta, pero eso es todo. —Una sola lágrima se deslizó por su rostro. Luego se echó a reír—. Si rompes a llorar a moco tendido, él se pondrá a darte palmaditas en la cabeza y te dará un trapo de limpiar pintura o cualquier otra cosa para que te seques, antes de batirse en retirada. Entonces le has perdido. Pero si le das los ojos brillantes y el labio temblón, hará lo que sea. Es que le destroza.

—¿Cómo aprendiste a hacer eso?

—Oye, que trabajo con tíos. —Aubrey se secó la lágrima de la mejilla—. Aprendes a buscar tus armas. Si lo necesitas, puedes morderte la punta de la lengua para empezar. En cuanto a mí, puedo conectarlo y desconectarlo a voluntad. Hablando de tíos, ¿por qué no me hablas de ese gilipollas con el que estuviste comprometida y luego ya pasamos de él como de la mierda?

—¿Jonah? Era subdirector de comunicación. Personal del ala oeste de la Casa Blanca, un hombre al que el presidente escucha. Una mente brillante, un estilo fluido, un rostro muy bello y un cuerpo hecho para Armani.

—Esto no me hace odiarlo. Vete a los aspectos sucios.

—No están lejos de la superficie. En los círculos sociales de Washington, mi abuelo sigue siendo una fuerza importante y mi familia ejerce cierta influencia. Se mueven bastante en sociedad. Nos conocimos en un cóctel y las cosas evolucionaron desde allí. Suavemente y a un ritmo razonable. Disfrutábamos el uno del otro, nos caíamos bien. Compartíamos intereses, conocidos y filosofías. Después, yo creí que nos amábamos el uno al otro.

Nunca era enfado lo que sentía al pensar en aquello. Era tristeza.

—Tal vez nos queríamos. Nos hicimos amantes...

—¿Qué tal era en la piltra?

Dru vaciló, luego sirvió más vino. Ella no comentaba ese tipo de detalles. Pero se dio cuenta de que nunca había tenido a nadie que la hiciera sentirse capaz de comentar ese tipo de cosas.

Aubrey hacía que pareciera fácil.

—¿Qué diablos? Era bueno. Yo creí que éramos buenos, pero claro, los amantes entran para

mí en la misma categoría que los amigos. No me resulta fácil.

—Eso hace que duela más cuando todo se va al carajo —ofreció Aubrey.

—Sí, supongo que sí. Pero pensé que Jonah y yo éramos buenos juntos, en la cama y fuera de ella. Yo estaba lista cuando me pidió que me casara con él, íbamos en esa dirección y estaba preparada. Lo había pensado a fondo.

Curiosa, Aubrey inclinó la cabeza a un lado.

—Si tuviste que pensarlo a fondo, tal vez es que no estabas enamorada de él.

—Puede que no. —Dru apartó la mirada y observó el aleteo de una mariposa que volaba, escuchó el ruido quedo de un motor de alguien que daba una vuelta por el río—. Pero yo tengo que pensarme las cosas a fondo. Cuanto más grande sea el paso, más me lo pienso y con mayor cuidado. No estaba segura de querer casarme. El matrimonio de mis padres, bueno, no es como el de los tuyos. Pero con Jonah sentí que sería distinto. Nunca nos peleamos.

—¿Nunca? —El asombro total cubrió el rostro de Aubrey—. ¿Nunca tuvisteis una buena pelea a gritos?

—No. —Sonrió levemente al darse cuenta de lo aburrido que le resultaría eso a cualquiera llamado Quinn—. Cuando no estábamos de acuerdo, lo comentábamos.

—Sí, claro, así es como hacemos las cosas en mi familia. Comentamos nuestros desacuerdos, sólo que lo hacemos a grito pelado. Así que este tío y tú erais buenos en la cama, no peleabais y teníais mucho en común. ¿Y qué pasó?

—Nos comprometimos, celebramos una serie de fiestas y empezamos a planear la boda para el siguiente verano. Elegimos julio porque era el momento más conveniente por nuestras ocupaciones. Él tenía su trabajo y yo estaba con mi madre, que me llevaba a tiendas de novias. Buscamos una casa, Jonah y yo, mi madre y yo, mi padre y yo.

—Eso es mucho buscar.

—No te haces una idea. Luego, una noche, estábamos en su apartamento. Nos fuimos a la cama. Al hacer el amor, yo no hacía más que sentir que algo me pinchaba en la espalda. Al final tuve que parar. Tuvo cierta gracia, la verdad. Me lo tomé a broma. Cuando encendimos las luces, revisé las sábanas. Y me encontré el pendiente de otra mujer.

—Ay. —El rostro de Aubrey se llenó de compasión—. Ay.

—Además, lo reconocí. La había visto llevarlos en algún acontecimiento. Me gustaron e hice algún comentario al respecto. Que es probablemente la razón por la que ella se aseguró de dejarlo allí, donde yo lo encontraría en el peor momento posible.

—Qué cabrona.

—Cómo no. —Dru alzó su copa en una especie de brindis—. Cómo no. Pero ella le amaba y aquélla era una forma discreta, a prueba de bomba, de quitarme a mí de en medio.

—No busques excusas. —Aubrey movió un dedo—. Se estaba apropiando del hombre de otra mujer, aunque ese hombre no valiera una mierda. Ella fue tan ladina como él e igual de culpable.

—Tienes razón. Sin excusas. Son tal para cual.

—Exacto. Entonces, ¿le hiciste un nudo en la polla? ¿O qué?

Dru soltó un largo suspiro.

—Dios, me encantaría ser como tú. Ojalá pudiera, aunque fuera sólo por un día. No, me levante, me vestí, mientras él se ponía a darme excusas. Me amaba. Esta otra historia era sólo física, no significaba nada.

—Joder. —El asco rebosaba en su voz—. ¿Es que nunca se les ocurre nada original?

—Según mi experiencia, no. —El apoyo instantáneo y sin condiciones disolvió un poco el dolor crudo que ella todavía arrastraba sobre aquel asunto—. El tenía necesidades, necesidades sexuales que yo era demasiado reprimida para poder satisfacer. Sólo quería librarse de aquello antes de sentar la cabeza. En resumen, me vino a decir que si yo hubiera sido más cachonda, más receptiva o más creativa en la cama, él no hubiera tenido que buscar ese tipo de satisfacción en otro lado.

—Y sigue vivo —murmuró Aubrey—. Le dejaste que te echara a ti la culpa en lugar de cortarle las pelotas y colgárselas de las orejas.

—No fui un felpudo total —objetó Dru, y le contó la destrucción sistemática de las preciadas posesiones de Jonah.

—Así que le calcinaste los compactos. Eso está bien. Ya me siento mejor. Sólo como sugerencia, en lugar de cortarle el abrigo de cachemir, yo le habría llenarlo los bolsillos con una

buen a mezcla de, ay, no sé, huecos crudos, aceite de motor, un poco de harina para espesar la mezcla y tal vez un toque de ajo. Todo, productos del hogar de fácil acceso. Luego se lo habría dolado bien dobladito, con los bolsillos hacia dentro. ¿No se habría llevado una buena sorpresa al sacarlo de la caja?

—Lo tendré en cuenta, en caso de que me vea en otra igual.

—Vale, pero en serio que me gusta lo de los compactos y lo de los zapatos. Si el tipo era un poco como Phil en cuanto al calzado, eso le tuvo que doler bastante. ¿Qué te parece si nos damos un paseo, para bajar in poco estas galletas? Luego podemos pedir comida china.

Después de todo, no costaba tanto, pensó Dru, hacer una amiga.

—Eso suena estupendo.

La cafetería estaba iluminada como una pista de aterrizaje y el negocio no parecía florecer precisamente. Seth se sentó en el vinilo rojo gastado por el sol del reservado del fondo. Gloria no estaba allí. Llegaría tarde.

Siempre llegaba tarde. Era, lo sabía, simplemente otra forma de mostrar que llevaba la voz cantante.

Se pidió un café, sabiendo que no se lo tomaría. Pero necesitaba un accesorio. Los diez mil en metálico estaban en una vieja bolsa de lona en el asiento, a su lado.

Había un hombre, con los hombros tan anchos como el estado de Montana, sentado en un taburete junto a la barra. Tenía el cuello enrojecido por el sol y el cabello tan corto y afilado que parecía que podría cortar pan. Llevaba vaqueros y la lata de tabaco que normalmente debía de guardar en el bolsillo trasero le había dejado un círculo blanco en el gastado tejido.

Comía pastel de manzana con la concentración de un cirujano que estuviera haciendo una delicada operación.

La melodía sentimental de Waylon Jennings que surgía de la gramola del rincón le venía como anillo al dedo.

Detrás de la barra, la camarera llevaba un uniforme rosa chicle con su nombre bordado a cruceta en color blanco sobre la parte derecha del pecho. Cogió una caletera del calentador, se acercó al cliente que comía pastel y le rellenó la taza mientras se mantenía allí, con las caderas tiesas.

Los dedos de Seth suspiraban por su cuaderno de dibujo.

Como no lo tenía, se puso a dibujar mentalmente para pasar el tiempo. La escena de la barra la haría en vigorosos colores primarios. Y una pareja, sentada hacia la mitad de la línea de reservados, que tenía aspecto de haber viajado durante todo el día y parecía agotada, comía sin hablar. Pero en un momento dado la mujer le pasó la sal al hombre y él le dio un pequeño apretón en la mano. Lo llamaría *Bar de carretera*, pensó. O tal vez *Junto a la carretera 13*. Le relajaba mucho poder componerlo todo en su mente.

En aquel momento entró Gloria y el cuadro se desvaneció.

Se había quedado más que delgada. Se apreciaban los afilados huesos que presionaban contra la piel a ambos lados del cuello, y las cuchillas de las caderas, estrechas como un látigo, se destacaban dentro de los ajustados pantalones rojos. Llevaba sandalias de tacón abiertas por detrás, que resonaban al chocar con sus pies y con el gastado linóleo.

Llevaba el pelo decolorado, de un tono rubio que era casi blanco, muy corto y en punta, que sólo servía para acentuar la delgadez extrema que había adquirido su rostro. Las líneas en torno a su boca y ojos se habían hecho más pronunciadas. El maquillaje que se había puesto no bastaba para ocultarlas.

Supuso que aquello la irritaba y la enfurecía cuando se miraba al espejo.

No llegaba a los cincuenta todavía, calculó, pero tenía aspecto de haber pasado esa edad hacía algún tiempo, y arrastrándose de cara.

Se deslizó en el asiento de al lado. Le llegó un toque de su perfume, algo intenso y floral. O servía para ocultar el olor del whisky, o Gloria se había cortado de beber antes de reunirse con él.

—La última vez tenías el pelo más largo —comentó, y luego se giró para sonreírle a la camarera—. ¿Qué pasteles tenéis esta noche?

—De manzana, cereza y merengue de limón.

—Para mí, un trozo del de cereza, con helado de vainilla. ¿Y para ti, Seth, cariño?

La voz, tan sólo su voz, le puso los nervios en tensión.

—Nada.

—Como quieras. ¿Tenéis salsa de chocolate? —le preguntó a la camarera.

—Claro. ¿Lo quiere también?

—Sí, échala simplemente encima del helado. También tomaré un café. Bueno, veamos. —Se echó hacia atrás y pasó un brazo sobre el respaldo del reservado. A pesar de estar tan delgada, su piel estaba empezando a ponerse flácida—. Pensé que ibas a quedarte en Europa, que seguirías sacándoles los cuartos a los italianos. Supongo que te entró la morriña. ¿Y cómo están los felices Quinn últimamente? ¿Cómo está mi querida hermana, Sybill?

Seth alzó la bolsa del asiento junto al suyo y, al colocarla sobre la mesa, vio que la mirada de Gloria se centraba en ella. Pero cuando ella alargó la mano para cogerla, la retuvo apretando el puño.

—La coges y te vas. Si te acercas a alguien de mi familia, me las pagarás. Pagarás mucho más de lo que hay en esta bolsa.

—Vaya forma de hablarle a tu madre.

El tono de Seth no varió.

—Tú no eres mi madre. Nunca lo has sido.

—Te llevé dentro de mí durante nueve meses, ¿no? Te traje al mundo. Me lo debes.

Él abrió la cremallera de la bolsa y la inclinó para que ella pudiera ver el contenido. La satisfacción de su rostro le revolvió las tripas.

—Aquí está tu pago. Mantente alejada de mí y de los míos.

—Tú y los tuyos, tú y los tuyos. Como si tuvieras algo con esos gilipollas que a mí me importara un pimiento. Ahora te crees muy importante, ¿no? Te crees alguien especial. Pues no eres nada.

Su voz se alzó lo suficiente para que el hombre de la barra se volviera a mirarlos y la camarera les lanzara una mirada cautelosa. Seth se puso en pie, sacó diez dólares de su cartera y los dejó sobre la mesa.

—Tal vez, pero aun así soy mejor que tú.

La mano de ella se curvó como una garra, pero luego apretó el puño y lo dejó sobre la mesa mientras Seth salía. Entonces cogió la bolsa y la colocó junto a su cadera en el asiento.

El primer pago, pensó. Lo suficiente para mantenerse durante un par de semanas mientras calculaba el resto.

No había terminado con Seth. Para nada.

11

Se refugió en su estudio. Usó la pintura como escape, una excusa y una forma de canalizar su frustración.

Sabía que su familia estaba preocupada por él. Apenas los había visto, ni a ellos ni a nadie, durante tres días. No había sido capaz de volver con ellos después de dejar a Gloria.

No quería llevar nada de ella a sus hogares, a sus vidas. Ella era el mono que cargaba a la espalda y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para evitar que ella saltara a las de ellos.

El dinero le parecía un precio pequeño por deshacerse de ella. Volvería. Siempre volvía. Pero, si diez mil dólares le conseguían un margen de paz, le parecía un chollo.

Así que se puso a trabajar con todo su enfado hasta encontrar esa paz.

Sacó un lienzo grande del almacén, lo subió al estudio y pintó lo que sentía. La confusa mezcla de emociones, e imágenes tomó forma y color y, al hacerlo, se vació de ellas.

Comió cuando sintió hambre, durmió cuando su visión se volvió borrosa. Y pintó como si le fuera la vida en ello.

Eso es lo que pensó Dru mientras le miraba desde el umbral. Era una batalla entre la vida y la muerte, entre la cordura y la desesperación, librada con un pincel.

Tenía uno en la mano y acuchillaba el lienzo, lo hacía trizas. Otro estaba sujeto entre sus dientes como un arma en reserva. La música retumbaba, un violento riff de guitarra que sonaba como un grito de guerra. La pintura le había salpicado la camisa, los vaqueros, los zapatos, el suelo del estudio.

Una especie de pérdida de sangre, pensó ella y apretó el florero que llevaba entre las manos.

Él no la había oído llamar con el ruido resonante de la música, pero al mirarlo en ese momento, se dio cuenta de que tampoco la habría oído aunque el cuarto se hallara en silencio y ella hubiera gritado su nombre.

No estaba en la habitación. Estaba en el cuadro. Se dijo a sí misma que debía retroceder y cerrar la puerta, que estaba invadiendo su intimidad y su trabajo. Pero no pudo hacerlo.

Verlo así resultaba irresistible, íntimo, extrañamente erótico. Él la seducía con una pasión que no es sólo que se hallara más allá de todo lo que ella comprendía, sino que se encontraba más distante de su mundo que la propia luna.

Así que le contempló mientras cambiaba un pincel por otro, mientras batía y revolvía la pintura y luego golpeaba el lienzo con ella. Pinceladas audaces, casi violentas, y luego otras delicadas que parecían retener una especie de furia contenida.

A pesar de la brisa que entraba por las ventanas, veía línea oscura del sudor que le recorría la parte central de la camiseta por detrás, el brillo húmedo de la piel de los brazos y el cuello.

Esto era trabajar, pensó ella, y no todo por amor.

Él le había dicho que nunca había sufrido por el arte, pero se equivocaba, pensó Dru. Cualquier cosa que consumiera de un modo tan absoluto venía acompañada de dolor.

Cuando se apartó del lienzo, a ella le pareció que lo miraba como si acabara de aparecer por arte de magia. La mano que sostenía el pincel cayó a un costado. Cogió el que sujetaba entre los dientes y lo dejó a un lado. Luego se frotó, casi sin darse cuenta, los músculos del brazo derecho y flexionó los dedos.

En ese momento ella hizo ademán de irse, pero él se volvió y la miró como si fuera un hombre que saliera de un trance. Parecía exhausto, un poco traumatizado y dolorosamente vulnerable.

Puesto que ella había dejado pasar su oportunidad de irse sin ser notada, hizo lo único que se le ocurrió. Entró, avanzó hasta el equipo de música y bajó el volumen.

—Lo siento. No me has oído llamar. —No miró el cuadro. Le daba casi miedo, así que le miró a él—. He interrumpido tu trabajo.

—No. —Se apartó los mechones sueltos que le caían por la frente—. Creo que ya está terminado.

Eso esperaba, con toda su alma, porque ya no tenía más que darle. Por fin, como una bendición, se había quedado vacío.

Se acercó al banco de trabajo para limpiar los pinceleros,

—¿Qué te parece? —preguntó señalando el lienzo con la cabeza.

Era una tempestad en el mar. Brutal, salvaje y, de algún modo, viva. Los colores eran oscuros e inspiraban miedo, azules, verdes, negros, amarillos violentos que se combinaban como dolorosos hematomas.

Ella escuchaba el rugido del viento, sentía el terror del hombre que entablaba una lucha desesperada para evitar que su barco se viera tragado por las altas montañas de olas.

El agua golpeaba como un látigo y el rayo caía como una lanza desde el cielo turbulento. Se veían rostros, apenas sus rasgos fantasmales, en las nubes salvajes que soltaban una lluvia afilada y cruel. Había más, notó mientras se sentía atraída hacia el cuadro, más rostros en el mar.

Le parecían hambrientos.

El barco solo, el hombre solo, no había nadie más en la batalla primitiva.

Y en la distancia se veía tierra y había luz. Allí, una pequeña parte del cielo tenía un azul definido y estaba despejado. Allí estaba el hogar.

El hombre luchaba por regresar a casa.

—Es muy intenso —consiguió decir—. Y doloroso. No muestras su rostro, así que me pregunto: ¿vería desesperación o empeño, excitación o miedo? Y ésa es la idea, ¿no? No muestras su rostro, así que miramos y vemos lo que sentiríamos si fuéramos nosotros quienes estuviéramos luchando a solas contra nuestros demonios.

—¿No te preguntas si conseguirá triunfar?

—Sé que saldrá victorioso, porque tiene que regresar a casa. Le están esperando.

Se volvió a mirarlo. Seguía atrapado en el cuadro y se frotaba la mano derecha con la izquierda.

—¿Estás bien?

—¿Cómo? —La miró, luego bajó la vista a sus manos—. Ah, sí. Es que a veces se me acalambran cuando trabajo durante demasiado tiempo.

—¿Cuánto llevas trabajando en esto?

—No sé. ¿Qué día es hoy?

—Pues sí que llevas. Entonces supongo que querrás irte a casa y descansar. —Cogió el florero que había dejado junto al estereo—. Lo he preparado hoy antes de cerrar la tienda. —Se lo tendió—. Es una ofrenda de paz.

Era una mezcla de flores y formas en un vaso azul bajo.

—Gracias. Es hermoso.

—No sé si debo sentir alivio o decepción porque no te hayas pasado los últimos días aquí arriba enfurruñado por nuestro desacuerdo.

Él olió las flores rápidamente. Había algo en el ramo que olía un poco a vainilla.

—¿Es eso lo que pasó?

—Bueno, no estábamos de acuerdo. Yo me equivoqué. Sucede pocas veces.

—¿Ah, sí?

—Muy pocas veces —reconoció ella—. Así que siempre me asombra cuando ocurre y cuando me equivoco me gusta admitirlo, pedir disculpas y olvidarlo lo antes posible.

—Vale. ¿Por qué no me dices en qué parte del desacuerdo estabas equivocada?

—Sobre Aubrey y tú. No sólo me equivoqué sobre el carácter de vuestra relación, sino al sacar a colación un tema que es asunto tuyo.

—Ah, así que te equivocaste dos veces.

—No, eso equivale a un error con dos partes. Me equivoqué una vez. Y lo siento.

El dejó las flores y echó los hombros hacia atrás tratando de suavizar parte de la rigidez.

—¿Cómo sabes que te equivocaste?

Bueno, pensó ella, si esperaba que él lo dejara pasar con una simple disculpa, tendría que haber sabido de sobra que no sería así.

—Aubrey vino a la tienda el otro día y me explicó las cosas con toda claridad. Luego tomamos vino y comida china en mi casa.

—Un momento. Yo te explico las cosas y me echas a patadas...

—Yo nunca...

—Metafóricamente. ¿Aub te explica las cosas y todo va sobre ruedas?

—¿Sobre ruedas? —Ella se echó a reír y se encogió—. Sí.

—¿Aceptaste simplemente su palabra y luego comisteis rollitos de primavera?

—Eso es. —Le complacía pensar en eso. La velada entera con Aubrey le agradaba—. Como ella no estaba interesada en llevarme al huerto, no tenía ningún incentivo para mentir, que yo pudiera percibir. Y si ella hubiera estado interesada por ti de una forma romántica o sexual, no habría tenido motivo para dejarme el terreno libre. Lo que significa que yo me equivoqué y te pido disculpas.

—No sé por qué —dijo él tras un momento de pausa—. No puedo explicarlo, pero eso me mosquea otra vez. Me apetece una cerveza. ¿Y a ti?

—¿Significa que aceptas mi disculpa?

—Me lo estoy pensando —dijo él desde la cocina—. Vuelve a lo de dejarte el terreno libre. Creo que eso es lo que puede inclinar la balanza.

Dru aceptó la cerveza que él le tendió al volver de la cocina.

—No te conozco, no muy bien —dijo.

—Cariño, soy como un libro abierto.

—No, no lo eres. Y yo tampoco. Pero me parece que me gustaría conocerte mejor.

—¿Qué tal una pizza?

—¿Cómo?

—¿Que qué tal si pedimos una pizza? Me muero de hambre. Y me gustaría pasar un rato contigo. ¿Tienes hambre?

—Bueno, yo...

—Vale. ¿Dónde diablos estaba ese teléfono? —Quitó cosas del banco de trabajo, movió cachivaches en las estanterías y al final desenterró el aparato de debajo de una almohada de la cama—. Está en la memoria —le dijo tras pulsar algunos botones—. Tengo todos los números esenciales. Hola, soy Seth Quinn. Sí, todo bien. ¿Y tu? Por supuesto. Quiero una grande, bien cargada.

—No —dijo Dru, y él la miró con el ceño fruncido,

—Espera un momento —dijo por teléfono—. ¿No, qué?

—Sin ingredientes.

—¿Sin ingredientes? —Se la quedó mirando con la boca abierta—. ¿Nada? Pero ¿qué te pasa, estás enferma?

—Sin nada —confirmó ella, remilgadamente—Si quiero una ensalada, la pido. Si quiero carne, la pido. Si quiero pizza, pido pizza.

—Joder. —Soltó un bufido y se frotó la barbilla de un modo que ella había visto hacer a Ethan—. Vale, que tenga una mitad totalmente aburrida y la otra bien cargada. Sí, eso es. En mi estudio, encima de la floristería. Gracias.

Cortó la llamada, luego lanzó el teléfono de vuelta a la cama.

—No tardará. Oye, tengo que ducharme. —Buscó en una caja de cartón y sacó lo que parecía un par de vaqueros limpios—. Me voy a dar un agua. Ponte cómoda, ya sabes. Ahora vuelvo.

—¿Puedo ver tus otros cuadros?

—Claro. —Hizo un gesto mientras se llevaba la cerveza al pequeño baño—. Adelante.

Y así de sencillo, volvían a ser amigos. O tan amigos como habían sido. Ponte cómoda, había dicho él, como si fueran amigos.

Así no era raro que ella sintiera que lo eran. Amigos. Pasara lo que pasara, o no pasara, entre ellos, eran amigos.

Con todo, esperó hasta que se cerró la puerta y oyó el agua en la ducha, antes de acercarse al cuadro que estaba en el caballete junto a la ventana delantera.

El aliento se le quedó detenido en la garganta. Suponía que era la reacción típica de una persona al verse a sí misma en un cuadro. El momento de sorpresa y asombro, la simple fascinación con uno mismo, visto a través de los ojos de otra persona.

Ella nunca se vería a sí misma de ese modo, pensó. No tan relajada, sensual y romántica, todo a la vez. Más audaz por los colores, soñadora por la luz y sexy por la pose de su pierna desnuda y la vibrante falda que le caía descuidadamente.

De algún modo poderosa, hasta en reposo.

Lo había terminado. Claramente estaba terminado, porque era perfecto. Perfectamente bello.

La había hecho bella, pensó. Deseable, suponía, y aun así reservada, porque estaba muy claro que estaba sola, que deseaba estar sola.

Ella le había dicho que no lo conocía muy bien. En aquel momento más que nunca comprendió lo cierto que era. ¿Y cómo podía nadie entenderlo de verdad? ¿Cómo podía alguien comprender a un hombre capaz de crear en un cuadro algo tan bello y ensoñador, y en otro algo tan atroz y apasionado?

Y, sin embargo, a cada paso que daba con él, deseaba saber más.

Se dirigió a las series de lienzos, se sentó en el suelo, dejó la cerveza a un lado y se dispuso a saber más.

Escenas bañadas por el sol de Florencia con tejados rojos, edificios dorados, intrincadas callejuelas de adoquines. Otro que explotaba de movimiento y color, Venecia, un borrón de gentes.

Una carretera desierta que serpenteaba entre luminosos campos verdes. Un desnudo de mujer, de ojos oscuros y ensoñadores, el cabello con un esplendor salvaje en torno a la cabeza y los hombros y la gloria de Roma a través de la ventana a su espalda.

Un campo de girasoles que se calcinaban bajo un calor que era casi palpable y la cara sonriente de una niña que corría entre ellos arrastrando un globo rojo tras de sí.

Vio alegría y romance, dolor y capricho, deseo y desesperación.

Veía él, se corrigió. Él lo veía todo.

Cuando regresó, seguía sentada en el suelo, con un cuadro en el regazo. La cerveza descansaba a su lado sin tocar.

Se acercó y cogió la botella.

—¿Prefieres vino?

—No importa.

No podía apartar los ojos del cuadro. Era otra acuarela, que había hecho de memoria un día de lluvia en Italia. Se sentía nostálgico e inquieto.

Así que pintó la marisma que había explorado cuando era niño con su espesura de robles y eucaliptos, con el heno de mar y el ñisñil, con la luz radiante atrapada al alba.

—Eso no está lejos de casa —le dijo a Dru—. Puedes llegar siguiendo ese sendero.

Suponía que era lo que había estado haciendo mentalmente al pintarlo. Seguir el camino de vuelta.

—¿Me lo vendes?

—Si sigues subiendo aquí, no voy a necesitar un marchante. —Se puso en cuclillas junto a ella—. ¿Por qué éste?

—Quiero caminar por ahí, por en medio de esa niebla, y ver cómo se eleva sobre el agua a medida que sale el sol. Me hace sentir...

Se interrumpió al alzar la cabeza para mirarle.

No se había puesto camisa y en el pecho quedaban todavía algunas gotas de agua que brillaban. Llevaba los vaqueros bastante bajos y no se había abrochado el botón de arriba.

Ella imaginó que deslizaba un dedo suyo por allí, justo por encima de esa línea de tejido. Y por debajo.

—¿Sentir qué? —preguntó él.

Necesitada, pensó ella. Excitada. Sin cerebro.

—Mmm. —Con cierto esfuerzo, se volvió a admirar el cuadro—. Un poco solitaria, supongo. Pero no de un modo triste. Porque es bello, y el sendero significa que únicamente estás solo si quieres estarlo.

Él se inclinó, acercándose más al cuadro. Dru olía la ducha en él, agua y jabón, y los músculos del estómago se le tensaron mientras que los de los muslos se le aflojaron.

—¿Dónde lo pondrías?

Si eso era deseo, pensó Dru, si eso era lujuria, nunca lo había sentido antes del mismo modo.

—Ah, en el despacho de mi casa. Para poder contemplarlo cuando me canso de trabajar en los libros. Y para poder dar un paseo sin moverme.

Ella se apartó de él y volvió a colocar el cuadro.

—Bueno, ¿puedo comprarlo?

—Probablemente. —Se incorporó cuando lo hizo ella y sus cuerpos se rozaron. Por el brillo de sus ojos, Dru dedujo que él era perfectamente consciente de su condición—. ¿Has visto tu retrato?

—Sí. —Acercarse al cuadro le dio una excusa para alejarse un poco—. Es muy bello.

—Pero ¿no lo quieres comprar?

—No es para mí. ¿Cómo vas a llamarlo?

—*El sueño de la belleza* —dijo, y luego frunció el ceño al recordar el sueño que había olvidado—. Fútbol de calabacín —musitó.

—¿Cómo?

—Nada. Sólo un recuerdo extraño. Ah, la pizza —dijo ante la vigorosa llamada a la puerta. Cogió su cartera del banco de trabajo y, todavía sin camisa y descalzo, fue a la puerta.

—Hola, Mike. ¿Qué tal?

—Pues guay.

El flaco adolescente con granos le dio a Seth la caja de la pizza. Luego su mirada se desplazó y captó a Dru. La forma en que su nuez subió y bajó, el modo en que la sorpresa, el interés y la envidia se sucedieron en su joven rostro lleno de bultitos, le advirtió a Dru de que pronto correría la voz de que Seth y ella estaban juntos.

—Ah, hola. La abuela os manda un montón de servilletas y cosas.

Le entregó a Seth también una bolsa de papel.

—Estupendo. Dale las gracias. Aquí tienes, Mike. Quédate con el cambio.

—Sí, bueno. Ah. Hasta luego.

—Parece que Mike está un poquito colgado de ti —comentó Seth mientras cerraba la puerta con el pie.

—Yo diría que se dirige a toda pastilla de vuelta a Village Pizza para poder correr la voz de que el pintor y la florista se han montado una sesión de pizza y sexo.

—Espero que tenga razón. Si vamos a hacer que la primera parte sea verdad, más vale que ataquemos. —Dejo la caja en la cama—. ¿Necesitas un plato?

Su corazón había sufrido un pequeño sobresalto, cuando asintió.

—Sí, necesito un plato.

—Vale, vale, no te pongas nerviosa. En lugar de la cerveza, te voy a servir una copa de un Chianti bastante

—Puedo beberme la cerveza.

—Podrías —comentó mientras se dirigía de nuevo a la cocina—. Pero prefieres el vino. Ya me bebo yo la cerveza. Y, cariño, si no quieres que la gente hable de ti, no deberías vivir en una comunidad pequeña donde todo el mundo se conoce.

—No me importa mucho que la gente hable de mí. —No como lo hacían aquí, pensó, eso era distinto, mucho menos malintencionado que el chismorreó de Washington—. Lo que no me gusta es que se hable de algo antes de que haya tenido oportunidad de hacerlo.

—¿Estás hablando de la pizza o del sexo? —preguntó cuando volvió de la cocina con platos de papel.

—Aún no lo he decidido. —Rebuscó entre la ropa de la caja de cartón hasta que encontró una camisa vaquera de trabajo—. Ponte esto.

—Sí, señora. ¿Puedes sentarte a comer en la cama si prometo no abalanzarme sobre ti?

Se sentó y, usando uno de los tenedores blancos de plástico que la abuela de Mike había puesto en la bolsa, separó una porción. La sirvió en su plato y, con el mismo método, cortó una porción de la parte de Seth.

—Bueno, como llevamos un tiempo saliendo...

—No estamos saliendo. Esto no es una cita. Esto es pizza.

—Bueno. En cualquier caso.

Se sentó, con las piernas cruzadas, y la camisa sin abrochar.

Era peor, se dijo ella, que si no la llevara.

—La cosa es que no nos hemos formulado algunas de las preguntas esenciales para asegurarnos de que esta relación tiene posibilidades.

—¿Como cuáles?

—Fin de semana de vacaciones. ¿Costa o montaña?

—Montaña. Ya vivimos en la costa.

—De acuerdo. —Le dio un bocado a la pizza—. Guitarrista favorito. ¿Eric Clapton o Chet Atkins?

—¿Chet qué?

Él se quedó pálido de verdad.

—Oh, Dios mío. —Con una mueca de dolor, se frotó el corazón—. Pasemos de ésa. Duele

demasiado. La película que da más miedo, entre las clásicas, ¿*Psicosis* o *Tiburón*?

—Ni la una ni la otra. *El exorcista*.

—Muy buena. ¿En quién confiarías en un combate a muerte contra las fuerzas del mal, en Batman o en Superman?

—En Buffy, la caza—vampiros.

—Anda ya. —Le dio algunos tragos a la cerveza—. Superman. Tiene que ser Superman.

—Un atisbo de kriptonita y se queda noqueado. —Se acabó su porción y se lanzó a por otra—. Además, Buffy tiene un guardarropa mucho más atractivo.

Él movió la cabeza, asqueado.

—Sigamos. ¿Ducha o baño?

—Eso dependería de...

—No, no, no. —Cogió más pizza—. No hay depende que valga. Elige.

—Baño. —Se chupó la salsa de los dedos—. Largo, caliente y con burbujas.

—Lo que sospechaba. ¿Perros o gatos?

—Gatos.

Dejó la porción de pizza.

—¡Qué equivocada estás!

—Yo trabajo todo el día. Los gatos son independientes y no se te comen los zapatos.

Él movió la cabeza con pena.

—Puede que esto sea el fin entre nosotros. ¿Se puede salvar esta relación? Rápido. ¿Caviar o patatas fritas?

—Pero bueno, eso es ridículo, patatas fritas, por supuesto.

—¿De verdad? —Como si la esperanza le llenara el corazón, le agarró la mano en un apretón fuerte—. ¿No lo dices sólo para darme cuerda con el fin de propasarte luego conmigo?

—El caviar está bien de vez en cuando, pero no es un elemento esencial de la vida.

—A Dios gracias. —Le dio un sonoro beso en la mano y luego siguió comiendo—. Aparte de una lamentable ignorancia sobre música, y de ciertas opiniones burdas en cuestión de mascotas, lo has hecho muy bien. Me acostaré contigo.

—No sé qué decir. Me siento conmovida. Hablame de la mujer del cuadro, la morena que está sentada delante de la ventana en Roma.

—¿Bella? ¿Quieres más vino?

Ella alzó las cejas de ese modo que le hacía hervir la sangre.

—¿Estás eludiendo el tema?

—Sí, pero igualmente ¿te apetece más vino?

—Vale.

Se levantó a buscar la botella y llenó el vaso de Dru antes de volver a sentarse.

—¿Quieres saber si me acosté con ella?

—Asombroso. Soy transparente como el cristal para ti. —Dio otro bocado a la pizza—. Podrías decirme que no es asunto mío.

—Podría. O podría mentirte. Es guía turística. La veía de vez en cuando mientras daba paseos por la ciudad. Llegamos a conocernos. Me caía bien. La pinté y me acosté con ella. Disfrutamos el uno del otro. Nunca fue más profundo o más complicado que eso. No me acuesto con todas las mujeres que posan para mí. Ni pinto a todas las mujeres con las que me acuesto.

—Me lo preguntaba. Y me preguntaba si me mentirías. Es una costumbre que tengo, suponer que alguien me va a decir una mentira oportuna en lugar de la verdad más complicada. No eres el tipo de hombre al que estoy acostumbrada.

—Drusilla... —Se interrumpió con una maldición a media voz cuando sonó el teléfono.

—Contesta. Ya recojo yo todo esto.

Ella se levantó de la cama y recogió la caja de la pizza y los platos mientras él contestaba al teléfono.

—¿Sí? No, estoy bien. Estaba distraído. Anna, estoy bien. He acabado el cuadro en el que estaba trabajando. De hecho, no me estoy muriendo de hambre. Acabo de comerme una pizza con Dru. Sí, sí, claro. Pasaré por casa mañana. Cómo no. Yo también te quiero.

Colgó cuando entró Dru.

—Era Anna.

—Sí, ya lo he oído. —Cogió el teléfono y lo dejó en una mesa cercana—. ¿Sabes que tienes

cerveza, vino, refrescos para un mes y ahora restos de pizza y nada más en el frigo?

—Quedaba medio bocadillo de albóndigas, pero me lo comí.

—Bueno, vale.

Se acercó a la puerta. Cerró con llave. El sonido del cerrojo puede que resonara en su cabeza pero eso no iba a detenerla.

Se acercó a él.

—La última vez que me acosté con un hombre fue una experiencia humillante. De eso hace casi dos años. No he echado particularmente de menos el sexo. Es muy posible que, a cierto nivel, esté usándote para recuperar algo que me quitó otra persona.

Puesto que él seguía sentado con las piernas cruzadas en la cama, ella se sentó en su regazo y le rodeó las caderas con las piernas mientras le pasaba los brazos por el cuello.

—¿Te importa?

—Pues la verdad es que no. —Le pasó las manos por la espalda—. Pero hay una cosa. Puede que recibas más de lo que esperabas.

—Con eso cuento —murmuró, y acercó su boca a la de él.

12

Sus manos se deslizaron por la piel de ella y los nervios chispearon bajo su tacto. Ella deseaba esto, le deseaba a él. La decisión de ir a su cama había sido suya. Pero sabía que los latidos de su corazón se debían tanto al deseo como al pánico.

Y mientras aquellas manos maravillosas subían y bajaban por su espalda, supo que él también lo sabía.

—Relájate. —Seth lo dijo con un susurro mientras sus labios se deslizaban por el cuello de Dru—. No es que sea cirugía cerebral.

—Creo que no quiero relajarme. —Aquellos nervios formaban una fuente separada de excitación, que corría paralela a la masa de necesidades—. Creo que no puedo.

—Vale. —Y siguió acariciándola lentamente con las manos, con los labios lentos—. Sólo tienes que estar segura.

—Estoy segura. Estoy segura. —Se apartó. Quería verle la cara—. Nunca hago nada a menos que lo esté. —Le acarició el pelo que le caía por la frente—. Es sólo que hace mucho.

¿Cómo podía decirle que había perdido la confianza en sí misma en aquel aspecto? Si se lo decía, nunca podría estar segura de que lo que pasara entre ellos en aquel momento era obra suya tanto como de él.

—Bueno, nos lo tomaremos con calma.

Ella se serenó. La intimidad, había creído siempre, era una cuestión de valor, además de deseo. Ella había dado el paso. Ella había cerrado la puerta. Ella había ido hasta la cama de Seth. Ahora tenía que dar otro paso.

—Puede. —Observándole, se desabrochó la blusa y vio cómo la mirada de él descendía. Vio cómo el azul de sus ojos se hacía más oscuro cuando ella se abrió la prenda de algodón y dejó que le cayera por los hombros—. O puede que no.

Él arrastró los dedos a lo largo de los montículos de los senos, de la dulce piel bajo el encaje blanco de fantasía del sujetador.

—¿Sabes cuál es una de las mejores cosas de las mujeres? —dijo con tono ligero mientras sus dedos bailaban sobre el encaje una y otra vez—. No es sólo que tengan pechos, aunque eso nunca se valora en exceso, sino las bonitas prendas con que los visten.

La hizo reír, aunque su piel comenzó a temblar.

—Te gusta la ropa interior, ¿no?

—Y tanto. —Jugó con el tirante derecho y luego se lo bajó del hombro—. Para las mujeres, por supuesto. Yo solía hojear los catálogos de Anna de *Victoria's Secret* para... Bueno. —Le bajó el tirante izquierdo—. Probablemente no deberíamos entrar en eso ahora. ¿Llevas braguitas a juego?

Un acelerón de poder empezó a bombear bajo los nervios.

—Supongo que tendrás que averiguarlo por ti mismo

—Apuesto a que sí. —Se inclinó para acariciarle los hombros con los labios—. Eres una mujer de lo más coordinada. ¿Sabes qué otra parte de ti, anatómicamente hablando, me encanta?

Sus labios se deslizaban por el cuello, excitándola y calmándola al mismo tiempo.

—No sé si preguntarlo.

—Ésta de aquí. —Sus dedos le acariciaron la parte baja de la nuca—. Me vuelve loco. Te advierto que, dentro de poco, voy a tener que morderte, así que no te asustes.

—Te agradezco tu... Mmm. —Sus dientes le mordisqueaban la mandíbula, centrándose en la barbilla antes de atacar el labio inferior.

—Estabas empezando a relajarte —suspiró cuando ella se quedó sin aliento—. No puedo permitirlo.

Esta vez su boca se apoderó de la de ella en un beso duro y caliente, un beso acaparador que buscaba dejar su marca. El salto de lo juguetón a lo posesivo fue tan rápido y tan pronunciado que ella no pudo hacer más que aferrarse a él mientras la asolaba.

Firme, pensó mientras su mente se desmandaba. ¿Había creído que tenía que mostrarse firme y segura? Ay, no, esa carrera sin aliento era mejor. Mucho mejor.

Sus piernas se tensaron en torno a la cintura de él, su cuerpo se crispó. En un arrebató de necesidad, respondió a la exigencia del beso con sus propias exigencias.

No, eso no era sólo deseo, pensó. Eso era ansia.

Le tiró de la camisa, sacándosela de los hombros para que sus dedos pudieran tocar la piel y moldear el músculo.

El aroma femenino estaba por todas partes, como si se hubiera bañado en flores silvestres. La delicadeza del perfume, la textura sedosa de esa piel fragante le nublaban la mente. Los suaves gemidos guturales que emitía cuando la tocaba, cuando la saboreaba, le corrían por la sangre.

La luz estaba cambiando, se deslizaba hacia la noche. Quería ver aquella suave luz del sol brillar sobre ella, quería ver cómo se quedaba atrapada en el verde y el dorado de sus ojos.

Con el aliento entrecortado, ella se arqueó hacia atrás cuando Seth se dio un festín en la larga línea de su cuello. Y cuando la lengua se deslizó hacia su pecho, ella flotó hacia atrás, como si no tuviera huesos.

Luchando por no apresurarse, él alzó la cabeza para mirarla.

—Qué flexibilidad, ¿no?

—Hago... —Se estremeció, se inclinó—. Yoga. Dos veces a la semana.

—Dios misericordioso —fue todo lo que pudo decir mientras ella se estiraba larga y esbelta con las piernas aún ciñéndole la cintura.

Casi de forma reverente, sus manos se movieron sobre el cuerpo de ella, explorando la ladera del hombro, la curva del pecho, la línea del torso. Desabrochó el bolón de la cintura y bajó la cremallera. Despacio.

—Yo tenía razón. —Se torturó a sí mismo y la torturó a ella deslizando los dedos apenas bajo el elástico de las braguitas blancas de encaje—. A juego. En más de un sentido.

Pasándole las manos bajo las caderas, la alzó. Y se deleitó en su vientre. Sintió cómo los músculos temblaban bajo sus labios y luego se sobresaltaban cuando apretó su boca sobre el encaje entre la V de algodón.

La excitación se enroscó en su interior, prieta como un puño, para luego extenderse, como dedos de placer que la acariciaban hacia el dolor. Cuando sus piernas temblaron, él se las extendió y le quitó los pulcros pantalones sastre.

—Tengo que avanzar hacia tu nuca. —Sus labios y sus dedos jugaron con las piernas—. Puede que me lleve un rato.

—No importa. —Se le cortó el aliento, luego dejó escapar un suspiro—. Tómame tu tiempo.

Él no se apresuró. Mientras los dolores ascendían, ella apretó los puños sobre las sábanas para no rogar. Quería pasarle los dedos por el pelo, recorrerle el cuerpo, pero le daba miedo que, si abandonaba su refugio, siquiera por un instante, se alejaría de aquel remolino de placeres líquidos.

Quería ahogarse en él.

Seth le mordisqueó suavemente el muslo y ella volvió el rostro hacia el colchón, ahogando un gemido. Su lengua se deslizó por la línea del encaje y el gemido se hizo sollozo. Cuando se introdujo por debajo y la acarició, el sollozo estalló en gritos rápidos y sin aliento.

La necesidad de ella era entonces la suya, pero sus manos siguieron sin apresurarse hasta bajar el encaje y atrapar el calor con la mano. Verla ascender, ver cómo sus ojos se nublaban y se quedaban en blanco mientras él la excitaba era glorioso.

Cuando ella se quedó sin fuerzas, él subió por su cuerpo con besos perezosos. Quería que temblara, que gritara su nombre, que se aferrara a él como si le fuera la vida en ello.

Y lo haría, se prometió a sí mismo, mientras le lamía los pechos a través del encaje. Antes de que terminaran, lo haría.

El corazón de Dru bombeaba bajo la boca de él y el latido se aceleró cuando apartó el encaje y llegó a la piel.

Los dedos de Dru se enredaron en su cabello, acercándole más, y luego le acariciaron la espalda.

—Déjame a mí. —Su voz sonaba pastosa y soñadora mientras le tiraba de los vaqueros—. Déjame.

La música era un ritmo bajo, primitivo y recurrente, tan apremiante como el pulso de ella. Rodó mientras le quitaba los vaqueros y apretaba su cuerpo contra la toda la extensión del suyo. Encontró su boca en un beso desesperado.

Lo necesitaba, necesitaba llenarse de él, y condujo sus labios en un viaje salvaje por el rostro, el cuello, el pecho.

Dios, era tan duro, tan esbelto, tan masculino...

Lo deseaba, deseaba que él la llenara, conocer ese asombro, esa maravilla de sentirse invadida, de sentirse unida. Pero cuando iba a subirse sobre él y tomarlo en su interior, él se revolvió.

—Aún no.

Y la hizo girarse sobre el estómago. —Quiero...

—Yo también. Joder, yo también.

Cuando cerró los dientes sobre su nuca, el choque erótico hizo que ella gritara. Sus manos se aferraron a los hierros del cabecero, pero esta vez no había refugio.

Se volvió salvaje.

Corcoveó bajo el cuerpo de Seth, sintió que corría hacia algo parecido a la locura.

—Dios, oh Dios. Ahora.

La mano de él se disparó bajo su cuerpo y aquellos dedos tan hábiles se hundieron en ella, en el calor y la humedad. Se corrió con un violento espasmo que la dejó estremecida y vulnerable.

Cuando sus manos soltaron los barrotes de hierro, él le dio la vuelta.

—Ahora —dijo, y apretó su boca contra la suya, tragándose su grito mientras la penetraba.

Ella se cerró a su alrededor y se arqueó junto a él. Una rápida ascensión y caída, la carne batiendo húmeda contra la carne. Cada vez que ella se quedaba sin aliento, la sangre de él latía.

Y él la contempló mientras los últimos rayos del sol brillaban sobre su rostro y captaban el verde y el dorado de sus ojos, que se llenaron de lágrimas.

Alzó una mano hasta la mejilla de él y en su voz había una especie de asombro cuando dijo:

—Seth.

La belleza de todo aquello estuvo a punto de hundirle.

El siguió mirándola mientras dentro de ambos todo se hizo añicos.

La segunda cosa mejor después de hacer el amor, en opinión de Seth, era dejarse flotar en el cálido río de satisfacción después de hacer el amor. Había algo increíblemente dulce y bello en el cuerpo de una mujer después del orgasmo, algo que lo convertía en el lugar ideal de reposo.

Se habían perdido la puesta de sol y vagaban hacia el crepúsculo. En algún momento había terminado de sonar el último compacto. Ya sólo quedaba el sonido del viento que se levantaba y la respiración de Drusilla.

Se avecinaba la lluvia. Lo olía, podía sentir la tormenta que danzaba en el aire.

Tendría que cerrar las ventanas. En algún momento.

Alzó una mano para acariciarle el lado del pecho.

—Supongo que ahora estás relajada —murmuró—. Tanto si te gusta como si no.

—Supongo que sí.

Él sí lo estaba, pensó ella. Eso era buena señal. ¿O no? Se odió a sí misma por ser tonta. Odiaba saber que, ahora que se le estaba despejando la mente una vez más, las dudas comenzaban a surgir.

No podía preguntar si le había parecido bien sin sonar como un cliché ridículo.

Pero eso no evitaba que quisiera saberlo.

—¿Tienes sed? —preguntó él.

—Un poco.

—Mmm. —Él la acarició con la boca—. Traeré a de beber, en cuanto pueda volver a moverme.

Ella le peinó el cabello con los dedos. Tenía un tan suave, tan liso, tan lleno de luz.

—¿Estás..., estás bien?

—Sí. Entra la lluvia.

Ella miró hacia las ventanas.

—No.

—Quiero decir que se avecina lluvia. —Volvió la cabeza para mirar al cielo—. Se prepara una tormenta. ¿Has subido las ventanillas del coche?

¿Por qué diablos le preguntaba por las ventanillas del coche cuando ella acababa de tener una experiencia de las que cambian la vida?

—Sí.

—Bien.

Dru miró hacia el techo.

—Debería irme antes de que llueva.

—Mmm. —La atrajo hacia sí, luego rodó con ella—. Deberías quedarte y así escucharemos la lluvia cuando volvamos a hacer el amor.

—¿Otra vez?

—Mmm. ¿Sabías que tienes un hoyito justo en la base de la columna vertebral? —Deslizó su dedo por aquella parte hasta que abrió los ojos y le vio el rostro—. ¿Pasa algo?

—No lo sé. ¿Pasa?

Le tomó la cabeza entre las manos y lo pensó.

—Conozco esa expresión. Tienes un cierto pique y vas camino de estar bastante mosqueada. ¿Qué sucede? ¿He sido demasiado brusco?

—No.

—¿No he sido lo bastante brusco o qué? Oye. —Le volvió ligeramente la cabeza—. Dru, dime lo que pasa.

—Nada, nada. Eres un amante increíble. Nunca he estado con nadie tan excitante o que lo haga tan a conciencia.

—¿Entonces de qué se trata? —le preguntó mientras ella se apartaba y se sentaba.

—He dicho que nada. —Podía percibir la irritación en su propia voz. Joder, se iba a poner a rogar de un momento a otro. El primer retumbo amenazador del trueno parecía el perfecto subrayado para su estado de ánimo—. Podrías decir algo sobre mí. Incluso lo típico: oh, pequeña, ha sido asombroso.

—Ay, pequeña, ha sido asombroso. —Podría haberse reído, pero vio un brillo en los ojos de Dru que no se debía sólo al mal humor—. Espera. —Tuvo que moverse deprisa para atraparla antes de que pudiera dejar la cama. Y con el fin de evitar una pelea, rodó sobre ella hasta mantenerla quieta—. ¿Qué sucedió exactamente entre tú y ese tipo con el que estabas comprometida?

—Eso no importa ahora.

—Importa cuando tú acabas de colocarlo aquí en la cama con nosotros.

Ella abrió la boca y se preparó para golpear con una respuesta cortante e irrefutable. Pero al final suspiró.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Y yo soy una estúpida de campeonato. Suéltame. Así no puedo mantener una conversación en condiciones.

Él se apartó para que ella pudiera moverse. Y no dijo nada cuando alzó la sábana para cubrirse los pechos, aunque reconoció el gesto como una subida del escudo defensivo.

Ella trató de ordenar sus pensamientos mientras el trueno volvía a retumbar y el relámpago estremecía la oscuridad.

—Me engañó y, como decía que me amaba, su justificación era el hecho de que yo era poco imaginativa en la cama.

—¿Hacías yoga en esa época? —Cuando ella se limitó a mirarle, fríamente, Seth movió la cabeza—. Cariño, si te creíste aquello, es que eres tonta.

—Yo iba a casarme con él. Habíamos pedido las invitaciones. Me había hecho la primera prueba del vestido de boda. Y luego me encuentro que ha estado revolcándose entre las sábanas, por cierto unas que yo había comprado, con una abogada.

Entró el viento por las ventanas y más allá el relámpago acuchilló el cielo. Pero él no apartó los ojos de ella. No se apresuró a correr a la ventana para cerrarla ante la lluvia que entraba.

—Y él esperaba que yo comprendiera su razonamiento —continuó ella—. Esperaba que yo siguiera adelante con la boda porque aquello era sólo sexo, que era algo que a mí no se me daba particularmente bien.

Qué cabrón, pensó Seth. Los cabrones así daban mala fama a los tíos normales.

—¿Y tú crees que un tipo que está buscando invitaciones de boda con una mujer y por detrás se lo monta con otra se merece un minuto de tu tiempo?

—Pues no, o no le habría dejado, lo que nos causó a mí y a toda mi familia una enorme vergüenza. No estoy pensando en él, estoy pensando en mí.

En eso se equivocaba, pero Seth lo dejó pasar.

—¿Quieres que te diga cómo ha sido para mí estar contigo? Ha sido algo mágico. —Se inclinó hacia delante para tocar sus labios con los de ella—. Sencillamente mágico.

Cuando le tomó la mano, ella observó la forma en que encajaban. Luego, suspirando, alzó la vista hacia las Ventanas.

—Está lloviendo —dijo suavemente. —Quédate un rato conmigo. —Se llevó las manos unidas a los labios—. Lo oiremos juntos.

Seguía lloviendo cuando ella se levantó. El suave y firme golpeteo que siguió a la tormenta convertía la habitación en un nido acogedor donde deseó poder acurrucarse.

—Quédate a pasar la noche. Incluso me levantaré pronto a buscar algo bueno para desayunar.

—No puedo. —Le parecía tan íntimo, tan romántico, hablar con él en la oscuridad, que su primera reacción fue de decepción cuando él encendió la luz. La segunda fue la sorpresa al darse cuenta de que se la veía perfectamente por las ventanas—. Por Dios bendito.

Corrió hacia el baño con su ropa interior.

—Sí, como si a esta hora de la noche hubiera alguien ahí fuera, con la lluvia. —Sin preocuparse por el pudor, él se levantó y, cómodamente desnudo, la siguió al baño. Consiguió detener la puerta antes de que le golpeará en la cara—. Míralo de este modo, por la mañana sólo tendrás que bajar la escalera para ir a trabajar.

—No tengo otra ropa. Ropa limpia —añadió cuando él señaló la blusa que seguía en un montón en el suelo del dormitorio—. Sólo un hombre podría sugerir que vaya a trabajar por la mañana con la misma ropa del día anterior. ¿Te importaría pasarme esa blusa?

Él se la pasó, pero eso no significaba que no pudiera entreternerla.

—Tráete un juego de ropa mañana. Yo compraré algunas cosas. Cenaremos juntos. Sé cocinar cuando ella arqueó las cejas—. Pasablemente. O podemos quedar en tu casa y tú te ocupas de la cena.

—Yo no sé cocinar, ni siquiera pasablemente.

—Podemos salir y luego volver aquí. O a tu casa —añadió, atrayéndola a sus brazos—. Me da igual. Será una cita planeada, en lugar de nuestras típicas improvisaciones.

—Esto no ha sido una cita. —Se escabulló para abrocharse la blusa—. Esto ha sido sexo.

—Perdona. Hemos comido, bebido y charlado, y ha habido sexo. Eso, pequeña, es una cita.

Ella sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa.

—Maldición. Me has pillado.

—Justo. —La tomó de nuevo por la cintura al pasar a su lado y la atrajo una vez más hacia él—. Cena conmigo, acuéstate conmigo, despiértate conmigo.

—De acuerdo, pero tenemos que cenar después de las ocho. Mañana tengo clase de yoga.

—Eso sólo lo dices para atormentarme. Pero ya que hablamos del tema, ¿de verdad puedes pasarte los talones por detrás del cuello?

Ella se rió y se apartó.

—Tengo que irme. Es más de medianoche. Volveré mañana sobre las ocho. Me arriesgaré a comer lo que cocines.

—Estupendo. Oye, ¿quieres que te enmarque la acuarela?

Ella le dirigió una sonrisa luminosa.

—¿Me puedo quedar con ella?

—Depende. Estoy dispuesto a cambiarte un cuadro por otro.

—Pero el mío ya lo has terminado.

—Quiero otro.

Ella se puso los zapatos.

—Ya has pintado dos.

—Algún día, cuando sea un famoso artista muerto cuyas obras se estudian y se pagan a unos precios ridículamente altos, éste será conocido como mi periodo Drusilla.

—Interesante. Si eso es lo que quieres como pago, posaré para ti.

—El domingo.

—Bien, vale. ¿Sabes qué es lo que buscas con este cuadro? ¿Qué ropa quieres que me ponga?

—Sé exactamente lo que estoy buscando. —Se acercó a ella, le puso las manos en los hombros y la besó—. Y llevarás pétalos de rosa.

—¿Cómo dices?

—Pétalos de rosas rojas. Como eres florista, no creo que tengas problema para conseguirlos.

—Si te crees que voy a posar para ti sin nada más que... No.

—¿Quieres la acuarela?

—No lo suficiente para ceder al chantaje.

Se volvió, pero él se limitó a cogerle una mano y a darle la vuelta.

—Admiras mi trabajo lo suficiente para desear poseer cuadros míos.

—Admiro muchísimo tu trabajo, pero no me vas a pintar al desnudo.

—Vale, yo iré vestido, pero tú llevarás pétalos de rosa. Chist. —Le dio un golpecito con un dedo en los labios antes de que pudiera volver a hablar—. Es evidente que no quiero que poses desnuda para llevarte a la cama, porque ya te he llevado a la cama. Y para que conste, yo no uso el arte de esa forma. Tengo esta imagen en mi mente desde la primera vez que te vi. Debo plasmarla en un lienzo.

Le tomó las manos.

—Necesito pintarla, pero te ofrezco un trato.

—¿En qué consiste?

—No se lo enseñaré a nadie. Cuando esté terminado, tú decides qué hacer con él.

El reconoció el gesto de su cara, el gesto de reflexionar y de darle vueltas a algo.

Y supo que lo había conseguido.

—¿Yo decido?

—Confío en que serás sincera. Y tú tienes que confiar en mí para que pinte lo que veo, lo que siento. ¿De acuerdo?

—Pétalos de rosas rojas. —Inclinó la cabeza a un lado—. Voy a pedir un montón.

A la mañana siguiente, Seth entró en el astillero silbando. Llevaba una caja de donuts recién comprados en la panadería.

Cam ya estaba trabajando, atornillaba tensores en un casco.

—¡Qué preciosidad! —gritó Seth, acercándose a la yola de bellas proporciones—. Tenéis que haber trabajado como negros para tenerla casi acabada tan pronto.

—Sí. Está terminada, menos por unas cuantas partes metálicas y algunos detalles del camarote. El cliente quiere llevársela el domingo.

—Siento no haber podido echaros una mano los dos últimos días.

—Nos hemos apañado.

El tono no era de pulla, pero lo insinuaba.

—¿Dónde están todos?

—Phil está arriba. Ethan y Aubrey están inspeccionando jaulas de cangrejos esta mañana. Kevin vendrá después de la escuela. Dentro de una semana o así tendrá vacaciones y podrá echarle más tiempo.

—¿Vacaciones? ¿Ya ha terminado el curso? ¿A que día estamos, joder?

—Lo sabrías si pasaras por casa de vez en cuando.

—He estado ocupado, Cam.

—Sí. —Cam puso otro tensor—. Eso he oído.

—¿Por qué estás mosqueado? —Seth dejó la caja de donuts en la cubierta—. Ahora estoy aquí, ¿no?

—Entras y sales según te da. ¿Hoy has decidido venir presumiendo porque anoche por fin tuviste suerte?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Que qué me importa? —Cam dejó a un lado el taladro y bajó al suelo de un salto, un destello borroso de macho ofendido—. ¿Quieres saber por qué me importa, gilipollas? Me importa un montón cuando desaparecieses casi una semana entera. Primero te paseas con una nube negra sobre la cabeza y luego te encierras en tu estudio. Me importa un montón cuando tengo que ver a Anna preocupándose porque pasas de contarnos que cojones te ocurre. ¿Y te crees que puedes entrar aquí todo risueño porque por fin has conseguido subirle las faldas a Dru?

El sentido de culpa, que había empezado a hervir, explotó en un rojo arrebató de cólera. Seth se movió antes de pensarlo, para empujar a Cam contra el casco.

—No hables así de ella. No es un polvo fácil que he usado para aliviarme un calentón. No se te ocurra hablar de ella de ese modo.

Cam le devolvió el empujón a Seth, lo que le hizo retroceder un paso. Ahora se encontraban cara a cara. Eran boxeadores a quienes importaba un pimiento la campana.

—Así no se trata a la familia. Como si fuera una comodidad, joder.

El mal genio era un perro rabioso que estalló en la garganta de ambos.

—¿Quieres echar un asalto conmigo? —invitó Cam mientras ambos apretaban los puños.

—Esperad, esperad. ¡Joder, esperad! —Phillip estuvo a punto de saltar entre ellos para separarles—. Pero ¿qué cojones está pasando? Os oía desde el despacho.

—El chaval se cree que puede conmigo —replicó Cam acaloradamente—. Voy a dejar que lo intente.

—Y una mierda. Si os queréis dar de hostias, os vais a fuera. De hecho, Seth, más vale que salgas y te calmes. —Phillip señaló las puertas carreteras y el muelle más allá—. Tampoco es que te hayas prodigado mucho por aquí últimamente, así que algunos minutos más no importan.

—Esto es un asunto entre Cam y yo.

—Esto es un negocio —corrigió Phillip—. Nuestro negocio, con lo que también es asunto mío. Si sigues así, el primero que te va a dar un puñetazo voy a ser yo. Estoy de ti hasta la coronilla.

—¿De qué cono estás hablando?

—Estoy hablando de cumplir promesas, de recordar tus responsabilidades. Estoy hablando de que tenemos un cliente que espera el diseño completo que tú accediste a hacer. ¿Dónde cojones está el diseño, Seth?

Seth abrió la boca y la volvió a cerrar. El balandro de Drusilla. Lo había olvidado. Al igual que había olvidado haberle dicho a Anna que le llevaría el mantillo que necesitaba para un nuevo cantero de flores. Y el paseo que había prometido a Bram en su coche nuevo.

Cuando su enfado se dirigió hacia sí mismo, salió por las puertas carreteras.

—Soplapollas —gruñó Cam—. Necesita una buena patada en el culo.

—¿Por qué no le dejas en paz?

Confundido, todavía enfadado, Cam la tomó con Phillip.

—Bueno, que te den. Tú eres el que acaba de soltarle una buena.

—Yo he estado tan preocupado y tan mosqueado como tú —replicó—. Pero ya basta. Tiene edad suficiente para ir y venir cuando le plazca. Cuando tú tenías su edad, te dedicabas a dar vueltas por Europa participando en todo tipo de carreras y metiendo mano a todas las faldas que podías.

—Nunca rompí una promesa.

—No. —Ya más sereno, Phillip dirigió la mirada hacia donde Seth estaba de pie en el extremo del muelle—. Y por su aspecto, él tampoco quería romper la suya. ¿Cuánto tiempo le vas a dejar que siga ahí, sintiéndose una mierda?

—Una semana o dos deberían bastar.

Ante la mirada firme de Phillip, Cam soltó un bufido y sintió que casi todo su mal genio se iba con él.

—Maldita sea. Debo de estar haciéndome viejo. Lo odio. Voy a ocuparme de él.

Seth oyó las pisadas en el embarcadero. Se volvió. Se preparó para la pelea.

—Venga, te dejo que me des uno. Pero sólo el primero es gratis.

—Chaval, no necesito más que uno.

—Joder, lo siento —soltó Seth—. Siento haberte decepcionado. Haré todo el trabajo sucio que haga falta. Acabaré el diseño hoy mismo. Te compensaré.

—Joder. —Esta vez Cam se pasó las manos por el pelo. ¿Quién se sentía una mierda en este momento?, se preguntó—. No me has decepcionado. Me tenías preocupado, me has mosqueado, pero no me has decepcionado. Nadie espera que le dediques todo tu tiempo al negocio, o que pases en casa todo tu tiempo libre. Joder, primero Anna me agobia con que pasas demasiado tiempo en casa. Luego protesta porque no estás en casa para nada. ¿Cómo cojones me ha tocado a mí estar en medio?

—Eso es que has tenido suerte, supongo. Lo único que ocurre es que tenía algunas cosas de las que ocuparme. Me metí muy a fondo y me olvidé del resto. La familia no es una comodidad para mí, Cam. No puede ser que tú pienses eso. De no haber sido por vosotros...

—No sigas. Aquí no estamos hablando del pasado, estamos hablando de ahora.

—Yo no tendría un ahora de no haber sido por vosotros.

—No lo tendrías de no haber sido por Ray. Ninguno de nosotros lo tendría. Dejémoslo ahí.

Se metió las manos en los bolsillos y alzó la vista para contemplar el agua.

Joder, pensó. No importaba lo grande que se hiciera un hijo. Nunca dejaba de ser tuyo.

—Bueno, entonces, ¿vas en serio con la florista sexy?

Sin darse cuenta, Seth copió la postura de Cam, de modo que ambos miraron el agua juntos.

—Eso parece.

—Tal vez ahora que has resuelto lo del calentón podamos sacarte algo de trabajo.

—Me da la sensación de que esta mañana tengo energía de sobra —replicó Seth.

—Sí, a mí siempre me pasa lo mismo. ¿Qué donuts has comprado?

Ya lo habían aclarado, pensó Seth. De algún modo, pasara lo que pasase, siempre aclaraban las cosas.

—Un surtido. Me pido los de nata de Baviera.

—A mí me va más la gelatina. Vamos, antes de que los encuentre Phillip.

Echaron a andar juntos, luego Seth se detuvo.

—Pan de calabacín.

Las mejillas de Cam perdieron el color.

—¿Qué cojones has dicho?

—El Pan Bowl. El pan de calabacín. Hizo pan y vosotros lo usasteis como balón para jugar. Ella me lo dijo,

—¿Cuándo? —Agitado, Cam agarró a Seth por los hombros—. ¿Cuándo la viste?

—No lo sé. En serio. Lo soñé. Eso es lo que me pareció—murmuró. Su estómago se estremeció, pero no era malestar lo que sentía. Se dio cuenta de que era una especie de alegría.

Había hablado con Stella, pensó. Tenía una abuela que había compartido una historia con él.

—Fue así, ¿verdad? —La alegría saltaba en su voz y llenaba su rostro—. Y tú, tú trataste de interceptar un pase y recibiste un golpe justo encima del ojo. Te tiró al suelo, casi perdiste el sentido. Fue así, ¿verdad?

—Sí. —Cam tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse. Era un recuerdo bueno. Había tantos...—. Ella salió corriendo por la puerta de atrás, gritándonos justo cuando yo saltaba. Me volví y ¡paf!, una puta galaxia de estrellas. Aquel pan era como un maldito ladrillo. Ella era una médica maravillosa, pero en la cocina, un desastre total.

—Sí, me lo contó.

—Entonces, se inclinó, me miró las pupilas o lo que fuera y me preguntó cuántos dedos había alzado en la mano. Dijo que menos mal que había recibido un golpe. Así no tenía que dármele ella. Entonces, todos nos echamos a reír, papá y yo, Phil y Ethan. Parecíamos unos lunáticos. Mamá se quedó allí, mirándonos fijamente, con las manos en las caderas. Aún puedo verlo. Aún la veo a ella. —Soltó un largo aliento. Luego volvió adentro y sacó otra hogaza de pan para que siguiéramos jugando—. ¿Te contó esa parte?

—No. —Seth colocó una mano en el hombro de Cam mientras se volvían hacia las puertas carreteras—. Suponía que quería que me lo contaras tú.

13

Cuando devoraron los donuts y Seth se agachó en un rincón a refinar el diseño básico de Ethan para el balandro de Dru, ésta salió de su tienda para arrancar las flores mustias del barril de whisky lleno de verbena y heliotropos que tenía junto a la puerta.

La tormenta nocturna había refrescado el aire, llevándose consigo el calor pegajoso, por lo que la mañana había quedado fresca y despejada.

La Bahía mostraba un color azul intenso y el agua estaba aún un poco picada tras la turbulencia de la noche. Las embarcaciones ya se deslizaban por su superficie, mariscadores, en sus barcos faeneros, compartían el agua con los veraneantes que iban en sus esquifes o en barcos de motor alquilados. Los que usaban la marina como puerto de atraque aprovechaban cualquier oportunidad para usar sus barcos y salían a navegar temprano. Por que perder un minuto de un día perfecto, pensó Dru.

Dentro de unos pocos meses, ella podría pasar una bella mañana trabajando con la jarcia, fregando cubierta o puliendo las partes metálicas de su propio barco. Tener una embarcación en propiedad era mucho más que soltar amarras, izar las velas y aprovechar el viento.

También implicaba dedicar tiempo, dinero y energía en mantenerla a punto. Pero eso, pensó, era parte del placer. Al menos, para ella lo sería.

Le gustaba el trabajo. Aquella era una de las muchas cosas que había descubierto sobre sí misma a lo largo de los años. Disfrutaba trabajando, produciendo algo, y le satisfacía poder dar un paso atrás y contemplar lo que había conseguido hacer por su cuenta.

Le gustaba la parte comercial de tener su propio negocio: la contabilidad, los pedidos, rellenar una orden, calcular el beneficio. Así colmaba su sentido del orden, de igual modo que la naturaleza de su trabajo colmaba su amor a la belleza por sí misma.

Cuando estuviera terminado, el barco iba a ser su premio por conseguir conjuntar todo aquello.

Y Seth... No estaba completamente segura de qué era Seth. La noche que había pasado con él había sido gloriosa. Pero, como con un barco, en una relación con no todo iba a ser navegar viento en popa, y sin duda tendría su parte de mantenimiento.

Se preguntó qué harían si el viento que los había llevado hasta aquel punto se encalmara. ¿Qué harían si hubiera una tormenta de verdad o se quedarán varados, o si, sencillamente como les pasaba a muchos, la excitación abandonaba el paseo?

Deseó ser capaz de disfrutar el momento sin más, de mirar hacia delante en busca de posibles problemas.

Seth la intrigaba y era un desafío para ella. La excitaba y la divertía. Inspiraba en ella sentimientos que nadie más había logrado, ni siquiera, se vio obligada a admitir, el hombre con el que estuvo a punto de casarse.

Se sentía atraída por su sólido sentido de sí mismo, por su honradez y su naturalidad. Y le fascinaban los toques de turbulencia y las pasiones que burbujeaban bajo la superficie de esa naturalidad.

Le parecía el hombre más irresistible que había conocido. La hacía feliz. Ahora eran amantes y ella ya estaba buscando los problemas que se avecinaban.

Porque si uno no miraba hacia delante, se recordó a sí misma, podía estrellarse con esos problemas y hundirse.

Llevó las pequeñas tijeras de jardín hasta la trastienda, donde las dejó en su lugar de la estantería. Deseó poder hablar con alguien, con otra mujer, sobre la excitación y la ansiedad que se deslizaban por su interior a toda velocidad. Deseaba poder sentarse con una amiga y mantener una conversación tonta en la que pudiera divagar acerca de todo lo que sentía.

Acerca de cómo su corazón se ponía a dar saltitos cuando él le sonreía, cómo aceleraba cuando él la tocaba, lo maravilloso y terrorífico que era estar con alguien a quien le gustaba y que la aceptaba por quien ella necesitaba ser.

Deseaba contarle a alguien que se estaba enamorando.

Ninguna mujer de su círculo social anterior lo comprendería. No del modo en que ella necesitaba que la comprendieran. Se mostrarían interesadas, desde luego, incluso le ofrecerían su apoyo. Pero no se imaginaba contándole a ninguna de ellas cómo él le había mordido en la nuca, para que gimieran y suspiraran de envidia.

Y aquello era lo que quería.

No podía llamar a su madre y contarle que había tenido la experiencia sexual más increíble de su vida con el hombre del que se estaba enamorando apresuradamente.

No era el tipo de conversación con la que ninguna de las dos se sentiría cómoda.

Aunque sus instintos le decían que no había nada que pudiera escandalizar a Aubrey y estaba segura de que obtendría la reacción exacta que estaba buscando en su nueva amiga, la conexión de ésta con Seth hacía que esa posibilidad resultara un poco embarazosa.

Por lo tanto, estaba sola, concluyó. Que era exactamente como había querido estar desde el principio. Pero ahora que tenía algo que compartir, ahora que sentía que su vida se deslizaba bajo sus pies, no había nadie a su alcance.

Era culpa suya, admitió. Podía aceptarlo o comenzar a cambiarlo. El hecho de abrirse significaba algo más que tomar un amante, significaba algo más que meter un dedo en el agua de una nueva amistad.

Significaba trabajárselo. Así que se lo trabajaría.

Sonaron las campanillas de la puerta delantera, que anunciaban a su primer cliente del día. Se cuadró de hombros. Ya había demostrado una vez que podía rehacer su vida. Podría hacerlo de nuevo.

Dispuesta a ser más que una florista cordial y eficiente, salió del almacén con una cálida sonrisa.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirla?

—Pues... no estoy segura. Sólo estoy echando un vistazo.

—Adelante. Hace un día precioso, ¿no es cierto?

Dru se acercó a abrir la puerta delantera—. Demasiado bello para estar encerradas. ¿Está usted de visita en St. Chris?

—Eso es —dijo Gloria—. Unas cortas vacaciones.

—Ha elegido un momento perfecto. —Dru ignoró el temblor de malestar ante la forma en que estaba siendo observada—. ¿Está aquí con su familia?

—No, estoy yo sola. —Gloria deslizó los dedos por los pétalos de un arreglo floral, al tiempo que mantenía la mirada sobre Dru—. A veces una chica tiene que hacer una escapadita ella sola, ¿sabes?

—Sí, me hago cargo. —La mujer no parecía de las que gastan dinero en flores, pensó Dru. Parecía... dura, nerviosa y mezquina. Sus pantalones cortos eran demasiado ajustados, demasiado cortos, y su camiseta era demasiado ceñida. Cuando captó lo que le pareció un olorillo de bourbon junto con el perfume pegajoso de la mujer, se preguntó si estaba a punto de ser víctima de un atraco.

Luego desechó esa idea. Nadie robaba en las floristerías, desde luego no en St. Chris. Y si la mujer llevaba algún tipo de arma, tendría que ser extremadamente fina para estar oculta bajo aquel atuendo.

Y juzgar a una persona porque no le gustaba el estado de su ropa no era la forma de iniciar la nueva fase de mostrarse más cálida con sus clientes.

—Si está buscando algo para animar la habitación del hotel mientras está aquí, esta semana tengo los claveles de oferta. Tienen un olor muy agradable y no requieren muchos cuidados.

—Eso podría estar bien. ¿Sabes? Tu cara me resulta familiar, y no tienes acento de por aquí. Tal vez nos hayamos visto antes. ¿Pasas mucho tiempo en Washington?

Dru volvió a relajarse.

—Crecí allí.

—Tiene que ser eso. En cuanto te he visto, he pensado... ¡Espera un momento! Eres la hija de Katherine, Prucilla, no, no, Drusilla.

Dru trató de imaginarse a su madre manteniendo algún tipo de relación con la mujer delgada y mal vestida que olía a perfume barato y a bourbon. Luego se maldijo por ser una esnob.

—Eso es.

—Bueno, pero qué casualidad. —Gloria se colocó las manos en las caderas y mostró una sonrisa amplia y cordial. Había hecho una buena investigación—. ¿Y qué diablos estás haciendo aquí?

—Ahora vivo aquí. ¿Así que conoce usted a mi madre?

—Claro, claro. He estado en varios comités con Kathy. Hace algún tiempo que no me la

cruzo. Supongo que hará unos tres o cuatro años. La última vez, creo que fue en un acto para recaudar fondos destinados a la alfabetización. Una cena con autor y libro en el Shoreham.

El acto había sido cubierto por el *Washington Post*, y con los archivos que Gloria había consultado en Internet figuraban los detalles suficientes como para que su mentira pareciera plausible.

—¿Cómo están tu padre y ella?

No, pensó Dru, ella no era una esnob. Simplemente subía calibrar a las personas. Pero habló sin alzar la voz.

—Ambos están muy bien, gracias. Perdona, no he captado su nombre.

—Me llamo Glo. Glo Harrow—dijo, usando el apellido de soltera de su madre—. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Me parece que la última vez que hablé con Kath, tú estabas prometida. Estaba muy emocionada. Supongo que no funcionó.

—No.

—Bueno, los hombres son como los autobuses. Siempre viene otro después. ¿Sabes? Mi madre se trata bastante con tu abuelo. —Y eso tenía algo de verdad, aunque decir que eran «conocidos» habría sido más exacto—. El senador, vaya marcha que tiene. Es toda una institución.

—Es un hombre asombroso.

Dru habló ya con frialdad.

—Resulta admirable. Un hombre de su edad que sigue tan activo como él. Y luego con el dinero de la familia, hay que imaginar que no ha tenido que trabajar ni un solo día de su vida, y mucho menos dedicarse a la política. Es un mundo duro, incluso para un hombre joven, con la manera en que a la gente le gusta difundir porquería en la actualidad.

—La gente siempre ha difundido porquería. Mi familia nunca ha creído que disfrutar de una posición económica ventajosa signifique dejar que los demás hagan todo el trabajo.

—Eso es muy de admirar, como he dicho.

Cuando entró un hombre, Dru contuvo su creciente irritación y se volvió hacia él.

—Buenos días.

—Hola. Oye, no te apresures por mí, termina lo que estabas haciendo. No tengo prisa.

—¿Le gustaría echar otro vistazo, señorita Harrow?

—No. —Ya había dedicado demasiado tiempo a aquella visita—. ¿Por qué no me pones una docena de esos..., qué era lo que estaba de oferta?

—Claveles. —Dru hizo un gesto señalando el florero donde había dispuesto una mezcla de varios colores—. ¿Los prefiere de algún color en especial?

—No, no, que estén mezclados.

Gloria leyó el letrero que había bajo las flores y calculó que era un precio bastante barato por mirar de cerca. Sacó dinero en metálico y lo puso en el mostrador.

Ahora que había establecido el contacto, Gloria estaba ansiosa por irse. No le gustaba la forma en que la observaba el tipo que había entrado, mientras fingía no mirarla.

—Espero que los disfrute.

—Ya lo hago. Dale muchos recuerdos a tu madre cuando hables con ella —añadió Gloria al volverse hacia la puerta.

—Lo haré. —Dru se volvió hacia su nuevo cliente. Parte del mal genio que había comenzado a gestarse en su interior se manifestó en su rostro.

—¿Un mal momento?

—No, claro que no. —Controló sus pensamientos—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Lo primero, me llamo Will. Will McLean.

Extendió la mano.

—Ah, eres el amigo de Aubrey. —Muy guapo, había dicho ésta. Y había dado en el clavo, pensó Dru al estrecharle la mano—. Me alegro de conocerte.

—Yo, también. Acabo de terminar mi turno y había pensado en pasar a ver a Aub, puede que incluso a charlar con Seth, antes de ir a casa y caer derrengado en una habitación oscura durante unas cuantas horas. Esas flores que Seth le regaló a mi chica hace algunas semanas le gustaron de verdad. No puedo permitir que él quede mejor que yo. ¿Qué tienes que pueda hacer que Aub se caiga de culo y que compense el hecho de que he tenido que hacer turnos dobles casi toda la semana?

—¿Qué presupuesto tienes?

—Me acaban de pagar el sueldo. —Se palmeó el bolsillo trasero—. El cielo es el límite.

—En ese caso, espera aquí. —Hizo una pausa y pensó un momento. El sobresalto de la mañana no iba a estropear sus planes para mostrarse más abierta—. Mejor aún, ven a la trastienda. Si te gusta lo que se me ha ocurrido, puedes sentarte y así descansas los pies un rato mientras preparo el ramo.

—¿Tan mal aspecto tengo?

—Pareces exhausto. —Le indicó la trastienda—. Adelante, siéntate —le dijo mientras se dirigía al refrigerador—. Me las han traído frescas esta mañana —comentó, al tiempo que sacaba una única rosa de tallo largo, del color del algodón de feria—. Con una docena de éstas conseguirás que se caiga de culo.

Will la olió cuando ella se la acercó.

—Huele de maravilla. Tal vez debiera comprarle dos docenas. He tenido que cancelarle dos citas en los últimos diez días.

—Con dos docenas entrará en coma.

—Perfecto. ¿Puedes ponerlas en una de esas cajas elegantes?

—¡Cómo no! —Se fue al mostrador de trabajo. Tu hermano y tú os estáis convirtiendo en mis mejores clientes. Hace una semana o así me compró todas las rosas amarillas que tenía.

—Se acaba de prometer.

—Sí, lo sé. Iba flotando en una nube a varios palmos por encima del suelo. Tu hermano, Seth y tú sois amigos desde hace mucho.

—Desde que éramos niños —coincidió Will—. No puedo creer que Seth haya vuelto hace un mes y que aún no hayamos podido contarnos nuestra vida. Dan dice que Seth también ha estado bastante liado con su trabajo, el astillero y tú. Vaya. —La sonrisa torcida destelló mientras se frotaba los ojos—. Perdona. Cuando tengo el cerebro hecho fosfatina, se me afloja la lengua.

—No importa. Supongo que no es un secreto que Seth y yo estamos... —¿qué?—, estamos viéndonos —decidió.

Will hizo todo lo que pudo por reprimir un bostezo.

—Bueno, si en algún momento conseguimos ponernos de acuerdo con los horarios, tal vez podamos hacer algo los seis juntos.

—Eso me gustaría. —Dru colocó las rosas y el velo de novia en la caja forrada de papel de seda—. Me gustaría mucho.

—Estupendo. Ah, ¿puedo preguntarte una cosa? La mujer que estaba aquí al entrar yo, ¿te ha molestado?

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé, es sólo una sensación. Además, tenía algo raro. Creo que la conozco de algún sitio. No puedo especificarlo, pero me da mala espina. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sé exactamente lo que quieres decir.

Alzó la vista hacia él. Era amigo de Aubrey y de Seth. La nueva Dru, más abierta, también le iba a considerar un amigo.

—Decía que conoce a mi madre, pero no es cierto. —Nadie, pensó Dru, absolutamente nadie llamaba a su madre Kathy. Era siempre Katherine y, muy ocasionalmente, Kate. Pero nunca Kathy, nunca Kath—. No sé qué es lo que buscaba, pero me alegro de que entraras cuando lo has hecho.

—¿Quieres que me quede un rato, por si vuelve?

—No, pero te lo agradezco. No me da miedo.

—¿La has llamado Harrow? —Will agitó la cabeza—. No me suena. Pero sé que la conozco de algo. Cuando me acuerde, te lo diré.

—Te lo agradezco.

Era un error llamar a su madre. Dru se dio cuenta enseguida. Pero no había conseguido quitarse de la cabeza a su denta de la mañana. La única forma de verificar la historia era preguntar.

Su madre le había dicho despreocupadamente que no conocía a nadie llamado Glo Harrow, aunque sí conocía a una Laura Harrow y a alguien que antes de casarse se llamaba Barbara Harrow. Dru se sintió calmada por su alegría y por la noticia de que sus padres se habían

reconciliado.

Al menos, de momento.

Pero la conversación pronto derivó por los derroteros habituales. ¿Por qué no volvía a casa el fin de semana o mejor aún, durante el verano? ¿Por qué no se iban todos juntos a pasar unos días a la propiedad familiar en North Hampton?

Sus motivos fueron desoídos, las excusas ignoradas hasta que, en el momento de colgar, a Dru no le cabía ninguna duda de que su madre se sentía tan irritada e infeliz como ella.

Le recordó que había cosas que era mejor no remover.

Pero descubrió que incluso aquello era demasiado poco, demasiado tarde cuando su madre entró en la tienda diez minutos antes de cerrar.

—¡Cariño! —Katherine abrió los brazos mientras se apresuraba hacia el mostrador, y envolvió con ellos a Dru como si fueran cuerdas—. Estoy tan contenta de verte..., tan contenta...

—Mamá. —Dru le dio una palmadita en la espalda y se odió a sí misma por el deseo de apartarse—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—En cuanto hemos dejado de hablar, me he dado cuenta de que tenía muchas ganas de verte. Echo de menos a mi bebé. Deja que te mire. —Katherine se apartó y le pasó a su hija una mano por el pelo—. ¿Cuándo vas a dejártelo crecer otra vez? Con un pelo tan bonito, y lo llevas cortado como si fueras un muchacho. ¡Y estás tan delgada! Estás perdiendo peso.

—No estoy perdiendo peso.

—Me preocupa que no comas bien. Si tuvieras servicio doméstico en casa...

—Mamá, no quiero empleados de hogar. Como muy bien. No he perdido ni un gramo desde que nos vimos el mes pasado. Tú sí que estás guapísima.

Siempre era verdad. Llevaba una chaqueta rosa de corte exquisito con unos pantalones gris perla. Ambas prendas le sentaban muy bien a una silueta que mantenía a base de ejercicio y una dieta estricta.

—Ay, últimamente me siento una vieja.

Katherine hizo un gesto desdeñoso con la mano. Dru se suavizó.

—No, en absoluto, porque tienes muy buena vista y no te faltan espejos.

—¡Qué dulce eres!

—¿Has venido sola?

—Con Henry —dijo, refiriéndose al chófer—. Le he dicho que se tomara una hora y diera una vuelta. La verdad es que es una ciudad con mucho encanto para unas vacaciones.

—Sí, lo es. —Dru mantuvo el tono agradable—. Los que vivimos aquí estamos muy agradecidos de que a los turistas les parezca tan encantadora como a nosotros.

—Pero ¿cómo encuentras cosas que hacer? Ay, no te enfades. No te enfades. —Katherine hizo de nuevo el gesto con la mano y se acercó al escaparate—. Es que estás tan lejos de la ciudad... Con todo lo que ofrece, con todas las cosas a las que estás acostumbrada. Cariño, podrías vivir donde quisieras. Aunque Dios sabe que me volvería loca si te fueras más lejos de lo que ya estás. Pero ver que te has enterrado aquí hace que me duela el corazón.

—No estoy enterrada en ningún sitio. Y Saint Christopher no es el fin del mundo. Si deseara alguna de las cosas que la ciudad ofrece, podría estar allí en una hora.

—No me refiero al aspecto geográfico, Dru, sino a lo cultural, a lo social. Esta zona es muy pintoresca, pero te has aislado de tu vida, de tu familia, de tus amigos. Por Dios, cariño, ¿cuándo fue la última vez que tuviste una cita con un hombre casadero?

—Pues la verdad es que tuve una anoche.

—¿En serio? —Katherine enarcó la ceja de modo similar a como la misma Dru tendía a hacer—. ¿Qué hicisteis?

No se molestó en morderse la lengua.

—Comimos pizza y nos fuimos a la cama.

La boca de Katherine se abrió en un «oh» escandalizado.

—Bueno, Drusilla, por Dios bendito.

—Pero ésa no es la cuestión. Yo no estaba contenta con mi vida y la cambié. Ahora estoy contenta. Ojalá pudieras alegrarte por mí.

—Esto es todo culpa de Jonah. Me dan ganas de estrangularle.

—No, él no es más que un pequeño guijarro en la pecera. No quiero volver a hablar de este tema otra vez contigo, mamá. Lamento que no nos comprendamos.

—Yo sólo deseo lo mejor para ti. Tú eres toda mi vida.

La cabeza de Dru comenzó a zumbar.

—Yo no quiero ser toda tu vida. No debería ser toda tu vida. Papá...

—Bueno, claro, también está tu padre. La mayor parte del tiempo sólo Dios sabe por qué le soporto. Pero tenemos veintiocho años invertidos el uno en el otro.

—¿Es eso lo que significa tu matrimonio? ¿Una inversión?

—¿Cómo diablos hemos llegado a hablar de este tema? Esta no es en absoluto la razón por la que he venido.

—¿Le amas? —inquirió Dru, y vio cómo su madre parpadeaba.

—Pues claro que sí. Vaya pregunta. Y aunque a veces no estemos de acuerdo, hay una cosa en la que existe perfecta unanimidad entre nosotros. Tú eres lo más preciado de nuestra vida. Y ahora... —Se inclinó y besó a Dru en ambas mejillas—. Tengo una maravillosa sorpresa para ti. —Aferró la mano de su hija—. Ahora mismo vamos a pasarnos por tu casa para que cojas el pasaporte y metas unas cuantas cosas imprescindibles en una maleta. No hace falta que sea mucho, ya nos ocuparemos del guardarropa cuando lleguemos allí.

—¿Allí? ¿Adonde?

—A París. Ya está todo arreglado. Justo después de hablar contigo esta mañana, se me ha ocurrido una idea maravillosa. He llamado a tu padre y él se reunirá con nosotras dentro de un día o dos. El avión nos está esperando en el aeropuerto. Pasaremos algún tiempo en el piso de tía Michelle en París, iremos de compras, ah, y daremos una pequeña fiesta. Luego nos iremos en coche al sur y pasaremos una semana en la villa. Para alejarnos del calor y de las multitudes.

—Mamá...

—Y después creo que tú y yo deberíamos hacer una escapada y pasar un agradable fin de semana de chicas. Ya nunca pasamos tiempo juntas. Hay un balneario maravilloso no lejos de...

—Mamá. No puedo ir contigo.

—Venga, no seas tonta. Ya está todo organizado: No tienes que preocuparte de nada.

—No puedo ir. Tengo un negocio que atender.

—Desde luego, Dru. Seguro que puedes cerrar durante algunas semanas o pedirle a alguien que se ocupe mientras estás fuera. No puedes dejar que esta afición tuya te prive de todas las ocasiones de pasarlo bien.

—No es una afición. No me priva de nada. Y no puedo cerrar así, sin más, para irme a dar vueltas por Francia.

—No quieres.

—Vale, no quiero.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Katherine.

—¿Es que no ves cuánto necesito hacer esto por ti? Tú eres mi bebé, mi dulce bebé. No hago más que preocuparme pensando en ti aquí sola.

—No estoy sola. Tengo casi veintisiete años. Debo hacer mi vida. Papá y tú tenéis que hacer la vuestra. Por favor, no llores.

—No sé en qué me he equivocado. —Katherine abrió su bolsito y sacó un pañuelo de papel—. ¿Por qué no te puedes tomar un poco de tiempo para estar conmigo? Me siento tan abandonada...

—Yo no te he abandonado. Por favor... —Cuando sonó la campanilla, Dru alzó la vista—. Seth —dijo con un alivio nacido de la desesperación.

—Había pensado pasar por aquí antes de que tú... —Se interrumpió al ver a la mujer que se secaba los ojos con un pañuelo—. Perdón. Eh..., luego vuelvo.

—No. No. —Tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar ante la puerta y bloquearle la retirada. Sabía que nada serenaría tan rápido a su madre como una presentación social—. Me alegro de que hayas venido. Me gustaría presentarte a mi madre. Katherine Whitcomb Banks, Seth Quinn.

—Me alegro de conocerla.

—Lo mismo digo. —Katherine le ofreció una sonrisa acuosa mientras alargaba una mano—. Tendrás que perdonarme. He echado mucho de menos a mi hija y eso ha hecho que me pusiera excesivamente sentimental. —Mientras se secaba los ojos, su mirada se aguzó—. Seth Quinn, ¿el pintor?

—Sí —confirmó Dru, ya más animada—. Admiramos mucho su trabajo, ¿verdad, mamá?

—Es cierto. Mucho. Mi hermano y su esposa estuvieron en Roma el año pasado y se enamoraron de tu cuadro de la Plaza de España. Me dieron mucha envidia con su descubrimiento. Y tú creciste en esta zona, ¿no?

—Sí, señora. Mi familia vive aquí.

—Es tan importante recordar a la familia... —comentó Katherine con una mirada apenada a su hija—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar por aquí?

—Vivo aquí.

—Ah, yo creía que vivías en Europa.

—Estuve allí durante algún tiempo, pero vivo aquí. Éste es mi hogar.

—Ya. ¿Vas a exponer en Washington o Baltimore?

—En algún momento.

—No te olvides de avisarme. Me encantaría ver más obras tuyas. Y me gustaría mucho invitarte a cenar cuando te venga bien. ¿Tienes una tarjeta para que pueda enviarte una invitación?

—¿Una invitación? —Lanzó una sonrisa rápida y luminosa. No pudo evitarlo—. No, lo siento. Pero puede avisar a Dru. Ella sabe cómo localizarme.

—Ya veo. —Y estaba empezando a ver—. Tenemos que quedar muy pronto.

—Mamá se va a París —comentó Dru rápidamente—. Cuando vuelvas —le dijo a su madre mientras la dirigía hacia la puerta—, tenemos que quedar para vernos.

—*Bon voyage*.

Seth alzó una mano en señal de despedida.

—Gracias, pero no estoy segura de que vaya a...

—Mamá. Ve a París. —Dru le dio un beso firme en la mejilla—. Diviértete. Disfruta de unas vacaciones maravillosas y románticas con papá. Cómprate Chanel entero. Mándame una postal.

—No sé. Lo pensaré. Encantada de conocerte, Seth. Espero verte de nuevo, pronto.

—Eso sería estupendo. Que tenga buen viaje.

Esperó, golpeándose los muslos con los dedos, mientras Dru acompañaba a su madre. Más bien, la obligaba a irse, se corrigió. A través del escaparate, vio que la depositaba en un Mercedes de color crema con chófer uniformado.

Aquello le recordó un pequeño detalle que había olvidado. La familia de Dru estaba podrida de dinero. No era difícil de olvidar, pensó. Ella no vivía como una millonaria. Vivía como una persona normal.

Cuando volvió, cerró la puerta con cerrojo y se apoyó en ella.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Usarte para escaquearme de una situación bastante incómoda.

—¿Para qué están los amigos? —Se acercó a ella y le dio en la barbilla con el dedo—. ¿Te apetece contarme por qué estaba llorando y tú tenías un aspecto tan triste?

—Quería que me fuera a París. Así, como si nada —añadió Dru, alzando las manos para luego dejarlas caer—. Ya lo había organizado todo sin consultarme, luego se viene hasta aquí esperando que me ponga a dar saltos de alegría, que me apresure a hacer la maleta y me vaya con ella.

—Algunas personas habrían reaccionado así.

—Algunas personas no tienen un negocio del que ocuparse —estalló—. Algunas personas no han estado ya en París más veces de las que pueden contar. Y a algunas personas no les gusta que les organicen la vida punto por punto como si aún tuvieran ocho años.

—Cariño. —Como la sentía vibrar de enfado y frustración, le frotó los brazos con las manos—. No he dicho que eso es lo que tú tendrías que haber hecho, sino que alguna gente lo habría hecho. Te ha puesto de los nervios, ¿no?

—Me pasa casi siempre. Ya sé que en realidad no es culpa suya. En serio cree que lo hace por mí. Ambos lo creen, y eso sólo empeora las cosas. Ella presupone cosas que no debiera, toma decisiones por mí que ya no tiene derecho a tomar y luego hiero sus sentimientos por no acceder.

—Por si te hace sentir mejor, a mí me ha caído una buena bronca de Cam esta mañana, por no pasar por casa y porque me olvidé de hacer algo que dije que iba a hacer.

Dru alzó la cabeza.

—¿Ha llorado?

—Puede que se le hayan humedecido un poco los ojos. Vale, no —dijo, aliviado cuando la boca de Dru se curvó en una sonrisa—. Pero hemos estado a punto de llegar a las manos, menos mal que Phil nos ha separado

—Bueno, yo no puedo golpear a mi madre. ¿Lo has resuelto con tu hermano?

—Sí, ya está todo aclarado. Tengo que ir y humillarme ante Anna un rato, pero antes se me había ocurrido pasar a dejarte el diseño del barco.

Hizo un gesto, señalando la amplia carpeta que había dejado en el mostrador.

—Ah. —Se apretó las sienes con los dedos—. ¿Puedo verlo luego? Es que tengo que cerrar o llegaré tarde a mi clase.

—Yoga, sí. No deberías perdértelo. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—¿Tú quieres que siga en pie?

—Llevo todo el día pensando en ti. Pensando en estar contigo.

Eso la animó.

—Creo que tal vez te he dedicado algún que otro pensamiento de pasada. Aunque he estado bastante ocupada hoy por aquí.

—Eso me han dicho. Will ha pasado por el astillero con un bosque de rosas y a Aubrey ha estado a punto de darle un ataque al corazón.

—¿Le han gustado?

—Se ha puesto toda empalagosa, y eso no es nada fácil con Aubrey. Por otro lado, Will parecía totalmente hecho polvo. Supongo que tiene que estar muy colgado de ella para venir aquí, comprarle flores y llevárselas cuando tenía aspecto de no haber dormido en una semana.

—Me ha caído bien, y también su hermano. Tienes suerte de contar con amigos así desde la infancia.

—¿Tú no los tienes?

—La verdad es que no. Bueno —continuó para evitar el tema—, he tenido otra visita extraña justo antes de que Will llegara. Una mujer —siguió, mientras sacaba el dinero y guardaba la recaudación de la jornada—. Decía que conocía a mi madre, pero en cuanto se ha puesto a hablar, me he dado cuenta de que no era verdad. No por lo que decía, sino por su aspecto. Eso suena esnob, pero es pura lógica.

—¿Cómo era?

—Dura, mezquina, en absoluto alguien que haya podido trabajar en algún momento en un comité benéfico con mi madre. Me estaba sonsacando. —Se encogió de hombros—. No es tan raro cuando se procede de una familia influyente.

Seth notó una sensación helada en la boca del estómago.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha hecho?

—No mucho. Creo que estaba tanteando el terreno para algo, pero entonces ha entrado Will. La mujer ha comprado unos claveles y se ha ido. Es curioso, él ha comentado que le sonaba de algo.

Y entonces la náusea ascendió a su garganta.

—¿Te ha dicho cómo se llamaba?

—¿Cómo? Sí. —Dru echó una última mirada, cogió el bolso y las llaves—. Harrow, Glo Harrow. La verdad es que tengo que irme.

Se detuvo, sorprendida, cuando la mano de él le agarró el brazo.

—¿Qué pasa?

—Si vuelve otra vez, quiero que me llames.

—¿Por qué? No es más que una mujer que espera timarme para que suelte algo de dinero, o para conseguir que le presente a mi abuelo. Créeme, llevo toda mi vida manejando este tipo de situaciones.

—Quiero que me lo prometas. Lo digo en serio. Si entra, tú vas a la trastienda, coges el teléfono y me llamas.

Ella iba a decirle que no necesitaba protección, pero había tal ardor, tal urgencia en su voz, que asintió.

—De acuerdo. Te lo prometo.

14

Seth tuvo que esperar a la mañana siguiente, hasta que Dru se fue abajo para preparar sus pedidos diarios. Él apenas había dormido. Aunque luchó por librarse de la desazón, permaneció en vela la mayor parte de la noche.

Incluso el placer de tener a Dru acurrucada junto a él se había visto empañado.

Pero tenía que asegurarse.

Aunque las tripas le decían que Gloria había pisoteado una parte más de su vida, llamó a la puerta del apartamento de los hermanos McLean. Tenía que estar seguro.

Abrió Dan, vestido para el trabajo, con una gran taza de café en la mano.

—Hola, ¿qué pasa? Me pillas de milagro. Tengo una reunión a primera hora.

—Tengo que hablar con Will.

—Buena suerte. Es el hombre muerto del cuarto que hay al final del pasillo. ¿Quieres café? Probablemente haga el número de la resurrección en torno al mediodía.

—Es urgente.

—Venga, Seth, que el tío está totalmente hecho picadillo. —Como Seth ya avanzaba por entre el deshará justo del salón, Dan le siguió—. No, ése es el mío.

—Resignado, Dan alzó un pulgar para señalar una segunda puerta. Había un letrero en ella que aconsejaba: *Tómate un par de aspirinas y vete lejos, muy lejos.*

Seth no se molestó en llamar, sino que abrió la puerta del cuarto a oscuras. Por la luz del pasillo, se podía ver que las cortinas opacas cubrían totalmente la ventana. La habitación en sí era del tamaño de un armario, y estaba ocupada casi del todo por la cama.

Will estaba tumbado en ella, boca arriba, con los brazos extendidos a los lados como si hubiera caído en aquella posición y no se hubiera movido en absoluto. Llevaba unos calzoncillos de Marvin el Marciano y sólo un calcetín. Estaba roncando.

—Espera, que cojo la cámara —musitó Dan—. Oye, Seth, ésta es la primera oportunidad que tiene de dormir ocho horas seguidas en dos semanas. Quería pasar el rato con Aubrey, así que no llegó hasta después de las dos. Apenas estaba consciente cuando entró por la puerta.

—Es importante.

—Bueno, joder. —Dan se acercó a la ventana—. Probablemente, va a jurar en hebreo. —Implacable, abrió las cortinas.

El sol brillante de la mañana cubrió el lecho. Will no movió ni un músculo. Seth se inclinó sobre la cama y agitó a Will por el hombro.

—Despierta.

—Broncoespasmo asistolia.

—Te lo he dicho. —Dan se acercó a la cama—. Observa cómo hay que hacerlo. —Acercó la boca al oído de su hermano y gritó: ¡Emergencia! ¡Emergencia! Dr. McLean, acuda a la sala tres. ¡Rápido!

—¿Qué pasa? —Will se incorporó como si la mitad superior de su cuerpo hubiera sido disparada con un arco—. ¿Dónde está el carrito de los instrumentos? ¿Dónde...? —Parte de su cerebro se despejó mientras parpadeaba mirando el rostro de Seth—. Joder.

Hizo ademán de volver a tumbarse, pero Seth le agarró del brazo.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Tienes una hemorragia interna?

—No.

—Pues la vas a tener si no te piras de aquí y me dejas dormir. —Cogió una almohada de debajo y se la puso sobre la cara para tapar el sol—. No ves a un tío durante años y luego no te le puedes quitar de encima. Vete y llévate contigo al imbécil que antes era mi hermano.

—Ayer estuviste en la tienda de Dru.

—Dentro de un minuto voy a ponerme a llorar.

—Will. —Seth le arrebató la almohada—. La mujer que estaba en la tienda cuando tú entraste, dijiste que te sonaba de algo.

—En este momento no reconocería ni a mi propia madre. De hecho, ¿quién cojones eres y qué estás haciendo en mi habitación? Voy a avisar a la policía.

—Dime cómo era.

—Si te lo digo, ¿te irás?

—Sí. Por favor.

—Joder, déjame que piense. —Con un enorme bostezo, Will se frotó la cara con las manos. Olisqueó. Volvió a olisquear—. Café. —Sus ojos comenzaron a buscar hasta que se detuvieron en la taza de Dan—. Quiero ese café

—Éste es mío, idiota.

—Dame ese puto café o le digo a mamá que crees que el vestido amarillo le hace el culo gordo. Tu vida no valdrá la pena ser vivida.

—Dale el puto café —estalló Seth.

Dan se lo pasó.

Will sorbió y tragó. Seth casi esperaba que hundiera la cabeza en la enorme taza y la lamiera con la lengua.

—Vale, ¿cuál era la pregunta?

Seth apretó el puño a un costado, e imaginó su furia dentro de ese puño. Atrapada y bajo control.

—La mujer que viste en la tienda de Dru.

—Ah, sí. —Will volvió a bostezar y trató de concentrarse—. Había algo en ella que me puso de lo más nervioso. Iba vestida como si lo que le pegara fuera hacer la esquina en Baltimore. No es que yo sepa nada de eso —añadió con una sonrisa de querubín—. Rubia decolorada, huesuda. Lo que mi padre llamaría «pasada la fecha de caducidad». Tras un examen visual rápido, el diagnóstico sería abuso continuado del alcohol, junto con otras sustancias químicas para fines recreativos. Muy mal tono de piel. Probablemente, hígado dañado.

—¿Edad? —exigió Seth.

—En torno a los cincuenta, pero muy mal llevados. Puede que más joven. Ronquera de fumadora. Como deje su cuerpo a la ciencia, no es que vayamos a recibir mucho.

—Ya.

Seth se sentó pesadamente a un lado de la cama.

—Como le dije a Dru, había algo que me sonaba. Aún no la he podido ubicar. A lo mejor es sólo el tipo. Dura, en tensión, algo así, no sé, con un punto depredador. ¿Qué? ¿Volvió para acosar a Dru? Me hubiera quedado de haber pensado que...

Entonces se le descolgó la mandíbula cuando las piezas encajaron.

—Joder, joder, joder. Gloria DeLauter.

Seth se apretó la frente con las manos.

—Me cago en todo.

—Un momento, un momento. —Dan alzó ambas manos—. ¿Estás diciendo que Gloria DeLauter estuvo en la floristería de Dru? ¿Ayer? No puede ser. Se fue, se fue hace años.

—Era ella —afirmó Will—. No había caído hasta ahora. Sólo la vimos aquella vez —le dijo a Dan—, pero es un recuerdo bastante fuerte. Ella, que gritaba y trataba de meter a Seth en aquel coche. Sybill, que la tira al suelo de un golpe, mientras *Tonto* aulla como si le fuera a pegar un buen mordisco. Ha cambiado, pero no tanto.

—No. —Seth dejó caer las manos—. No tanto.

—¿Qué cojones hace aquí de vuelta? —preguntó Will—. Ya no eres un niño. No puede intentar llevarte con ella para exprimir a tus hermanos y que paguen un rescate o algo así. Y no puede ser que busque un tierno reencuentro entre madre e hijo, así que ¿para qué ha venido?

—Will es un poco lento —comentó Dan—, en especial cuando se trata del lado oscuro. El para qué sería el dinero, ¿no, Seth? Aquí nuestro amigo es un artista de éxito, que está ascendiendo por la escalera rutilante de la fama y la fortuna. En el agujero donde haya estado metida, ha tenido que oír hablar de él. Y ha vuelto a buscar parte de los beneficios.

—Eso es, a grandes rasgos.

—Aún no lo comprendo. —Will se tiró del pelo—. No le debes nada. No tiene nada con que chantajearte.

—Llevo años pagándole.

—No jodas, Seth.

—No hacía más que aparecer. Y yo le daba dinero para que volviera a desaparecer. Era una estupidez, pero no sabía qué otra cosa podía hacer para impedir que jorobara a mi familia. Estaban montando el negocio y llegaban los niños. No quería que les metiera en líos.

—¿No lo saben? —preguntó Will.

—No, nunca se lo he dicho a nadie. —Se lo había guardado dentro, en el lugar que trataba de mantener alejado de aquello en lo que se había convertido su vida—. Hace unos cuantos meses, me localizó en Roma. Entonces fue cuando pensé que no valía la pena estar a cinco mil kilómetros. Quería volver a casa. Volvió a ponerse en contacto hará una semana. Normalmente tarda más. Un año o dos. Pensé que había conseguido algo de tiempo. Pero si entró en la tienda de Dru, no era porque quisiera comprar unas putas margaritas.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó Dan.

—No hay nada que podáis hacer. Sólo mantenedlo en secreto hasta que yo llegue a alguna conclusión. Mientras tanto, esperaré. Veremos cuál es su siguiente paso.

Pero no podía limitarse a esperar. Pasó horas recorriendo hoteles, moteles y hostales intentando encontrarla, sin tener ni idea de qué iba a hacer cuando diera con ella.

Comenzó la búsqueda guiado por la cólera, pero sin un plan concreto, pensando sólo en que tenía que enfrentarse a ella y conseguir que se fuera por cualquier medio. Pero mientras se dirigía en coche de un hotel a otro, se fue calmando. Comenzó a pensar como ella pensaba. Fríamente.

Si ella creía que Dru le importaba, la utilizaría. Como herramienta, como arma, como víctima. Muy probablemente, de las tres formas. Cuando la encontrara, si llegaba a encontrarla, tendría que tener cuidado de mostrar su relación con Dru como un lígúe normal, incluso con un punto calculador.

Si había algo que Gloria entendía, y hasta respetaba, era el hecho de utilizar a los demás. Usar a cualquiera para tus propios fines.

Mientras pensara que él estaba usando a Dru para conseguir sexo y un espacio para su estudio, ésta se encontraría a salvo.

Entonces, al menos una persona que le importaba no se vería manchada por el pincel de Gloria.

Estaba a setenta kilómetros de St. Chris cuando dio con la respuesta.

El motel presumía de ofrecer piscina, televisión por cable y habitaciones familiares. La recepcionista era lo suficientemente joven y animada para que Seth pensara que la habían contratado como personal de apoyo para el verano.

Se apoyó en el mostrador y habló de forma cordial,

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, gracias. ¿Desea una habitación?

—No. Estoy aquí para ver a una amiga. ¿Gloria DeLauter?

—DeLauter. Un momento, por favor. —Se mordió el labio inferior mientras comenzaba a golpear el teclado—. Mmm, ¿me podría deletrear el apellido?

—¡Cómo no!

Cuando lo hizo, ella volvió a escribir y alzó la vista con aire de disculpa.

—Lo siento. No hay ninguna DeLauter en nuestros registros.

—Vaya. Ah, ¿sabes qué? Puede que se haya registrado con el apellido Harrow. Es el nombre que usa para los negocios.

—¿Gloria Harrow? —Volvió al teclado y luego frunció el ceño—. Me temo que la señorita Harrow se ha ido.

—¿Que se ha ido? —Seth se enderezó e hizo todo lo que pudo para mantener suave el tono de su voz—. ¿Cuándo?

—Esta misma mañana. Le he hecho el trámite yo misma.

—¡Qué raro! ¿Una mujer rubia? ¿Delgada? Como así de alta. —Alzó una mano para demostrarlo.

—Sí, eso es.

—Bueno, diablos, debo haberme confundido con las fechas. Gracias. —Hizo ademán de irse, luego se volvió como por causalidad—. No habrá mencionado bajar a Saint Christopher, ¿no? .

—No. Me parece que se ha ido en la otra dirección. En fin, espero que no pase nada malo.

—Sólo una confusión —comentó, y se permitió sentir un hilito de cauteloso alivio—. Gracias por su ayuda.

Se dijo a sí mismo que se había ido. Había cogido los diez mil y se había pirado. Le había echado un vistazo a Dru, lo cual era preocupante, pero Seth imaginó que Gloria, después de

conocer a la joven, había desechado la idea de que Dru y él tuvieran un tipo de relación que ella pudiese explotar.

La cosa era que él mismo no se sentía muy seguro de dónde se hallaba respecto a la joven.

No era el tipo de persona que muestra sus sentimientos de un modo abierto, pensó. Ni abierto ni cerrado. Pero ¿no era parte de la fascinación que sentía por ella el hecho de que fuera tan reservada?

Al menos, así había sido. El interés y la atracción se habían fundido para crear algo bastante más fuerte.

Y ahora quería más.

Una de las vías que usaba para ver lo que había dentro de las personas era pintarlas.

Era consciente de que a ella no le gustaba demasiado la idea de posar otra vez, en especial del modo que el tenía pensado. Pero preparó su estudio el domingo por la mañana como si ella hubiera mostrado su acuerdo más entusiasta.

—¿Por qué no aceptas simplemente dinero por el cuadro?

—No quiero dinero.

Colocó las sábanas en la cama, sábanas que había pedido prestadas a Phil, tras tomar al asalto el armario de la ropa blanca de su hermano.

El tejido era suave y tenía buena caída. Y su color, madreselva pálido, ofrecería el contraste perfecto con el rojo audaz de los pétalos de rosa y el blanco delicado de la piel de Dru.

Deseaba aquella mezcla de tonos y de ánimos, cálido, caliente, fresco, porque ella era todos a la vez.

—Y entonces, ¿para qué vendes tu trabajo, si no? —Dru mantenía el albornoz cerrado a la altura del cuello mientras lanzaba miradas de incomodidad a la cama—. ¿No es para hacer dinero?

—No pinto por dinero. Ése es un agradable beneficio extra y se lo dejo a mi marchante.

—Yo no soy modelo.

—Tampoco yo quiero una modelo. —Insatisfecho, tiró, arrastró, empujó, hasta que cambió el ángulo y posición de la cama—. Las modelos profesionales pueden ofrecerte una pose magnífica. Pero yo encuentro que el trabajar con gente normal me da más. Además, para esta obra no puedo usar a nadie más que a ti.

—¿Por qué?

—Porque eres tú.

Ella siseó entre dientes mientras Seth abría la primera bolsa de pétalos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que te veo a ti. —Echó los pétalos sobre las sábanas, aparentemente al azar—. Tú relájate y déjame a mí.

—No puedo relajarme cuando estoy tumbada desnuda en una cama cubierta de pétalos de rosa y tú me miras fijamente.

—Claro que puedes.

Añadió más pétalos, retrocedió, lo pensó.

—Acabamos de hacer el amor en esa cama hace apenas unas horas.

—Eso es. —Entonces la miró y sonrió—. Me ayudaría que pensaras en eso mientras pinto.

—O sea, ¿que te has acostado conmigo para ponerme del humor adecuado?

—No, me he acostado contigo porque parece que contigo nunca tengo suficiente. El humor es otro conveniente beneficio extra.

—Ya sabes dónde puedes meterte tu conveniente beneficio extra.

Él se limitó a reír y luego la agarró antes de que pudiera entrar en el baño.

—Estoy loco por ti.

—Quieto. —Ella hirvió de rabia mientras el le mordisqueaba el lóbulo de la oreja—. Lo digo en serio, Seth.

—Loquito. Eres tan bella... No seas tímida.

—A base de halagos no me vas a engatusar para que me desnude.

—Engatusar. ¡Qué palabra más guay! ¿Y si apelo a tu apreciación del arte? Sólo te pido que lo intentes. —Le rozó los labios con los suyos—. Dame una hora. Si siguen sintiéndote incómoda, nos lo volvemos a pensar. El cuerpo humano es natural.

—Sí, como la ropa interior de algodón.

—Como la usas tú, claro que lo es.

Y por supuesto, la hizo reír.

—¿Una hora? —Retrocedió—. ¿Y me quedo con el cuadro?

—Trato hecho. Bueno, ¿te va bien esta música, o te pongo otra cosa para el strip—tease?

—Ay, pero qué gracioso eres.

—Y ahora vamos a quitarnos esto. —Le desato el albornoz y se lo sacó suavemente por los hombros—. Me encanta mirarte. Me encanta tu forma. —Hablaba suavemente, mientras la conducía hacia la cama—. Y el modo en que tu piel brilla con la luz. Quiero mostrarte lo que veo cuando te miro.

—¿Y se supone que seducirme va a contribuir a que me relaje?

—Tiéndete. No pienses en nada todavía. Quiero que te vuelvas de lado, mirándome. Con el brazo así. —Lo alzó y lo dejó caer sobre los pechos.

Ella hizo todo lo que pudo para ignorar las sensaciones de su piel donde los dedos de él, los nudillos, la rozaban.

—Me siento... expuesta.

—Revelada —corrigió—. No es lo mismo. Sube esta rodilla hacia arriba. Mantén este brazo en ángulo hacia abajo. Con la palma hacia arriba, abierta. Bien. ¿Estás ¡cómoda?

—No puedo creer que esté haciendo esto. Ésta no soy yo.

—Sí, lo eres.

Metió la mano en la bolsa y derramó pétalos sobre ella, dejando que algunos cayeran en la palma abierta, antes de poner deliberadamente más en su cabello, en la curva del pecho, sobre el brazo, a lo largo de la cadera y de la pierna.

—Intenta mantener esa postura para mí.

Retrocedió y la recorrió con la mirada de un modo que la hizo ruborizarse.

—Seth.

—Intenta no moverte mucho.. Necesito tu cuerpo primero. En este momento no me preocupa mucho la cabeza y la cara. Háblame.

Se retiró tras el lienzo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre lo ridícula que me siento?

—¿Por qué no salimos a navegar esta noche? Podemos apuntarnos a cenar en casa de Anna y salir después.

—No puedo pensar en la cena y desde luego que no quiero ni pensar en tu cuñada mientras estoy... La gente va a ver esto, me va a ver a mí. Desnuda.

—La gente va a ver un cuadro de una mujer espectacular.

—Y mi madre —dijo Dru con repentino pánico,

—¿Qué tal está? ¿Siguen juntos tu padre y ella?

—Eso creo. Se fueron a París, pero no están contentos conmigo.

—No se puede tener a todo el mundo contento todo el tiempo.

Esbozó la curva del hombro femenino, el tallo de la nuca, la esbelta línea del torso.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en París.

—Hará unos tres años. Para la boda de mi tía. Ahora vive allí, bueno, en realidad vive en las afueras, pero mantienen un piso en la ciudad.

Entonces él le habló de París, satisfecho cuando vio que se disolvía la tensión de su cuerpo. Luego comenzó a pintar.

El contraste del rojo con la piel blanca, el brillo de la luz, la delicadeza de las sábanas con las sombras más profundas en los suaves pliegues. Deseaba la elegancia de la mano abierta y los fuertes músculos de la pantorrilla.

Ella se movió ligeramente, pero Seth no dijo nada para corregir la postura. La conversación para mantenerla relajada tenía lugar en una parte distinta de su mente. El resto permanecía sumergido en la imagen que estaba creando con pintura y pincel.

Allí aparecía de nuevo su reina de las hadas, pero en aquel momento estaba despierta. Entonces era consciente.

Ella dejó de pensar en la postura, en su sentido del pudor. Le producía una emoción increíble observarle trabajar, era excitante. ¿Sería consciente, se preguntó, de la intensidad que se apoderaba de él? La forma en que sus ojos cambiaban y adoptaban una especie de feroz determinación que se contradecía totalmente con el flujo espontáneo de sus palabras.

¿Se veía a sí mismo? Sin duda, debía de verse. Tenía que conocer la fluidez y la concentración que formaban una parte tan integral de su técnica. La sexualidad de todo

aquello. Y la belleza, el poder, que hacían que el modelo al que llevaba consigo se sintiera bello y poderoso.

Dru se olvidó del límite de tiempo que habían acordado. Fuera cual fuera la fantasía que él había creado en su mente, había pasado a formar parte de aquella fantasía hasta tal punto que no podía romper el hechizo.

¿El modelo siempre se enamoraba del artista?, se preguntó. ¿Era parte del funcionamiento normal el que ella sintiera aquella intensa complicidad con él, aquella necesidad pasmosa de él?

¿Cómo había llegado a convertirse en el primer hombre, en el único, al que ella quería darse? Dar lo que él quisiera. Era espantoso saberlo, comprender que el amor podía significar renunciar a tantas cosas de uno mismo.

¿Qué quedaría de ella si cedía a eso?

Cuando la mirada de Seth se movió sobre ella, como absorbiendo lo que era, tembló.

—¿Tienes frío? —Su voz sonaba impaciente. Luego, como si hubiera encendido un interruptor, hablo con mayor naturalidad—. Perdona, ¿tienes frío?

—No. Sí. Puede que un poco. Me siento algo agarrotada.

Seth frunció el ceño y bajó la vista hasta la muñeca para mirar el reloj que una vez más había olvidado detenerse.

—Puede que ya llevemos una hora.

—Por lo menos.

Ella consiguió sonreír.

—Necesitas un descanso. ¿Quieres un poco de agua? ¿Zumo? ¿He comprado zumo?

—Con agua me basta. ¿Me puedo sentar un momento?

—Claro, claro.

En cualquier caso, ya no la estaba mirando, sólo miraba la obra.

—¿Y puedo ver lo que has hecho hasta ahora?

—Mmm. —Dejó el pincel y cogió un trapo. Y en ningún momento apartó los ojos del lienzo.

Dru se levantó del lecho, cogió el albornoz y, envolviéndose en él, se acercó al cuadro.

La cama era el centro del lienzo, mientras que la mayor parte del espacio exterior estaba aún en blanco y sin pintar. Ella era el centro de la cama.

Todavía no había pintado el rostro, así que sólo era un cuerpo, largos miembros adornados con pétalos de rosa. Su brazo le cubría el pecho, pero no era un gesto de pudor. Era de coqueteo, pensó. De invitación. De conocimiento.

Sólo había hecho una mínima parte, y sin embargo se apreciaba el genio. ¿Había mirado ella alguna vez y había visto un juego tan bello de luces y sombras?

Había elegido muy bien la cama. Las finas barras de hierro ofrecían sencillez y una especie de atemporalidad. El tono delicado de las sábanas resaltaba la piel y ofrecía otro contraste más con las pinceladas intensas, audaces.

—Es precioso.

—Lo será —coincidió—. Es un buen comienzo.

—Sabías que no te detendría una vez viera lo que habías hecho.

—Si hubieras mirado y no hubieras visto lo que yo quería que vieses, habría fracasado, Drusilla.

Ella le observó. Se le aceleró el pulso al ver aquella misma intensidad centrada en su rostro, aquella firmeza de propósito, de concentración. Aquella necesidad que vibraba en torno a él cuando trabajaba.

Pero en aquel momento, era por ella.

—Nunca he deseado a nadie de este modo—consiguió decir—. No sé lo que significa.

—Me importa una mierda.

La atrajo hacia sí y capturó su boca.

Mientras la arrastraba hacia la cama, iba quitándole el albornoz.

Una parte de ella, que había nacido y se había criado en el lujo y la delicadeza, se sintió escandalizada ante semejante trato. Y más escandalizada todavía por aceptarlo. Y la parte que lo aceptaba triunfó.

Le tiró de la camisa mientras caían sobre las sábanas cubiertas de pétalos de rosa.

—Tócame. Ay, tócame. —Se arrastró sobre él—. Tócame como imagino que me tocas cuando me estás pintando.

Las manos de él la acariciaron, ásperas y llenas de necesidad, alimentando las llamas que habían permanecido latentes mientras ella estaba tendida, desnuda. Eso la llenaba de energía, chispeaba en su sangre hasta que sintió que se convertía en una masa trémula de necesidad pura mezclada con una avaricia temeraria.

Su boca luchaba con la de él en una frenética batalla por darse.

Seth se perdió en ella, atrapado en un laberinto creado por las emociones que Dru tejía en torno a él, inmerso en el flujo de sensaciones que ella hacía brotar con cada caricia, cada bocado, cada palabra.

El deseo de obtener aún más se precipitó contra un saliente rocoso de amor.

Cuando la atrajo hacia sí, la abrazó, la abrazó intensamente y se precipitó al vacío.

Un cierto cambio, una especie de ternura se insinuó entre la urgencia. La inundó y ella se quedó sin fuerza junto a él.

Entonces las bocas se unieron en un beso largo y suntuoso, entonces las manos se deslizaron sobre la pie delicadamente. El aire se hizo más espeso, lleno de la esencia de las rosas, de la trementina, de la pintura, todo mezclado por la brisa que ascendía desde el agua.

Ella se alzó sobre él y bajó los ojos al amor.

Le dolía la garganta. Su corazón se hallaba colmado. Conmovida más allá de lo soportable, bajó sus labios hasta los de él hasta que le dolió la garganta de tanta dulzura.

Aquello, lo sabía, era más que el placer, estaba más allá del deseo y de la necesidad. Aquello, si ella lo permitía, podía serlo todo.

Si aquello consumía a las personas, entonces ella se vería consumida. Le tomó dentro de sí y se entregó a todo.

De un modo lento, sedoso, profundo y deliberado, se movieron juntos. Temblaron mientras ascendían, suspiraron mientras flotaban. Le parecía que los colores, los colores intensos y audaces que él había usado en el cuadro, se extendían dentro de ella.

Seth se alzó hasta ella, hasta encontrar con su boca la de ella una vez más mientras sus brazos la envolvían. Estrechamente abrazados, se rindieron.

Durante un rato no hablaron. Ella mantuvo la cabeza sobre el hombro de Seth y miró la luz que entraba por la ventana.

Había abierto una ventana, notó. Una ventana que ella estaba segura de que debía permanecer cerrada. Y ahora el aire y la luz entraban a raudales.

¿Cómo iba a poder cerrarla de nuevo?

—Nunca había hecho el amor sobre pétalos de rosa —comentó suavemente—. Me ha gustado.

—A mí también.

Le quitó uno de la espalda.

—Pero ahora mira lo que hemos hecho. —Lo sostuvo para que él lo viera—. El pintor va a estar de lo más molesto con nosotros.

—Debería estarlo, pero no lo está. Además... —La alegría, el puro gozo corría por su interior dando largas zancadas—. El pintor tiene mucha inventiva.

—Eso puedo certificarlo.

—Dame otra hora.

Ella se inclinó para quedarse mirándole.

—¿Que vas a pintar otra vez? ¿Ahora?

—Confía en mí. Es importante, muy importante. Justo... así. —Ella seguía mirándole con la boca abierta cuando la movió, dándole un ligero empujón para colocarla de nuevo sobre el lecho—. ¿Te acuerdas de la postura o tengo que volver a colocarte?

—¿Que sí...? Ah, por todo lo que se mueve.

Algo más que ligeramente mosqueada, se dio vuelta hacia un lado y dejó caer un brazo sobre el pecho.

—Vale, ya te coloco yo.

Risueño, lleno de energía, la colocó, redistribuyendo pétalos de rosa, luego retrocedió para acercarse después a hacer más ajustes.

—No me importa que te pongas de morros, pero vuelve la cabeza hacia mí.

—No estoy de morros. Tengo demasiada madurez para hacerlo.

—Bueno. —Cogió los vaqueros y se los puso—. Necesito el ángulo de tu cabeza..., la barbilla hacia arriba. No, no tan alto, cariño. Así está mejor —dijo, tomando el pincel que necesitaba—.

Alza la cabeza, un poco... Ah, sí, eso es. Eres asombrosa, eres perfecta. Eres la mejor.

—Y tú eres un capullo.

—Eso sí que es una muestra de madurez. —Se puso a trabajar—. Y un poco crudo viniendo de ti.

—Puedo ser cruda cuando la ocasión lo requiere.

Por lo que a ella concernía, que un hombre se interesara más por su trabajo que por abrazarla cuando ella acababa de enamorarse era la ocasión perfecta.

—Anda, calla. Sólo mírame, escucha la música.

—Vale. Además, no tengo nada que decirte.

Tal vez no, pensó él, pero su rostro sí tenía mucho que decir. Y él lo quería todo. Pintó el ángulo arrogante, la fuerte barbilla con la delicada sombra en el centro, los pómulos esculpidos, la hermosa forma de sus ojos, la línea recta de su nariz aristocrática.

Pero para el resto, para la boca, para la mirada de los ojos, necesitaba algo más.

—No te muevas —le ordenó, regresando junto a la «una»—. Quiero que pienses en lo mucho que te deseo.

—¿Cómo dices?

—Piensa en lo poderosa que eres con el aspecto que vienes en este momento. Como si acabaras de despertar y me vieras mirándote. Anhelándote. Aquí tienes todo el poder.

—¿Ah, sí?

—Estoy desesperado por ti. —Se inclinó, con sus labios a apenas un suspiro de los de ella—. Y lo sabes. Todo lo que tienes que hacer es mover un dedo. Todo lo que tienes que hacer es sonreír. —Posó los labios sobre los suyos y le dio un beso lento y profundo, para que ella probara lo que era su anhelo—. Y soy tu esclavo.

Retrocedió, con los ojos fijos en los de ella mientras daba la vuelta al caballete.

—Eres tú, Drusilla. Eres tú.

Los labios de ella se curvaron, con una especie de conocimiento. En sus ojos centelleaba una invitación que era a la vez lánguida y luminosa.

En aquel preciso momento, él vio todo lo que quería, la conciencia, la confianza, el deseo y la promesa.

—No cambies.

No la veía más que a ella, no la sentía más que a ella, hasta el punto de que casi no era consciente del movimiento de su propia mano, de mezclar la pintura, de aplicarla, de distribuirla en pinceladas casi hasta respirarlo en el papel para que el rostro de Dru floreciera para él.

Captó lo que pudo, sabiendo que podría ver aquel la luz en su rostro para siempre. Seguiría allí cuando tuviera que concluir el cuadro.

Seguiría ahí, en su mente y en su corazón, cuando estuviera solo. Cuando se sintiera solo.

—Puedo hacerlo —dijo, y dejó a un lado el pincel—. Cuando lo termine, será lo más importante que he hecho en mi vida. ¿Sabes por qué?

Ella no podía hablar, apenas podía respirar por encima del torbellino de su propio corazón. No pudo más que agitar la cabeza.

—Porque esto es lo que tú eres para mí. Lo que, de algún modo, supe desde el primer momento que sería para mí. Drusilla. —Se acercó a la cama—. Te amo.

Su aliento salió entrecortado.

—Lo sé. —Se llevó una mano al corazón, maravilla de que no se le saliera del pecho en un salto de alegría—. Lo sé. Estoy aterrorizada. Ay, Dios mío, Seth, estoy aterrorizada, porque yo también te amo.

Saltó de la cama esparciendo pétalos y cayó en sus brazos.

15

El huracán Anna pasó por la casa, haciendo que sus hombres buscaran cobijo. Arrasó por la sala, recogiendo calcetines, zapatos, gorras de béisbol y vasos vacíos. Los que no se movieron con la suficiente rapidez para evacuar se vieron forzados a atrapar los artículos que se les lanzaban o a recibir el golpe en la cabeza.

Para cuando alcanzó la cocina, los supervivientes se habían ocultado. Hasta el perro se había escondido.

Desde lo que esperaba que fuera una distancia segura, Seth se aclaró la garganta.

—Pero, Anna, si no es más que una cena.

Se volvió contra él. Seth calculó que le sacaba sus buenos veinte kilos pero, aun así, su estómago se contra—jt > con algo parecido al miedo ante la luz asesina de aquellos ojos oscuros.

—¿Que no es más que una cena? —repitió—. ¿Y tú te crees que la comida se prepara sola?

—No, pero con lo que fuéramos a cenar es suficiente. Más que suficiente —se corrigió—. Dru no es nada melindrosa.

—Ah, así que Dru no es nada melindrosa —soltó Anna, mientras abría armarios, sacaba ingredientes, los dejaba en la encimera de un golpe y volvía a cerrar las puertas—. Por eso basta con avisarme de que vamos a tener compañía una hora antes de cenar.

—No se trata de compañía, exactamente. Yo pensaba pillar algo de cenar y que luego nos...

—Ah, así que tú pensabas pillar algo de cenar. —Se acercó a él con pasos lentos y deliberados que le inspiraron el pánico en el centro mismo del corazón—. Pues nada, simplemente pedimos una pizza y le decimos a Dru que la recoja de camino hacia aquí.

Cam, con la esperanza de que el que Anna mantuviera a Seth como a un insecto atravesado con un alfiler, la mantuviera distraída, trató de escabullirse por un lado de la cocina para sacar una cerveza del frigo. Debería haber sabido que las cosas no iban a ser tan fáciles.

—En cuanto a ti —le enseñó los dientes—, ¿te crees que puedes entrar en mi cocina con los zapatos sucio? Ni se te ocurra pensar en posar tu culo en el salón, sorbiendo esa cerveza. Tú no eres el rey aquí.

Cam tenía la cerveza y la ocultó a su espalda, por si acaso a ella se le ocurrían malas ideas.

—Oye, que yo soy un espectador inocente.

—En esta casa no hay inocentes. ¡Quieto ahí! —ordenó cuando Seth trató de deslizarse fuera del cuarto—. No he terminado contigo.

—Vale, vale. Bueno, ¿a qué viene tanto lío? Siempre hay alguien que viene a cenar. La otra noche Kevin trajo a aquel amigo tan rarito.

—No es rarito —llegó el grito de Kevin desde la seguridad de la sala.

—Oye, que tenía un pendiente en la nariz y no hacía más que citar a Dylan Thomas.

—Ah, Marcus. Sí que es rarito. Creía que te referías a Jerry.

—¿Te das cuenta? —Seth alzó las manos—. Hay tanta gente que entra y sale que ya no podemos ni distinguirlos.

—Esto es distinto.

Puesto que Anna acababa de sacar un cuchillo ancho del taco y Cam, el cobarde, había desertado, Seth decidió no discutir.

—Vale, lo siento, yo ayudo.

—Por supuesto que tú ayudas. Patatas rojas. —Con el cuchillo señaló la despensa—. Lávalas.

—Sí, señora.

—¡Quinn!

—¿Qué? —Con tono ofendido, Cam se acercó hasta el umbral de la cocina, pero mantuvo la cerveza fuera de la vista—. Yo no he hecho nada.

—Por eso. Dúchate. No tires la toalla al suelo. Aféitate.

—¿Que me afeite? —Se pasó una mano por la barbilla y adoptó un aire acosado—. Pero si ya ha pasado la mañana.

—Aféitate —repitió ella, y se puso a picar ajo con un vigor tan agresivo que Seth se guardó los dedos a buen recaudo en los bolsillos, por si acaso.

—Joder.

Cam lanzó a Seth una mirada de desprecio y se alejó.

—¡Jake! Recoge tu mierda del suelo del estudio. ¡Kevin! Pasa la aspiradora.

—¿Por qué quieres que me odien? —preguntó Seth.

La única respuesta de Arma fue una mirada de acero.

—Cuando hayas lavado las patatas, quiero que las cortes en taquitos. De este tamaño —dijo, indicando con el pulgar y el índice—. Y cuando termines con eso, saca el jabón y las toallas para invitados en el baño de abajo. Al primero que le pille usando el jabón o dejando marcas en las toallas, le corto los dedos —gritó.

Echó ingredientes en un cuenco y los batió.

—No toda la mierda que hay en el suelo del estudio es mía, para que lo sepas. —Jake entró con paso enérgico y le lanzó a Seth una mirada burlona—. Otras muchas personas dejan también su mierda por aquí.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —exigió saber Anna al ver a su hijo abrir la puerta del frigo.

—Sólo iba a coger un...

—No, no vas a coger nada. Quiero que pongas la mesa.

—Hoy le toca a Kev ponerla y quitarla. A mí me tocan los platos.

—Esta noche tú pones la mesa y friegas.

—¿Por qué tengo que poner la mesa y encima fregar? Yo no he invitado a ningún muermo de chica a cenar.

—Porque lo digo yo. Pon la mesa en el comedor. Saca la vajilla buena.

—¿Y por qué comemos ahí? No es el Día de Acción de Gracias.

—Saca las servilletas de lino —añadió—. Las que tienen rosas. Para seis personas. Y lávate las manos primero.

—Jo. No es más que una chica. Ni que fuera la reina de Inglaterra que viniera a vernos.

Se acercó al fregadero y dejó correr el agua mientras fruncía los labios, con el mismo gesto despectivo que había usado su padre.

—Yo no voy a traer a una chica nunca en la vida.

—Ya te lo recordaré dentro de un par de años.

Aunque la idea de que su pequeño trajera a cenar a una chica le produjo ganas de llorar, Anna se contuvo y vertió líquido para marinar las pechugas.

—Yo mismo me lo pensaré dos veces —murmuró Seth entre dientes.

—¿Cómo dices?

Hizo una mueca.

—Nada. Es sólo que, bueno, joder, Anna, ya he traído a otras chicas antes. Incluso Dru ha comido aquí ya, sin que a ti te diera un ataque.

—Aquello era distinto. Vino sin avisar y apenas la conocías.

—Ya, pero...

—Y puede que hayas traído a chicas antes, pero nunca habías invitado a cenar a la mujer de la que estás enamorado. Los hombres no comprenden nada. No comprenden nada en absoluto, y no sé por qué he sido, maldecida con un rebaño de tíos.

—No llores. Joder. Dios. Por favor, no hagas eso.

—Lloraré si quiero. Intenta detenerme.

—¡Enhorabuena! —musitó Jake, y huyó al comedor.

—Yo preparo el pollo. —Desesperado, Seth abandonó las patatas y se acercó a acariciar el cabello de Anna—. No tienes más que decirme lo que quieres que haga con él. Y con el resto, lo mismo. Y luego fregaré los platos y... —Retrocedió—. Yo no he dicho que estuviera enamorado de Dru.

—O sea, ¿que ahora soy ciega y estúpida? —Agarró el aceite de oliva y la mostaza de Dijon para hacer la salsa especial para las patatas—. Pásame la puñetera sal Worcestershire.

En lugar de eso, Seth le tomó las manos y luego subió las suyas por sus brazos.

—Apenas acabo de decírselo a ella. ¿Cómo es que sabes estas cosas?

—Porque te amo, estúpido. Apártate de mí. Tengo trabajo.

Le colocó la mejilla sobre la suya y suspiró.

—Maldición. —Le envolvió en sus brazos—. Quiero que seas feliz. Quiero que seas muy feliz.

—Lo soy. —Seth apretó el rostro contra el cabello de Anna—. Sólo me da un poco de miedo.

—Si no te da miedo, es que no es de verdad. —La abrazó fuerte otro instante, luego le

soltó—. Y ahora sal de aquí. Jabones y toallas para invitados. Baja la taza del váter. Y encuentra un par de vaqueros que no tenga agujeros.

—No estoy seguro de tener ninguno. Gracias, Anna

—De nada. Pero igual te toca fregar.

Desde el comedor llegó el hurra entusiasta de Jake

—Os agradezco que me hayáis permitido presentarme así. Una vez más.

Anna eligió un florero azul oscuro para las alegres margaritas amarillas que Dru le había llevado.

—Estamos encantados de que hayas venido. No es ninguna molestia, en absoluto.

—No puedo creer que una invitada de última hora para la cena, después de haber trabajado todo el día, no sea ninguna molestia.

—No es más que pollo. Nada elaborado. —Anna sonrió ligeramente, mientras Jake ponía los ojos en blanco dramáticamente por detrás de Dru—. ¿Querías algo, Jake?

—Sólo me preguntaba cuándo vamos a cenar.

—Serás el primero en saberlo. —Colocó las flores en la mesa de la cocina—. Ve a decirle a Seth que venga a abrir este maravilloso vino que nos ha traído Dru. Tomaremos una copa antes de la cena.

—La gente se muere de hambre en esta casa —se quejó Jake, con un suspiro, al salir corriendo de la cocina.

—¿Puedo echar una mano? —preguntó Dru. La cocina olía muy bien. Algo, supuso que era el pollo, se cocinaba a fuego lento en una sartén tapada.

—Está todo bajo control, gracias. —Con mano diestra, Anna alzó la tapa de la sartén, la agitó suavemente por el asa, probó el contenido con un tenedor de cocina y volvió a poner la tapa—. ¿Tú cocinas?

—Así no. Me he ido haciendo muy adepta a hervir pasta, calcinar salsa de bote y mezclarlo todo.

—Ay, Dios mío —dijo Anna, y se rió—. Barro fresco. Me encanta moldear barro fresco. Un día de éstos te enseñaré cómo preparar una estupenda salsa de tomate, muy sencilla, y después veremos qué más podemos hacer. Seth. —Anna le lanzó una sonrisa luminosa cuando entró—. Abre el vino, ¿vale? Sirvele una copa a Dru.

—Podrías llevarla fuera y mostrarle cómo van mis plantas vivaces mientras yo termino de preparar la cena.

—Me gustaría ayudar —protestó Dru—. Puede que no sepa cocinar, pero sé seguir instrucciones muy bien.

—La próxima vez. Sal afuera con Seth, disfruta del vino. La cena estará lista dentro de diez minutos.

Anna los obligó a salir y luego, encantada consigo misma, se frotó las manos antes de sumergirse en el resto de los preparativos.

Un cuarto de hora después, estaban sentados en el comedor, que casi no se usaba, entre media docena de lamparitas con velas que parpadeaban. El perro, notó Dru, había sido desterrado.

—¡Qué platos más bonitos! —comentó Dru.

—Me encantan. Cam y yo los compramos en Italia, durante nuestra luna de miel.

—Si rompes uno —intervino Jake mientras atacaba el pollo—, te meten en el sótano con grilletes para que las ratas te coman las orejas.

—¡Jake! —Con una risa confundida, Anna pasó las patatas hacia su izquierda—. ¡Qué cosas dices! Si ni siquiera tenemos sótano.

—Eso es lo que papá dijo que tú ibas a hacer, aunque tuvieras que excavarlo tú misma, ¿verdad, papá?

—No sé de qué hablas. Come espárragos.

—¿Tengo que hacerlo a la fuerza?

—Si yo tengo que hacerlo, tú también.

—Ninguno de los dos tenéis que hacerlo.

Anna rezó, pidiendo paciencia.

—Guay, así me tocan más a mí. —Kevin extendió el brazo con entusiasmo para alcanzar la

fuelle, antes de captar la mirada de advertencia de su madre—. ¿Qué pasa? A mí me gustan.

—Entonces, pídelos, don Listo, en lugar de lanzarte a través de la mesa. No los sacamos de la perrera muy a menudo —le dijo Cam a Dru.

—Siempre he querido tener hermanos.

—¿Para qué? —le preguntó Jake—. Sobre todo, lo que hacen es machacarte.

—Bueno, tú sí que parece recibir palizas a menudo —observó Dru—. Siempre pensé que sería divertido tener a alguien con quien hablar y a quien machacar. Alguien que pagara el pato cuando mis padres se enfadaban o se molestaban. Si eres hijo único, no hay nadie para diluir el foco de atención, no sé si comprendes lo que quiero decir. Y no hay nadie que se coma los espárragos cuando tú no los quieres.

—Sí, pero Kev se papeó la mitad de los dulces ricos de Halloween el año pasado.

—Jo, a ver si lo superas.

Jake se centró en su hermano.

—Yo nunca olvido. Toda la información está almacenada en mis bancos de memoria. Y un día, monstruo de los dulces, vas a pagar.

—¡Qué pavo eres!

—Histrolín.

—Ese es el último insulto de Jake. —Seth hizo un gesto con su copa—. Es un juego de palabras con histrión, ya que a Kev le gusta el teatro.

—Rima con adoquín —explicó Jake amablemente mientras Anna contenía un gemido—. Es una forma ingeniosa de insultarle.

—Muy hábil. Me gustó mucho tu obra escolar el mes pasado —le dijo a Kevin—. Me pareció que estaba muy bien hecha. ¿Estás pensando en estudiar teatro en la universidad?

—Sí, me gusta de verdad. El teatro mola, pero el cine me gusta aún más. Los chicos y yo hemos hecho algunos vídeos fabulosos. El último que hicimos, *Cortado*, fue el mejor. Es sobre un asesino psicópata manco que persigue a unos cazadores por el bosque. Los va cortando en trozos, uno a uno, como venganza porque uno de ellos le disparó en el brazo en un extraño accidente de caza. Tiene escenas retrospectivas y de todo. ¿Te gustaría verlo?

—Claro.

—No sabía que habías estado en la obra de Kevin.

Dru centró su atención en Seth.

—Me gusta estar al corriente de lo que pasa en la comunidad. Y me encanta el teatro de pequeño formato.

—Podríamos haber ido juntos.

Ella tomó su copa y le sonrió por encima de un modo que a Anna le colmó el corazón.

—¿Como una cita?

—Dru tiene objeciones filosóficas en contra de las citas —dijo Seth, con sus ojos en contacto con los de la joven—. ¿A qué se debe?

—A que a menudo las proponen hombres que no me interesan. Pero, sobre todo, es que desde que me trasladé aquí no he tenido tiempo para ese tipo de relaciones. Montar la tienda y ocuparme de ella han sido mis prioridades.

—¿Qué te hizo decidirte a ser florista? —le preguntó Anna.

—Me pregunté qué sabía hacer y, de todo, qué era aquello con lo que más disfrutaba. Disfrutaba con las flores. Hice algunos cursos y descubrí que tenía cierto talento.

—Hace falta mucho valor para abrir un negocio y para venir a abrirlo a un sitio nuevo.

—Si me hubiera quedado en Washington, me habría marchitado como una flor. Suena un poco dramático. Necesitaba un sitio nuevo. Mi propio sitio. Todo lo que se me ocurría hacer, todos los sitios a los que se me ocurría trasladarme..., al final todo acababa girando en torno a Saint Christopher y una floristería. Una floristería te sitúa justo en el centro de todo lo que sucede en la comunidad.

—¿De qué forma? —se preguntó Cam.

—Conoces íntimamente a todo el mundo de manera instantánea. Cuando vendes flores, te enteras de quién va a celebrar un cumpleaños o un aniversario. Sabes quién ha muerto, quién ha tenido un bebé. Quién está enamorado, o se acaba de reconciliar después de una pelea, quién ha sido ascendido, quién está enfermo. Y en una ciudad pequeña como ésta, junto con esa información, siempre te llegan otros detalles.

Se detuvo un momento, luego habló con el perezoso acento de la orilla.

—La anciana señora Wilcox ha muerto, habría cumplido los ochenta y nueve el próximo mes de septiembre. Volvió del mercado y le dio una trombosis en mitad de la cocina, según estaba colocando las latas. Una pena que no se hubiera reconciliado con su hermana antes de que fuera demasiado tarde. No se habían dicho ni una palabra la una a la otra en doce años.

—Muy bueno.

Divertido, Cam apoyó el mentón en la mano. Algo más que belleza y cerebro, pensó. Había también calidez y humor, una vez conseguías que se relajara lo suficiente para mostrarlos.

Seth estaba perdido.

—Y yo que pensé que era sólo cosa de vender ramitos —añadió.

—Ay, es mucho más que eso. Cuando entra un hombre, frenético porque acaba de recordar que es su aniversario de boda, mi trabajo consiste no sólo en ponerle en las manos las flores apropiadas, sino en mantener la discreción.

—Como un sacerdote —intervino Cam, y la hizo reír

—No es tan distinto. Te asombraría la cantidad de confesiones que escucho. Es de lo más normal.

—Te encanta —murmuró Anna.

—Claro. De verdad. Me encanta el negocio en si mismo y me encanta formar parte de algo. En Washington... —Se contuvo, asombrada ante la facilidad con que se había dejado llevar—. Las cosas eran distintas —dijo por fin—. Esto es lo que estaba buscando.

Él la siguió hacia la casa, donde se sentaron en los peldaños del porche para disfrutar de la cálida noche veraniega, mirando cómo las luciérnagas bailaban en la oscuridad.

—¿Lo has pasado bien?

—Me lo he pasado de maravilla. La cena, el ir conociendo a tu familia un poco mejor. El paseo en barco.

—Me alegro. —Se llevó una de sus manos a los labios—. Porque Anna va a correr la voz y se esperará que repitas la actuación en la casa de Grace y en la de Sybill.

—Ah. —No había pensado en aquello—. Tendré que devolver la invitación. Tendré que invitar a todos para...

Buscaría una empresa de catering, por supuesto. Y tendría que pensar muy bien cómo mantener entretenido a un grupo de adolescentes.

—Me siento fuera de mi lugar —admitió—. El tipo de cena que estoy acostumbrada a organizar no es lo que se necesita en este caso.

—¿Quieres invitar a todos aquí? —La idea le encantó—. Nosotros buscaremos una barbacoa y cocinaremos fuera. Haremos carne y mazorcas de maíz. Algo sencillo.

Nosotros, pensó Dru. De algún modo, habían dejado de ser sólo individuos para convertirse en nosotros. No estaba segura de cómo se sentía al respecto.

—Tenía intención de preguntarte una cosa. —Seth se echó hacia atrás en el peldaño para poder estudiar el perfil de ella—. ¿Cómo es eso de crecer en una familia asquerosamente rica?

Aquellas cejas se alzaron, como a él le gustaba.

—Preferíamos el término «fabulosamente acomodados» al de «asquerosamente ricos». Y, claramente, tiene sus ventajas.

—Ya te digo. Bueno, digamos que ya hemos dejado claro por qué la pollita fabulosamente acomodada de buena sociedad se ocupa de una tienda de flores en el puerto, pero ¿cómo es posible que no tenga servicio doméstico o una ristra de empleados?

—Pues tengo al señor Gimball, que trabaja perfectamente. Es flexible, digno de confianza, sabe de flores y le encantan. Y tengo pensado contratar a alguien más para trabajar a tiempo parcial en la tienda. Pero primero tenía que asegurarme de que hubiera suficiente volumen de negocio para justificarlo. Empezaré a buscar muy pronto.

—Pero tú llevas los libros.

—Es que me gusta llevarlos.

—Y los pedidos y el inventario, todo eso.

—Es que me gusta...

—Ya, ya, ya lo he pillado. No te pongas a la defensiva. —Le hacía gracia cuando tensaba los hombros—. Te gusta hacerte cargo del timón. No hay nada malo en eso.

—Hablando de timones, me gusta el diseño del balandro. Me gusta mucho. Voy a llamar a

Phillip para que prepare el contrato.

—Muy bien, pero estás apartándote del tema. ¿Por qué no tienes un ama de llaves?

—Si esto es publicidad de la empresa de Grace, Aubrey ya me está dando la tabarra con eso. Voy a hablar con ella.

—No lo era, pero es una buena idea. —Le pasó los dedos por la pierna, en un gesto inconsciente de intimidad—. Distribuye la riqueza y libera tu tiempo. Un beneficio doble.

—Parece que estás de lo más interesado en la riqueza, así, de repente.

—En quien estoy interesado es en ti —corrigió—. Sybill es la única persona que conozco que procede de una familia de dinero. Y me parece que lo de su familia son migajas, en comparación con la tuya. Tu madre baja a verte y llega en un coche conducido por un chófer uniformado. Eso sí que es elegante. Y tú ni siquiera tienes a alguien que te limpie el váter. Por eso me pregunto a qué se debe. ¿Será que te gusta limpiar váteres?

—Era con lo que soñaba cuando era pequeña —dijo ella secamente.

—Cuando quieras hacer realidad ese sueño en el baño del estudio, no te cortes.

—¡Qué generoso por tu parte!

—Bueno, te amo. Hago lo que puedo.

Ella estuvo a punto de suspirar. La amaba. Y quería entenderla.

—El dinero —comenzó—, en grandes cantidades, resuelve un montón de problemas. Y crea otros. Pero de un modo o de otro, ya seas rico o pobre, si te golpeas el dedo gordo del pie, te duele igual. El dinero también puede aislarte, de forma que no conoces a gente o no desarrollas amistades con personas de fuera del círculo encantado. Ganas mucho, pierdes mucho. Desde luego, pierdes mucho cuando tus padres son muy estrictos en cuanto a protegerte de muchas cosas de fuera de ese círculo.

Entonces se volvió a mirarle.

—Esto no es hablar como la pobre niña rica. Son sólo hechos. Recibí una educación privilegiada. Nunca me faltó nada material y nunca me faltará. Asistí a los mejores colegios y se me permitió viajar mucho. Y si me hubiera quedado en ese círculo encantado, me hubiera muerto poco a poco.

Agitó la cabeza.

—Ahí está el drama de nuevo.

—Yo no creo que sea dramático. Hay muchos tipos de apetito. Si no te alimentas, mueres de hambre.

—Entonces supongo que podríamos decir que yo necesitaba un menú distinto. En la casa de Washington, mi madre tiene dieciséis criados. Es un hogar muy bello, con una presentación impecable. Éste es el primer lugar que he tenido yo sola. Cuando me trasladé a mi propia casa en Washington, a pesar de decirles que no necesitaba ni quería ninguna criada interna, contrataron un ama de llaves como regalo de inauguración, así que me sentí obligada.

—Podrías haberte negado.

Dru se limitó a mover la cabeza.

—No es tan fácil como crees, y hubiera causado otro conflicto cuando acababa de salir de una batalla para conseguir vivir sola. En cualquier caso, la culpa no era del ama de llaves. Era una mujer muy agradable y simpática, absolutamente eficiente. Pero no la quería allí. La mantuve porque a mis padres les horrorizaba la idea de que yo ya no viviera en casa y no dejaban de decirme lo preocupados que estaban por mí y que se sentían mucho mejor sabiendo que tenía a alguien de confianza viviendo conmigo. Y yo simplemente estaba cansada de tanta machaconería.

—Nadie sabe pulsar las teclas mejor que la familia.

—Según mi experiencia, desde luego —abundó ella—. Suena ridículo quejarse por tener a alguien que cocina, limpia, hace los recados y demás. Pero a cambio del tiempo libre y de lo cómodo que resulta, pierdes tu intimidad. Nunca estás solo. Nunca. Y por muy agradable, leal y discreto que sea el servicio doméstico, siempre sabe cosas de ti. Sabe cuándo has tenido una discusión con tus padres o con tu amante. Sabe lo que comes y lo que no comes. Cuándo duermes y cuándo no duermes. Sabe si te has acostado con alguien o no. Cualquier estado de ánimo, cualquier movimiento que haces y, si lleva contigo el tiempo suficiente, cualquier pensamiento que tienes es compartido con el servicio. Eso no lo acepto aquí. —Soltó aliento—. Además, me gusta cuidar de mí misma. Atender a mis cosas. Me gusta saber que se me da bien. Pero no estoy segura de cómo se me va a dar organizar una cena para la tribu de los

Quinn.

—Si te hace sentir mejor, Anna estaba hecha un basilisco una hora antes de que llegaras.

—¿De veras? —La idea la animó—. Pues sí que me hace sentir mejor. Siempre parece tenerlo todo bajo control.

—Es así. Nos tiene acojonados a todos.

—Pero si la adoráis. Cada uno de vosotros. Es fascinante. Esto constituye un territorio nuevo para mí, Seth.

—También para mí.

—No. —Giró la cabeza—. Para ti, no. Los encuentros familiares, tanto si son informales como si son tradicionales, improvisados o planeados, te los conoces muy bien. No necesitas ningún mapa. Eres muy afortunado de tenerlos.

—Lo sé. —Pensó en su origen. Pensó en Gloria—. Lo sé.

—Sí, se nota. Todos estáis muy orgullosos unos de otros. A mí me han hecho un sitio porque tú se lo has pedido. A ti te importo y por lo tanto les importo a ellos. No será así con mi familia. Cuando los conozcas, si es que los conoces, serás minuciosamente interrogado, observado, analizado y juzgado.

—¿Y qué? Eso es que se preocupan por ti.

—No, no tanto por mí como por sí mismos. El apellido familiar..., bueno, los apellidos —se corrigió—. La posición social. Se llevará a cabo una discreta investigación sobre tu estabilidad financiera, para dejar claro que no vas tras de mi dinero. Aunque mi madre estará encantada, al principio, con la idea de que yo tenga una relación con alguien de tu brillantez en los círculos artísticos...

—Brillantez. ¡Qué palabras más guays usas!

—Es superficial.

—Venga, que no es para tanto. —Le revolvió el pelo como podría haberlo hecho con un niño de diez años—. No me voy a sentir insultado porque a alguien le impresione mi reputación artística.

—Pero puede que te sientas insultado cuando se investigue en secreto y de forma exhaustiva tu historia personal o cuando comprueben la línea de crédito de Barcos Quinn.

La idea de una investigación de su pasado hizo que se le helara la sangre.

—Joder, por Dios bendito.

—Tienes que saberlo. Ése es el modo habitual de operar de mi familia. Jonah pasó la prueba con sobresaliente, y sus conexiones políticas fueron un extra. Que es por lo que a nadie le hizo mucha gracia que yo cancelara la boda. Lo siento. Sé que estoy estropeando la velada pero me he dado cuenta de que, según parece que están evolucionando las cosas entre nosotros, tenías que saberlo más pronto que tarde.

—Vale. Dime una cosa más pronto que tarde. —Le tomó la mano y jugó con los dedos—. Si no les gusta lo que encuentren, ¿eso significa que las cosas entre nosotros se detienen?

—Yo me he separado de ellos, de aquel lugar, porque no podía vivir de esa forma. —Y cerró los dedos en torno a los de Seth—. Yo tomo mis propias decisiones, de mente y de corazón.

—Entonces dejemos de preocuparnos por eso. —La atrajo hacia sus brazos—. Te amo. No me importa lo que nadie más piense.

Él deseaba que fuera así de sencillo.

Había aprendido que el amor es la fuerza más poderosa que existe. Podía superar a la avaricia, la mezquindad, el odio y la envidia, y prevalecer por encima de todas ellas. Era capaz de cambiar vidas.

Dios sabía que había cambiado la suya.

Creía en el poder inexplorado del amor, tanto si se manifestaba en forma de pasión como de generosidad, en forma de cólera o de ternura.

Pero el amor casi nunca era sencillo. Tenía sus fases y sus complejidades que lo convertían en una fuerza muy poderosa.

Así, al amar a Dru, se enfrentaba al hecho de que tendría que contárselo todo. No nació a los diez años. Ella tenía derecho a saber de dónde venía y cómo había llegado hasta donde estaba. Tenía que encontrar el modo de hablarle de su infancia. De Gloria.

En algún momento.

Se dijo que merecía tiempo simplemente para estar con ella, para disfrutar la frescura de lo que sentían el uno por el otro. Buscó excusas.

Quería que conociera más a su familia y se sintiera más cómoda con ellos. Tenía que terminar el cuadro. Quería dedicarle tiempo y esfuerzo a construir su barco, para que cuando estuviera concluido, de algún modo les perteneciera a los dos.

Después de todo, no había un plazo límite. No había necesidad de apresurar las cosas. Los días se convirtieron en semanas, y Gloria no volvió a ponerse en contacto con él. Le resultó fácil convencerse de que se había ido de nuevo. Puede que esta vez no volviera.

Hizo un trato consigo mismo. No iba a pensar en nada de aquello hasta después de la fiesta del Cuatro de Julio. Todos los años, los Quinn hacían una enorme fiesta a la que todo el mundo estaba invitado. Familia, amigos y vecinos se congregaban en la casa, como lo habían hecho desde la época de Ray y Stella, para comer, beber, cotillear, nadar en las frescas aguas de la ensenada y ver los fuegos artificiales.

Pero antes de la cerveza y el cangrejo, tocaba champán y caviar. Con bastante desgana, y después de una buena tabarra por parte de sus padres, Dru había accedido a asistir a una de las galas de Washington con Seth como acompañante.

—Joder, mírate. —Cam estaba en la puerta del dormitorio y silbó al ver el esmoquin de Seth—. Todo maqueado con ese traje de mono.

—Qué más quisieras tú que estar así de guapo. —Seth se estiró los puños—. Me da que voy a ser el artista en exhibición de esta pequeña velada. He estado a punto de comprarme una capa y una boina, en vez del esmoquin. Pero he conseguido contenerme.

Se puso a enredar con la pajarita.

—Este atuendo ha sido idea de Phil. Clásico, según él, pero no pasado.

—Él debería saberlo. Deja de enredar con eso. Joder. —Cam se enderezó, apartándose de la puerta, y se acercó a toquetear él mismo la corbata—. Estás más nervioso que una virgen la noche del baile del instituto.

—Sí, puede ser. Esta noche voy a nadar en medio de un montón de sangre azul. No quiero ahogarme.

Los ojos de Cam se elevaron hasta centrarse en los de Seth.

—El dinero no significa una mierda. Tú vales tanto como cualquiera de ellos y más que la mayoría. Los Quinn no le van a la zaga a nadie.

—Cam, quiero casarme con ella.

Se le encogió el estómago. El trayecto de niño a hombre, pensó, nunca duraba tanto como uno creía que debía durar.

—Ya, eso ya lo había pillado.

—Cuando te casas con alguien, incorporas a su familia, su bagaje, toda la pesca.

—Eso es.

—Si yo cargo con lo de ella, ella tiene que cargar con lo mío. Si sobrevivo de una pieza a lo de hoy y ella sobrevive a la locura de la fiesta del Cuatro, entonces... tendré que hablarle sobre el pasado. Sobre Gloria. Y contarle mucho más de lo que le he contado. Tengo que hablarle de... Tengo que contárselo todo.

—Si estás pensando que va a echarse a correr, entonces no es mujer para ti. Pero conociendo a las mujeres, y yo las conozco, no es del tipo que sale corriendo.

—No creo que salga corriendo. No sé lo que va a hacer, ni lo que yo voy a hacer. Pero tengo que plantearle los hechos y darle una oportunidad para decidir qué dirección quiere tomar desde ahí. Ya lo he pospuesto demasiado.

—Es historia. Pero es tu historia, y tienes que contársela. Y luego volver a dejarla a un lado.

—Cam se echó hacia atrás—. Estás de lo más elegante. —Le dio a Seth un apretón en los bíceps, sabiendo que aliviaría su expresión atribulada—. Anda, has estado haciendo pesas.

—¡Y una mierda!

Seth seguía riendo cuando salió de la casa, y sonreía cuando abrió la puerta del coche. El pánico le golpeó en la garganta como un puño al ver una nota en el asiento delantero.

Mañana por la noche, a las diez en punto.

Bar de Miller, St. Michael.

Tenemos que hablar.

Había venido hasta aquí, pensó mientras hacía una bola con el papel. Hasta su casa. A pocos metros de su familia.

Sí, tenían que hablar. Y tanto que tenían que hablar, joder.

16

Se acordó de decirle que estaba muy guapa. Lo estaba, con un vestido rojo semáforo que se deslizaba por su cuerpo dejando la espalda desnuda, a excepción de unas tiras finas y brillantes que se entrecruzaban.

Se acordó de sonreír, de mantener la conversación mientras se dirigían en coche hacia la ciudad. Se ordenó a sí mismo relajarse. Se ocuparía de Gloria como siempre se había ocupado de ella.

Se dijo a sí mismo que no podía arrebatarse nada más que dinero.

Y supo que era mentira.

¿No era eso lo que Stella había insinuado en el sueño?, pensó en aquel momento. Lo que Gloria quería no era sólo dinero. Quería agujerear el corazón de Seth hasta que se desangrara y perdiera la última gota de felicidad.

Le odiaba por estar entero. A cierto nivel, él siempre lo había sabido.

—Te agradezco que te hayas tomado tantas molestias esta noche.

Seth alzó la vista y le acarició las manos.

—Venga. No sucede a menudo que tenga la oportunidad de alternar con los que parten el bacalao en una fiesta extraordinaria. Es muy ostentoso —añadió.

—Yo preferiría estar en casa, sentada en el balancín del porche.

—Pero si no tienes.

—No hago más que pensar que tengo que comprarme uno. Me gustaría estar sentada en mi balancín imaginario, tomándome una buena copa de vino mientras se pone el sol.

«Y a ti, también», pensó.

Dijera lo que dijera, algo iba mal. Dru conocía su cara tan bien, tan bien, que era capaz de pintarla con los ojos cerrados, rasgo a rasgo, en su mente. Claramente algo atormentaba a esos ojos.

—Dos horas —dijo—. Nos quedamos dos horas y luego nos vamos.

—Ésta es tu movida, Dru. Nos quedaremos todo lo que tú quieras.

—Yo no iría si hubiera podido evitarlo. Mis padres se han compinchado contra mí en esto. Me pregunto si de verdad podemos superar el punto en que un padre o una madre pueden recurrir al chantaje emocional para que hagamos algo que no queremos.

Sus palabras le recordaron a Gloria, y el temor se le hizo una bola en el estómago.

—No es más que una fiesta, cariño.

—Ojala. Una fiesta es donde uno va a divertirse, a relajarse y a disfrutar de la compañía de gente con la que se tiene algo en común. Yo ya no tengo nada en común con esta gente. Tal vez nunca lo he tenido. Mi madre quiere presumir de ti, y yo voy a permitírselo porque ha conseguido acabar con mi resistencia.

—Bueno, tendrás que admitir que esta noche estoy guapísimo.

—Por supuesto. Y estás intentando animarme, así que gracias. Te prometo que haré lo mismo en el camino de vuelta cuando tengas los ojos vidriosos y no puedas hilar una sola idea después de sufrir un interrogatorio concienzudo.

—¿A ti te importa lo que piensen de mí?

—Claro que sí. —Divertida con su propia gracia, sacó su lápiz de labios, y no llegó a ver la forma en que se tensó la mandíbula de Seth—. Quiero que toda la gente que me ofreció su pegajosa simpatía cuando rompí con Jonah, los que sacaban el tema delante de mí con la esperanza de que yo dijera o hiciera algo que pudieran saborear a la noche siguiente, quiero que todos ellos piensen: «Mira, mira, desde luego Dru ha caído de pie, ¿no? Se ha conseguido al *maestro giovane*».

La tensión se depositó en la nuca de Seth, demasiado pesada para sacudírsela.

—Vaya, así que ahora soy un símbolo de estatus —dijo, tratando de mantener el tono ligero.

Dru se volvió a pintar los labios y tapó el lápiz.

—Mucho mejor que un collar de diamantes Harry Winston. Es bajo, mezquino, es lastimosamente femenino. Pero no me importa. Resulta revelador darse cuenta de que me parezco a mi madre lo suficiente para desear presumir de ti yo también.

—No hay forma de escapar de nuestros orígenes. Por mucho que corramos.

—Vaya, eso sí que es deprimente. Si lo creyera, me tiraría por un acantilado. Créeme, yo no voy a terminar dirigiendo comités y ofreciendo tes para señoras los miércoles por la tarde.

Algo en el silencio de Seth hizo que ella extendiera la mano para tocarle el brazo.

—Dos horas, Seth. Como mucho.

—Todo va a ir bien —le dijo él.

Seth percibió de cerca por primera vez lo que había sido la vida anterior de Dru, minutos después de entrar en la sala de baile.

Los grupos de gente se mezclaban y alternaban ni ritmo de la tenue música de ambiente, interpretada por una orquesta de doce personas. El decorado era un patriótico rojo, blanco y azul que se reflejaba en flores, manteles, globos y grandes escarapelas.

Una enorme escultura de la bandera americana había sido tallada en hielo como si estuviera ondeando al viento.

Había bastante blanco entre las invitadas también, que se expresaba en diamantes y perlas. Los vestidos eran tradicionales, de gusto conservador, y mostraban una gran riqueza.

En parte era un acto político, supuso Seth. En parte un acto social, y en parte, un mentidero para chismosos.

Lo pintaría en acrílicos, pensó. Todo con formas y colores claramente definidos por una luz descarnada.

—Drusilla. —Katherine apareció resplandeciente vestida de azul militar—. Estás preciosa, pero creí que habíamos dicho que te ibas a poner el blanco de Valentino. —Besó a Dru en la mejilla y, con un chasquido indulgente, acarició el pelo de su hija.

—Hola, Seth. —Extendió una mano hacia él—. Qué maravilloso volver a verte. Me daba miedo que os quedarais atrapados en un atasco. Tenía tantas esperanzas de que Dru y tú os pudierais quedar con nosotros el fin de semana para que no tuvierais que volver luego conduciendo...

Era lo primero que Seth oía sobre el asunto, pero improvisó.

—Os agradezco la invitación, pero no he podido escaparme. Espero que puedas perdonarme y que me reserves un baile. Así podré decir que he bailado con las dos mujeres más guapas de la sala.

—¡Qué encantador! —Se ruborizó con coquetería—. Y puedes estar seguro de que lo haré. Ven, tengo que presentarte. Hay mucha gente que está deseando conocerte.

Antes de que pudiera darse la vuelta, se acercó el padre de Dru. Era un hombre muy atractivo, con el pelo negro veteado de plata y ojos velados de un marrón profundo. —Aquí está mi princesa. —Atrapó a Dru en un abrazo estrecho y posesivo—. Llegáis tan tarde que me teníais preocupado. —No llegamos tarde.

—Por Dios bendito, deja respirar a la niña —exigió Katherine, y tiró del brazo a Proctor.

Por un instante, Seth tuvo la imagen de *Bobo* tratando de meterse entre Anna y quienquiera que intentara abrazarla.

—Proctor, éste es el acompañante de Drusilla, Seth Quinn.

—Me alegro de conocerte. Por fin. —Proctor tomó la mano de Seth en un apretón firme. Sus ojos oscuros se centraron en el rostro de Seth. Lo observaron.

—Encantado.

Justo cuando Seth empezaba a preguntarse si le iba a desafiar a un pulso, Proctor le soltó la mano.

—Es una lástima que no pudierais encontrar tiempo para quedaros este fin de semana.

—Sí, lo siento.

—Papá, no es culpa de Seth. Te lo he dicho, os lo he dicho a los dos, que no he podido arreglarlo. Si yo...

—La tienda de Dru es una maravilla, ¿no? —interrumpió Seth, con tono risueño, al tiempo que tomaba copas de champán de una bandeja ofrecida por un camarero. Se las pasó a Katherine, a Dru y a Proctor antes de tomar una para sí mismo—. Estoy seguro de que las cuestiones comerciales son complicadas y constituyen un desafío, pero estoy hablando del aspecto estético. El uso del espacio y de la luz, la mezcla de color y textura que va cambiando. Aquí hay un artista que admira a otro —dijo con naturalidad—. Deben de sentirse increíblemente orgullosos de ella.

—Claro que sí. —La sonrisa de Proctor era cortante, letal. Es mi niña, proclamaba, tan claramente como el abrazo de Katherine—. Drusilla es nuestro tesoro máspreciado.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —replicó Seth.

—Ahí está el abuelo, Seth. —Dru bajó la mano y atrapó fuerte la de Seth—. La verdad es que debería presentarte.

—Claro. —Les lanzó una sonrisa luminosa a los padres—. Perdónennos un momento.

—Se te da muy bien esto —le dijo Dru.

—La sección de tacto y diplomacia. Probablemente me viene de Phil. Me podías haber mencionado la invitación para el fin de semana.

—Sí, lo siento. Debería habértelo dicho. Pensé que estaba salvándote, y salvándome a mí misma. Y en lugar de eso te he puesto en un brete.

Les pararon media docena de veces de camino a la mesa donde el senador Whitcomb era el centro de atención. En cada una de ellas, Dru intercambiaba un beso o un apretón de manos, hacía las presentaciones y luego se despedía.

—A ti también se te da bien —comentó Seth.

—Me lo han inculcado desde pequeña. Hola, abuelo. —Se inclinó para besar a un hombre atractivo y de constitución fuerte.

Tenía un aire áspero y astuto, pensó Seth. Como un boxeador que dominara el cuadrilátero a base de ingenio tanto como de músculo. Su cabello era una masa plateada y sus ojos tenían el mismo verde brillante que los de su nieta.

Se puso de pie para tomar el rostro de Dru entre sus grandes manos. Su sonrisa resultaba magnética.

—Aquí está mi nieta favorita.

—Eso se lo dices a todas tus nietas.

—Y lo digo en serio siempre. ¿Dónde está ese pintor sobre el que tu madre me ha estado dando la matraca? ¿Es éste de aquí? —Con una mano sobre el hombro de Dru, le tomó la medida a Seth—. Bueno, no pareces idiota, muchacho.

—Trato de no serlo.

—Abuelo.

—Calla. ¿Tienes la sensatez suficiente para estar cortejando a esta preciosidad?

Seth sonrió.

—Sí, señor.

—Senador Whitcomb, Seth Quinn. Abuelo, no me avergüences.

—Es la prerrogativa de un viejo el avergonzar a sus nietas. Me gusta bastante tu trabajo —dijo, dirigiéndose a Seth.

—Gracias, senador. A mí también me gusta bastante el suyo.

Por un instante, los labios de Whitcomb se fruncieron, luego se curvaron en una sonrisa.

—Parece que tienes fuerza de carácter. Ya veremos. Según mis informes, te ganas la vida bastante bien con la pintura.

—Espera —le dijo Seth a Dru cuando ésta abrió la boca—. Tengo la suerte de poder ganarme la vida haciendo algo que me encanta. Como su historial indica que es usted un gran patrocinador de las artes, está claro que comprende y aprecia el arte por sí mismo. Los beneficios económicos son secundarios.

—Y también construyes barcos, ¿no?

—Sí, señor. Cuando puedo. Mis hermanos son los mejores diseñadores y constructores de veleros de madera de toda la costa Este. Si vuelve a visitar Saint Chris, tendría que venir y verlo usted mismo.

—Puede que lo haga. Tu abuelo era profesor, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Seth sin alterar la voz—. Lo era.

—La profesión más honorable. Le conocí una vez en un mitin en la universidad. Era un hombre interesante y excepcional. Adoptó a tres hijos, ¿no? —Sí, señor.

—Pero tú procedes de su hija.

—De alguna manera. Yo no tuve la suerte de disfrutar de mi abuelo durante toda mi vida, como Dru ha disfrutado de usted, pero su influencia en mí ha sido igual de profunda. Espero que se sienta la mitad de orgulloso de mí de lo que yo lo estoy de él.

Dru posó una mano sobre el brazo de Seth y notó la tensión.

—Si has terminado de entrometerte por el momento, me gustaría bailar. ¿Seth?

—Cómo no. Disculpe, senador.

—Lo siento. —En la pista de baile Dru se volvió hacia los brazos de Seth—. Lo siento muchísimo.

—No lo sientas.

—Lo siento. Forma parte de su naturaleza exigir respuestas, por muy íntimas que sean.

—El no tenía aspecto de querer asarme al fuego, como tu padre.

—No. No es tan posesivo y es más abierto en cuanto a dejar que tome mis propias decisiones y que confíe en mi instinto.

—Me ha caído bien.

Eso, pensó Seth, formaba parte del problema. Había visto a un hombre astuto e inteligente que amaba a su nieta y esperaba lo mejor para ella. Alguien que obviamente concluía que ella esperaba lo mejor para sí misma.

Y lo mejor era improbable que fuera un chico perdido con un padre al que nunca había conocido y con una madre aficionada al chantaje.

—En general es más sutil que hoy —dijo Dru—. Y más razonable. La situación con Jonah le puso furioso. Ahora supongo que se mostrará excesivamente protector durante una temporada. ¿Por qué no nos vamos ya?

—Huir no funciona. Créeme, lo he intentado.

—Llevas razón, pero es muy irritante.

Cuando la música se detuvo, ella se separó y vio a Jonah por encima del hombro de Seth.

—Cuando no es una cosa... —dijo suavemente—, son dos más. ¿Cómo anda tu sección de tacto y diplomacia?

—Bien, de momento.

—Préstame un poco —dijo, y dejó que sus labios se curvaran en una sonrisa fría y distante.

—Hola, Jonah. Tú eres Angela, ¿no?

—Dru. —Jonah hizo ademán de inclinarse, como para besarla en la mejilla. Se detuvo al percibir la advertencia que aleteó en los ojos de ella, pero su transición de un cortés apretón de manos fue suave como la seda.

—Estás muy guapa, como siempre. Jonah Stuben —le dijo a Seth, extendiendo una mano.

—Quinn. Seth Quinn.

—Sí, el pintor. He oído hablar de ti. Mi prometida. Angela Downey.

—Felicidades. —Muy consciente de las docenas de ojos fijos en ella, Dru mantuvo una expresión relajada—. Mis mejores deseos —le dijo a Angela.

—Gracias. —Angela mantuvo la mano aferrada al brazo de Jonah—. Vi dos cuadros tuyos en una muestra de artistas contemporáneos del Smithsonian el año pasado. Uno parecía un estudio muy personal al óleo de una vieja casa blanca, con árboles frondosos, gente reunida en torno a una mesa de picnic y perros en el patio. Era preciosa y de una gran serenidad.

—Gracias. —Hogar, pensó Seth. Lo había pintado de memoria y su marchante se ocupó de enviarlo al museo.

—¿Y cómo va tu pequeño negocio, Dru? —le preguntó Jonah—. ¿Y la vida en el carril lento?

—Ambos son muy gratificantes. Disfruto viviendo y trabajando entre gente que no se pone el traje de la petulancia cada mañana junto con los zapatos.

—¿En serio? —La sonrisa de Jonah se volvió tensa—. Me dio la impresión por tus padres de que ibas a volver pronto.

—Estás equivocado. Y ellos también. Seth, me encantaría tomar un poco de aire fresco.

—Vale. Ah, Jonah. Quería darte las gracias por ser un soplapollas tan integral. —Seth le sonrió alegre a Angela—. Espero que seáis muy felices juntos.

—Ahí no has mostrado ni tacto ni diplomacia —le reprendió Dru.

—Supongo que lo de llamar soplapollas a un soplapollas me viene de Cam. El no romperle los huevos por llamar a tu tienda «tu pequeño negocio» se debe probablemente a la influencia de Ethan. ¿Quieres que salgamos a la terraza?

—Sí. Pero... dame un minuto, ¿vale? Me gustaría salir sola y calmarme. Luego podemos hacer el resto de las presentaciones y pirarnos de aquí a toda prisa.

—Me suena bien.

La miró mientras se alejaba, pero antes de que pudiera encontrar un lugar donde esconderse, Katherine descendió sobre él.

Fuera, Dru aspiró varias veces para serenarse, y luego tomó un sorbo del champán que

había cogido antes de salir a la terraza.

Esa ciudad, pensó mirando las luces y los lugares históricos, la ahogaba. No era extraño que hubiera salido corriendo hacia un lugar donde el aire era limpio.

Deseaba sentarse en el porche, sentir la serena satisfacción que llega después de una larga jornada de trabajo. Quería saber que Seth estaba a su lado o lo iba a estar.

Qué raro que pudiera ver esa imagen con tanta claridad, que la pudiera ver desarrollándose día tras día. Año tras año. Y eso que apenas podía recordar la forma y la textura de la vida que había llevado antes. Todo lo que conocía era el peso que tenía en momentos como aquél.

—¿Drusilla?

Miró por encima del hombro y consiguió contener un suspiro y un juramento, al ver que Angela se acercaba a ella.

—No finjamos tener algo que decirnos la una a la otra, Angela. Antes estábamos actuando de cara a la galería.

—Tengo algo que decirte. Algo que llevo mucho tiempo queriendo decir. Te debo una disculpa.

Dru alzó una ceja.

—¿Por?

—Esto no me resulta fácil. Yo tenía celos de ti. Envidiaba por tener lo que yo quería. Y lo usé para justificar el acostarme con el hombre con el que te ibas a casar. Le amaba. Le quería para mí, así que tomé lo que estaba disponible.

—Y ya le tienes. —Dru alzó una mano, con la palma hacia arriba—. Problema resuelto.

—No me gustó ser la otra mujer, tener que esconderme y aceptar las sobras que le quedaban a él. Me convencí a mí misma de que era culpa tuya, era la única forma de poder aceptar la situación. Todo lo que tenía que hacer era quitarte de en medio, y Jonah y yo podríamos estar juntos.

—Así que lo hiciste a propósito. —Dru se volvió y se apoyó en la barandilla—. Tenía mis dudas.

—Sí, lo hice a propósito. Fue un impulso y lo he lamentado después a pesar de..., bueno, a pesar de los pesares. Tú no merecías enterarte de ese modo. No habías hecho nada. Eras la parte agraviada y yo desempeñé un papel esencial en hacerte daño. Te pido perdón por ello.

—¿Estás disculpándote porque te molesta tu conciencia, Angela, o porque hacerlo te despejará el camino antes de casarte con Jonah?

—Por ambas cosas.

Sinceridad por fin, pensó Dru, algo que podía respetar.

—Vale, estás absuelta. Vete y no peques más. Él no habría tenido los arrestos para pedir perdón, para venir a mí así, cara a cara, y admitir que se equivocó. ¿Por qué estás con alguien como él?

—Le amo —dijo Angela con sencillez—. Lo bueno, lo malo, todo.

—Sí, creo que es cierto. Buena suerte. De corazón.

—Gracias. —Hizo ademán de volverse, luego se detuvo—. Jonah nunca me ha mirado como he visto que te miraba Seth Quinn. Ni creo que lo haga nunca. Algunas nos conformamos con lo que podemos conseguir.

«Y algunas —pensó Dru—, conseguimos mucho más de lo que nunca supimos que queríamos.»

Cuando llegaron a casa de Dru, Seth estaba agotado. Del viaje, de la tensión, de los pensamientos que giraban en su mente como buitres.

—Te debo una.

Volvió la cabeza y la miró sin comprender.

—¿Qué?

—Te debo una por aguantarlo todo. El interrogatorio del abuelo, la suficiencia de mi ex novio, el que mi madre te haya tenido desfilando durante más de una hora como si fueras un alazán en una exhibición hípica. Todas las preguntas, las insinuaciones, las especulaciones, te lo has tenido que comer todo.

—Sí, bueno. —Alzó los hombros, abrió bruscamente la puerta del coche—. Ya me lo habías advertido.

—Mi padre ha sido maleducado, en varias ocasiones.

—No especialmente. Es sólo que no le caigo bien, —Con las manos en los bolsillos, Seth caminó con ella hacia la puerta delantera—. Tengo la impresión de que no le va a caer bien ningún tío que toque a su princesa.

—Yo no soy una princesa.

—Ay, cariño, cuando tu familia posee un par de imperios políticos y financieros, eres una princesa. Lo que pasa es que tú no quieres vivir en una torre de marfil.

—No soy lo que ellos presuponen que soy. No quiero lo que ellos persisten en creer que quiero. Nunca les voy a complacer del modo en que ellos esperan continuamente. Ahora ésta es mi vida. ¿Vas a quedarte?

—¿Esta noche?

—Para empezar.

Entró con ella. No sabía qué hacer con la desesperanza, con el miedo repentino y urgente de que estaba a punto de perder todo aquello por lo que había luchado tan duro.

La atrajo junto a sí, como para demostrar que podía conservar esto. Y en su mente oyó la risa burlona.

—Necesito... —Apretó su rostro en la curva del cuello de Dru—. Joder. Necesito...

—¿Qué? —Tratando de calmarle, le acarició la espalda—. ¿Qué necesitas?

Demasiado, pensó. Más, estaba seguro, de lo que el destino le permitiría poseer jamás. Pero de momento, por esta noche, todas las necesidades podían ser una sola.

—A ti. —Le dio la vuelta y la empujó contra la puerta en un movimiento tan brusco y tan sorprendente como un latigazo. Su boca cortó el jadeo de sorpresa de Dru con un beso que ardía acercándose a lo salvaje.

—Te necesito a ti. —La miró fijo a los ojos abiertos por el asombro—. Esta noche no voy a tratarte como a una princesa. —Le subió el vestido hasta la cintura y su mano, áspera e íntima, se apretó entre las piernas de ella—. No vas a querer que te trate como a una princesa.

—Seth. —Se aferró a sus hombros, demasiado mareada para apartarlo.

—Dime que pare.

Le introdujo los dedos bruscamente, como un puñal, y la hizo ascender duro y rápido.

El pánico y la excitación estallaron en su interior con el más oscuro de los placeres.

—No. —Se dejó volar, hizo voto de llevarle consigo—. No, no vamos a parar.

—Voy a tomar lo que necesito. —Rompió una de las finas tiras con pedrería, con lo que la tela se deslizó hasta quedarse prendida en los senos—. Puede que no estés lista para lo que necesito esta noche.

—No soy frágil. —Se le atascó el aliento en la garganta—. No soy débil. —Aunque se estremeció, su mirada siguió posada en la de él—. Puede que seas tú quien no está preparado para lo que yo necesito esta noche.

—Estamos a punto de averiguarlo. —Le dio la vuelta, la apretó contra la puerta y le acercó los dientes a la nuca.

Ella gritó y apretó los puños mientras las manos de Seth la recorrían.

Se habían amado con prisa, con gran ternura, hasta con humor. Pero ella nunca había conocido esa especie de desesperación que él le mostraba en aquel momento. Una desesperación implacable, temeraria y áspera. Dru no sabía que podía deleitarse en aquella desesperación, que también ella podía sentir aquella misma violencia poderosa. O que podía regocijarse en la pérdida de su propio control.

Él asaltó sus sentidos y la dejó retorciéndose en el debacle.

Atacó el segundo tirante y rompió en dos el elegante vestido de pedrería, que se deslizó hasta formar un charo rojo en el suelo.

Ella llevaba un sujetador sin tirantes y un liguero de encaje color champán, unas medias muy finas y zapatos plateados de tacón alto. Cuando le dio la vuelta, la miró y sus dedos se hundieron en los hombros de ella.

Dru temblaba y su piel estaba húmeda y arrebolada. Y aquel poder, aquel conocimiento, habitaba en sus ojos.

—Llévame a la cama.

—No. —Le moldeó los pechos—. Te voy a tomar aquí mismo.

Entonces le puso las manos en las caderas, para alzarla, para elevarla hacia él. Saqueó su

boca mientras sus manos se afanaban en un viaje impaciente sobre encaje, piel y seda. Mientras su sangre latía, recorrió el mismo sendero con su boca.

Quería comerla viva, alimentarse de ella hasta que aquel apetito voraz estuviera saciado. Quería perder la cabeza para no ser capaz de pensar en nada más que en aquella torrencial necesidad primitiva.

La delicadeza de su piel sólo contribuyó a incrementar el deseo de poseerla. Su fresca fragancia femenina sólo estimuló apetitos animales.

Cuando ella explotó junto a él, sólo sintió un triunfo ardiente y luminoso.

Dru le tiró de la chaqueta, con los dedos entorpecidos por la prisa y los gritos sin aliento ahogados contra su boca. Mareada, desesperada, le tiró de la corbata.

—Por favor. —Ya no le importaba verse reducida a suplicar—. Por favor. Date prisa.

Seguía medio vestido cuando tiró de ella hacia el suelo. Y ella se arqueaba, exigiendo, cuando él se hundió en su carne.

Las uñas de Dru le recorrieron la camisa y se deslizaron por debajo hasta hundirse en la piel, que estaba caliente y húmeda. Compitiendo con él, le igualó embestida a embestida.

Con el aliento entrecortado, sus corazones latiendo al mismo ritmo primitivo, se rindieron al frenesí.

Se lanzaron juntos más allá del límite.

Dru yacía consumida y feliz en el suelo pulido y sin alfombras, mientras la luz de su preciada lámpara de Tiffany esparcía joyas por el ambiente. A medida que se le calmaba el batir de la sangre en los oídos, oyó los ruidos de la noche por las ventanas abiertas.

El agua, la llamada perezosa de un buho, el sonido de los insectos.

El calor seguía bombeando desde el cuerpo de él y se esparcía por ella como una droga. Indolentemente, frotó su pie contra el tobillo de Seth.

—¿Seth?

—Mmmm.

—Nunca creí que me oíría a mí misma decir esto, pero me alegro mucho de que hayamos ido a esa fiesta aburrida e irritante esta noche. De hecho, si te pone de este humor, creo que deberíamos asistir a una, al menos una vez por semana.

Seth volvió la cabeza y vio en el suelo el charco brillante de rojo.

—Pagaré para que te arreglen el vestido.

—Vale, pero tal vez sea un poco embarazoso explicarle el daño a un sastre.

Él procedía de la violencia, pensó. Sabía cómo controlarla, cómo canalizarla. Sabía distinguir entre las pasiones y los castigos. Sabía que el sexo podía ser bajo, como sabía que lo que acababa de suceder entre ellos estaba a mundos de distancia de lo que había conocido y visto durante los primeros años de su vida.

Y sin embargo...

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Dru.

—Supongo que hay muchas cosas que aún no sabemos el uno del otro. Ambos hemos estado con otra gente, Seth. No somos niños. Pero sé que nunca me he sentido así con nadie. Y por primera vez en mi vida, parece que no necesito planear todos los detalles, conocer todas las opciones. Eso me resulta... liberador. Me gusta descubrir quién eres, quién soy yo. Quiénes somos los dos juntos.

Le pasó los dedos por el pelo.

—Quiénes vamos a ser juntos. Para mí, es una parte maravillosa de estar enamorada. El descubrir —dijo cuando Seth alzó la cabeza para mirarla—, el saber que hay tiempo para descubrir más.

El tenía miedo de que el tiempo fuera el problema y de que se le estuviera acabando.

—¿Sabes lo que me gustaría que hicieras ahora? —le preguntó ella.

—¿Qué te gustaría que hiciera ahora?

—Que me llevaras a la cama. —Le pasó los brazos por el cuello—. Esto es algo que no sabías de mí. Siempre he fantaseado, en secreto, por supuesto, con que un hombre guapo y fuerte me llevara escaleras arriba. Va contra mi intelecto, pero ya ves.

—Una secreta fantasía romántica. —Empeñado en disfrutar de aquella noche en paz, posó sus labios suavemente en los de Dru—. Muy interesante. Veamos si puedo hacerla realidad para ti.

Se puso de pie y luego se miró a sí mismo.

—Antes, me voy a desprender de la camisa. Es una imagen un poco tonta, un tío vestido sólo con una camisa de esmoquin que lleva a una mujer desnuda escaleras arriba.

—Buena idea.

Se desabrochó los botones y los gemelos, luego lanzó la camisa junto con el vestido de Dru. Extendió los brazos hacia ella, ella los alzó hacia él.

—¿Qué tal va de momento?

—Perfecto —dijo, mordisqueándole el cuello mientras él se dirigía hacia las escaleras con ella—. Cuéntame algo que no sepa de ti.

Le hizo perder el paso, pero la desplazó un poco y siguió subiendo.

—He soñado con la esposa de mi abuelo. Nunca la conocí. Murió antes de que yo viniera a Saint Chris.

—¿De veras? ¿Qué clase de sueños?

—Sueños muy detallados, muy claros, en los que mantenemos largas conversaciones. Yo oía a los chicos hablar de ella y deseaba haber tenido la oportunidad de conocerla.

—Creo que eso es tierno y encantador.

—Lo que pasa es que no creo que sean sueños. Creo que mantengo esas charlas con ella.

—¿Lo crees cuando sueñas?

—No. —Colocó a Dru en la cama, se tendió junto a ella y luego la atrajo a su lado—. Lo creo en este mismo momento.

—¡Anda!

—Ahí te he sorprendido.

—Estoy pensando. —Movié la cabeza hasta que reposó cómodamente en la curva del cuello de Seth—. ¿Tú crees que se trata de una especie de experiencia paranormal, que te estás comunicando con su espíritu?

—Pues algo así.

—¿De qué habláis?

Él dudó, luego eludió la respuesta.

—De la familia. Simplemente cosas de familia. Ella me ha contado cosas que yo no sabía, cosas que sucedieron cuando mis hermanos eran pequeños. Cosas que han resultado ser verdad.

—¿En serio? —Se acurrucó junto a él—. Entonces supongo que más vale que le hagas caso.

—Es una mujer lista esa que tienes ahí —comentó Stella.

Paseaban cerca de la orilla del río de Dru, inmersos en el aire nocturno, pesado y húmedo. La lámpara de la ventana del salón creaba bellos reflejos de luz coloreada en el cristal.

—Tiene un cerebro fuerte y complicado. Todo en ella tiende a lo fuerte y a lo complicado.

—Lo fuerte resulta atractivo —dijo Stella—. ¿No crees que eso es también lo que ella busca en ti, fuerza de mente, de personalidad, de corazón? El resto no son más que glándulas, aunque no hay nada malo en las glándulas. Hacen que el mundo gire.

—Me enamoré de ella muy rápido. En un momento estoy de pie y al siguiente he caído al suelo. Nunca pensé que a ella le pasaría lo mismo. Pero así es, de algún modo.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—No lo sé. —Cogió una piedra y la lanzó al río negro como la tinta—. Si aceptas a alguien a largo plazo, aceptas también la carga que lleva consigo. Abuela, mi equipaje es muy pesado. Y me barrunto que se va a hacer más pesado aún.

—Te has encadenado a ese equipaje tú mismo, Seth. Tienes la llave, siempre la has tenido. ¿No crees que es el momento de usarla y de lanzar esa carga por la borda?

—Ella nunca va a irse ni a mantenerse lejos.

—Probablemente no. Lo que tú hagas al respecto es lo que determina el tamaño de la carga. Eres demasiado testarudo para compartirla. Justo como tu abuelo.

—¿De veras? —La simple idea le animó—. ¿Crees que salgo a él en algunas cosas?

—Tienes sus ojos. —Alzó la mano y le tocó el pelo—. Pero eso ya lo sabes. Y la obstinación. Siempre creía que podía lidiar con las cosas él solo. Eso resultaba muy irritante. Era muy tranquilo hasta que se encendía. Tú eres igual. Y con Gloria has cometido los mismos puñeteros errores que él cometió. Le estás permitiendo que use tu amor por tu familia y por Dru como un arma.

—No es más que dinero, abuela.

—Y un carajo. Ya sabes lo que tienes que hacer, Seth. Así que vete y hazlo. Aunque, siendo un hombre, encontrarás un modo de fastidiarlo todo primero.

Se le encajó la mandíbula.

—No voy a arrastrar a Dru en esto.

—Dios. Esa chica no quiere un mártir. —Se plantó las manos en las caderas y le miró con el ceño fruncido—. Cabezota hasta el punto de ser estúpido. Justo como tu abuelo —murmuró.

Y desapareció.

17

El bar era un agujero, era el tipo de sitio en que beber constituye una ocupación seria, normalmente ejercida en solitario. La cortina azul de humo, tan gruesa que se podía separar con las manos, transformaba todo en una escena de una película en blanco y negro de producción barata. Las luces eran mortecinas, lo que animaba a los clientes a ocuparse de sus asuntos, con el beneficio añadido de que ocultaba las manchas si alguien decidía preocuparse de los del vecino.

Olía a cigarrillos del año anterior y a la cerveza de la semana pasada.

La zona de recreo y socialización consistía en una estrecha banda al lado de donde estaba encajada una mesa de billar. Un grupo de tíos jugaba una partida mien tras otros miraban, bebiendo botellines. Sus expresiones de asco aburrido mostraban al mundo lo duros que eran.

El aparato del aire acondicionado estaba enmarcado en una ventana con una plancha de conglomerado medio astillado, y apenas conseguía más que remover el mal olor y producir ruido.

Seth se sentó en el extremo de la barra y, por precaución, pidió una Bud de botellín.

Le pareció apropiado que ella le hubiera arrastrado a un antro como aquél. Le había llevado a unos cuantos cuando era niño o, si disponía de un medio de transporte, él se quedaba dormido en el coche mientras ella permanecía dentro.

Puede que Gloria se hubiera criado en un sólido entorno de clase alta, pero todos los beneficios y ventajas de aquella educación se habían desperdiciado en un espíritu que buscaba continuamente lo más bajo, y lo encontraba.

Dejó de preguntarse qué era lo que había dentro de ella que la llevaba a odiar y a despreciar todo lo que fuera decente. Qué la impelía a utilizar a cualquiera que pudiera tener una razón para quererla, hasta dejarle seco o deshecho.

Sus adicciones, los hombres, las drogas, el alcohol, no eran la causa. No eran más que otra forma de su absoluta autoindulgencia.

Pero era lo propio que fuera allí, pensó mientras estaba sentado, escuchando el choque agudo de las bolas, el quejido asmático del aparato del aire y aspirando los olores que lo llevaban de vuelta a la pesadilla de su infancia. Habría ido a buscar a un cliente, recordó, si necesitaba pelas. O si tenía dinero, a bebérselo hasta caer borracha, a menos que el alcohol no fuera la droga elegida de la noche. En ese caso habría ido a buscar material.

Si el cliente era el objetivo, le habría llevado con ella a cualquier agujero donde hubieran parado. Ruidos de sexo y risa salvaje en el cuarto de al lado. Si se trataba de bebida o de drogas, y la ponían de buen humor, habría habido una parada en algún sitio de los que abren toda la noche. Esa noche él habría cenado.

Si se hubiera puesto de mal humor, habría puños en lugar de comida.

O así había sido hasta que fue lo suficientemente mayor, rápido y astuto para evitar los golpes.

—¿Te vas a beber esa cerveza —preguntó el camarero—, o la vas a seguir mirando toda la noche?

Seth alzó la vista y la fría advertencia de su gesto hizo que el camarero retrocediera un paso. Manteniendo los ojos a la misma altura, Seth sacó del bolsillo un billete de diez y lo dejó sobre la barra junto a la cerveza sin tocar.

—¿Algún problema? —Su voz contenía un suave desafío.

El camarero se encogió de hombros y fue a ocuparse de otra cosa.

Cuando ella entró, un par de jugadores de billar alzó la vista y le echó una ojeada. Seth se imaginó que Gloria consideraba sus sonrisas lúbricas un juicio halagador.

Llevaba unos vaqueros recortados que ceñían sus caderas huesudas, y el borde deshilachado le llegaba justo por debajo de la entrepierna. La ajustada camiseta era de un rosa chillón y le dejaba varios centímetros de vientre al descubierto. Se había puesto un piercing en el ombligo y había añadido el tatuaje de una libélula junto a la barrita dorada. Las uñas de los pies y de las manos estaban pintadas con un esmalte brillante que parecía negro a la fea luz del bar.

Se sentó en un taburete y lanzó una mirada larga e insinuante a los jugadores de billar.

A Seth le bastó echarles un vistazo a los ojos de Gloria para darse cuenta de que al menos

parte del dinero que le había dado se lo había metido por la nariz.

—Un gin—tonic —le dijo al camarero—. No te pases con la tónica.

Sacó un cigarrillo, lo encendió con un mechero plateado y luego soltó una lenta columna de humo hacia el techo. Se cruzó de piernas y su pie se puso a golpetear a toda velocidad.

—¿Hace suficiente calor para ti? —dijo, riendo.

—Tienes cinco minutos.

—¿Qué prisa tienes? —Aspiró más humo y tamborileó con las uñas brillantes sobre la barra—. Bebe la cerveza y relájate.

—No bebo con gente que no me gusta. ¿Qué quieres, Gloria?

—Quiero este gin-tonic. —Cogió el vaso que el camarero le puso delante. Le dio un trago largo y profundo—. Tal vez un poco de acción. —Les lanzó otra mirada a los jugadores de billar, lamiéndose los labios de un modo que a Seth le revolvió el estómago—. Y últimamente he pensado que necesito una linda casita en la playa. Puede que en Daytona.

Se tomó otro trago y dejó las marcas de carmín en el borde del vaso.

—Tú, por otro lado, no parece que quieras casa propia, ¿no? Sigues ahí, viviendo en la misma de siempre, llena de niños y perros. Estás hundido en la rutina.

—Mantente alejada de mi familia.

—¿O si no qué? —Le lanzó una sonrisa tan negra y brillante como las uñas—. ¿Me vas a acusar ante tus hermanos mayores? ¿Te crees que me preocupan los Quinn? Se han vuelto todos blandos y tontos, como le ocurre a la gente que pasa toda su puta y estúpida vida en puebluchos de mala muerte, criando niños ruidosos y sentándose a ver la tele todas las noches como zombies de mierda. Lo único inteligente que han hecho fue quedarse contigo para poder echarle mano al dinero del viejo, igual que ese capullo que se casó con la nulidad de mi hermana por la pasta.

Se bebió el resto de la copa y dio un par de golpes fuertes en la barra para pedir otra. Su cuerpo no dejaba de moverse: el baile constante del pie, los dedos que tabaleaban, el movimiento de la cabeza.

—El viejo era de mi sangre, no de la de ellos. Ese dinero debería haber sido mío.

—Ya le sacaste bastante antes de que muriera. Pero nunca tienes suficiente, ¿no?

—Por supuesto que no. —Se encendió otro cigarrillo—. Tú sí que has aprendido algo, después de todos estos años. Te has enrollado con una fortuna andante, ¿no? Drusilla Whitcomb Banks. ¡Hostia! —Gloria echó hacia atrás la cabeza y soltó una risotada—. Cosa rica. Un buen rollo. Echarle el lazo ha sido la única muestra de inteligencia que has dado en tu vida. Ya la tienes resuelta.

Agarró el vaso en cuanto el camarero lo dejó en la barra.

—Claro que no te iba nada mal haciendo cuadros. Mejor de lo que yo creía. —Mordisqueó el hielo—. No entiendo por qué la gente suelta toda esa pasta por algo que se cuelga en una pared. Es que hay gente para todo.

Seth le puso una mano en la muñeca y lentamente cerró los dedos en torno a ella hasta agarrarla tan fuerte que la hizo sobresaltarse.

—A ver si entiendes esto: como te acerques a mi familia o a Dru, como te acerques a alguien que me importa, te vas a enterar exactamente de lo que lo soy capaz. Va a ser bastante peor que cuando Sybill te dio un golpe y te hizo caer de culo hace años.

Ella inclinó su rostro hacia el de Seth.

—¿Me estás amenazando, hijo?

—Te lo estoy prometiendo.

A pesar de las drogas y del alcohol, ella captó un atisbo de aquella promesa. Y se echó hacia atrás, como había hecho el camarero.

—¿Es ésa tu última palabra? —Cogió su copa con la mano libre, y su rostro ajado y enjuto adoptó una expresión taimada—. ¿Quieres que me mantenga alejada de tu gente cercana y querida?

—Sí, ésa es mi última palabra.

—Pues ésta es la mía. —Se soltó la mano de un tirón y alcanzó su cigarrillo—. Llevamos mucho tiempo jugando por poca cosa, tú y yo. Tú te estás forrando con tus cuadros y, a base de follar, te vas a hacer con otro buen montón de guita. Pues yo quiero mi parte. Un trato de una vez, un solo pago, y me voy. Eso es lo que quieres, ¿no? Que me vaya.

—¿Cuánto?

Satisfecha, le dio otra larga calada y dejó que el humo fluyera hasta la cara de Seth. Siempre había sido el incauto más fácil de embaucar.

—Un millón.

Seth ni siquiera parpadeó.

—¿Que quieres un millón de dólares?

—Lo tengo todo calculado, monada. Tú recibes grandes sumas cuando los pringados aflojan la mosca por tus cuadros. Allí en Europa te hiciste con una buena pasta. ¿Quién sabe durante cuánto tiempo puedes seguir con ese timo? Y a eso añádele la pollita que te estás tirando.

Se movió en el taburete y volvió a cruzar las piernas. La mezcla de drogas y alcohol aullaba en su organismo y la hacía sentir poderosa. La hacía sentir viva.

—Ella nada en la abundancia. Tiene un montón de pasta. Y además, le viene de familia. El tipo de dinero a que no le gustan los escándalos. Te pondría las cosas difíciles si saliera en los medios que la nieta purasangre del senador se ha estado abriendo de piernas para un perro callejero que fue arrebatado de los brazos de su madre cuando ella acudió al padre, al que nunca había conocido, en busca de ayuda. Puedo darle todas las vueltas que quiera a la historia —añadió—. Ni los Quinn ni tú salís limpios en ninguna de las versiones. Y la mierda también le llegará a tu novia. Y en cuanto la mierda empiece a circular, no se va a quedar contigo.

Se pidió una tercera copa, luego se volvió.

—Te va a dejar pero rápido, y tal vez entonces, cuando conozca mi versión de la historia, la gente ya no estará tan dispuesta a apoquinar por tus cuadros. Ay, yo le compré su primera caja de pintura.

Hizo un ruido como de sorberse las lágrimas.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, con tal maldad y regocijo que los jugadores interrumpieron la partida para mirarla.

—A la prensa le va a encantar. La cosa es que podría vender la historia y sacarme un buen pellizco. Pero te estoy dando la oportunidad de que me la compres tú primero. Considéralo como una inversión. Me pagas y salgo de tu vida para siempre. Si no me pagas tú, ya lo hará otro.

Su rostro seguía inexpresivo, como había estado durante los desvarios de Gloria. No estaba dispuesto a mostrarle ni siquiera su repugnancia.

—Tu historia es una sarta de mentiras.

—Claro que sí. —Se rió y le dio un trago a la ginebra—. La gente nunca tiene bastantes bolas, cuando se refieren a otro. Te doy una semana para que consigas la tela, en metálico. Pero quiero un anticipo. Lo llamaremos una señal de buena fe. Diez mil. Me lo traes aquí, mañana por la noche. A las diez. Como no aparezcas, me pongo a hacer llamadas.

Seth se puso de pie.

—Como te gastes otros diez mil en dulce para la nariz, Gloria, vas a caer muerta en la parte de atrás de algún tugurio como éste bastante antes de que puedas empezar a disfrutar siquiera de una parte de ese millón.

—Deja que yo me ocupe de eso. Paga las bebidas.

Él se limitó a darle la espalda y se dirigió a la puerta.

No podía ir a casa, no cuando tenía intención de sentarse en medio de la oscuridad y emborracharse en silencio y a conciencia.

Sabía que no servía. Sabía que era una forma de escapar, de autocompasión, un viaje sólo de ida. Emborracharse sería y deliberadamente era una muleta, una ilusión, una trampa.

Le importaba una mierda, así que se echó otro trago de Jameson y observó el profundo brillo ambarino a la luz de la única lámpara que había encendido en su estudio.

Sus hermanos le habían dado su primera copa de bourbon cuando cumplió los veintiún años. Estaban solos los cuatro, recordó Seth, sentados en la mesa de la cocina sin mujeres ni niños.

Era uno de esos recuerdos vividos, de tonos profundos, que sabía que nunca le abandonaría. El aroma fuerte del humo de los puros que había repartido Ethan, el picor del bourbon en su lengua, al descender por su garganta, suavizándose al alcanzar el estómago. El sonido de las voces de sus hermanos, su risa y la certeza absoluta que sintió de su propia pertenencia.

No le gustó mucho el sabor de la bebida. Seguía sin gustarle. Pero era a lo que un hombre

se aferraba cuando su único propósito era el olvido.

Hacía mucho que había dejado de cuestionar lo que Gloria DeLauter era y cómo se había convertido en aquello. Parte de ella estaba dentro de él, y lo aceptaba como si fuera una marca de nacimiento. No creía en los pecados del padre, o de la madre en este caso. Ni creía en la sangre manchada. Cada uno de sus hermanos procedía de algún tipo de horror y eran los mejores hombres que conocía.

Fuera cual fuera esa parte que había de Gloria en él, se había visto anegada por la honradez, el orgullo y la compasión que le habían dado los Quinn.

Tal vez aquello en sí fuera sólo una parte de la razón por la que ella le odiaba, los odiaba a todos ellos. No importaba por qué. Estaba en su vida y tenía que lidiar con ella.

De un modo u otro.

Estaba sentado, bebiendo a la luz de la lámpara en una sala repleta de sus obras y de las herramientas del trabajo que amaba. Ya había tomado una decisión y tendría que asumirla. Pero, por aquella noche, envolvería el futuro en una nube de whisky irlandés y en el latido de la dolorida música de blues que había elegido para acompañar la sesión.

Cuando sonó el móvil, lo ignoró. Cogió la botella y se sirvió otra copa.

Dru colgó el teléfono y se paseó intranquila por la sala de estar. Había marcado el número de Seth media docena de veces. En las últimas dos horas había abierto un surco en el suelo. Desde que llamó Aubrey buscándole.

Seth no estaba con Aubrey, como le había dicho a Dru que estaría aquella noche. Ni estaba con Dru, como le había dicho a Aubrey y a su familia que estaría.

Así que, ¿dónde diablos estaba?

No se encontraba bien. Le pasaba algo, concluyó, desde la noche anterior. Incluso desde antes de la fiesta, pensó en aquel momento. Antes del viaje en coche a la ciudad. Había en él una especie de violencia contenida, contenida ferozmente. Al final, se había manifestado en forma de sexo duro.

E incluso entonces, después de haberse agotado el uno al otro, ella había sentido una turbulencia subyacente. Lo había dejado pasar, admitió. Inmiscuirse no formaba parte de su naturaleza. Odiaba la forma en que sus padres cuestionaban y desmenuzaban cada uno de sus estados de ánimo, estados que, le gustaba pensar, eran a menudo asuntos privados.

Y ahora él le había mentido. Eso no formaba parte de su naturaleza, estaba convencida.

Si le pasaba algo malo, tenía que ayudarle. ¿No le correspondía según los deberes del amor?

Echó un vistazo a su reloj y a punto estuvo de retorcerse las manos. Era más de medianoche. ¿Y si estaba herido? ¿Y si había tenido un accidente?

¿Y si simplemente quería pasar la noche a solas?

—Si lo quería, lo hubiera dicho —farfulló entre dientes, y salió por la puerta.

Había un solo lugar donde creía que podía estar. No iba a descansar hasta comprobar si estaba allí.

De camino al pueblo, se echó un sermón a sí misma. Su relación con Seth no implicaba que él tuviera que rendirle cuentas de cada minuto de su tiempo. Ambos tenían vidas, intereses, obligaciones propias. Ella, desde luego, no era el tipo de mujer incapaz de sentirse realizada a solas.

Pero eso no le daba a él el derecho de mentirle sobre sus planes para la noche. Si respondiera al puñetero móvil, ella no tendría que ir al pueblo en mitad de la noche para buscarle, como la típica esposa pesada de las series de la tele.

Y le iba a soltar una buena por hacerla sentirse así. Estaba que echaba espuma cuando giró hacia el aparcamiento de atrás y vio su coche allí. El insulto que suponía ver el coche hizo que estuviera a punto de seguir conduciendo y volverse a casa. ¿No podía haberla avisado, a ella y a todos los demás, de que quería trabajar? ¿Es que no podía sencillamente coger el teléfono y...?

Echó el freno.

¿Y si no podía llegar hasta el teléfono? ¿Y si no podía contestarlo porque estaba inconsciente o enfermo?

Metió el coche en el aparcamiento, salió y se lanzó escaleras arriba a toda velocidad.

La imagen de Seth tendido en el suelo indefenso era tan fuerte que cuando irrumpió en el estudio y le vio sentado en la cama, echándose alcohol de una botella a un vaso, no lo tuvo en cuenta.

—Estás bien. —El alivio llegó primero, e hizo que las rodillas se le aflojaran—. ¡Ay, Seth, Dios mío! Estaba tan preocupada...

—¿Por qué? —Dejó la botella y la observó con ojos turbios mientras bebía.

—Nadie sabía dónde... —Por fin se dio cuenta y le hirvió la sangre—. Estás borracho.

—Camino de estarlo. Aún me queda un poco. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Aubrey ha llamado preguntando por ti hace horas. Hemos descubierto que a cada una nos habías contado que estabas con la otra. Como no contestabas el teléfono, he sido lo bastante tonta como para preocuparme por ti.

Seth estaba todavía demasiado sobrio. Lo suficiente para pensar que el estado de ánimo de Dru podía facilitarles las cosas a los dos.

—Si has venido corriendo esperando pillarme en la cama con otra mujer, siento decepcionarte.

—Nunca se me hubiera ocurrido que me engañaras —Casi tan confundida como enfadada, se acercó a la cama y notó el nivel de whisky de la botella—. Pero claro, tampoco se me había cruzado por la cabeza que tuvieras que mentirme. O que te fueras a sentar aquí tú solo a beber hasta emborracharte.

—Ya te dije que había muchas cosas de mí que un sabías, cariño. —Con el pulgar apuntó hacia la botella—. ¿Quieres una copa? En la cocina hay vasos.

—No, gracias. ¿Hay alguna razón por la que hayas decidido embarcarte en un maratón alcohólico y preocupar a tu familia?

—Ya soy mayor, Dru, y no necesito que andes detrás de mí, sólo porque me apetecen un par de tragos. Esto es más de mi estilo que dos copas de champán en una aburrida función política. Si no puedes aceptarlo, es tu problema.

Aquello le dolió y le hizo alzar la barbilla.

—Yo estaba obligada a ir. Tú, no. La elección era tuya. Si te quieres ahogar en una botella de whisky, por supuesto eso también es cosa tuya. Pero a mí no me mientas. A mí no me pongas en ridículo.

Seth se encogió de hombros despreocupadamente y, dejándose llevar por la bebida, supuso que sabía lo que era mejor para ella. Unas pocas pullas más contra su orgullo, pensó, y se iría.

—¿Sabes cuál es el problema de las mujeres? Te acuestas con ellas unas cuantas veces, les dices lo que quieren oír, haces que se lo pasen bien, y enseguida empiezan a agobiarte. Intentas tomarte un descansito y se te suben como piojos a un mono. Joder, ya sabía yo que no tenía que haber ido contigo a esa movida de anoche. Me dije que eso te daría ideas.

—¿Ideas? —repitió ella. Sintió que la garganta se le llenaba y le ardía—. ¿Ideas?

—Es que no puedes dejar las cosas como están, ¿no? —Sacudió la cabeza y se sirvió otra copa—. Siempre tienes que estar mirando hacia delante. ¿Qué pasa mañana, qué va a suceder la próxima semana? Tú ya estás haciendo planes para el futuro, cariño, y a mí eso no me va. Cuando te dejas llevar, me lo paso muy bien contigo, pero más vale que lo dejemos antes de que se tuerza.

—¿Me..., me estás dejando?

—Bueno, venga, tampoco lo pongas de ese modo, preciosa. Sólo se trata de echar un poco el freno.

El dolor se hizo una bola y la dejó insensible.

—Todo esto, todo esto... ¿no ha sido más que por el sexo y por el arte? No lo creo. Para nada.

—Tampoco es para que hagas una montaña de un grano de arena. —Alcanzó la botella de nuevo. Se echó whisky sobre whisky. Lo que fuera para no mirarla, para no ver las lágrimas que le inundaban los ojos.

—Yo confié en ti con en cuerpo y alma. Nunca te he pedido nada. Siempre me lo has dado todo antes de que yo pudiera pedirlo. No merezco que me trates de este modo, que te deshagas de mí de esta manera, sólo porque me he enamorado de ti.

Entonces la miró y la combinación de orgullo y tristeza en el rostro de ella le destrozó.

—Dru...

—Te amo. —Lo dijo con serenidad, mientras aún podía mantener la calma—. Pero ése es mi

problema. Te dejaré a solas con el tuyo y con tu botella.

—Joder. Maldita sea, no te vayas —dijo cuando clin se giró hacia la puerta—. Dru, no salgas por esa puerta. Por favor, no te vayas. —Dejó el vaso bruscamente en la mesa y se cogió la cabeza con las manos—. No puedo hacer esto. No puedo dejar que ella me robe esto también.

—¿Te crees que me voy a quedar aquí y a llorar delante de ti? ¿O a hablar contigo cuando estás borracho y te muestras insultante?

—Perdóname, Dru, lo siento.

—Y tanto que lo sientes. Lo sientes muchísimo. —La mano que aferraba el pomo tembló, y una lágrima se deslizó por la mejilla. Aquella combinación la enfureció—. No quiero que te sientas culpable en plan machito patético, porque me has hecho daño hasta el punto de hacerme soltar alguna lágrima. Ahora mismo lo que de verdad quiero es que te vayas a la mierda.

—Por favor, no salgas por esa puerta. No creo que pueda soportarlo. —Todo en su interior, la culpa, el dolor, el odio y el amor, le atenazaba la garganta como si le estrangulara—. Creía que era mejor echarte antes de que te vieras arrastrada al fondo conmigo. Pero no puedo hacerlo. No lo soporto. No sé si es egoísta o si es justo, pero no puedo dejar que te vayas. Por Dios bendito, no me abandones.

Ella le miró fijamente, observando el sufrimiento desnudo de su expresión. Su corazón, ya agrietado, se partió en dos.

—Seth, por favor, dime qué es lo que pasa. Dime qué es lo que te está haciendo sufrir.

—No debería haberte dicho todas esas cosas. Ha sido una estupidez.

—Dime por qué me las has dicho. Dime por qué estás aquí sentado solo, bebiendo hasta ponerte enfermo.

—Ya estaba enfermo antes de comprar la botella. No sé por dónde empezar. —Se pasó las manos por el cabello—. Por el principio, supongo. —Se apretó los párpados con los dedos—. Estoy medio borracho. Voy a necesitar café.

—Yo lo preparo.

—Dru. —Alzó las manos de nuevo y luego las volvió a dejar caer—. Todo lo que te he dicho desde que has entrado por la puerta era mentira.

Ella inspiró profundamente. Por el momento, pensó, se guardaría el enfado y el dolor en un rincón y escucharía.

—De acuerdo. Te voy a hacer un café y luego me puedes contar la verdad.

—Se remonta mucho tiempo atrás —comenzó él—. Antes de mi abuelo. Antes de que Ray Quinn se casara con Stella. Antes de que la conociera. Dru, perdóname por hacerte daño.

—Sigue contándome. Ya nos ocuparemos de eso más tarde.

Bebió café.

—Ray conoció a una mujer e iniciaron una relación. Tuvieron una aventura —se corrigió—. Ambos eran jóvenes y estaban solteros, así que ¿por qué no? En cualquier caso, él no era el tipo de hombre que ella buscaba. Ya sabes, era profesor, su ideología era más bien de izquierda mientras que ella tendía hacia la derecha. Ella procedía de una familia como la tuya. Lo que quiero decir es...

—Sé lo que quieres decir. Tenía una cierta posición social y algunas aspiraciones en ese sentido.

—Eso es. —Soltó aire, bebió más café—. Gracias. Ella rompió la relación y se fue. Estaba embarazada y no muy contenta al respecto, por lo que he oído. Conoció a otro hombre, con el que encajaba, así que decidió seguir adelante con el embarazo y se casó con él.

—Y nunca le habló del niño a tu abuelo.

—No, nunca se lo dijo. Más adelante, tuvo una segunda hija. Tuvo a Sybill.

—Sybill. Pero... Ah. —Dru filtró esta información en su mente hasta que encajó en su lugar—. Ya veo. La hija de Ray Quinn, la medio hermana de Sybill. Tu madre.

—Lo has comprendido. Ella, Gloria. Se llama Gloria. No es como Sybill. Gloria la odiaba. Creo que debe de haber nacido odiando a todo el mundo. Nada de lo que tuvo al crecer le pareció bastante.

Él estaba pálido y parecía tan demacrado y enfermo que Dru tuvo que aguantarse las ganas de tomarle entre sus brazos y consolarle sin más.

—Para algunas personas, nada es suficiente.

—Sí. En algún momento se fue con un tío y se quedó preñada. De mí. Resulta que el tipo se

casó con ella. Eso no importa. Nunca le he conocido. Él no entra en esta historia.

—Tu padre...

—Donante de esperma —corrigió Seth—. No sé qué sucedió entre ellos. No me quita el sueño. El caso es que cuando Gloria se quedó sin dinero, volvió a casa y me llevó con ella. Yo no me acuerdo de nada de eso. No mataron el ternero cebado por ella. Gloria tiene bastante cariño a la botella y a unas cuantas sustancias químicas estimulantes. Creo que durante unos años anduvo dando tumbos de acá para allá. Sé que, cuando Sybill tenía un piso propio en Nueva York, me dejó allí. No recuerdo demasiado. Al principio, cuando la volví a ver, no me acordaba de ella. Yo tenía un par de años. Sybill me dio un perro de peluche. Yo lo llamé *Tuyo*. Ya sabes, cuando le pregunté de quién era, ella me dijo...

—Tuyo —concluyó Dru y, conmovida, le pasó una mano por el cabello—. Se portó bien contigo.

—Fue maravillosa. Como digo, no me acuerdo de mucho, excepto que me sentía a salvo cuando estaba con ella. Nos acogió, nos compró comida, ropa, me cuidó cuando Gloria desaparecía durante unos días. Y para devolverle el favor, ésta le robó todo lo que encontró una vez que Sybill estaba fuera y se marchó llevándome con ella.

—No tuviste opción. Los niños a menudo no la tienen.

—No es que me esté haciendo responsable de lo que pasó. Sólo lo digo. No sé por qué no me dejó y se fue sola. Sólo puedo deducir que fue porque Sybill y yo habíamos conectado, porque nos...

—Porque os habíais empezado a querer el uno al otro. —Dru le tomó la mano y dejó que los dedos de Seth apretaran los suyos—. Y ella os odiaba a los dos, así que no podía aceptarlo.

Él cerró los ojos un instante.

—Me ayuda que lo comprendas.

—No creías que lo comprendiera.

—No sé lo que pensaba. Ella me confunde, es la única excusa que tengo.

—Ahórrate las excusas. Cuéntame el resto.

Dejó el café a un lado. No le aliviaba en absoluto el dolor de cabeza ni el estómago revuelto, sino que le hacía estar más alerta y por lo tanto ser más consciente de su malestar.

—Vivimos en muchos lugares distintos durante periodos breves de tiempo. Ella tenía muchos hombres. Yo sabía cosas sobre el sexo antes de aprender a escribir mi nombre. Ella se emborrachaba o se metía drogas, así que yo pasaba mucho tiempo solo. Cuando andaba mal de dinero y no se podía colocar, la tomaba conmigo.

—Te golpeaba.

—Joder, Dru. Por muy perspicaz que seas, no conoces ese tipo de mundo. ¿Por qué deberías conocerlo? ¿Por qué debería conocerlo nadie? —Se contuvo—. Si le apetecía, me daba buenas palizas. Si no le daba por alimentarme, yo pasaba hambre. Y si se pagaba las drogas con sexo, yo les oía hacérselo en el cuarto de al lado. Para cuando cumplí los seis años, no había mucho que no hubiera visto.

Le daba náuseas. Le entraban ganas de llorar. Pero si Seth necesitaba algo de ella en aquel momento, era fortaleza.

—¿Y cómo es que los servicios sociales no hicieron nada para ayudarte?

Se la quedó mirando por un instante, como si hubiera hablado en un lenguaje que no reconocía.

—No solíamos parar en sitios donde los adultos responsables llaman a las autoridades para denunciar a madres drogadictas con hijos de los que abusan. Ella era mezquina, pero nunca ha sido tonta. Yo pensé en escapar y empecé a ahorrar para ello. Céntimo a céntimo. Cuando tenía edad para ello, me dejaba en la escuela, así le daba más tiempo para buscarse hombres. A mí me encantaba la escuela. Me encantaba. Nunca lo admití, no podía ser tan pringado, pero me encantaba.

—¿Ningún maestro se dio cuenta de lo que pasaba?

—Nunca se me ocurrió contárselo a nadie. —Se encogió de hombros—. Era la vida, eso es todo. Y además, yo estaba tan acojonado... Entonces..., supongo que tendría unos siete años la primera vez. Uno de los hombres que trajo con ella...

Sacudió la cabeza y se puso en pie. Incluso después de tantos años, el recuerdo le cubría la piel de sudor.

—A algunos les gustaban los niños.

A Dru se le paró el corazón y luego se volvió a poner en marcha para bombear en la garganta.

—No. No.

—Siempre conseguí escapar. Era rápido y era espabilado. Encontré sitios donde esconderme. Pero sabía lo que significaba cuando uno de ellos intentaba ponerme las manos encima. Sabía lo que quería decir aquello. Pasó mucho tiempo antes de poder soportar que alguien me tocara. No soportaba que me tocaran. Dru, si lloras, no puedo seguir.

Ella hizo un esfuerzo de voluntad para contener las lágrimas que amenazaban con rebosar de sus ojos. Sin decir palabra, le envolvió en sus brazos.

—Pobre pequeño—susurró, meciéndole—. Pobre niño.

Desarmado, él enterró el rostro en el hombro de Dru. El olor de su cabello y de su piel era muy limpio.

—No quería que te enteraras de todo esto.

—¿Creías que te iba a amar menos?

—Era sólo que no quería que lo supieras.

—Ahora lo sé y estoy muy impresionada por quién eres. Tú crees que todo esto está más allá de lo que yo puedo comprender, por mi origen. Pero te equivocas. —Le abrazó fuerte—. Te equivocas. Ella nunca consiguió quebrar tu espíritu, Seth.

—Puede que lo hubiera conseguido, de no haber sido por los Quinn. Tengo que seguir hasta el final. —Se apartó—. Deja que termine.

—Ven a sentarte.

Se acercó a ella, se sentó de nuevo a un lado de la cama.

—Durante una de las broncas con su madre, Gloria supo de Ray. Eso le proporcionó otra persona a quien odiar, alguien más a quien culpar por todas las injusticias de las que había sido víctima, según le gustaba pensar. Cuando dio con él, Ray daba clases en la universidad. Esto fue después de la muerte de Stella, cuando mis hermanos ya eran adultos y se habían ido de casa. Cam estaba en Europa, Phil en Baltimore y Ethan tenía su propia casa en Saint Chris. Ella le hizo chantaje a Ray.

—¿Con qué? Él ni siquiera sabía de su existencia.

—Eso a ella no le importaba. Le exigió dinero, él pagó. Como quería más, fue al decano de la facultad y le soltó una sarta de mentiras sobre abusos sexuales. Trató de hacerme pasar por hijo de Ray. La historia no se sostuvo, pero consiguió sembrar la duda aquí y allá. Hizo un trato con ella. Quería alejarme de su lado. Quería cuidar de mí.

—Era un hombre bueno. Siempre que he oído mencionar su nombre en el pueblo, es con cariño y con respeto.

—Era el mejor —coincidió Seth—. Gloria sabía que él era un hombre bueno. Eso es lo que desprecia y lo que siente la necesidad de utilizar. Así que me vendió a él.

—En fin, aquello fue un error —dijo Dru apaciblemente—. Y la primera cosa buena que te hizo.

—Sí. —Soltó un largo suspiro—. Tú lo has dicho. Yo no sabía quién era él. Todo lo que sabía era que aquel hombre alto y viejo me trataba... con decencia y que yo quería quedarme en aquella casa junto al agua. Cuando me hacía promesas, las cumplía, y nunca me hizo daño. Me obligaba a acatar una disciplina, pero bueno, uno quería obedecer cuando era Ray quien daba las órdenes. Tenía un cachorro, y yo nunca pasaba hambre. Lo mejor es que estaba lejos de ella, por primera vez estaba lejos de Gloria. Jamás iba a volver con ella. Ray dijo que nunca tendría que hacerlo y yo le creí. Pero ella regresó.

—Se dio cuenta de su error.

—Se dio cuenta de que me había vendido por poco. Quería más dinero, o me llevaría consigo. Él le dio más, siguió dándole. Un día, tuvo un accidente al volver de entregarle uno de los pagos. Era grave. Llamaron a Cam, que estaba en Europa. Aún recuerdo la primera vez que le vi, la primera vez que los vi a los tres juntos, de pie en torno a la cama de Ray en el hospital. Éste les hizo prometer que iban a cuidar de mí, que iban a mantenerme con ellos. No les habló de Gloria ni de cuál era su relación con ella. Tal vez no pensaba en eso. Estaba muriéndose y lo sabía, y lo único que quería era asegurarse de que yo estaría a salvo. Confiaba en que ellos cuidarían de mí.

—Conocía bien a sus hijos —comentó en alto Dru.

—Los conocía, mejor que yo. Cuando murió, yo pensé que me echarían o que tendría que

huir. Nunca pensé que se quedarían conmigo. No me conocían, así que ¿por qué debería importarles? Pero cumplieron la promesa hecha a Ray. Cambiaron sus vidas por él y por mí. Construyeron un hogar, al principio bastante salvaje cuando era Cam quien se ocupaba de todo.

Por primera vez desde que empezó el relato, parte de la aflicción se diluyó. El humor se deslizó en su voz.

—Cam siempre estaba estropeando algo en el microondas o inundando la cocina. El tipo es que no tenía ni idea. Yo chocaba con ellos, se lo hacía pasar todo lo mal que podía, sobre todo a Cam. Y podía hacérselo pasar muy mal. Sólo esperaba que me echaran de un punta pie o que me dejaran sin sentido a fuerza de golpes. Pero me aguantaron. Me defendieron y, cuando Gloria trató de sangrarles como había hecho con Ray, lucharon por mí. Incluso antes de saber que era nieto de Ray, me hicieron uno de ellos.

—Te aman, Seth. Cualquiera puede ver que es tanto por ti mismo como por su padre.

—Lo sé. No hay nada que no sería capaz de hacer por ellos. Incluido pagarle a Gloria, como he estado haciendo de vez en cuando desde que tenía catorce años.

—Ella no se mantuvo alejada.

—No. Y ha vuelto. Ahí es donde he estado esta noche, reunido con ella para discutir las últimas condiciones. Fue a tu tienda. Supongo que quería echarte un vistazo de cerca mientras calculaba las posibilidades de esta jugada.

—La mujer. —Dru se tensó y se frotó los brazos, que se le habían quedado fríos de repente—. Harrow, dijo que se llamaba. Glo Harrow.

—Se llama DeLauter. Harrow es su segundo apellido. Ella sabe cosas de tu familia. El dinero, los contactos, las implicaciones políticas. Lo ha añadido a la mezcla. Hará todo lo que pueda para dañarte, igual que hará todo lo que pueda para herir a mi familia si no le doy lo que busca.

—No es más que otra forma de extorsión. Yo sé algo sobre este tipo de chantaje, que utiliza tus sentimientos para dejarte seco. Está usando tu cariño como arma.

Un escalofrío le bailó por la piel al oír aquella frase, y en su mente escuchó el eco de las palabras de Stella.

—¿Qué has dicho?

—Que está usando tu cariño como un arma y tú se lo estás permitiendo. Esto tiene que terminar. Tienes que contárselo a tu familia. Ya.

—Joder, Dru. Aún no sé si decírselo es lo mejor, y mucho menos decírselo a las dos de la mañana.

—Sabes muy bien que es lo adecuado, que es lo único que cabe hacer. ¿Y crees que les va a importar la hora que es?

Se acercó al banco de trabajo en que él había dejado su teléfono.

—Yo diría que lo mejor es llamar primero a Anna y luego ella puede avisar a los demás. —Le tendió el aparato—. ¿Quieres llamarla tú y decirle que vamos para allá, o lo hago yo?

—Te has vuelto muy mandona así de repente.

—Porque en este momento necesitas que se te mande. ¿Te crees que voy a quedarme a un lado y dejar que Gloria te haga esto? ¿Crees que alguno de nosotros va a actuar así?

—La cosa es que ella es el mono que llevo a la espalda. No quiero que sus golpes os alcancen a mi familia y a ti. Tengo que protegerlos de eso.

—¿Protegerme? Estás de suerte por que no te deje sin sentido de un golpe con el teléfono. Tu solución era dejar que me fuera. ¿Crees que necesito a un abnegado caballero andante?

Estuvo a punto de sonreír.

—¿Eso vendría a ser lo mismo que un mártir?

—Parecido.

Le tendió una mano.

—No me golpees. Sólo pásame el teléfono.

18

La cocina había sido siempre el sitio de las reuniones familiares. En ella tenían lugar las discusiones, se hacían pequeñas celebraciones, se tomaban decisiones y se formulaban planes. Se imponían castigos y se ofrecían alabanzas casi siempre en torno a la vieja mesa de cocina que nadie había pensado reemplazar.

Fue allí donde se reunieron en aquel momento, mientras hervía el café y las luces brillaban lo suficiente para mantener alejada la oscuridad. A Dru le parecía que eran demasiados para caber en un espacio tan pequeño. Pero se hicieron sitio unos a otros. Le hicieron sitio a ella.

Habían venido sin vacilar, arrastrándose a sí mismos y a sus hijos dormidos fuera de la cama. Tenían que sentirse alarmados, pero nadie abrumó a Seth con preguntas. Dru sentía la tensión en el aire pesado en mitad de la noche.

A los más pequeños los habían llevado arriba, de vuelta a cualquier cama que estuviera disponible, al cuidado de Emily. Dru se imaginaba que habría bastantes comentarios susurrados entre quienes hubieran conseguido seguir despiertos.

—Os pido perdón por todo esto —comenzó Seth.

—Si nos sacas de la cama a las dos de la mañana, será que tienes una buena razón. —Phillip cerró su mano sobre la de Sybill—. ¿Has matado a alguien? Porque si tenemos que deshacernos del cuerpo a esta hora de la noche, más vale que nos pongamos a ello.

Agradecido por el intento de animar el ambiente, Seth agitó la cabeza.

—Esta vez, no. Puede que todo fuera más fácil si lo hubiera hecho.

—Suéltalo ya, Seth —le dijo Cam—. Cuanto antes nos cuentes lo que pasa, antes podremos hacer algo al respecto.

—He estado con Gloria esta noche. —Se produjo un silencio, como un largo latido. Seth miró a Sybill, comprendiendo que ella sería la más disgustada—. Lo siento. Estaba tratando de encontrar un modo de no contároslo, pero no lo hay.

—¿Por qué no nos lo ibas a contar? —Había tensión en la voz de Sybill, y su mano apretó visiblemente la de Phillip—. Si ella está por aquí y te está molestando, tenemos que saberlo.

—No es la primera vez.

—Pues va a ser la última. —La furia estalló en la voz de Cam—. ¿Qué cojones es esto, Seth? ¿Ha vuelto por aquí antes y no has dicho nada?

—No veía el sentido de que os alarmarais todos, como os estáis alarmando ahora.

—Y una mierda. ¿Cuándo? ¿Cuándo empezó a acercarse a ti otra vez?

—Cam...

—Si me vas a decir que me calme —le dijo a Anna—, ahórrate el esfuerzo. Seth, te he hecho una pregunta.

—Desde que tenía unos catorce años.

—¡Joder! —Cam se apartó de la mesa. Frente a él, Dru se sobresaltó. Nunca había visto aquel tipo de rabia, con una violencia inmediata que amenazaba con hacer añicos todo lo que encontrara a su paso.

—¿Lleva todo ese tiempo acercándose a ti, años, y tú no has dicho una puta palabra?

—No tiene sentido echarle la bronca todavía. —Ethan se inclinó sobre la mesa y, aunque su voz era serena, había algo en sus ojos que le advirtió a Dru de que su furia sería tan letal como la de su hermano—. ¿Te ha sacado dinero?

Seth hizo ademán de hablar, luego se encogió de hombros.

—Ahora puedes echarle la bronca —musitó Ethan.

—¿Que le has pagado? ¿Que le has estado pagando todo este tiempo? —La indignación vibraba mientras Cam miraba fijamente a Seth—. Pero ¿a ti qué cojones te pasa? Si hubieras dicho sólo una puta palabra al respecto, le hubiéramos dado tal puntapié en su avaricioso culo que habría acabado en Nebraska. Tomamos todas las medidas legales para mantenerla alejada de ti. ¿Por qué cojones le has permitido que te sangrara?

—Hubiera hecho cualquier cosa para impedir que os tocara a cualquiera de vosotros. No era más que dinero. Joder, ¿qué me importaba el dinero con tal de que volviera a desaparecer?

—Pero no se quedaba lejos —dijo Anna con suavidad. Con suavidad porque su propio genio estaba a punto de explotar. Si eso sucedía, haría que lo de Cam pareciera una rabieta de niño—. ¿A que no?

—No, pero...

—Deberías haber confiado en nosotros. Tenías que saber que íbamos a estar ahí.

—Ay, Dios, Anna, eso lo sabía.

—Pues ésta no es forma de demostrarlo —estalló Caín,

—Le di dinero. —Seth alzó las manos—. Sólo dinero. Era lo único que yo sabía hacer para protegeros. Tenía que hacer algo, lo que fuera, para devolveros lo que habíais hecho.

—¿Devolvernos? ¿El qué?

—Vosotros me salvasteis. —Las emociones se acumularon en la voz de Seth y su flujo casi desesperado im puso el silencio en el cuarto—. Vosotros me disteis todo lo que he tenido en la vida que ha sido bueno, que ha sido limpio, que ha sido normal, joder. Vosotros cambiasteis vuestra vida por mí y lo hicisteis cuando yo no hacía nada para vosotros. Me convertisteis en parte de la familia. Cam, joder, vosotros me aceptasteis, joder.

Le llevó un momento poder hablar de nuevo, pero cuando habló, la voz de Cam sonaba ronca y tenía un toque definitivo.

—No quiero oír ese tipo de mierda de ti. No quiero oír hablar de putos cheques y de putos saldos.

—Eso no es lo que ha querido decir. —Luchando contra las lágrimas, Grace habló suavemente—. Siéntate. Siéntate ya, Cam, y no la tomes con él de ese modo. Lleva razón.

—¿Y qué cono quiere decir eso? —Pero Cam volvió a su asiento—. ¿Qué cono quiere decir eso, vamos a ver?

—Nunca me deja decirlo —consiguió insinuar Seth—. Ninguno de ellos me ha dejado...

—Chissst —dijo Grace—. Ellos te salvaron y comenzaron a hacerlo cuando tú no eras más que una promesa hecha a su padre, porque le amaban. Luego lo hicieron por ti, porque te amaban. Todos nosotros te amábamos. Si no estuvieras agradecido por lo que hicieron, por lo que nunca han dejado de hacer, entonces es que te pasaría algo.

—Yo quería...

—Espera. —Grace sólo tuvo que alzar un dedo para detenerle—. El amor no exige un pago. Cam lleva razón en eso. Aquí no hay cheques ni saldos que valgan.

—Yo tenía que devolver algo. Pero eso no era todo. Ella hizo insinuaciones sobre Aubrey.

Se quedó mirando a Grace mientras ésta perdía el color.

Aubrey, que lloraba en silencio, pudo hablar por fin.

—¿Qué? ¿Que me usó a mí?

—Sólo decía cosas como que era muy guapa, ¿verdad?, y que sería una pena que le pasara algo, ¿no? A su hermanita o a sus primos. Joder, yo estaba muerto de miedo. No tenía más que catorce años. Me acojonaba pensar que si le contaba algo a alguien, ella encontraría un modo de hacerle daño a Aubrey o a alguno de los niños.

—Claro —dijo Anna—. Con eso contaba.

—Y cuando dijo que yo tenía una deuda con ella por todos los problemas que le había causado, que necesitaba unos pocos cientos de dólares para viajar, pensé que era la mejor manera de librarme de ella. Joder, Grace estaba embarazada de Deke, y Kevin y Bram eran muy pequeños. Yo sólo quería que se fuera y se mantuviera alejada de ellos.

—Ella lo sabía. —Sybill soltó un suspiro, luego se puso de pie para ir hasta la cafetera—. Sabía lo mucho que te importaba tu familia, así que eso es lo que utilizó. Siempre se le dio bien saber qué tecla tenía que pulsar. Conmigo lo sabía perfectamente y yo tenía bastante más de catorce años. —Le puso una mano en el hombro y apretó mientras rellenaba las tazas—. Ray era un hombre adulto, pero la pagó.

—Se mantenía lejos durante meses —continuó Seth—. Incluso años. Pero luego volvía. Yo tenía dinero. Mi parte del astillero, lo que me disteis de Ray, luego lo de algunos cuadros. Me sableó dos veces cuando estaba en la universidad, luego volvió una tercera. Me di cuenta de que no iba a desaparecer, no por mucho tiempo. Sabía que era una estupidez seguir pagándole. Tuve la oportunidad de ir a Europa a estudiar, a trabajar. La aproveché. No tenía sentido que ella viniera aquí si yo me había ido.

—Seth. —Anna esperó hasta que él la miró—. ¿Te fuiste a Europa para huir de ella? ¿Para mantenerla lejos de nosotros?

La mirada que él le dirigió era tan feroz, estaba tan llena de amor, que a Dru le dolió la garganta.

—Yo quería ir. Tenía que averiguar por mí mismo qué era capaz de hacer con mi trabajo.

Ésa era simplemente otra puerta que se abría para mí. Pero por debajo... Bueno, era otro factor, eso es todo.

—Vale. —Ethan le daba vueltas a su taza en círculos lentos—. Entonces hiciste lo que creías que tenías que hacer. Y ahora, ¿qué?

—Hará unos cuatro meses, apareció en mi casa de Roma. Llevaba con ella a un tipo al que había conseguido vender la moto. Había oído hablar de mí, había leído cosas, y se dio cuenta de que el bote era ahora mucho más cuantioso. Me dijo que iría a la prensa y a las galerías, y les contaría toda la historia. Su historia —corrigió—. La forma en que ella la había retorcido. Arrastrando otra vez el nombre de Ray por el fango. Le pagué y volví a casa. Yo deseaba volver a casa. Pero resulta que me la he traído conmigo.

—Tú nunca la has llevado a ningún sitio —corrigió Phillip—. Métetelo en tu dura cabeza.

—Vale, volví. Sólo que esta vez el dinero no consiguió que se marchara. Se ha quedado por aquí, en algún sitio. Fue a la tienda de Dru.

—¿Te amenazó? —El genio inflamó el rostro de Cam una vez más—. ¿Intentó hacerte daño?

—No. —Dru sacudió la cabeza—. Ella sabe que Seth y yo mantenemos una relación, así que me ha añadido a la mezcla, usándome como un arma más para hacerle daño. Yo no la conozco, pero por todo lo que he oído, por todo lo que estoy oyendo, lo desea tanto como el dinero. Quiere hacerle daño. Haceros daño a todos vosotros. No estoy de acuerdo con lo que hizo Seth, pero comprendo por qué lo hizo.

Su mirada recorrió a todas las personas reunidas en torno a la mesa, rostro por rostro.

—Yo no debería estar sentada en esta mesa mientras habláis de esto. Son cosas de familia, muy íntimas. Pero nadie ha cuestionado el que yo esté aquí.

—Tú perteneces a Seth —dijo Phillip con sencillez.

—No sabéis lo especiales que sois. Todos vosotros. Esta... unidad. Tanto si el intento de Seth de proteger esta unidad fue conveniente como si estaba equivocado, si fue inteligente o estúpido, a estas alturas no importa. Lo que importa es que os amaba demasiado para hacer otra cosa y ella lo sabía. Ahora esto tiene que parar.

—Aquí hay una mujer con cabeza —dijo Cam—. ¿Le has pagado esta noche, chaval?

—No, ha puesto nuevas condiciones. Va a ir a la prensa, dice que va a contar su historia. Bla, bla, bla. —Se encogió de hombros y se dio cuenta de que una gran parte del peso ya se había elevado—. Pero ha encontrado un nuevo elemento, al meter a Dru en esto. La nieta del senador implicada en un escándalo sexual. Son embustes, pero si sigue adelante, todos nos vamos a ver metidos en el follón. Los periodistas la acosarán en la tienda, os acosarán a todos, le darán vuelta a su familia de arriba abajo. Y a la nuestra también.

—Que le den —dijo Aubrey con toda claridad.

—Otra chica con cabeza —Cam le guiñó un ojo a Aubrey—. ¿Cuánto quiere esta vez?

—Un millón.

Cam se ahogó con el sorbo de café que acababa de tomar.

—¿Un millón, un puto millón de dólares?

—No va a ver ni un céntimo. —Con gesto sombrío, Anna le dio una palmada a Cam en la espalda—. Ni un céntimo esta vez, y nunca más. ¿No es así, Seth?

—Cuando estaba sentado con ella en el agujero donde quedó conmigo, yo ya sabía que tenía que acabar con esto. Que haga lo que quiera.

—Nosotros tampoco vamos a quedarnos de brazos cruzados —prometió Phillip—. ¿Cuándo se supone que la tienes que volver a ver?

—Mañana por la noche, con un adelanto de diez mil dólares.

—¿Dónde?

—En un bar cutre de Saint Michael.

—Phil está pensando. —Cam sonrió con una sonrisa amplia, muy amplia—. Me encanta cuando Phil piensa.

—Sí, estoy pensando.

—¿Por qué no empiezo a preparar el desayuno? —Grace se puso de pie—. Y tú nos puedes contar lo que estás pensando.

Dru escuchó las ideas, las discusiones y, lo que para ella resultaba increíble, también las risas y los insultos a medida que se iba dando forma al plan.

El beicon chisporroteaba, se hicieron huevos revueltos, se preparó café. Dru se preguntaba si la falta de sueño la había atontado, o si era simplemente que para una persona ajena a la

familia resultaba imposible seguir lo que estaba pasando.

Cuando hizo ademán de ponerse de pie para ayudar a poner la mesa, Anna le posó una mano en el hombro y se lo frotó.

—Quédate sentada, preciosa. Pareces agotada.

—Estoy bien. Es sólo que no estoy segura de comprender. Supongo que Gloria no ha cometido ningún delito como tal, pero me parece que deberíais hablar con la policía o con un abogado en lugar de tratar de ocuparos vosotros solos de todo el asunto.

La conversación se interrumpió bruscamente. Durante algunos segundos, sólo se escuchó el regurgitar de la cafetera y el chisporroteo de la carne que se freía.

—Bueno, veamos —dijo Ethan, pensativo—, ésa sería una de las opciones. Sólo que hay que pensar que los policías se limitarían a decirle a Seth que ha sido un gilipollas al darle dinero. Me parece que esa parte ya la hemos tratado aquí.

—Pero ella le ha hecho chantaje.

—En cierto modo —coincidió Ethan—. Pero no la van a detener por eso, ¿no?

—No, pero...

—Y supongo que un abogado podría redactar un montón de papeles y cartas y qué sé yo qué más. Puede que pudiéramos ponerle una denuncia y llevarla a los tribunales. Me parece a mí que a los tribunales se puede llevar a cualquiera por cualquier asunto de mierda. Tal vez incluso llegue a juicio. Luego la cosa se pone fea y se alarga y se alarga.

—No es suficiente para detener la extorsión —insistió Dru—. Debería pagar por lo que ha hecho. Tú trabajas en el sistema —le dijo a Anna.

—Sí. Y creo en él, pero también conozco sus fallos. Por mucho que yo desee que esa mujer pague por cada momento de dolor y de preocupación e infelicidad que le ha causado a Seth, sé que no va a suceder. Sólo podemos lidiar con el presente.

—Nosotros nos ocupamos de lo nuestro. —Cam habló con tono categórico—. La familia se enfrenta a los problemas. Y no hay más.

Dru se inclinó hacia él.

—Y crees que yo no voy a dar la talla.

Cam se inclinó a su vez.

—Dru, eres guapa como la que más, pero no estás sentada en esta mesa como elemento decorativo. Vas a dar la talla. Los Quinn no se enamoran de una mujer a menos que tenga agallas.

Ella mantuvo sus ojos mirando los de Cam.

—¿Eso ha sido un piropo?

El le sonrió.

—Eso han sido dos piropos.

Dru se echó hacia atrás y asintió.

—Vale. Vosotros lo maneáis a vuestro modo. El modo de los Quinn —añadió—. Pero creo que no estaría de más averiguar si, teniendo en cuenta su forma de vida y sus hábitos, tiene pendiente alguna orden de búsqueda y captura. Una llamada a mi abuelo nos debería conseguir esa información antes de mañana por la noche. No vendrá mal que se dé cuenta de que nosotros también jugamos duro.

—Esta chica me gusta —le dijo Cam a Seth.

—A mí también. —Pero Seth le tomó la mano a Dru—. No quiero implicar a tu familia en esto.

—Por no querer implicar en esto a la tuya ni a mí es por lo que estamos aquí sentados a las cuatro de la mañana. —Tomó la fuente de huevos que le pasaba Aubrey y se sirvió—. Tu brillante idea era emborracharte y abandonarme. ¿Qué tal te ha salido?

Seth cogió la fuente y trató de sonreír.

—Mejor de lo que esperaba.

—No gracias a ti. No te aconsejaría que siguieras ese camino otra vez. Pásame la sal.

Bajo la mirada de su familia, se acercó, le tomó el rostro entre las manos y la besó. Un beso largo e intenso.

—Dru —dijo—. Te amo.

—Muy bien. Yo también te amo. —Le tomó de la muñeca y le dio un ligero apretón—. Ahora pásame la sal.

No creyó que pudiera dormir, pero cayó como un tronco durante cuatro horas. Cuando se

despertó en su antiguo dormitorio, desorientado y confuso, su primer pensamiento claro fue que ella no estaba a su lado.

Tambaleándose, salió de la habitación y bajó para encontrar a Cam solo en la cocina.

—¿Dónde está Dru?

—Se ha ido a trabajar hará una hora. Se ha llevado tu coche.

—¿Que se ha ido? Joder. —Seth se pasó las manos por la cara, intentó que su cerebro se pusiera a funcionar después de tomar demasiado whisky, demasiado café, y con pocas horas de sueño—. ¿Por qué no ha cerrado la tienda hoy? Seguro que no ha dormido demasiado.

—Parece que lo llevaba mucho mejor que tú, colega.

—Sí, bueno, ella no se había metido primero media botella de Jameson.

—El que juega, paga.

—Y tanto. —Abrió un armario para buscar las aspirinas—. Dime.

Cam llenó un vaso de agua y se lo pasó a Seth.

—Tómate éstas y vamos a dar una vuelta.

—Tengo que darme una ducha e ir al pueblo. Tal vez le pueda echar una mano a Dru en la tienda. Hacer algo.

—Puede esperar unos minutos. —Cam abrió la puerta de la cocina—. Vamos afuera.

—Si estás pensando en darme una paliza, esta mañana no te va a costar mucho.

—Lo había pensado, pero creo que ya has recibido bastantes palizas por el momento.

—Mira, ya sé que la he cagado...

—Cállate. —Cam empujó a Seth para que saliera por la puerta—. Tengo algunas cosas que decirte.

Se dirigió al muelle, como Seth había esperado. El sol calentaba con fuerza. Apenas eran las nueve de la mañana y el aire tenía ya un peso amenazador y ruin que prometía adquirir más músculo antes de que concluyera el día.

—Me has cabreado —empezó Cam—. Ya casi se me ha pasado, pero quiero dejar algo muy claro, y hablo también por Ethan y por Phil. ¿Entendido?

—Sí, entendido.

—No renunciamos a una mierda por ti. Cállate, Seth —estalló cuando Seth abrió la boca—. Cállate la boca y escucha. —Soltó aire—. Vaya, parece que sigo mosqueado, después de todo. Grace ha dicho algunas cosas muy ciertas y no voy a discutir las. Pero ninguno de nosotros renunció a una mierda.

—Tú querías participar en carreras...

—Y lo hice —estalló Cam—. Te he dicho que te calles. Cállate de una puta vez hasta que termine. Tú tenías diez años y nosotros hicimos lo que teníamos que hacer. Nadie quiere que sientas una puta obligación hacia nosotros, nadie quiere que nos pagues, y el hecho de que creas otra cosa es un insulto, joder.

—No es así.

Cam se acercó más.

—¿Quieres que te haga un nudo en la lengua, o te vas a callar?

Sintiéndose de nuevo como si tuviera diez años, Seth se encogió de hombros.

—Las cosas cambiaron para ti como se suponía que tenían que cambiar. Las cosas cambiaron también para nosotros. ¿Alguna vez te has parado a pensar que si yo no hubiera tenido que cargar con un chaval flacucho, pico de oro y más plasta que todo, nunca habría conocido a Anna? Puede que hubiera tenido que vivir toda mi vida sin ella y sin Kevin y Jake. Phil y Sybill, lo mismo. Se encontraron el uno al otro porque tú estabas en medio. Calculo que Ethan y Grace tal vez estuvieran empezando a salir juntos ahora, casi veinte años después de los hechos, si el que tú fueras parte de las cosas no les hubiera dado un empujoncito.

Esperó un instante.

—Así que ¿cuánto te debemos por nuestras esposas e hijos, por traernos de vuelta a casa, por darnos una razón para comenzar el negocio?

—Lo siento.

La pura frustración hizo que Cam se tirara de los pelos.

—¡Que no quiero que lo sientas, joder! Quiero que despiertes.

—Estoy despierto. No me siento como George Bailey, pero estoy despierto. De la película *Qué bello es vivir* —añadió Seth—. La abuela... Stella me dijo que debía pensar en eso.

—Sí. Le encantaban las películas viejas. Me tendría que haber figurado que si alguien podía

abrir una grieta en esa cabezota dura que tienes, sería mamá.

—Supongo que a ella tampoco le hice caso. Creo que ella también está mosqueada conmigo. Os lo tendría que haber contado desde el principio.

—Bueno, no lo hiciste y ya está. Empezaremos ahora. Esta noche nos ocuparemos de ella.

—Estoy deseándolo. —Seth se volvió con una sonrisa lenta—. Nunca creí que diría esto, pero estoy deseando verla esta noche. Se lo ha estado buscando desde hace mucho tiempo. Bueno, ¿quieres darme una paliza o unas cuantas bofetadas?

—Contrólate. Sólo quería aclarar las cosas. —Cam le pasó un brazo cariñoso a su hermano por el hombro. Luego le tiró al agua—. No sé por qué —dijo Cam cuando Seth volvió a la superficie—, pero hacer esto siempre me hace sentir mejor.

—Encantado de ayudarte —dijo Seth, echando agua por la boca, y se dejó hundir.

—Tú te quedas aquí. Y no se hable más.

—¿Y cuándo hemos llegado al momento en que tú dictas adonde voy y lo que hago? Rebobínamelos, porque me lo debo de haber perdido.

—No estoy dispuesto a discutirlo.

—Ay, sí —dijo Dru, casi con dulzura—, sí que lo vas a discutir.

—No va a estar cerca de ti nunca más. Eso en primer lugar. El sitio donde me voy a reunir con ella es un antro y tú no pegas allí. Eso en segundo lugar.

—Ah, ya veo. Ahora tú decides dónde pego. Ésa es una canción que llevo oyendo toda la vida. No me gusta.

—Dru. —Seth hizo una pausa, luego caminó hasta la puerta trasera de la cocina familiar y se dio la vuelta—. Esto ya me resulta lo bastante duro sin que yo entre allí preocupado porque algún capullo de mierda se vaya a pasar contigo. El sitio es poco más que un agujero.

—No sé por qué crees que no me las puedo ver con capullos. Me las he visto contigo, ¿no?

—Eso tiene mucha gracia y dentro de un rato me moriré de risa. Quiero que esto termine de una vez por todas. Quiero superarlo. Quiero que lo superemos. Por favor. —Cambió de táctica y le puso con suavidad una mano en el hombro—. Quédate aquí y déjame hacer lo que tengo que hacer.

En aquel momento había desasosiego en sus ojos, más que genio. Y ella respondió.

—Bueno, ya que me lo pides tan amablemente...

Sus hombros se relajaron y posó su frente sobre la de Dru.

—Vale, bien. Tal vez deberías echarte un rato. La noche pasada no dormiste mucho.

—No te pases, Seth.

—Vale. Debería irme.

—Sabes quién eres. —Giró la cabeza para posar sus labios sobre los de Seth—. Y yo también. Ella no. Nunca ha sido capaz.

Dru le dejó ir y se quedó de pie en el porche delantero con las otras mujeres Quinn mientras los dos coches se alejaban.

Anna bajó la mano que había levantado para despedirles.

—Allá van nuestros hombres fuertes y valerosos, a la batalla. Y nosotras, las mujeres, nos quedamos detrás, a buen recaudo en casita.

—Nos ponemos los delantales —dijo entre dientes Aubrey—, y hacemos ensalada de patata para la fiesta de mañana.

Dru echó un vistazo en torno y vio en los ojos de sus compañeras la misma mirada que sabía que había en los suyos.

—No lo creo.

—Bueno. —Sybill echó hacia atrás los hombros y miró el reloj—. ¿Cuánto tiempo de ventaja les damos?

—Un cuarto de hora debería ser suficiente —calculó Anna.

Grace asintió.

—Iremos en mi camioneta.

Seth estaba sentado en la barra, meditando, sin tocar la cerveza. Suponía que la sensación de pavor en la boca del estómago era normal. Gloria siempre conseguía que sintiera aquello. El

lugar era el entorno perfecto para una confrontación con ella, con su primera infancia, con sus propios fantasmas y demonios.

Tenía intención de salir de allí cuando hubiera terminado, dejando atrás todo aquel dolor, como si fuera sólo otro miasma en el aire sucio.

Tenía necesidad de sentirse limpio de nuevo, íntegro otra vez. Se preguntaba si Ray habría comprendido aquel tira y afloja desagradable entre la cólera y el dolor.

Le gustaba pensar que sí. Igual que le gustaba pensar que una parte de Ray estaba sentada junto a él en el bar.

Pero cuando ella entró, sólo estaban los dos. Los bebedores, los jugadores de billar, el camarero, incluso aquella vinculación tenue con el hombre que había sido su abuelo se desvanecieron.

Sólo estaban Seth y su madre.

Ella se sentó relajadamente en un taburete, cruzó las piernas y le guiñó un ojo al camarero.

—Tienes mal aspecto —le dijo a Seth—. ¿Una mala noche?

—También tú. Sabes, he estado aquí pensando. Lo tuviste muy bien cuando eras una niña.

—Mierda. —Agarró con brusquedad el gin—tonic que el camarero le puso delante—. ¿Y tú qué sabrás?

—Una casa grande, mucho dinero, una buena educación.

—A la mierda todo eso. —Bebió un buen trago—. Eran todos unos gilipollas y unos capullos.

—Les odiabas.

—Mi madre es la reina del hielo, mi padrastro es un calzonazos. Y luego está Sybill, la hija perfecta. Qué ganas tenía de pirármelas de allí y vivir.

—Tus padres, no sé. Tampoco tienen nada que ver conmigo. Pero Sybill nunca te hizo daño. Te acogió, nos acogió a los dos cuando aparecimos en su puerta, sin un céntimo y sin un lugar adonde ir.

—Así podía mandonearme, esa puta que se siente superior.

—¿Es por eso por lo que le robaste cuando estuvimos en Nueva York? ¿Por eso la dejaste limpia y te fuiste, después de que ella te hubiera dado un sitio donde quedarte?

—Yo cojo lo que necesito. Así es como uno se abre camino en la vida. Tenía que mantenerte a ti, ¿no?

—No digas majaderías. Nunca te he importado un pimiento. La única razón por la que no te fuiste sin mí y me endilgaste a Sybill fue porque sabías que ella me quería. Así que me llevaste contigo y le robaste sus cosas porque la odiabas. Le robaste para comprar drogas.

—Pues claro, a Sybill le hubiera encantado que te dejara con ella. Así podría haberse pavoneado sintiéndose toda buenecita y contarle a todo el mundo lo inútil que era yo. Que se joda. Lo que me llevé de su casa me correspondía por derecho. Siempre hay que buscar el número uno en la vida. Eso es algo que nunca te pude enseñar.

—Ya me enseñaste más que suficiente. —Cuando Gloria hizo sonar el hielo en el vaso, Seth le hizo una seña al camarero para pedir otra bebida—. Ray ni quiera sabía que existías, pero tú le odiabas. Cuando se enteró, cuando intentó ayudarte, tú sólo le odiaste aún más.

—Me lo debía. El hijo puta no es capaz de tener la bragueta cerrada y deja preñada a una estudiante estúpida, pues que pague.

—Y te pagó. Ni siquiera sabía que Barbara estaba embarazada de ti, nunca supo que tú existías. Pero cuando se lo dijiste, te pagó. Y no fue suficiente. Trataste de arruinarle con mentiras. Luego usaste su honradez en su contra y mé vendiste a él como si fuera un cachorrito del que te hubieras cansado.

—Estaba de ti hasta más arriba del moño. Te mantuve conmigo durante diez años, a pesar de que me cortabas el rollo. El viejo Quinn me debía el que le hubiera dado un nieto. Y para ti todo salió bastante bien, ¿no?

—Supongo que ésa te la debo. —Alzó su cerveza para brindar y le dio un sorbo—. Pero a ti tampoco te salió nada mal, al menos mientras él estuvo vivo. No hiciste más que sacarle dinero una y otra vez, usándome a mí como cebo.

—Oye, que te podría haber devuelto en cualquier momento. No eras nada para él, como yo no era nada.

—Sí, algunas personas son simplemente víctimas fáciles, estúpidas y débiles, que creen que una promesa hecha a un niño de diez años debe cumplirse. El mismo tipo de gente que cree que ese mismo chico se merece la oportunidad de llevar una vida decente, de tener un hogar y

una familia. Él te habría dado eso mismo, si hubieras querido.

—¿Te crees que yo quería quedarme colgada en un pueblo de mierda, rindiendo pleitesía a un viejo que recoge a niños perdidos? —Le dio un trago a la copa—. Eso es lo que te va a ti, a mí no. Y tú lo conseguiste, así que ¿de qué te quejas? Si quieres conservarlo, tendrás que pagar. Como has pagado siempre. ¿Has traído el adelanto?

—¿Cuánto calculas que me habrás sacado a lo largo de los años, Gloria, entre lo que le sangraste a Ray y lo que me has sacado a mí? Deben de ser unos doscientos mil, por lo menos. Claro, que a mis hermanos nunca les sacaste nada. Lo intentaste... Las mentiras habituales, las amenazas, la intimidación, pero no se dejaron extorsionar tan fácilmente. Se te dan mejor los viejos y los niños.

Ella sonrió con suficiencia.

—Me hubieran pagado si yo hubiera querido que me pagaran. Tenía cosas mejores que hacer. Tenía asuntos más importantes de que ocuparme. Si tú quieres ocuparte de los tuyos y conservar esa elegante carrera artística que te has montado después de estar hecho polvo, si quieres seguir tirándote a la nieta del senador, tendrás que pagar por ello.

—Eso es lo que tú dices. Déjame que exponga las condiciones con claridad. Te pago un millón de dólares, empezando con el adelanto de diez mil esta noche...

—En metálico.

—Eso, en metálico, o si no irás a la prensa y a la familia de Dru y le soltarás otra sarta de mentiras sobre cómo los Quinn te utilizaron y abusaron de ti, empezando por Ray. Los difamarás a ellos y a Dru, y a mí también. La pobre mujer desesperada, casi una niña, que lucha para criar sola a un hijo, que mendiga ayuda para verse al final obligada a renunciar a su hijo.

—Suenan bien. La película biográfica de la semana.

—No se dice nada en ella de los trucos a los que te dedicabas mientras ese niño estaba en el cuarto de al lado, o de los hombres a los que permitiste que le tocaran. No se comenta nada de las drogas, el alcohol o las palizas.

—Saca los violines. —Se inclinó hasta quedar muy cerca—. Eras un peñazo. Tienes suerte de que te tuviera conmigo tanto tiempo. —Bajó la voz—. Tienes suerte de que no te vendiera a alguno de mis clientes. Me habrían pagado una pasta.

—Lo habrías hecho, tarde o temprano.

Ella se encogió de hombros.

—Algo tenía que sacar de ti, ¿no?

—Me has estado sacando dinero desde que tenía catorce años. Te pagué para proteger a mi familia y para protegerme a mí mismo. Sobre todo te he pagado porque la paz mental valía mucho más que el dinero. Te he permitido que me chantajearas.

—Yo quiero lo que se me debe. —Agarró la tercera copa—. Te propongo un trato. Un pago de una vez y te quedas con tu vida linda y aburrida. Ahora que si me jodes, lo perderás todo.

—Un millón de dólares o harás todo lo que puedas para dañar a mi familia, arruinar mi carrera y destrozar mi relación con Dru.

—En pocas palabras, eso es. Suelta la mosca.

Seth apartó la cerveza y miró a Gloria a los ojos.

—Ni ahora, ni nunca. Jamás.

Ella le agarró la camisa con el puño y tiró para acercar su rostro al suyo.

—No te conviene tocarme las narices.

—Oh, sí me conviene. Lo he hecho. —Bajó la mano hasta el bolsillo y sacó una mini grabadora—. Todo lo que hemos dicho está aquí. Puede que sea un problema en los tribunales, si decido ir a la policía.

Cuando ella trató de coger el aparato, Seth le atenazó la muñeca con su mano.

—Hablando de policías, les interesará saber que violaste la libertad bajo fianza en Forth Worth. Por ejercer la prostitución y por posesión de drogas. Si haces pública tu historia, algún duro caza—recompensas se va a sentir de lo más feliz al dar contigo y llevarte de vuelta a Texas.

—Hijo de puta.

—¡Qué verdad más grande! —dijo apaciblemente—. Pero tú no te cortes y trata de vender tu versión de los hechos. Supongo que cualquiera que quiera escribir una historia sobre todo ello estará de lo más interesado en esta pequeña entrevista.

—Quiero mi dinero. —Lo dijo chillando, y le lanzó a la cara lo que quedaba en su copa.

El cuarteto de jugadores de billar les dirigió una mirada. El más grande golpeó el palo contra la palma de la mano mientras evaluaba a Seth.

Gloria saltó del taburete y la ira le hizo llegar al borde de las lágrimas.

—Me ha robado el dinero.

Los cuatro hombres avanzaron. Seth se incorporó del taburete.

Y entraron sus hermanos y se colocaron a su lado.

—Así las cosas están más igualadas. —Cam se metió los pulgares en los bolsillos delanteros y le lanzó a Gloria una mirada fiera—. ¡Cuánto tiempo!

—Hijos de puta. Cabrones. Quiero lo que es mío.

—No tenemos nada tuyo. —Ethan habló con suavidad—. Nunca lo hemos tenido.

—¿Le he quitado yo algo? —le preguntó Seth al camarero.

—Para nada. —Siguió limpiando la barra—. Si queréis problemas, salid afuera.

Phillip recorrió las caras de los cuatro hombres.

—¿Queréis problemas?

El hombre grande golpeó el palo dos veces más.

—Si Bob dice que ése no ha cogido nada, entonces es que no ha cogido nada. A mí ni me va ni me viene.

—¿Y tú, Gloria? ¿Quieres problemas? —le preguntó Phillip.

Antes de que pudiera responder, se abrió la puerta. Entraron las mujeres.

—Putas suerte —musitó Cam—. Nos lo podíamos imaginar.

Dru caminó directamente hasta donde estaba Seth y deslizó su mano en la de él.

—Hola otra vez, Gloria. Qué curioso, mi madre no te recuerda en absoluto. No le interesas para nada. Pero a mi abuelo, sí. —Sacó un trozo de papel del bolsillo—. Éste es el número de su despacho en el Capitolio. Estará encantado de hablar contigo si quieres llamarle.

Gloria le arrebató el papel de entre los dedos y luego retrocedió rápidamente cuando Seth avanzó.

—Haré que os arrepintáis de esto. —Se abrió paso entre ellos, haciendo una breve pausa para lanzar a Sybill una mirada de desprecio.

—No deberías haber vuelto, Gloria —le dijo Sybill—. Tendrías que haberte conformado con lo que conseguiste.

—Cabrona. Lo lamentarás. Todos lo vais a lamentar.

Con una última mirada de amargura, salió por la puerta.

—Se suponía que ibas a quedarte en casa —le dijo Seth.

—No, en absoluto.

Dru le acarició la mejilla.

19

La casa y el patio estaban llenos de gente. Los cangrejos hervían y había media docena de mesas repletas de comida.

La celebración anual de los Quinn del Cuatro de Julio estaba en pleno apogeo.

Seth se sirvió una cerveza del barril, buscó un poco de sombra y se tomó un descanso de las conversaciones para dibujar.

Su mundo, pensó. Amigos, familia, las lentas inflexiones de la orilla oriental y niños que chillaban. Los aromas de los cangrejos especiados, de la cerveza, de polvos de talco y de hierba. Del agua.

Un par de chicos había salido a navegar en un *sun—fish* con una vela de color amarillo intenso. El perro de Ethan jugueteaba en los bajíos con Aubrey, como en los viejos tiempos.

Oía la risa de Anna y el choque risueño de las herraduras.

El Día de la Independencia, pensó. Éste lo iba a recordar durante toda su vida.

—Llevamos haciendo esto desde antes de que tú nacieras —dijo Stella, que estaba a su lado.

El lápiz se le cayó de los dedos. Esta vez ya no era un sueño, pensó en una especie de maravilla sin aliento. Estaba sentado a la sombra cálida y moteada, rodeado de gente y de ruido.

Y hablaba con un fantasma.

—No estaba seguro de que quisieras hablar conmigo.

—Casi conseguiste estropearlo todo, y eso me mosqueó. Pero al final te has aclarado.

Ella llevaba el viejo sombrero caquí, una camisa roja y unos pantalones azules cortos y anchos. Sin pensarlo, Seth tomó el lápiz, volvió la página de su cuaderno y comenzó a dibujarla como estaba, sentada feliz a la sombra.

—Una parte de mí siempre le tuvo miedo, pasara lo que pasara, pero eso ya se ha terminado.

—Me alegro. Que siga así, porque no va a dejar de causar problemas. Dios mío, mira a Crawford. ¿Cómo es que se ha hecho tan viejo? El tiempo pasa, no importa lo que uno haga. Hay cosas que hay que dejar pasar. Otras, vale la pena repetirlas. Como esta fiesta, año tras año.

Él siguió dibujando, pero sintió la tensión en la garganta.

—Ya no vas a volver, ¿verdad?

—No, cariño. Ya no voy a volver.

Ella le tocó y Seth nunca olvidaría la sensación de su mano en la rodilla.

—Es el momento de mirar hacia delante, Seth. No debes olvidar nunca lo que tienes detrás de ti, pero has de mirar hacia delante. Observa a mis muchachos. —Dejó escapar un largo suspiro mientras alzaba la vista para contemplar a Cam, Ethan y Phillip—. Adultos ya, con su propia familia. Estoy contenta de haberles dicho que les amaba, que me sentía orgullosa de ellos, cuando aún estaba viva.

En aquel momento sonrió y le dio una palmadita a Seth en la rodilla.

—Estoy contenta de haber tenido la oportunidad de decirte que te quiero. Y que me siento orgullosa de ti.

—Abuela...

—Fórgate una buena vida o voy a mosquearme contigo otra vez. Aquí viene tu chica —dijo, y desapareció.

El corazón se le desgarró en el pecho. Entonces Dru se sentó junto a él.

—¿Quieres compañía? —preguntó.

—Mientras sea la tuya...

—Cuánta gente. —Se echó hacia atrás hasta apoyarse en los codos—. Me hace pensar que Saint Chris debe de parecer una ciudad fantasma en estos momentos.

—Casi todo el mundo se pasa por aquí, al menos un rato. Al anochecer no somos ya tantos, y vemos los fuegos artificiales desde aquí.

Hay cosas que se dejan pasar, recordó. Otras, vale la pena repetirlas.

—Te amo, Drusilla. Se me acaba de ocurrir que vale la pena repetirlo.

Ella ladeó la cabeza y observó la extraña sonrisa de su rostro.

—Puedes repetirlo todo lo que quieras. Y si vienes a casa conmigo después, podemos hacer nuestros propios fuegos.

—Eso es una cita.

Ella se incorporó de nuevo y observó el dibujo.

—Es maravilloso. Qué rostro tan fuerte, y además tan bondadoso. —Lanzó una mirada alrededor, buscando a la modelo—. ¿Dónde está? No recuerdo haberla visto.

—Ya no está. —Echó una última mirada al boceto y luego cerró el cuaderno con suavidad—. ¿Quieres que vayamos a nadar?

—Pues hace bastante calor, pero no se me ha ocurrido traer el traje de baño.

—¿De veras? —Sonriendo, se puso de pie y la ayudó a incorporarse—. Pero sabes nadar, ¿no?

—Claro que sé nadar. —En cuanto las palabras salieron de su boca, reconoció el brillo que había en los ojos de él—. Ni se te ocurra.

—Demasiado tarde.

Ella tomó en sus brazos.

—¡No...! —Se retorció y la empujó, y luego le entró miedo mientras él corría por el muelle—. Esto no tiene ninguna gracia.

—La tendrá. No te olvides de contener el aliento.

Seth corrió hasta el extremo del embarcadero y saltó.

—Es propio de los Quinn —dijo Anna al darle a Dru una camiseta seca—. No sé explicarlo. Siempre están haciendo eso.

—He perdido una zapatilla.

—Seguro que la encuentran.

Dru se sentó en la cama.

—¡Qué raros son los hombres!

—Sólo tenemos que recordar que, en ciertos aspectos, no tienen más de cinco años de edad. Estas sandalias tendrían que valerte.

Se las ofreció.

—Gracias. Oh, son una maravilla.

—Me encantan los zapatos. Ansio tener todos los modelos.

—Para mí son los pendientes. No puedo resistirme a ellos.

—Me caes muy bien.

Dru dejó de admirar las sandalias y alzó la vista.

—Gracias. Tú también me caes muy bien.

—Es un premio extra. Yo habría hecho sitio para cualquier mujer a la que Seth amara, todos lo hubiéramos hecho. Así que eres un estupendo premio extra. Quería decírtelo.

—Yo..., yo no tengo experiencia con familias como la vuestra.

—¿Y quién la tiene?

Riendo, Anna se sentó a su lado en la cama.

—La mía no es generosa. Voy a intentar hablar con mis padres otra vez. Ver lo que Seth ha tenido que pasar, lo que tuvo que afrontar anoche, ha hecho que me dé cuenta de que debo intentarlo. Pero por mucho que lleguemos a algún tipo de entendimiento, nunca seremos como vuestra familia. Ellos no le van a acoger como vosotros me estáis acogiendo a mí.

—No estés tan segura. —Le pasó un brazo a Dru por el hombro—. No se le da nada mal ganarse a la gente.

—Desde luego, conmigo ha funcionado. Le amo. —Se apretó el vientre con una mano—. Me aterra pensar cuánto.

—Sé cómo te sientes. Pronto anochecerá. —Anna le dio a Dru un rápido abrazo—. Vamos a pillar un vaso de vino y a buscar un buen sitio para ver el espectáculo.

Cuando salió, Seth se le unió con una chancla de lona empapada y una avergonzada sonrisa.

—La he encontrado.

Ella se la arrebató y la dejó junto a la puerta trasera, donde había dejado la otra.

—Eres un cretino.

—La señora Monroe ha traído helado de melocotón casero.

Sacó de detrás de su espalda una mano en la que llevaba un cucurucho con dos bolas de helado.

—Mmm. —Ella estornudó, pero aceptó el cucurucho.

—¿Quieres sentarte en la hierba conmigo a ver los fuegos?

Dru le dio una larga lametada al helado.

—Tal vez.

—¿Vas a dejar que te bese cuando nadie nos mire?

—Puede.

—¿Vas a darme un poco de helado?

—Para nada.

Mientras Seth intentaba gorronear un poco de helado de melocotón, y los niños, emocionados, saltaban esperando la primera explosión de luz y color en el cielo nocturno, Gloria DeLauter entró con su coche en el aparcamiento situado junto a Barcos Quinn.

Frenó bruscamente y se sentó, cociéndose en los jugos confusos de su cólera, mezclados con una pinta de ginebra.

Se la iban a pagar. Todos ellos se la iban a pagar. Cabrones. Se creían que podían acojonarla, abuchearla en grupo como lo habían hecho para luego volverse a su casa de mierda y reírse de lo sucedido.

Ya verían quién reía cuando ella hubiera terminado con ellos.

Se lo debían. Golpeó el volante con la mano, a punto de ahogarse en su propia rabia.

Iba a hacer que aquel hijo de puta al que había parido lo lamentara. Iba a hacer que todos ellos lo lamentaran.

Salió abruptamente del coche, tambaleándose a causa de la ginebra, que le daba vueltas en la cabeza. Con dificultad se acercó al maletero. Joder. Cómo le gustaba estar de subidón. La gente que se pasaba la vida sobria y sin colocones eran unos pringados. El mundo estaba lleno de putos gilipollas, pensó mientras intentaba meter la llave del maletero en la cerradura como si fuera un cuchillo.

«Tienes que entrar en un programa de desintoxicación, Gloria.»

Eso es lo que le habían dicho la inútil de su madre, el gallina de su padrastro, la estirada de su hermana. El pringado santurrón de Ray Quinn también lo intentó.

No eran más que memeces.

A la cuarta, consiguió introducir la llave en la cerradura. Alzó la tapa y gritó de alegría al sacar las dos latas de gasolina.

—Éstos sí que van a ser unos buenos fueguitos artificiales, joder.

Volvió a tropezar y se le salió uno de los zapatos, pero estaba tan borracha que no se dio cuenta. Cojeando, llevó las latas hasta la puerta, se enderezó y trató de recobrar el aliento.

Le llevó un rato quitar la tapa de la primera lata, y mientras luchaba con ella maldijo al chaval flaco de la gasolinera que se las había llenado.

Un soplapollas más en un mundo donde los hay a patadas.

Pero le volvió el buen humor cuando roció las puertas con el líquido, y su olor acre y tóxico se esparció por el aire.

—Meteos vuestros barquitos de madera por el culo, putos Quinn.

Esparció la gasolina por el ladrillo, por el vidrio, por las bonitas matas de agracejo que Anna había plantado en los cimientos. Cuando terminó con la primera lata, empezó con la segunda.

La excitó lanzarla, aún medio llena, a través de la ventana delantera. Bailó en la oscuridad con el sonido de fondo del cristal que se rompía.

Luego volvió cojeando hasta el coche y sacó las dos botellas que había llenado antes con gasolina y a las que había añadido unos trapos.

—Cócteles molotov. —Se rió tontamente y se balanceó—. Aquí tengo un par para vosotros, cabrones.

Jugueteó torpemente con el mechero hasta que lo encendió, y sonrió mientras acercaba la llama a uno de los trapos.

Prendió antes de lo que ella esperaba, con lo que se quemó la punta de los dedos. Con un grito, lanzó la botella hacia la ventana, pero se estrelló con la pared de ladrillo.

—¡Mierda!

Las llamas saltaron por entre las plantas, descendieron hasta el suelo y se alzaron hacia las puertas. Pero ella quería más.

Se acercó y, con el calor empapándole el rostro, prendió la segunda botella. Aquella vez apuntó mejor y escuchó el estruendo del cristal y la llama cuando la botella se estrelló contra el suelo en el interior del edificio.

—¡Que os den por el culo!

Lo dijo a gritos y se dio el gusto de contemplar cómo el fuego se extendía, antes de correr hacia su coche.

El cohete explotó en mitad del cielo como una fuente de oro contra el fondo negro. Con Dru acomodada entre sus piernas, y los brazos en torno a la cintura de ella, Seth se sintió casi estúpidamente feliz.

—La verdad es que echaba esto de menos cuando vivía en el extranjero —le dijo—, sentarme en el patio trasero el Cuatro de Julio y ver cómo el cielo enloquece. —Volví los labios hacia la nuca de ella—. ¿Todavía me esperan los fuegos más tarde?

—Es probable. De hecho, si juegas bien tus cartas, puede que te deje...

Se interrumpió, alzando la vista igual que Seth al oír unos gritos. Mientras Cam se acercaba corriendo, él se incorporó y ayudó a Dru.

—Hay un incendio en el astillero.

Los bomberos ya estaban luchando contra las llamas. Las puertas y las ventanas habían desaparecido, y los ladrillos de alrededor estaban ennegrecidos. Seth permanecía en pie, con los puños apretados, mientras el agua salía por las aberturas y el humo se elevaba formando volutas.

Pensó en el trabajo que contenía aquel viejo granero de ladrillo. El sudor y la sangre que se había llevado, la pura determinación y el orgullo familiar.

Luego se agachó y cogió el zapato de tacón alto, abierto por detrás, que había a sus pies.

—Es suyo. Quédate con Anna y los demás —le dijo a Dru, y se acercó a sus hermanos.

—Un par de chavales oyeron la explosión y vieron el coche que se alejaba. —Cam se frotó con las manos los ojos, que le picaban por el humo—. No hay muchas dudas de que fue provocado, puesto que se dejó las latas por aquí. Ya tienen la marca y el modelo de su coche, y una descripción. No llegará muy lejos.

—Seguro que lo ve como su venganza —dijo Seth—. Tú me fastidias, yo te fastidio más.

—Sí, bueno, pues le espera una sorpresa. Esta vez va a ir a la cárcel.

—Sí, pero nos ha jodido bien.

—Tenemos el seguro. —Cam observó el ladrillo tiznado, las plantas pisoteadas, el humo que aún salía por la puerta destrozada.

El dolor de su corazón era tan agudo como una puñalada.

—Este sitio lo montamos una vez, podemos volver a hacerlo. Y si estás pensando en cargar con todas las culpas...

—No. —Seth movió la cabeza—. Eso se ha acabado.

Extendió una mano al ver acercarse a Aubrey.

—Estamos todos bien. —Ella le apretó los dedos—. Eso es lo que importa.

Pero las lágrimas de sus mejillas no se debían sólo al humo.

—Vaya desastre —dijo Phillip al salir. Su rostro estaba cubierto de carbonilla, y tenía la ropa sucia—. Pero ya está apagado. Los chicos que llamaron a emergencias nos han salvado. Los bomberos llegaron enseguida.

—¿Tienes sus nombres? —le preguntó Cam.

—Sí. —Soltó el aire—. Ethan está ahí hablando con el jefe de los bomberos. Ya nos dirán cuándo tenemos permiso para entrar. Va a tardar, con la investigación de si ha sido intencionado y todo eso.

—¿Quién va a decirles a las mujeres que se lleven a los chicos a casa?

Phillip se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda.

—Lo echamos a cara o cruz. Cara, te toca a ti el muerto, cruz, es para mí.

—Vale. Pero tiro yo. Tú tienes los dedos demasiado ligeros para mi gusto.

—¿Estás diciendo que haría trampa?

—¿En esto? Por supuesto.

—Eso me duele —se quejó Phillip, pero le pasó la moneda.

—Maldición —dijo Cam en un siseo cuando salió cara.

—Ni se te ocurra proponer que lo echemos a dos de tres.

Con el ceño fruncido, Cam le lanzó la moneda a su hermano y se alejó para hablar con las mujeres.

—Bueno. —Phillip se cruzó de brazos y observó el edificio—. También podríamos mandarlo todo a la mierda, marcharnos a Tahití y abrir un chiringuito de playa. Nos pasaríamos los días pescando hasta que nos pusiéramos morenos como conguitos y dedicaríamos las noches a disfrutar del sexo selvático con nuestras mujeres.

—Bah. Si vives en una isla, acabas bebiendo ron. Nunca le he pillado el punto.

Phillip le dio una palmada a Seth en el hombro.

—Entonces supongo que nos quedamos. ¿Se lo quieres decir a Ethan?

Hizo un gesto hacia su hermano, que atravesaba el césped embarrado.

—No pasa nada. A él tampoco le gusta el ron.

Pero el optimismo que Seth luchaba por mantener vaciló al ver el rostro de su hermano.

—La han cogido. —Ethan se pasó un antebrazo por la frente sudorosa—. Sentada en un bar a menos de siete kilómetros del pueblo. ¿Puedes vivir con eso? —le preguntó a Seth.

—No me importa en absoluto.

—Entonces, vale. Tal vez debieras ir a hablar con tu chica para que se vaya a casa. Va a ser una noche larga.

Fue una noche larga, a la que siguió un día largo. Tendrían que pasar, pensó Seth, varias largas semanas antes de que Barcos Quinn volviera a operar a pleno rendimiento. Había caminado entre el destrozo con el fuerte olor a quemado, había lamentado con sus hermanos y Aubrey la pérdida del bello casco a medio construir de un esquife, del que no quedaban más que fragmentos de teca ennegrecida. Le dolió la pérdida de los bocetos que había dibujado desde la infancia, reducidos a cenizas. Podría volver a hacerlos, y lo haría. Pero no podía reemplazarlos, como tampoco la alegría que le había proporcionado cada uno.

Cuando ya no quedaba más que hacer, se fue a casa, se lavó y durmió hasta que estuvo en condiciones de comenzar de nuevo.

Estaba casi anocheciendo el día siguiente cuando fue en coche hasta la casa de Dru. Se sentía cansado hasta la médula, pero también más lúcido que nunca en su vida. Sacó de la camioneta, que había pedido a Cam, el columpio de porche que había comprado, y cogió sus herramientas.

Cuando ella salió, estaba haciendo el agujero con el taladro para el primer gancho.

—Dijiste que deseabas uno. Aquí me ha parecido que iría bien.

—Es el sitio perfecto. —Se acercó y le tocó en el hombro—. Cuéntame.

—Lo haré. Por eso estoy aquí. Perdón por no haberte llamado hoy.

—Sé que has estado ocupado. La mitad de la gente del pueblo ha pasado por mi tienda, igual que estuvo en el incendio anoche.

—Tuvimos más ayuda de la que podíamos organizar. El fuego no se extendió al piso de arriba.

Ella ya lo sabía. La voz se había corrido tan rápido como se extendió el fuego. Pero le dejó hablar.

—La planta principal está destrozada. Entre el fuego, el humo y el agua, tendremos que vaciarla por completo. Hemos perdido casi todas las herramientas, y un casco se ha tostado. El perito de la compañía de seguros se ha pasado hoy por allí. Todo va a ir bien.

—Sí, todo va a ir bien.

Se acercó a hacer el segundo agujero.

—Han arrestado a Gloria. Unos chavales identificaron su coche, y el chico de la gasolinera que le vendió la gasolina la ha identificado a ella. Además, sus huellas estaban en la lata que dejó fuera del edificio. Cuando la detuvieron para interrogarla, aún iba con un solo zapato. Parece que lo de perder zapatos se extiende.

—Lo siento mucho, Seth.

—Yo también. No lo asimilo —añadió—. Sé que no es culpa mía. Todo lo que ha logrado ha sido destrozar un edificio, pero no nos ha hecho daño. No puede. Hemos construido algo que ella no puede tocar.

Tomó la cadena y enganchó un eslabón. Tiró de él para probarlo.

—No es que vaya a dejar de intentarlo.

Dio la vuelta para enganchar la otra cadena.

—Va a ir a la cárcel. —Lo dijo con naturalidad, y ella se preguntó si pensaba que no veía la fatiga de su rostro—. Pero no va a cambiar. No va a cambiar porque no puede verse a sí misma. Y cuando salga, podemos apostar a que volverá por aquí, tarde o temprano, a hacer otro intento de conseguir dinero. Está en mi vida, y puedo lidiar con eso.

Dio un pequeño empujón al columpio, que empezó a balancearse.

—Es mucho pedirle a otra persona que asuma esa carga.

—Sí, lo es. Yo estoy planeando tener una conversación larga y muy sincera con mis padres, pero no creo que sirva de nada. Son excesivamente posesivos, personas descontentas que, con toda probabilidad, continuarán usándome como arma el uno contra el otro, o como excusa para no abordar en serio su matrimonio. Están en mi vida, y puedo lidiar con eso.

Hizo una pausa y ladeó la cabeza.

—Es mucho pedirle a otra persona que asuma esa carga.

—Supongo que sí. ¿Quieres probar el columpio?

—Sí.

Se sentaron y se mecieron suavemente a medida que el crepúsculo se hacía más intenso, mientras el agua golpeaba la orilla.

—¿Te va bien? —le preguntó él.

—Desde luego. Aquí es justo donde yo lo hubiera puesto.

—Dru...

—¿Mmm?

—¿Vas a casarte conmigo?

Los labios de ella se alzaron en los extremos.

—Ese es mi plan.

—Es un buen plan. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios—. ¿Vas a tener hijos conmigo?

Le ardieron los ojos, pero los mantuvo cerrados y siguió meciéndose suavemente.

—Sí. Ésa es la segunda etapa del plan. Ya sabes cómo me gustan las etapas.

Le dio la vuelta a la mano y le besó la palma.

—Envejece conmigo aquí, en esta casa de la costa.

Ella abrió los ojos en aquel momento y dejó que la primera lágrima se deslizara por su mejilla.

—Sabías que eso me iba a hacer llorar.

—Pero sólo un poco. Ten. —Sacó un anillo del bolsillo, una sencilla banda de oro con un pequeño rubí redondo—. Es bastante simple, pero era de Stella, era de mi abuela. —Lo deslizó en el dedo de Dru—. Los chicos han pensado que le gustaría que lo tuviera yo.

—Ay.

—¿Qué?

Los dedos de Dru apretaron los de Seth mientras se llevaba la mano de él a la mejilla.

—Puede que no lllore tan poco, después de todo. Es la cosa más bella que podías darme.

Él posó los labios sobre los de Dru, atrayéndola, al tiempo que ella le envolvía en sus brazos.

—Alguien muy inteligente me dijo que has de mirar hacia delante. No puedes olvidar lo que tienes detrás, pero debes avanzar. Ahora comienza. Para nosotros, comienza ahora.

—Justo ahora.

Ella colocó su cabeza en el hombro de Seth y apretó su mano entre las de él. Se mecieron en el columpio, bajo el pesado aire de la noche, mientras el agua iba oscureciéndose con el crepúsculo y las luciérnagas comenzaban a bailar.

FIN